



Only in  
*Books*

MAFIA  
*Captive*

KITTY THOMAS

*Staff de Traducción*

*Moderadora*

Gaz

*Traductoras*

Leii123

val\_mar

Viqijb

wicca\_82

Why so Serious?

\*~ Vero ~\*

Whitesnow

kristel98

Nina Carter

TsuParthenopadeus

blinda

Melusanti

*Staff de Corrección*

*Moderadora*

Carolyn

*Correctoras*

Viqijb

EtziadeIngle

PrisAlvs

Leeconemi

MaryJane♥

Gaz

\*elis\*

karool

*Revisión final*

Viqijb

*Diseño*

Nati Bell



# *Índice*

<i>Sinopsis</i>	<i>Capítulo 10</i>
<i>Prólogo</i>	<i>Capítulo 11</i>
<i>Capítulo 1</i>	<i>Capítulo 12</i>
<i>Capítulo 2</i>	<i>Capítulo 13</i>
<i>Capítulo 3</i>	<i>Capítulo 14</i>
<i>Capítulo 4</i>	<i>Capítulo 15</i>
<i>Capítulo 5</i>	<i>Capítulo 16</i>
<i>Capítulo 6</i>	<i>Capítulo 17</i>
<i>Capítulo 7</i>	<i>Capítulo 18</i>
<i>Capítulo 8</i>	<i>Capítulo 19</i>
<i>Capítulo 9</i>	<i>Capítulo 20</i>



*Sinopsis*

*F*aith Jacobson estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Después de ser testigo de un golpe de la mafia, está a pocos minutos de la muerte cuando Angelo Raspollo decide dar a su hermano un regalo poco probable.

Leo ha evitado la participación en el negocio familiar, pero eso no lo hace un santo. Está preocupado y avergonzado por sus deseos sexuales más oscuros, uno de los cuales es ser un esclavo. Pero cuando su hermano le lanza a Faith a sus pies, vuelve a pintar el escenario para que Leo la rescate de una muerte segura y ponga a prueba su fortaleza moral. Si Faith tuviera sus mismos gustos sexuales, sería fácil vivir su fantasía, pero no, no los tiene ni siquiera un poco. Incluso el azote más suave le despierta un terror que Leo no puede soportar.

El regalo se convierte rápidamente en una carga mientras lucha consigo mismo sobre cómo manejar la adición a su hogar. La podría liberar, pero su hermano no la soltaría. La única cosa que la mantenía fuera de la parte inferior del puerto es la misericordia de Leo. Ella es como una hermosa pieza de arte que guarda en una caja de cristal, pero que no se puede tocar. ¿Es suficiente con poseerla?



## *Prólogo*

*Traducido por Gaz  
Corregido por Viqijb*

*L*eo Raspallo buscó a San Esteban desde el otro lado de la carretera, abrumado por la grandiosidad de la arquitectura y la historia de todas las TIC<sup>1</sup>. Era un edificio en el que el Creador del cielo y de la tierra en realidad podría dignarse a vivir.

Sacó y presionó *Angelo* en su botón de marcado rápido. Había hablado temerariamente a su hermano. Leo no jugaba un papel en lo que había que hacer. Maldijo cuando la llamada fue llevada al correo de voz. Angelo nunca comprobaba su correo de voz. No quería ser alcanzado, y no se sabía cuándo volvería a encenderlo.

Después de la primera vida humana en su conciencia, Leo juró no volver nunca. Su cara estaba marcada para siempre por esa noche. Sabía que la gente debía susurrar. ¿Cómo llegó esa cicatriz? Se lo merecía, sin duda.

Leo esperaba que el tiempo del antiguo recordatorio de pecado lo mantuviera en el buen camino, hubo demasiados caminos que serpenteaban alrededor de él; todos llevaban al infierno.

Esta vez, se trataba de una mujer en su conciencia, y no había ninguna cicatriz física. Él la había usado y ella se rompió, y al final, fue el responsable de su muerte.

El propósito, dicen, es bueno para el alma.



# Capítulo 1

*Siete meses antes...*

Traducido por Leii123  
Corregido por Leeconemi

Faith se acurrucó en un contenedor rodeada de basura, respirando en silencio, con jadeos desesperados. Pesadas botas resonaron cerca. *Por favor, sigan moviéndose. Por favor, por favor, sigan moviéndose.* Su cara húmeda de las lágrimas deslizándose silenciosas por sus mejillas.

*Nunca debí haberme ido así.* Casi se había quedado en casa, acurrucada en la cama con su gato, una película cursi y un tazón de palomitas de maíz. Pero era demasiado patético para un viernes por la noche, sobre todo tan cerca de Navidad, cuando estaba sola. El malestar general de las vacaciones y la depresión ya habían comenzado a instaurarse, era sólo la primera semana de diciembre. A regañadientes se había vestido y se había reunido con unas amigas en un club. Pero las otras habían querido fiesta hasta más tarde de lo que ella quería.

Eran sólo unas pocas cuadras hasta la estación del metro. Se había consolado sabiendo que tenía un spray de pimienta escondido en el bolso; el spray de pimienta estaba ahora en posesión de su perseguidor.

Faith cerró sus ojos, tratando de dejar atrás el sonido del disparo, la imagen del cuerpo cayendo, su estúpido grito que había vuelto los ojos agudos sobre ella.

Ella no había tenido el ánimo suficiente para recuperar el spray antes de que él le agarrara el bolso. Pero con la forma en que el viento soplaba esta noche, tendría las mismas probabilidades de soplarlo en los ojos de él que en los suyos. Y entonces ¿dónde estaría ella?

Otro cadáver.

Los pasos se detuvieron. Su respiración sonaba como si estuviera soplando justo en su oído. Su colonia se coló en el estrecho y oscuro espacio con ella, ahogando el olor de la comida podrida y alcohol. Era un profesional, no un



callejero al azar. La gente pobre y desesperada no se molestaría con colonias. Y si lo hicieran, no sería una marca tan cara.

Reprimió un grito que la hizo temblar toda y se hizo un eco tan fuerte en su mente que ella temió que él lo oiría. Hubo un chasquido de un encendedor y luego humo de cigarrillo lleno el aire.

Era como si estuviera tratando de fumar para que ella saliera, como si supiera que no podía soportar el hedor. Él paseó y paseó lentamente mientras ella observaba la débil luz por las rendijas de su jaula de metal. Estaba jugando con ella.

Oyó el tirón de una cremallera, y por un enfermo momento pensó que era de sus pantalones, pero el sonido que siguió fue el chasquido de una cartera abriéndose. Su cartera.

—Faith Jacobson. 580 Flatbush Avenue. Brooklyn. —Su voz era relajada, casual, porque un asesinato era casual para él.

Ella no quería ese estereotipo, pero un hombre italiano muy bien vestido en Brooklyn de pie sobre un cadáver no requiere ningún salto de lógica. Este hombre tenía multitud escrito sobre él. Dejar ir la cartera había sido necesario para salvarse, pero ahora él sabía quién era y dónde vivía. Por un momento ella siguió fingiendo que él no sabía que estaba en el contenedor de basura. Trató de pensar en dónde podría ir, cómo podía mantenerse a salvo de alguien que, sin duda, estaba persiguiendo implacablemente al único testigo de su crimen.

—Bonita. Morena, sin embargo. Es una pena. —Él debía de estar mirando la foto de su licencia de conducir. Se había teñido el pelo justo antes de que fuera tomada. Ahora estaba de nuevo a su color rojo natural. Ella no sabía lo que quería decir sobre su color de pelo, para lo que debe importar de una manera u otra.

Dejó escapar un profundo suspiro.

—Muy bien, vamos afuera. Si me haces ir por ti, voy a tener que jugar contigo primero.

Eso fue todo. Ella había mantenido todo junto el tiempo que pudo, estado callada todo el tiempo que pudo.

—Por favor, deja que me vaya.

—Lo siento, no puedo hacer eso. Tienes demasiada información en esa bonita cabeza.



—Yo no sé nada. No sé quién es usted. No me importa. No voy a involucrarme. Lo juro por Dios. Aléjese. Por favor. Lo que pasó allí, no es asunto mío. No me preocupó por ello. —Todo lo que quería Faith era estar a salvo en la cama de su casa con su gato.

El silencio se prolongó como si lo estuviera considerando.

—Lo siento. Tu número es esta noche nena.

A pesar de que él había hecho vaga referencia a torturarla primero si le incomodaba, no podía hacer que cualquier parte de su cuerpo se moviera. Todo se había cerrado. ¿Cómo puede una persona salir de su escondite, a sabiendas de que una bala estaba esperando en el otro lado?

Ella se congeló entre una hamburguesa podrida y una bolsa de botellas de cerveza vacías. Faith cerró los ojos y se obligó a estar en su acogedor apartamento.

La tapa del contenedor de basura voló hacia atrás, y ella gritó por un salvador que sabía que no iba a venir.

El italiano apuntó el arma hacia ella.

—Cállate, perra. ¿Quieres ser responsable de la muerte de otra persona, también? Puedo disparar a testigos toda la noche.

Nadie podría llegar a ella antes de que él apretara el gatillo.

—Por favor, no me haga daño. Le juro que no me importa lo que pasó allí. Sólo quiero ir a casa.

—A la mierda. Te disparo en el basurero, y no tengo que limpiar. Trabajas para mí. —Dio un paso hacia un lado, alineando su tiro mientras la luz de la pared opuesta la golpeó en la cara. En lugar de apretar el gatillo, se limitó a mirarla—. Si quieres vivir, sal de ahí ahora mismo.

—Pensé que habías dicho...

—Lo que dije fue para conseguir tu lindo culo fuera del basurero antes de que cambie de opinión.

Podría torturarla. Podría violarla. No había manera de que esto pudiera terminar bien. ¿No sería mejor quedarse donde estaba y morir rápidamente? La lógica de la situación no tenía importancia. No podía dejar de aferrarse a la pequeña esperanza de que pudiera sobrevivir a la noche si ella cumpliera con sus exigencias. A pesar de las advertencias que gritaban en su cerebro, se izó en los montones de basura y torpemente salió del contenedor.



Ella tuvo que agarrarse a la pared de ladrillo para sostenerse erguida.

—Párate por allá en la luz.

Faith no estaba segura de cómo se las había arreglado para correr con tacones de siete centímetros, porque ahora apenas podía caminar en ellos, tambaleándose mientras lo hacía, a unos metros a la izquierda para obedecer su orden.

—Por favor...

—Si vuelves a decir por favor una vez más te disparare.

Ella cerró la boca.

—Dime, nena... ¿la alfombra coincide con las cortinas?

De millones de cosas horribles que podía haber dicho, “la alfombra coincide con las cortinas” no estaba en las mil.

—Lo siento, ¿q-qué?

—¿Estás sorda, cariño? Es una pregunta bastante simple. ¿Eres una pelirroja natural?

—S-sí.

—Muéstrame.

Ella se volvió para correr de nuevo, pero él era demasiado rápido. La apretó contra la pared, tiró de sus bragas hacia abajo mientras empujó su falda hacia arriba y torpemente dirigió su cuerpo a la luz. Ella se retorció y luchó contra él. Esperaba que la tirara hacia abajo y la violara, pero después de que encontró pruebas de lo que había dicho, la cubrió de nuevo.

—Eres quizás la estúpida zorra más afortunada en el mundo. —Su brazo rodeó su garganta, apretando, empujando su conciencia a un pozo oscuro hasta que el mundo se redujo a un pequeño punto de luz, luego parpadeó fuera de la existencia.

\*\*\*

Faith no esperaba despertar. Sobre todo no esperaba despertar desnuda en una bañera de agua, con su perseguidor, ahora captor, sentado en la tapa cerrada del inodoro, mirándola fijamente. Ella luchó por cubrirse.

—No tienes que preocuparte por mí. No eres mi tipo. —Hizo una seña a un poco de jabón en un platillo en el borde de la bañera—. Límpiame a ti misma.



Hueles a alcantarilla, aunque Leo no tendrá misericordia de ti. —Abrió un teléfono celular prepago barato—. Ora para que esto vaya en tu favor.

Sus ojos no vacilaron de los de Faith mientras marcaba. La llamada conecto, y sus rasgos se suavizaron, rompiendo en una sonrisa que le hacía casi atractivo. Si él no hubiera estado tratando de matarla, eso es.

—¡Leo! —dijo.

Faith tomó el jabón del platillo, demasiado asustada de no hacer lo que le pedía. Trató de ignorar su desnudez, centrándose en cambio en la conversación del hombre.

—... Sí, ha sido un tiempo. He estado muy ocupado. Escucha, tengo algo aquí que podría interesarte, piensa que es un regalo de navidad por adelantado. ¿Recuerdas lo que me dijiste la última vez que estuve allí? ¿Esa cosa que tendrías si no fuera por tu código moral? ... No estoy sugiriendo que... Para y escucha por un maldito minuto, Leo. Tuve que despedir a uno de mi equipo esta noche. No fui tan cuidadoso como debería haber sido, pero tengo a alguien por ahí haciéndose la limpieza ahora. Hubo un testigo. Ella es tu tipo. Pelirroja. Delgada. Grandes ojos verdes. No sé lo que hay contigo y esas perras irlandesas, pero ella es perfecta para ti. Puedes tener lo que querías. Todo lo que tienes que hacer es venir a recogerla.

Hubo una larga pausa donde Faith oyó gritos imperceptibles al otro lado del teléfono.

—Calma, carajo. Mira, lo que hagas con ella una vez la tengas eso depende de ti. Pero si no la tomas, ella está muerta. Si la dejas ir, tú sabes que la encontraré, y una vez más, está muerta. Su vida está en tus manos, y una vez que la veas, sé que la tomaras. Te estoy haciendo un favor, dándote lo que quieres, y salvando su vida. Soy un santo regular. Podría haber disparado a la puta... sí, estoy en la casa... Sí, bueno, no pretendas tener las manos limpias. No puedes estar en el negocio familiar, pero ya sabes de donde viene el dinero. No olvides eso... Negocio honesto mi culo... No podrías haber empezado ese negocio sin tu familia. Ahora ven aquí.

Imágenes horribles pasaron por su mente, incluso peor que la escena del crimen que había presenciado o la reciente amenaza de muerte. Él iba a prostituirla. ¿Qué entonces? ¿Ella podría haber pasado por todo y haber sido usada y luego ser dejada en un arroyo? Faith se abrazó con más fuerza alrededor de su cuerpo. A pesar de su falta de interés personal, nunca se había sentido tan expuesta sexualmente.



Él cerró el teléfono, su mirada barriendo sobre ella, evaluándola como un caballo que podría vender.

—Eres mucho más problemas de lo que vales la pena. Mi hermano es un asno ingrato.

La puerta del baño se abrió y otro atractivo hombre en un pulido traje entró. Faith se apresuró a cubrirse.

—¿Qué mierda? —dijo el hombre, al verla en la bañera.

—Relájate, cariño. Ella es para Leo.

—Oh.

Él se rió entre dientes.

—¿Creíste que me cambié de equipos? —Él dirigió su dura mirada a Faith—. Fuera. Estás tan limpia como puedes estarlo.

Le tendió una bata y se metió en ella, tratando de averiguar una forma de salir de este lío.

Si este hombre, Leo, *la salvó*, no tendría su salvación.



## Capítulo 2

Traducido por *wicca\_82*

Corregido por *Leeconemi*

Leo se quedó mirando el teléfono en su mano, sin saber que pensar. Un sinfín de emociones le atravesaron: disgusto, culpa, excitación. La culpa era prematura. El disgusto estaba justificado. La excitación era un problema. Aunque rechazaba el retorcido regalo de su hermano, su pene se había erguido en sus pantalones en el momento en el que el escenario se había desarrollado a través del teléfono. No la había visto todavía y ya estaba fantaseando con su propia esclava, existiendo sólo para obedecerle y complacer sus caprichos sexuales.

Angelo tenía un grupo en Brooklyn ahora. Él no estaba marcándose un farol. La mataría. A la familia no le gustaba matar mujeres y lo evitaban cada vez que podían, pero la polla de Angelo no se movía en esa dirección, lo cual hacía a una mujer sólo otro hombre para él. Era probablemente el que menos dudaba, al que menos le importaba una mierda el tipo de genitales que tenía su víctima. Mala suerte para la chica.

Leo era la primera persona a la que Angelo había acudido. Su hermano estaba preocupado porque los demás no le siguiesen si lo supieran, pero había resultado no ser un problema. Él era muy bruto, su orientación no hacía la más mínima diferencia en el nivel de respeto que podía ordenar. Y el tío Sal no había parpadeado cuando lo promocionó. Todo lo que le importaba era que Angelo fuera una gran fuente de ingresos y la familia.

En un momento de embriaguez de vínculos emocionales y de contarse secretos, Leo había confesado sus propias inclinaciones sexuales alternativas, una elección que en retrospectiva quizás había sido un error, dada la forma en que la mente de su hermano funcionaba.

Leo había tenido algunas relaciones sexuales a largo plazo. Habían ido bien, y habían acabado sin mucho problema, pero la cosa que él buscaba era la cosa que nunca había sido capaz de tener: una verdadera esclava.

¿Podía hacer las cosas con las que había fantaseado? Una cosa era masturbarse con esa fantasía; otra cosa era hacerla. Ella era un ser vivo, era un ser humano. Asustada. Perdiendo todo en su vida. ¿Podría ser él tan insensible y frío? ¿Tendría la suficiente fuerte moral para detenerse a sí mismo?



Las palabras de Angelo resonaban en su mente: ¿Qué vas a hacer con ella una vez que dependa de ti?

Es más fácil decirlo que hacerlo. Una vez que ella estuviera bajo su cuidado, dependiendo de él y vulnerable, ¿sería capaz de resistir al entrenarla? ¿A tomarla? Dudaba de que él tuviera tal santo autocontrol. Dirigirse a casa de su hermano le garantizaba convertirse en una persona tan inmoral como Angelo. Pero si no se presentaba, ella estaría en el puerto antes del amanecer.

\*\*\*

Angelo abrió la puerta al primer toque y Leo entro dentro. El caos le dio la bienvenida: un vaso roto, botellas hechas añicos en el suelo, mesas volcadas. En el centro de la vorágine, estaba sentada una chica con un albornoz blanco, atada, amordazada y con los ojos vendados. Los moratones se estaban formando en varios puntos de su carne expuesta, mientras que la sangre goteaba en una toalla en sus pies.

—Por el amor de Dios, Ange. ¿Qué le has hecho?

La cabeza de ella se levantó hacia la dirección de su voz, y un dolor agudo se clavó en su pecho. Aun así, al verla atada se excitaba. No debería, pero lo hacía. ¿Cómo podía seguir con esto? Su hermano lo había acorralado en una esquina, y una parte de él deseaba que Angelo hubiera matado a la chica sin que Leo la hubiera conocido.

Angelo se encogió de hombros.

—Ella luchó. Yo solo pensé “al diablo con ella”, y le corté, pero supe que ibas a estar molesto. Mírala bien, a ver si la quieres. No hay diferencia para mí de una manera o de otra.

Por supuesto que no la había.

Leo se sentó al lado de ella. Su pelo era de un rojo brillante, su favorito. No podía detenerse a sí mismo de recorrer sus dedos por él. Aún estaba húmedo y sería incluso más brillante seco. Ella se encogió ante su tacto y gimió.

—Shhh. No voy a hacerte daño

¿Iba a hacerle daño? No lo sabía todavía. Todo dentro de él se estremecía en señal de triunfo ante lo que tenía. Una esclava real. Una mujer a su completa merced. Y todavía, no se la había llevado de su vida. Su hermano había orquestado el escenario y así Leo interpretaría al héroe, rescatándola a ella de una muerte segura.

—¿Le habéis tocado tú o Davide de forma inapropiada?

—Por supuesto que no. Ella tiene las partes incorrectas para nuestro



Pero no para el mío. Sus dedos le picaban de querer acariciar cada centímetro de ella, de sentir su rendición debajo de él.

Leo le quito la venda de los ojos, sin sorprenderse de encontrar una mirada verde luminiscente dirigiéndose hacia él. Era tan joven que hizo que su corazón le doliera. Obviamente legal, pero al menos 15 años más joven que él. Probablemente más. Demasiado joven para perder toda su vida.

Se oyó un grito ahogado desde detrás de la mordaza mientras ella intentaba escapar de su contacto. Su mano se apretó contra su mejilla.

—Shhhh. No soy él. Mira. —Hizo un gesto hacia su hermano—. Somos gemelos.

Leo era siempre consciente de su cicatriz, pero quizás no era tan obvia. O quizás ella estaba tan asustada que la idea de un gemelo no se le había ocurrido.

Ella era perfecta en todos los sentidos. Lo correcto era llevarla a la policía donde estaría protegida y entregar a su hermano., pero eso nunca iba a pasar. La familia era lo primero.

Su atención se volvió hacia sus pies. Eran largos y delicados con esmalte de uñas frambuesa. La sangre goteaba constantemente. Debe de haber sucedido unos instantes antes de que él llegara.

—Tráeme un botiquín. ¿Por qué mierda no has limpiado eso, Angelo? Podría haberse infectado. ¿Qué clase de regalo es ella si lo rompes antes de que yo llegue?

—No iba a malgastar mi tiempo si no te la ibas a llevar. ¿Te la vas a llevar?

—No tengo mucha elección, ¿no? —Leo no se molestó en ocultar su enfado.

Angelo sonrió.

—Bien, si no la encuentras atractiva, si ella no es todo lo que siempre has querido atar y dominar, entonces todo lo que tienes que hacer es decir una palabra y ella desaparece.

La chica se estremeció ante eso. Si la reacción era por lo de ser atada y dominada o por la implicación de su muerte, no podía estar seguro. Probablemente por ambas a partes iguales.

—Sólo tráeme el botiquín. —Él no era capaz de quitarle la mordaza. NO con audiencia. Después, solos en el coche lo haría, pero no aquí. Cualquiera que fueran las palabras que se cruzaran entre ellos no sería presenciadas por Angelo y su amante. De aquí en adelante, lo que pasara entre ellos era privado.



Su hermano regreso un momento después con el botiquín, y Leo puso las piernas de la chica en su regazo. No le importo la sangre que caía en sus pantalones. Todo lo que le preocupaba era poder vendarla y así saldría de allí.

\*\*\*

Faith se alegró de escapar de Angelo, pero ahora tenía a otro hombre al que temer. Trató de no mirar a la brutal y violenta cicatriz de su cara. Como si ella necesitara más pruebas de que este hombre había conocido la violencia.

Un nuevo moratón se formó en su muñeca, castigándola por su intento de fuga. No podía verlo en la oscuridad, pero sabía que apareció y se formó sobre su piel como una erupción de un volcán.

—Te desato las manos como gesto de cortesía, ¿e intentas atacarme tan pronto como arranco el coche?

—¿Qué demonios esperabas ?¿No era normal que intentara escaparme de la cautividad?

Los minutos pasaban en silencio.

—Puedo entender tu reacción, pero te dije que no quería hacerte daño. Me has forzado a hacerlo.

Ella intentó no pensar en cómo de delicado le había vendado antes en la casa de Angelo.

Había cristales incrustados en su piel. Él le había hablado tranquilamente y le había dicho exactamente lo que estaba haciendo durante el proceso. Luego había puesto un tópico antibiótico en las vendas y envolvió sus pies con gasas.

Incluso si intentaba escapar de él, ¿cómo de lejos llegaría con el pie vendado antes de que él, o algo peor la alcanzara? No había llegado a pensar tan lejos con antelación. La única cosa que era capaz de pensar era en que no podía rendirse. Tenía que luchar. Sentarse en silencio era la peor cosa que podía hacer. Sólo se permitía a si misma pasar demasiado tiempo dentro de su propia cabeza para imaginarse lo que le esperaba y luego arrepentirse de no haber tomado la oportunidad de escaparse.

Mientras, se había dado cuenta, de una forma puramente clínica, el atractivo de el hermano, los pequeños actos de bondad de Leo y su ternura habían creado una inesperada, visceral reacción que había hecho que su belleza física entrara en juego con más claridad. Era una belleza física que incluso su cicatriz no podía arruinar. De hecho, la imperfección hacía resaltar con mayor contraste su perfección. No quería admitir que se veía a sí misma haciendo todo lo que este hombre deseara. Su único miedo era que quizás este hombre podía hacerle daño, no el hecho de que se la follara. Este descubrimiento hizo que se sintiera enferma por dentro.



—Solo déjame ir —susurró—. Le dije a tu hermano que no me importaba quien es o que está haciendo. No estoy interesada en ser una heroína. Sólo quiero regresar a mi vida. Por favor, juro que no diré ni una sola palabra a nadie.

Ella había visto suficientes películas sobre familias criminales para saber que hablar te mataba, que esa gente era omnipresente. No se le había escapado el aviso de que Leo podía ser su única seguridad, la única persona que podía evitar que pasara el resto de su vida corriendo.

—No voy a correr ese riesgo. ¿Cuál es tu nombre?

—No es de tu incumbencia. —Si él pensaba que iban a estar aquí sentados y tener una conversación educada como si no estuviera cometiendo un delito....

Leo detuvo el coche en el arcén y apagó el motor. Las luces interiores se encendieron, dándole a su cara luces y sombras que lo hacían parecer demoniaco. El enfado transformó sus facciones en un horrible cuadro de violencia contenida. Antes de que Faith pudiera reaccionar, su increíblemente larga mano la agarró de su garganta, presionándola contra el cristal.

—Esto. No funcionará. —Prácticamente gruñó—. He salvado tu vida. Me perteneces ahora. Puedes seguir mostrándome tú carácter y ver a donde te lleva. Puedo hacer de tu vida el más oscuro infierno imaginable. O puedo mostrarte amabilidad. Tú elijes.

Faith le arañó y la mano de él le apretó. Ella quería suplicar, pero no podía dejar salir palabras de su garganta mientras le estrangulaba. Leo no era menos letal que su hermano.

—¿Queda claro?

Faith asintió frenéticamente. Él la soltó, se enderezó el traje, y arrancó el coche. Ella tosió mientras intentaba hacer volver el aire a sus pulmones. Leo parecía indiferente a su lucha mientras volvía a poner el coche en la carretera, acelerando rápidamente hasta alcanzar la máxima velocidad legal.

—Vamos a intentarlo de nuevo. ¿Cuál es tu nombre?

—F-faith.

—¿Ha sido muy duro?

Su mente gritó Sí mientras que imaginaba sus uñas arrancándole la piel, pero la realidad era más moderada. Ella bajo la mirada hacia sus manos y susurró:

—No.

—No, Amo —le corrigió.



Ella abrió los como platos y sus labios se apretaron, formando una firme línea. Ella no podía ser su esclava. Pensar en sí misma como una prisionera ya había sido suficientemente malo. Era un ser humano. El hecho de que él pudiera exigirle un título tan degradante significaba que todo lo que sospechaba que él iba a tomar de ella pasaría, y si no iba a hacerle daño, no estaba segura de cuan fuerte podría ella luchar contra alguien tan abrumador, seductor y experimentado. Era un poco mayor que ella, un hombre adulto, maduro, mientras que los chicos con los que había estado involucrados eran tontos en comparación.

—¿Vamos a tener que parar el coche otra vez?

La amenaza surtió el efecto pretendido. La lección estaba muy fresca en su mente. Ella retrocedió mientras se escuchaba a sí misma decir.

—N-no, Amo.

—Bien. Ahora, hay sirvientes en la casa. No te lo tomes como esperanza. No te ayudarán. El teléfono pasa por la centralita. El operador no te va a ayudar, tampoco. Si buscas su ayuda, me informaran y tú serás castigada.

Ella se estremeció con el contacto de su mano caliente en la parte de atrás de su cuello, pero no estaban allí para hacerle daño. En su lugar, él masajé sus rígidos músculos, una sensación que era reconfortante, a pesar de todo. Ella no debería querer sus manos en ningún lugar cercano, pero si se quedaba con ese hombre, prefería la amabilidad a la crueldad o el dolor.

—No puedo dejarte ir, y no voy a ser capaz de resistirme a ti. Pero voy a ser bueno contigo si me dejas, Faith. ¿Vas a dejarme?

Cada vez que él pronunciaba su nombre, era como si una parte de ella se rompiera y saliera flotando. Quería discutir sobre lo de pertenecer a él pero sabía que no era el camino para obtener la amabilidad que él ofrecía. Asintió, para así no tener que llamarlo “amo” otra vez. Él lo dejó pasar.

—Eso es muy inteligente. —Tomó una salida y la ciudad empezó a desaparecer detrás de ellos y los edificios cada vez eran menos y los árboles más comunes—. ¿Estás casada?

—No, y-yo sólo tengo veintidós.

Él maldijo, y ella temió que la llevara de vuelta a Angelo.

—Demasiado, jodidamente joven —sacudió su cabeza—. ¿Novio?

—No.

—Faith... Voy a parar el coche, y va a ser mucho peor. Soy tu Amo. Eres de mi propiedad. Ahora dilo. No, ¿qué?

—N-no, Amo —ella forzó



—¿Amigos?

—Unas cuantas chicas del trabajo. —Empezaba a agradecer estar sola. Así no había nadie en el mundo que él pudiera usar para hacerla sufrir...

—Tienes menos que dejar. Así será más fácil para ti.

Él no sabía de lo que estaba hablando. No tener nada que dejar nunca era fácil. Ella había sido introducida en el sistema de protección de menores de Miami cuando tenía doce años. Su padre adoptivo le había pegado, y mientras se había transformado en una adolescente, había intentado otras cosas. Una beca en la universidad de New York había sido su vía de escape antes de que él hubiera tenido la oportunidad de lograrlo. Ahora el valor de su libertad era irreal porque este hombre iba a llevar a buen término los enfermos deseos de su padre adoptivo. ¿Por qué otra cosa iba a querer él tomarla? ¿Por qué otra cosa iba él a enfatizar que ella era de su propiedad? Leo no era el primer hombre que la reclamaba, y esto no iba a acabar mejor. Sólo que esta vez no había salida.

Ella no sabía estar rodeada de gente. Como hablar con ellos de manera real, tener amigos cercanos. Nunca había aprendido cómo funcionaba la confianza. Ahora todo lo que ella dejaba atrás era un apartamento demasiado pequeño y unas cuantas amistades superficiales. Las lágrimas corrían por su cara, y pensó que nunca iba a agotar su provisión de ellas.

—Tengo un gato. Se morirá de hambre sin mí. —El único ser que echaría de menos dependía de ella para sobrevivir. No podía soportar la idea de Squish sufriendo y muriendo solo en su estudio apartamento. Ese gato había visto su paso del último año de colegio a cómo consiguió su primer trabajo real de adulta.

La mano de Leo todavía estaba en su cuello.

—Enviare a alguien a recoger a tu gato.

La cabeza de Faith se irguió y ella lo miró un momento, intentando averiguar si estaba jugando con ella.

—¿Harías eso por mí?

—Te he dicho que puedo hacerte la vida fácil o difícil. Dame lo que quiero, y te la haré fácil. Cuando llegamos a la casa, puedes escribirme tu dirección, hacer una lista de todo lo que necesites de tu antigua residencia. —Y recalcó la palabra antigua.

—Mi llave está en casa de Angelo. El me quitó mi bolso.

Leo asintió.

—Eso no es problema.



Faith intento no pensar en el precio que él le exigiría por toda su amabilidad. Una etiqueta había nacido, y no había ninguna duda que él la tomaría de su cuerpo. Aun así, no podía evitar el instinto que le hacía querer agarrarse a la protección que él le ofrecía, por irracional o loco que pudiera ser.

Cuando llegaron a la casa, la boca de Faith se abrió. Casa era un eufemismo. Era como llamar a un océano a una singular masa de agua. Se alegró de haberse liberado de la venda de los ojos, las cuerdas y la mordaza. Con todos los guardias y el personal de la casa, sería humillante haber llegado como una prisionera, aunque ese fuera su estado. Esclava, le susurró su mente.

Intentó no parecer una turista emocionada fuera de la casa de una celebridad mientras ellos se abrían camino hacia el interior.

Leo intercambio unas cuantas palabras silenciosas con un hombre que parecía el jefe de seguridad mientras Faith miraba alrededor de la entrada. Estaba decorada para la Navidad, y no había ni un rincón o grieta que no tuviera un adorno ornamental o una cadena de brillantes luces blancas. Un sistema de sonido de alta calidad tocaba villancicos lo suficientemente alto para lo escucharas si prestabas atención, pero aun así lo suficientemente discreta para seguir con tu día a día sin ser una molestia indebida.

—Faith. Ven conmigo. —Leo cogió su mano y la guio a través del vestíbulo de mármol, una gran escalera y por un pasillo.

Su corazón lo tenía en la garganta mientras él la introducía en una habitación con una cama grande y ornamentada. El fuego crepitaba en la chimenea y un árbol de Navidad estaba cerca de las ventanas. Un golden retriever saltó de los muebles para darles la bienvenida, moviendo la cola y con la lengua fuera.

—Hola, Max —dijo Leo, inclinándose para acariciar al perro.

¿Cómo de monstruoso podía ser un hombre que tenía un golden retriever? Aunque Faith sabía que no era un indicador real de la bondad o maldad en general de un hombre, le daba una pizca de esperanza.

La sala de estar en frente de la chimenea tenía una pequeña mesa de café, un par de sillas de respaldo alto que parecían confortables a pesar de su opulencia, y un sofá de dos plazas. Al lado había un baño, y Faith no tuvo duda de que sólo los armarios tenían probablemente el tamaño de su propio estudio. Al final de la habitación había un conjunto de tres ventanales con cortinas gruesas que llegaban al suelo. Enfrente de las ventanas había un escritorio con lujosos artículos de escritorio y bolígrafos.

—Siéntate y escribe tu dirección y haz la lista de todo lo que necesitas. Hay una piscina climatizada aquí, así que deberías considerar ese factor también.



Faith no dijo nada. No podía decir nada. Sólo se sentó, destapó una pluma estilográfica y se quedó mirando el papel sin decir nada. ¿Era una prisionera o Cenicienta? ¿Había experimentado la peor suerte de su vida o la mejor? Lo que él estaba haciendo no estaba bien, pero ahí estaba ella, rodeada de gente en un lugar bonito con un hombre que, a pesar de la realidad a la que no podía hacer frente, estaba preparado para... ¿qué? ¿Cuidarla como si ella fuera su novia o su mujer?

—Leo... —dijo ella, olvidando se de sí misma por un minuto.

Le dio unas palmadillas al perro por última vez y se enderezó, con su cara seria.

—Amo. No Leo para ti. Nunca.

Con ese anuncio, su tonta fantasía de niña llegó a un abrupto y seco final.

—Lo siento, Amo. —Nunca se iba a acostumbrar al título—. ¿Por qué estás haciendo esto? No entiendo porque... —No era una pregunta de por qué estaba haciendo algo tan inmoral. La pregunta real era ¿por qué estaba terminando tan bien, haciendo una seducción de aquella parte que ella no podía dejar de querer en caer?

Más allá del aspecto de la esclavitud, ¿no era esto lo que la mayoría de las niñas fantaseaban en la niñez, el príncipe azul rescatándolas y cuidando todas sus necesidades, cubriéndolas de seguridad y viviendo felices para siempre?

A pesar de que había escapado de su familia adoptiva, las cosas no habían sido mucho más fáciles. La breve parte de la universidad y la vida de compartir cuarto habían sido fugaces, sólo para dar paso a un mundo frío que exigía que fuera productiva o durmiera en una alcantarilla. Apenas había comenzado a ganarse la vida, guardando cada centavo que podía, deseando que fuera suficiente para sobrevivir. Porque... ¿qué pasaría si ella perdía su trabajo? Tenía que tener una red segura.

Se había llevado un montón de quejas de sus amigos para conseguir que ella saliera a tomar unas copas, pero no necesitaba preocuparse. Había un montón de hombres dispuestos a comprarle una bebida así que ella no tenía que echar mano de sus propios fondos.

Leo se acercó a ella y no pudo evitar arrastrarse, con miedo de lo que podría hacer. Quizás no era una fantasía después de todo. Ella aún estaba aterrorizada hasta los huesos de él.

Él se paró al otro lado del escritorio, mirándola con calma.

—Tengo requisitos en una relación. Ciertamente... manías y deseos...



La mente de Faith se inundó de repente de imagines de látigos y cadenas. Pero con el título que él había exigido, ¿no se había instalado esa idea en su mente ya y no importaba cuanto intentara alejarla de ella? Puede que no sea el caso, pero no era una inconsciente.

Dada su situación actual, parecía más apropiado que ese tipo de cosas pasaran en un sótano húmedo y sucio donde ella sería alimentada con migajas y mantenida en una jaula pequeña, pero se imaginaba látigos y cadenas con este hombre vestido sofisticadamente.

—¿Vas a hacerme daño? —Un montón de mujeres vivían en relaciones abusivas que parecían mimadas con lujo desde el exterior. Faith no quería ser una de ellas. Darle un sencillo apartamento con un incierto futuro financiero para cada día que oscureciera sus pesadillas tormentosas detrás de las puertas cerradas.

—No sé que voy a hacer todavía, pero si me obedeces y honestamente buscas complacerme, estarás segura e incluso puedes ser feliz aquí. Ahora haz tu lista.

Ella trató de calmar todas las preguntas que zumbaban en su cabeza y todos sus temores incesantes. Su palabra no significaba nada. Él podía prometer cualquier cosa que quisiera, pero creer en una promesa suya sería demasiado inocente, no importaba lo mucho que ella lo deseara. Su único deseo era encontrar seguridad ahí. Todos los pensamientos de rebelión y de escapar la dejaron a la luz de la esperanza de que ella pudiera ganarse su favor.

Faith escribió su lista, deseando que él no le preguntara mucho, y le dio el folio a Leo. Él lo miró brevemente y asintió con la cabeza.

—Me ocuparé de ella. Quédate aquí.



## Capítulo 3

Traducido por Whitesnow  
Corregido por Leeconemi

El haber salvado a Faith de la bala de Angelo le había dado a Leo un irracional sentido de derecho. Pero la chica lo quería. Entre sus momentos de miedo e indignación, había vislumbrado las miradas medio hambrientas que le había dado. Era el efecto que siempre tenía en las mujeres. La combinación del peligro, dinero y buen estilo era demasiado irresistible para el lado femenino de la especie, inclusive para una captiva como Faith.

Tenía la intención de que fuera tan fácil para ella como fuera posible, si ella se lo permitiera. Cada pequeño paso hacia una completa sumisión sería recompensado. Cada error castigado. Para el momento en que acabara con ella, lo ansiaría tan profundamente, que no recordaría que todo esto comenzó con su forzada pérdida de libertad.

Había sido una larga noche, especialmente tan cerca de Navidad. Aunque no se podía imaginar a los hombres preguntándose de una u otra forma cómo había terminado allí, las mujeres y los niños no tenían porqué saberlo. Tendría que inventar una historia antes de que la familia comenzara a llegar para las festividades.

Una vez que él había tomado la decisión de aceptar la pervertida oferta de Angelo, estaba comprometido, el curso de su vida irrevocablemente cambiado, sus propias opciones reduciéndose. La muerte de ella sólo sería un pecado en el alma de su hermano, pero también en la de Leo.

No podía aburrirse de ella o decidir que no estaba funcionando y mandarla a empacar. No sin el precio de su vida. Se habría estado engañando así mismo si hubiera pensado que podía estar en esta familia sin ser corrompido por su entorno y ser introducido en un creciente mundo inmoral.

Leo dejó la lista con uno de sus hombres y fue a ocuparse de unos asuntos. Cuando regresó un par de horas después, la encontró en el sofá doble con la cabeza de Max en su regazo. El perro tenía una misteriosa habilidad para percibir angustia y brindar consuelo, justo ahora hacía lo que sabe hacer mejor. Su mano temblaba mientras acariciaba al perro.



Miró hacia arriba, sorprendida. El miedo en sus ojos lo atraía. Quería cerrar la puerta, tiraría en la cama y devastaría pulgada a pulgada por toda su existencia. Pero en vez de eso rodó el carrito haciendo que se detuviera al lado de ella.

—¿Tienes hambre?

Su mirada se desvió al piso como si no pudiera mirarlo a los ojos mientras ella admitía sus estatus con él.

—S...sí, Amo.

Había una vacilación en su respuesta, aunque Leo adivinaba que la vacilación se debía al título que había insistido. Por la mirada en sus ojos, ella estaba asustada de lo que quizás tendría que hacer para ganarse la comida. Quitó una lágrima perdida de su mejilla y colocó un plato en su regazo, Max se reposicionó en el piso junto a sus pies, mirando hacia Leo con una mirada acusadora. O quizás Leo se lo imaginaba, necesitando que alguien desaprobara sus acciones. Nadie más en la casa lo haría.

Si un perro sería su brújula moral, que así sea. Se sentó al frente de ella con un plato, observando como ella vacilantemente se llevaba el sándwich a sus labios. Dios sabía qué clase de miedos tenía la pobre chica. Y no podía prometerle que al menos algunos de ellos no sucederían. Aunque existían sádicos mucho peores que él, si ella era completamente de vainilla, cualquiera de ellos la iba a aterrorizar. Y eso en algún nivel lo excitaba más.

—Compartirás esta habitación conmigo. —Leo señaló el extremo final de la habitación—. Ese armario está vacío, así que puedes usarlo para tus cosas cuando lleguen. No deberían tardar mucho.

La mano de Faith se sacudió mientras levantaba el sándwich hacia sus labios.

—¿Me estás escuchando?

Miró hacia arriba, su cara en alerta como un conejo a punto de ser atacado.

—S...sí, Amo.

Sonrió al presente título. Ella era tan dulce. Dado sus intentos de pelear con él y su hermano, había estado sorprendido cuando tan pocas amenazas y dolor resultaron en obediencia. Había esperado actitud y replicas al menos, pero ella lo estaba sorprendiendo. Inclusive si no clasificaba como perversa, había una corriente sumisa que corría a través de ella como electricidad, una profunda necesidad de satisfacer a una parte más fuerte.



—Sólo quieres permanecer a salvo, ¿verdad? Por eso estas siendo amable.

—Sí, Amo. P...por favor no me haga daño. —Se arriesgó a mirarlo a los ojos—. Por favor.

Trató de que sus suplicas no lo afectaran.

—Ignorando por un momento las circunstancias de tu presencia aquí, ¿me consideras atractivo?

—Por favor, no me haga responder eso.

—¿Por qué tienes miedo de hacerme enojar?

Bajó la mirada hacia sus manos.

—No, Amo.

—Ya veo. —Así que le atraía—. No te voy a joder por un tiempo. Sé una buena chica y no tendrás nada que temerme. Y... tienes permitido hablar.

—No tengo nada que decir.

Cuando Angelo había estado calculando su tipo, debió haber recordado que a Leo le gustaban las conversaciones. Antes de que tuvieran mucho tiempo para meditar sobre ello, hubo un pequeño toque en la puerta.

—Pase.

Cuando la puerta se abrió, un gato gris con una cara que parecía como si hubiera sido aplanada entró apresuradamente en la habitación, maullando molesto al ver a otro animal recostado contra los pies de su dueña. A pesar de la cara aplanada típica de su raza, era lindo.

Faith levantó la mirada, aliviada de ver a su mascota. En lugar de ir hacia ella, el gato siguió de largo para oler y frotarse contra la pierna de Leo. Él la levantó y la colocó en su regazo, donde comenzó a ronronear mientras la acariciaba.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Leo.

—Squish.

Levantó la mirada, arqueando una ceja.

—¿Squish?

Faith se encogió de hombros.



—Bueno, mira su cara.

Leo miró su reloj.

—Imagino que estas agotada. Adelántate y haz lo que sea que haces antes de ir a la cama.

\*\*\*

Faith dejó salir su aliento lentamente. Estaba a salvo por un momento detrás de la puerta cerrada del baño, sosteniendo una pila de cosas de su apartamento en sus brazos. ¿Podía lavar su cara, cepillar sus dientes y usar hilo como si nada espeluznante estuviera sucediendo? ¿Podría ponerse sus pijamas y meterse en la cama con este hombre?

Recordó la pregunta que le había hecho acerca de si se sentía atraída. Rayos, si lo estaba. Pero no debería. Estaba avergonzada de que no lo encontrara atractivo en cualquier nivel.

Debería estar pateando y gritando y peleando. Debería estar corriendo. Pero no quería morir. Era más fácil ser su esclava en una mansión que correr y esperar ser disparada en las calles. Era duro pensar que él era su secuestrador cuando también era su salvador. Los roles eran muy diferentes. Si ella misma se lo permitía, olvidaría la parte secuestradora y se fijaría en la parte salvadora.

Cuando ya se había cepillado, usado el hilo, lavado la cara y cambiado, se sentó en el borde de la tina. Debería regresar afuera. Él se podría molestar y olvidar esta fantasía si se quedaba por mucho tiempo. Pero no podía evitarlo. No podía obligarse a salir del baño. Era fácil pretender que podría olvidarla ahí adentro y así ella se podría quedar, sin ser molestada para siempre.

Pero el toque en la puerta rompió esa burbuja irracional.

—Faith, ¿está todo bien ahí adentro?

Contuvo la risa histérica que danzaba en su garganta. ¿Estaba bien? Todo no estaba bien. Pero ella nunca podría explicar la razón por la que todo no estaba bien porque nada de esto estaba saliendo como había imaginado que saldría. Si él seguía actuando así, de hecho podría conseguir seducirla. El pensamiento le hizo retroceder asustada.

Cuando abrió la puerta, Leo bloqueó su camino, usando nada más que una sonrisa siniestra. Trató de apartar la mirada de su impresionante erección, trató de no hiperventilar. ¿No la iba a joder? Como rayos, que no la iba a joder. La próxima cosa que diría es: "No te preocupes, sólo meteré la punta."



Estaba comenzando a desear que se hubiera embriagado mucho más esta noche.

La miró una sola vez y sacudió la cabeza.

—No.

Se obligó a mirar nada más que su cara.

—¿No?

—No recuerdo haberte dicho que pudieras usar pijamas en la cama. Te quiero desnuda.

Retrocedió varios pasos.

—¿Dis...disculpa? —¿Qué había pasado con su promesa de no molestarla por un tiempo? ¿Acaso un tiempo eran quince minutos en su mundo?—. Pe...pensé que dijiste...

—No dije nada de dormir vestida. Quítatelo.

Sus palabras eran cortantes y enojadas... cercanas a un gruñido. Si ella hacía lo que decía y se las quitaba, ¿qué la protegería de él? Nada. ¿Pero qué la protegía de él ahora? ¿Acaso pensaba que sus pijamas tenían poderes mágicos?

—Leo, por favor...

Sus ojos brillaron peligrosamente mientras la agarró por las muñecas y la jalaba hacia él, ocasionando que su dureza rozara su muslo.

—¿Qué dijimos acerca de eso? Dirígete hacia mí apropiadamente.

—Amo. Qui... Quise decir Amo, por favor... No puedo... —¿Cómo podría desvestirse frente de él? No podía obligarse a hacerlo. No era como si quisiera enfurecerlo o causar un castigo hacia ella, sólo no podía hacerlo. Pensamientos giraban en su cabeza de su padre adoptivo con whisky en su aliento, acorralándola en una habitación trasera en una fiesta, tratando de quitarle su top momentos antes de que fueran maravillosamente interrumpidos.

Su padre adoptivo sólo había querido observar también. Y aun así, ella había sabido que sus horribles manos estarían en ella una vez que sus senos estuvieran libres de la camisa.

Nadie la rescataría esta noche con Leo. Y no había ninguna beca con su nombre en ella, abriéndole un camino a la libertad en una ciudad distante. Este era el final del camino.



Se permitió ser guiada dentro del dormitorio y no protestó cuando se sentó en el borde de la cama a su lado. No se le ocurrió pelear otra vez hasta que la sentó en su regazo y le bajó los pantalones. Faith dio un grito sofocado mientras su mano aterrizaba sólidamente en su trasero. Alargó su mano hacia atrás para protegerse a sí misma, pero agarró su muñeca y apretó fuertemente.

—Nunca te cubras. ¿Entiendes?

No podría replicar porque siguió dándole nalgadas. Era dolorosa, por supuesto, pero el dolor era difícil de procesar ante la humillación y el shock del evento. No podía creer que había pensado que seguiría siendo amable. ¿Acaso todos los hombres en el mundo sólo querían golpearla y tomar ventaja de ella?

—Por favor...

—¿Entiendes?

Quería arañarlo o morderlo o patearlo, pero esas acciones sólo le traerían más daño, así que susurró.

—Sí, Amo.

Tembló con repulsión cuando un dedo se deslizó dentro de ella, pero luego la liberó. Se subió a la cabeza de la cama, acurrucándose contra la cabecera, haciéndose un ovillo como si eso la fuera a proteger de él. Un par de minutos pasaron antes de que hablara otra vez.

—¿Por qué sigues vestida? No quiero lastimarte. Quiero que me obedezcas.

No pudo contenerse más tiempo. Todas sus resoluciones de ser agradable y obediente y esperar por misericordia se evaporaron ante su reciente humillación.

—¡Ya me estas lastimando. Me trajiste aquí en contra de mi voluntad sin ninguna esperanza de liberarme y ahora me desvestes y me golpeas. Es muy tarde para pretender que eres bueno. Intentas violarme y esperas que felizmente este de acuerdo con ello!

Retrocedió como si lo hubiera abofeteado pero se recuperó rápidamente.

—Tienes exactamente treinta segundos para estar desnuda. Si no lo haces, te enseñaré lo que es el verdadero dolor.

La única diferencia entre su padre adoptivo y Leo eran sus aspectos. Si Leo fue amable con ella y darle algo de tiempo, ella podía verse a sí misma ir a sus brazos, pero esa fantasía se había ido.



Antes de que soltara la ira que le había prometido, se quitó la camisa y los pantalones, y se cubrió los senos con sus brazos.

—Bragas —dijo, ignorando sus intentos de modestia.

Quería suplicar otra vez, pero la mirada en sus ojos le dijo que no tenía sentido. Se quitó la última pieza de ropa y cerró los ojos fuertemente, esperando por lo inevitable.

—Métete en la cama.

A pesar de que estaba asustada de lo que vendría después, al menos era una oportunidad, momentánea, de cubrirse con las mantas, así que obedeció.

Leo apagó las luces y se metió debajo de los cobertores. Esperó, apenas respiraba. Esperaba a que sus manos estuvieran en ella, tratando de no horrorizarse ante la idea. Estaba muy asustada de él en estos momentos como para sentirse atraída. Si la cogía la desgarraría, estaba tan seca.

—¿Vas a llorar toda la noche? —Su voz era gentil, en contraste del contenido de sus palabras. Las palabras mismas eran crueles y sin sentimientos, pero las dijo con una clase de compasión que la confundía terriblemente.

Faith había tratado de permanecer en silencio, esperando que estuviera dormido y no pudiera escucharlo. Con cada minuto que pasaba, se volvía más esperanzada de que se quedaría en su lado de la cama, pero no podía evitar llorar.

—Lo siento, Amo.

Se levantó y ella se tensó. Pero unos minutos después, un tibio bulto ronroneante estaba en sus brazos. Luego regresó a la cama.

—Gracias —dijo, no muy segura de que hacer con el extraño gesto. Se le ocurrió que no le había agradecido por enviar a alguien por sus cosas y su gato. Había estado muy sorprendida por la acción, muy feliz de ver a Squish. Había sido duro pensar que era inapropiado mostrar gratitud a este criminal.

—Duérmete —dijo.

Squish se acurrucó bajo su mentón, y Faith permitió que el ronroneo la durmiera.

\*\*\*

Leo miró la luna brillando a través de las grandes ventanas apretando los dientes con la respiración regular de Faith dormida, el gato ronroneando en sus



brazos. Era tan simple. Ella se sentía atraída a él. Estaba desesperada por permanecer a salvo. Esa ecuación debió haber resultado bien.

Pero la cantidad de horror que había experimentado ante unas ligeras nalgadas le dijo todo lo que necesitaba saber. Si hubiese quedado alguna duda, cuando deslizó su dedo dentro de ella, la habría disipado. Ella había estado seca. Ninguna excitación. Ninguna reacción. No tenía gustos pervertidos. Ni siquiera un poquito.

En un mundo perfecto, Faith hubiera tenido fantasías secretas de ser dominada toda su vida. Se habría resistido, pero su cuerpo la habría traicionado.

Sin importar que tan asustada y molesta estuviera, su coño habría estado por lo menos un poquito húmedo. Su clítoris hinchado. Estaría sonrojada y aturdida. Si ya lo encontraba físicamente atractivo, cosa que admitió, una ligera nalgada habría hecho reaccionar su cuerpo hacia él en una manera favorable. En cambio la había alterado tanto que pensó que podría hiperventilar.

Traerle el gato había sido la única cosa que pudo pensar que podría calmarla y estabilizarla para que ella pudiera dormir. Y de esa forma él también.



## Capítulo 4

Traducido por TsuParthenopadeus  
Corregido por \*elis\*

Leo se despertó por la tarde para encontrar a Faith sentada en la cama, sus rodillas junto a su pecho y las sábanas enredadas firmemente a su alrededor. Ella se encogió cuando él la miró.

—¿Dormiste bien?

—S... Sí, Amo.

Una mentira obvia. Ella estaba muy asustada para confiar en él. En todo caso, la luz del día acentuó su ansiedad. Sus ojos estaban enrojecidos.

—Ve a tomar una ducha y vístete. Bajaremos a la cocina por algo de comer.

Ella se quedó congelada contra la cabecera, y Leo frunció el ceño.

—¿Quieres empezar tu día con un castigo?

—Por favor, Amo, no. Y... yo... Por favor no me mire.

Esto no estaba yendo bien. Ella se sentía violada sólo estando desnuda en su presencia. Incluso si él no la tocaba. Había sido una noche, desnuda, una nalgada, y ella ya actuaba como un refugiado atormentado. Si él la presionaba más fuerte, tal vez ella se retirara dentro de sí y nunca volviera a salir. La idea de que la estaba dañando con acciones tan pequeñas fue otro clavo más al ataúd no-perverso.

Sus fantasías significaban nada a la luz del ser humano real que estaba arruinando consigo. El ligero peso de su cuerpo se levantó de la cama y ella se escurrió en el baño y cerró la puerta. El clic del seguro se puso en su lugar.

Leo abrió los ojos. Un momento después, ella salió del baño con una toalla enredada alrededor, fue al armario para recuperar algo de ropa y luego se fue de vuelta al baño como un ratón asustado.

Mientras ella estaba en eso, él agarró algunas ropas también y fue al final del pasillo por otro baño y una ducha para estar listo. Durante la noche había soñado con ella. En sus sueños ella era dulcemente sumisa, obediente a todas



sus órdenes, poniéndose caliente cuando él daba una orden, desesperada por complacerlo y bajar de él.

El espacio entre el sueño y la realidad era tan decepcionante que podía matar a su hermano por hacerle esto. Sin embargo, cerró sus ojos y se acarició a sí mismo en la ducha, pensando en su Faith soñada, la chica que deseaba su cautiverio que podía haber sido, pero que definitivamente no era. Incluso si él había planeado torturarse hoy a sí mismo con un intento de extraerla hacia su mundo, él ya sabía que sería infructuoso. Y el costo para ella sería más alto de lo que él podía aguantar.

Se encontró a si mismo enojado, no sólo con su hermano, si no con Faith. Como si fuera su culpa no ser extrovertida. Como si pudiera culparla por estar asustada de él. Su sentimiento fue irrazonable, pero aun así, la furia se construyó mientras se sacudía a si mismo fuera. Después de ducharse, regresó a la habitación para encontrarla en la orilla de la cama como un animal atrapado sin ningún lugar a donde ir. Su furia cayó, remplazada por el miedo en el centro de su pecho. *Le hice esto a ella. Y solo en una noche.* Ella vestía jeans y una camiseta. Sus pies se mantuvieron desnudos, excepto por la gasa que se había mojado en la ducha. Leo fue al baño y tomó el kit de primeros auxilios del armario.

—Necesito ver tu pie y cambiar los vendajes. —De mala gana, ella desenrolló su cuerpo. Antes de mirar a su pie, Leo la empujó entre sus brazos y acarició su cabello. Ella se resistió al principio, su cuerpo se puso tenso e inseguro, luego dejó ir todo y sollozó contra él. Tan joven. Con toda su vida por delante. O eso era como debía ser. Eso era lo que su hermano había robado, lo que Leo había robado. La sostuvo hasta que se acomodó. Luego tomó uno de sus pies en sus manos y comenzó a desenvolver las vendas.

Ningún corte era particularmente profundo, incluso aunque él tuvo que sacar unos pedazos de vidrio de su carne la noche previa. Ella estaba caminando bien, pero sus miedos pudieron haber estado ahogando cualquier dolor que estuviera sintiendo. Cuidadosamente limpió las heridas, aplicando más ungüento y volvió a envolver sus pies con vendas limpias.

Cuando había terminado, se puso de pie y le ofreció su mano. Tomó cada onza de coraje que tenía reservada para poner su mano en la de él.

—Vamos a ir por comida, nada aterrador —dijo él.

Eso no la tranquilizó.

Leo bajó con ella a la cocina y encontró algunas sobras en el refrigerador. Las recalentó en el microondas y le señaló un asiento para ella en la mesa.



Usualmente, los criados lo esperaban, pero habían perfeccionado asombrosos instintos a través de los años y los había hecho callar. Si lo habían hecho por Leo o por Faith, no estaba seguro.

—Espero que te guste la lasaña —dijo, cada vez más incómodo con su silencio.

—S.. Sí, Amo.

Él se preguntó si ella sería alguna vez capaz de decirlo sin el tartamudeo o el temblor en sus manos que la acompañaba siempre que hablaba con él.

—¿Que te gustaría tomar? —Si él quería tener cualquier oportunidad en absoluto con esto, tenía que hacer gestos pequeños, ocasionalmente, dándole la ilusión de opciones.

A cualquier otra sumisa ya la tendría en sus rodillas para ahora. No le habría dado opciones de que comer o beber. Pero Faith no era cualquier otra sumisa. Ella no era una sumisa en absoluto. Ella era su prisionera. Su esclava. Y ahora la palabra se sentía sucia

—¿Pu... puedo tomar jugo de naranja?

—¿Con lasaña?

—Lo siento. Lo... lo que quiera darme está bien.

Él puso un plato y un tenedor frente a ella y metió su comida para calentarla. Fue al refrigerador y, con un poco de inquietud, sirvió el jugo.

—No, si quieres jugo de naranja vas a tenerlo. Simplemente no suena apetitoso. —Un pensamiento horripilante lo golpeó entonces—. ¿Estás embarazada?

Sus ojos se dispararon hacia los de él.

—N.. no, Amo. Simplemente me gusta el sabor.

Extraño, pero si eso le daba un poco de comodidad, le dejaría tenerlo. Incluso si tenía que luchar por no ponerse enfermo por la combinación asquerosa. Al menos era un simple antojo y no un síntoma del embarazo. La idea de tenerla aquí contra su voluntad sería peor con un bebé creciendo dentro de ella y luego un niño pequeño corriendo por ahí.

La comida fue silenciosa. Faith se veía perdida en su propio miedo y la anticipación de que le haría él y Leo no se atrevía a empezar una pequeña charla. Finalmente, dijo:



— Tal vez debería ir más allá de mis expectativas.

Los ojos de ella se lanzaron hacia él y el miedo se volvió más fuerte. Leo trató de ignorarlo.

—Siempre y cuando admitas que me perteneces, y siempre y cuando me obedezcas, tu vida no tiene que ser mala. Puedo darte una buena vida, pero hay ciertas cosas que requiero. Seré tan delicado como pueda si me dejas. —Diciéndolo en voz alta sonaba monstruoso, especialmente teniendo en cuenta su reacción hacia él.

Decidió no mencionar los detalles. Si ella sabía exactamente en que estaba metido él, con las pinzas para pezones y látigos violetas, sólo la asustaría más. Si tal cosa era posible.

—¿Faith?

—¿S... Si, Amo?

A pesar de que no se veía extrovertida, él estaba intrigado de que no se había equivocado cuando se trataba de cómo le había pedido que lo llamara. Lo hacía creer, que en algún lugar profundo adentro había una chispa de algo naturalmente sumiso que él podía despertar.

Incluso si no se expresaba directamente como extroversión... podía... darle la suficiente paciencia y entrenamiento.

—¿Estas familiarizada con BDSM? —Tal vez debería estar preguntándose a sí mismo la misma pregunta, desde que los principios de ese estilo de vida eran: seguro, sensato y consensual, tres cosas que no le estaba ofreciendo a la mujer enfrente de él.

—N... o, en realidad no. M... me refiero a que sé que es. ¿Cómo azotes y cosas? —Su respiración se aceleró. Era obvio que la idea la asustaba. Que parte la asustaba más, él no tenía ni idea, pero la idea general no era algo en lo que ella estuviera. Pero luego, él sabía que cuando presionara su dedo dentro de ella la encontraría mojada.

—Pon tu plato y vaso en el fregadero y sube a mi habitación. Estaré ahí en un minuto.

Ella le dio una mirada, suplicándole, pero hizo como se le había dicho. Recogió los platos y luego los puso en el lavavajillas, luego la siguió.

---

<sup>2</sup> **BDSM:** Es la denominación usualmente empleada para designar una serie de prácticas y aficiones sexuales relacionadas entre sí y vinculadas a lo que se denomina sexualidad extrema no convencional.



La encontró de pie en el medio de la habitación, viéndose perdida, como si no supiera a donde ir o hacer o que pasaría. Leo cruzó el piso hacia ella y se estiró para acariciar su pecho a través de su camiseta. En cuanto a los actos sexuales, este era suave, pero ella se encogió.

—P... por favor no me hagas... —El terror en sus ojos fue demasiado para él. Esto no era lo que quería.

Si, él quería alguien que no pudiera irse y dejarlo cuando quisiera, pero la estaba aterrizando. Él quería una esclava que no pudiera irse, pero también quería una que quisiera servirlo.

—Carajo —dijo él.

La blasfemia la hizo asustarse más, y ella cayó a sus rodillas.

—L... lo siento, Amo —gimió—. Por favor. Haré cualquier cosa que quiera. Lo siento. Lo siento, seré mejor.

—No. Esto no está funcionando.

Ante eso, su cuerpo se puso rígido y él supo de que tenía miedo ella sin decirlo. Si esto no estaba funcionando, ¿él la mataría? Dado lo que ella debía sospechar acerca de su familia, no era un supuesto fuera de ahí, pero no estaba en el negocio de matar mujeres.

—No voy a herirte, pero tu estas muy asustada de mi. Tú no tienes los mismos tipos de necesidad y deseos que yo tengo, y aun cuando pienso que es posible entrenar a un cuerpo para querer esas cosas, no soy un bastardo enfermo lo suficiente para hacerlo sin tu consentimiento. Levántate.

Se empujó a sí misma del suelo, aun temblando, mirando el piso como si se pudiera hacer invisible y ponerse segura de esa manera. Si él iba más lejos, la rompería sin reparo. Se encontró que no tenía el coraje para eso. ¿Por qué no podía ser una sumisa? ¿Por qué no podía haber sido conectada de tal modo que ambos encontraran la felicidad juntos? Él podría tener sus fantasías, y ella tendría las suyas, pero esto no era su fantasía. Era su pesadilla.

—Toma a tu gato y ven conmigo.

Ella se veía confundida y aun con miedo, así que él agregó.

—Te estoy dando tu propia habitación en el ala este. Estarás lejos de mí. Lo siento, yo no te puedo liberar, pero te dejare vivir aquí sin tener que estar asustada de que te toque o te lastime. ¿Está bien?

Ella dio un asentimiento rápido y recogió al gato.



\*\*\*

El sistema de sonido tocaba una siniestra versión de *Carol*, de *The Bells*, mientras leo la llevaba a través de su enorme patrimonio. En silencio Faith se reprochó. ¿Por qué no podía ceder ante él? Ella había salido con un montón de chicos y ninguno de ellos era tan atractivo o rico como Leo. Aun cuando los italianos no eran una rareza en la ciudad, Leo lo hacía ver exótico y salvaje. ¿Por qué no podía hacer lo que él quería? Él no la repudiaba. ¿No era eso algo por lo menos? Pero ella estaba muy asustada. Las cosas en las que él había insinuado que estaba metido... bueno, ella no sabía mucho acerca de ellas. Pero sabía que le asustaban. Sabía que los azotes que le había dado la noche anterior la habían asustado, humillado y herido. Ella sabía que si esa era la primera cosa que le hacía, las cosas se pondrían horribles. Independientemente de lo que estaba a su favor... Esto era demasiado. Y luego estaba la familia de asesinos. Estas personas no eran como ella. Ellos matarían a cualquiera que viera demasiado, supiera demasiado o se metiera en su camino.

Aun así, si seguía adelante con su palabra de dejarla vivir en otra ala de la casa y no herirla, se encontraría extremadamente agradecida, lo suficiente para que ella deseara que él quisiera ser normal. Si no estuviera metido en cosas dolorosas o que dan miedo, casi se podía ver dejándolo tocarla sin encogerse.

Leo se detuvo frente a unas largas puertas dobles blancas y las empujó para abrirlas.

Faith lo siguió y puso a su gato en la alfombra para echar un vistazo y pasear, tendría que volver por la caja de arena.

La habitación era casi tan grande y cómoda como la de Leo, con un baño y un gran armario y una chimenea. La diferencia en esta habitación era la luz. Había mucha luz, y más con nieve en el piso. Tres cuartas partes de la pared estaban cubiertas con ventanas.

Un gran árbol de navidad con tres pequeñas luces que atenuaban y brillaban en un patrón lento junto a la ventana. Adornos verdes y plateados decoraban el árbol y un faldón plateado y dorado estaba envuelto alrededor de la base.

Squish ya estaba enredándose debajo del faldón del árbol para tomar una siesta.

—Las habitaciones en el lado más alejado de la casa son como esta, pero esta es una de las mejores —dijo—. Tendrás un amanecer encantador cada mañana.

Ella sabía que debía agradecerle, pero aun estaba muy asustada de que se retractara, o que usara todo lo que le estaba dando como una justificación para



tomar lo que quisiera después. La forma en que la miraba, ella supo cuanto él lo quería. Esa mañana, su erección se había presionado a través de las sabanas, y ella había estado aterrorizada de que estuviera a punto de forzarla. Se había apretado en una pelota contra la cabecera de la cama, tratando de mantener sus lágrimas calladas así no lo despertaría, su respiración saliendo entrecortada y con pánico.

—Voy a hacer que alguien traiga tus cosas. Puedes ir a cualquier parte de la casa, excepto mi cuarto, el sótano y la parte trasera de la casa que contiene mi oficina y la sala de operaciones.

—¿Sala de operaciones? —Eso sonaba macabro.

—Soy un cirujano. Al menos es parte de mi trabajo. Tengo un consultorio privado aquí con una entrada independiente en la parte trasera. Probablemente no nos veamos mucho, pero si necesitas algo usa el intercomunicador. —El indicó una caja blanca en la pared junto a su cama—. Alguien vendrá y se hará cargo de ti. No tienes que tener miedo de nadie que trabaje para mí. Todos tienen órdenes de dejarte en paz.

Faith se quedó callada, incapaz de mirarlo a los ojos. Estaba asustada de que, si lo hacía, vería el demonio tratando de arrastrarla hacia el infierno.

Ella había visto crucifijos en varios lugares de la casa y algunos otros iconos religiosos, como la estatua de la virgen María en el pasillo de entrada, así que sabía que él debía ser católico. Ella era una católica no practicante, y se preguntaba si esto sería algún tipo de castigo por sus pecados. Ella no había ido a la iglesia desde que tenía memoria. No podía llamar “cielo” a este lugar, pero si Leo seguía con su palabra, tampoco era el infierno. Silenció la voz en su cabeza que decía Purgatorio.

—Realmente siento que hayas sido alejada de tu vida y tus amigos. Mi hermano tiene un mal sentido de lo que es un regalo apropiado para alguien. Voy a dejarte sola ahora.

—Gracias. —Forzó la salida de su garganta antes de que la puerta hiciera clic al cerrarse.

Media hora después los sirvientes vinieron con sus cosas. Ellos habían devuelto sus cosas en las bolsas y cajas en las que las trajeron a la casa y dejaron todo en el piso junto a la cama. No se hizo ningún comentario, pero ella se preguntó cuánto sabía cualquiera de ellos.

¿Sabían que su jefe era sexualmente retorcido? ¿Sabían que ella estaba destinada a ser su esclava para servir esas necesidades? ¿Qué pensarían de ella



siendo movida a la otra punta de la casa? ¿Ellos pensarían que él había visto sus carencias o que tuvo piedad de ella? ¿Por qué se preocupaba por lo que ellos pensaban?

Se quedó fuera de su camino hasta que ellos se fueron sin decir una palabra.

Se puso a trabajar en el desempaco y acomodándolo todo en el armario. Squish salió de debajo del árbol de navidad para meter su nariz dentro de todas las cajas y bolsas vacías. Faith puso el equipaje en el armario, apilando y doblando el resto de los contenedores y poniéndolos fuera de su puerta en el pasillo. Seguramente alguien los pondría lejos. No era como si los fuera a necesitar otra vez. Se había resignado a esta larga prisión ornamentada. Él no podía dejarla ir.

Faith se tumbó en la cama, y el gato saltó para acurrucarse con ella. ¿Qué si Leo se cansaba de mantenerla como un huésped en la casa cuando ella no le estaba dando nada? ¿Qué si se cansaba de alimentarla y cuidarla de otras necesidades que se presentaran? ¿La haría desaparecer? ¿Qué si no podía mantener el auto control de no hacerla su esclava? ¿Cómo se suponía que ella lo llamara? ¿Aún la creía de su propiedad? No era realista asumir que nunca lo vería otra vez. ¿Qué pasaría cuando lo hiciera?

Se estiró a través de la cama para encontrar un control remoto en la mesa de noche. No vio nada a lo que pudiera posiblemente pertenecer, pero cuando presionó el botón, una gran televisión pantalla plana se levantó de un cofre blanco en los pies de la cama. Presionó el botón de nuevo para que la pantalla volviera de nuevo a su escondite.

¿Habría una historia en las noticias? Probablemente no. En el gran esquema de las cosas, ella no era nadie y las personas desaparecían en la ciudad todo el tiempo. Aun así, ella se preguntó que reacción tendrían sus amigos. No habrían sido los mejores amigos pero notarían su desaparición.

Ella imaginó que su jefe estaría enojado al principio, con planes de despedirla a su regreso, y luego, lentamente, vendría la creciente comprensión de que ella no regresaría en absoluto. ¿Se darían cuenta cuando su ultimo cheque no fuera cambiado? ¿Se preocuparían o les importaría? ¿Llenaría alguien el formulario de persona desaparecida?

Su vida tal vez no había sido mucho, pero era de ella. Era un apartamento de mierda, pero podía pagarlo por su cuenta. Era moderada y cuidadosa con su dinero y tenía unos ahorros. Había estado orgullosa de su habilidad de ahorrar mucho... hasta que Leo la había tomado. Si supiera lo que había en su cuenta bancaria, y el hecho de que ella pensara que había mucho dinero, tal vez él nunca dejara de reírse de ella.



KITTY THOMAS

Only in  
*Books*

Tal vez, si él quería... podía usar su propio dinero para reembolsarlo por lo que comía... por un tiempo, al menos hasta que se acabara. Tal vez, si hacia un esfuerzo, él no se resentiría con ella o se enojaría mas. No podía imaginarlo estando bien con este plan indefinidamente.

Página 38

MAFIA  
*Captive*



## Capítulo 5

Traducido por Whitesnow  
Corregido por \*elis\*

**H**abían pasado tres días completos antes de que Leo viera a Faith otra vez. Había sido cuidadoso de evitarla, así como él sabía que ella había sido cuidadosa de evitarlo. Pero era inevitable que se encontraran eventualmente. Como sucedió, ambos fueron a la cocina una tarde al mismo tiempo para un almuerzo tardío.

Se sobresaltó cuando lo vio, y tuvo que tragar una blasfemia. Se encontró a sí mismo molesto con ella. Había alterado su rutina para estar lejos de ella. La estaba dejando vivir. No la estaba molestando. Estaba cubriendo sus necesidades y dándole comodidades. No estaba haciendo nada malo. Excepto mantenerla encerrada en contra de su voluntad.

La había visto desnuda. Una vez. Y tocado sus senos. Una vez. Y azotado. Una vez. Nada de esas cosas deberían ser la causa para tanta ansiedad y sobresaltos, no importaba quien era su familia. Miró hacia abajo notando su erección y sabía que ella también tuvo que haberlo notado.

—No te voy a lastimar —dijo. Pero la manera brusca en que lo dijo no sonaba creíble para sus propios oídos. Durante las tres noches pasadas había fantaseado con ella, viniendo ante el pensamiento de ella atada y vulnerable. Azotándola. De hacerla llorar, suplicar y llamarlo Amo mientras yacía desplomada a sus pies. Incluso su miedo lo excitaba en sus fantasías.

Él quería tomarla. Debería estar agradecida y feliz de servirle. Le había salvado la vida. Si no fuera por el extraño regalo de navidad anticipado de Ángelo y la disposición de Leo de llevarla a casa con él, ella estaría en el fondo del puerto ahora mismo. Y ambos lo sabían.

Se giró y se escabulló de vuelta a su parte de la casa. Debía tener hambre así que les hizo a ambos un sándwich. Se comió el suyo en la cocina, luego se dirigió a su habitación. No tenía por qué, pero tocó a su puerta.

—¿Qui... quién es? —Ella sabía muy bien quién era.

*Tu señor y amo. El hombre al que le perteneces. El hombre al que le debes tu vida y cuerpo.*



—Es Leo. Te traje algo de comer. —No esperó a que lo invitara a pasar o le abriera la puerta. Era su jodida casa.

Una vez adentro, colocó la bandeja en una pequeña mesa de cartas. Le trajo papas, té y un sándwich.

—Gracias —masculló.

Se dio cuenta que ella no lo abordó. ¿Pero a quién engañaba? Si no podía romperla y entrenarla, no podía cambiar la manera en que se dirigía a él. Descubrió que extrañaba escuchar la palabra salir de su dulce boca.

Pensó en unos días atrás, cuando ella había estado tan asustada de que la lastimaría, cuando ella se arrodilló ante él. La dejó a solas con su comida antes de que su erección regresara.

Cuando regresó escaleras abajo, su mayordomo, Demetri, sujetaba un teléfono móvil.

—Es su madre señor.

Leo tomó el teléfono. ¿Qué nuevo purgatorio era este?

—Hola, Ma —Leo apenas logró decir la frase cuando ella comenzó a lloriquear emocionada en un rápido flujo de oraciones. Algunas de ellas terminaban donde comenzaban otras.

—Ángelo me dice que tienes una chica ahora. Dice que te vas a casar. ¿Cuándo le ibas a decir a tu pobre madre? ¿Cuándo todos estuviéramos allá? Toda la familia está muriendo por conocerla. ¿Cuál es su nombre? ¿Faith? ¿Es católica? ¿Es una buena chica, Leo?

—Ma... —dijo Leo, tratando de calmarla. Esto no era bueno. Su familia estaría aquí durante una semana para navidad. Él todavía no había pensado que iba a hacer con Faith. Tan horrible como fuera para ella, había considerado encerrarla en el calabozo durante un tiempo y hacer que Demetri le llevara las comidas. Al menos de esa forma evitaría ser cuestionado. Quizás para el próximo año podría confiar en ella lo suficiente para dejarla estar con su familia bajo un pretexto u otro, quizás como una nueva ama de casa, sirvienta o enfermera para su práctica.

Pero él ya sabía que al encerrarla en el calabozo sólo la aterrorizaría y lo haría sentir como un monstruo. Estaba casi contento de que ocultarla ya no fuera una opción ahora. ¿Seguramente Ángelo no habría implicado que Leo haya conocido a Faith el tiempo suficiente como para proponerle matrimonio? Eso lo tuvo que haber sacado de otro lado.



Las mujeres en su familia eran un montón de chismosas. Podías comenzar con la más simple de las historias y terminar con amores ilícitos, asesinatos y un funeral sin un cuerpo para el final.

—Lo digo en serio, Leo. Estoy muy disgustada que no me hayas dicho nada de esto. ¡Y si está viviendo bajo tu techo como dice Ángelo será mejor que te estés casando con ella! ¡Sabes que no me gusta que mis hijos vivan en pecado!

Él sabía que ella se refería a Ángelo y Davide. Él podía prácticamente escucharla persignarse a través del teléfono. El impacto de la revelación de su hermano la había casi matado y todavía ella no lo había superado. Por supuesto. Esa era la razón por la que Ángelo dijo que Leo se estaba casando para quitarse la atención de él este año.

Suprimió un gruñido.

—Sí, Ma. Nos estamos casando. Ya me le propuse.

Si ellos sabían acerca de Faith, el bien podría tener un matrimonio falso. Él nunca se quitaría a su madre de encima si pensaba que ellos estaban viviendo en pecado. Se preguntó: *¿Qué pensaría ella si supiera que Faith estuviera allí en contra de su voluntad? Nada bueno.*

—¿Sin nosotros haberla conocido?! ¡Te criamos mejor que eso! ¡No puedo creer que te hayas comprometido sin siquiera haber llamado a tu pobre madre! ¿Es católica? Por favor, dime que al menos ella es católica.

No tenía la menor idea si era o no era, pero que era otra mentira más para el montón.

—Sí, Ma. Por supuesto que es una buena chica católica.

—¿Qué hay acerca de su familia? ¿Son una buena familia?

—Ella no tiene familia —dijo, insertando una gota de honestidad a la conversación.

—Oh, esa pobre chica. Bueno ahora ella tendrá una gran familia.

Eso fue todo lo que basto para enfocar a su madre en otro tema.

—¿Es irlandesa? Sé que has salido antes con pelirrojas, pero a Sal no le gustará que haya sangre irlandesa en la familia. Por favor, dime que no es irlandesa.

—Sí, es pelirroja.



—Benedica la Vergine Maria —susurró. Bendecir a la Madre Virgen era la reacción de Gina a cualquier escándalo. Si su madre supiera el escándalo completo, ella estaría rezando el Santísimo Rosario sin parar hasta el Año Nuevo.

—Ma, estoy apurado. Pero te veré el próximo fin de semana.  
—Intercambiaron las usuales palabras de despedida y desconectó la llamada. Demetri levantó una ceja.

—Ni lo menciones —dijo Leo—. Ve a Tiffany's y compra un anillo de compromiso. Algo que luzca convincente... como si lo compré para alguien por quien estoy profundamente enamorado. —Por supuesto, cualquier anillo de Tiffany's daba ese mensaje.

—¿Qué si la chica no está de acuerdo, Señor?

Con Faith siendo trasladada al otro lado de la casa, el personal sabía que se había vuelto suave y la había dejado sola.

La expresión de Leo se endureció.

—Si Faith no coopera, ella pasará las navidades atada en el calabazo.

Los ojos de Demetri se ampliaron un poco. Pero luego se retiró para cumplir con la orden.

\*\*\*

Faith se sentó en un escritorio cerca de un árbol de navidad, haciendo garabatos en un bloc de notas mientras pasaban un programa de comedia en la TV al fondo. Ella había terminado su almuerzo varias horas atrás y estaba hambrienta otra vez. El sol ya se había puesto, pero estaba asustada de dejar su habitación para ir a la cocina, asustada de encontrarse con Leo. Quería utilizar el intercomunicador y enviar a un sirviente por su comida, así ella podía quedarse escondida y segura en su habitación. Pero sin importar lo él había dicho acerca de que ellos podían atender sus necesidades, ella estaba asustada de hacerlos enojar o que se lo dijeran a Leo y que este se enojara. Seguramente él no quiso decir que ella podía ordenar servicio al cuarto con esa cosa.

Había intentado ofrecerse a pagar por la habitación y las comidas, al menos hasta que su dinero se agotara, esperando a que eso pudiera apaciguarlo. No era como si su dinero le hiciera algún bien de otra forma. Pero cuando ella lo vio parado en la cocina, la realidad de él volvió hacia ella. Era tan alto y fuerte. Ella había sentido la evidencia de su fuerza cuando él la había sujetado y azotado esa primera noche. La intensidad de sus ojos y la severa línea constante de sus labios la asustaba. Y esa cicatriz en su cara...



A pesar de que había sido más amable con ella que su gemelo, esa cicatriz le daba un toque de oscuridad y dureza, mucho menos accesible.

Ella se sobresaltó cuando la puerta se abrió, no hubo un toque esta vez. Él se paró en el marco de la puerta, como si la muerte viniera a reclamarla. Faith trató de calmar su respiración, pero él nunca la miraba calmadamente.

Siempre la veía con una intensidad que la hacía temerosa de respirar, de existir. Como si ella necesitara permanecer muy quieta y callada para permanecer viva.

Él dio unas zancadas a través de la habitación, tan rápidamente que ella no pudo detenerse a sí misma de encogerse. Cuando llegó hasta ella, colocó una pequeña caja sobre el escritorio. Parecía una caja de joyería.

—Ábrelo —gruñó cuando ella se quedó viendo la caja.

¿Qué podía contener esa caja? La respuesta obvia era una joya, pero Faith no podía pensar en una razón por la cual su captor le regalaría una joya.

Su mano temblaba cuando agarró y abrió la caja. Ella no pudo ocultar su jadeo. Qué roca.

—¿Q... qué es esto?

—¿Acaso nunca has visto un anillo de compromiso antes?

—S... sí, pero...

—Mi familia va a estar aquí el próximo fin de semana por las navidades. Vas a pretender que eres mi prometida durante ese tiempo. —No era una petición.

—Yo... yo, ¿q... qué sucederá? ¿Q... qué harás?

—¿Me encuentras así de repulsivo?

—N...no. —Se encogió ante la mirada decepcionada en su rostro. Cada vez que ella terminaba una oración ahora, él ponía esa cara.

—Seguirás durmiendo en este lado de la casa. Mi madre es muy religiosa y no estaría contenta si nosotros compartimos una habitación. Sólo fingirás estar enamorada de mí cuando todos estemos juntos. Lo máximo que harás será tomarnos de la mano y un par de besos.

—Yo...

—Ponte el anillo. Ahora.



Su voz adquirió ese tono otra vez, y ella se apresuró a obedecerle. Se sorprendió de que le quedara.

—E... esto debió haber costado una fortuna. —Respiró, casi atrapada en la fantasía. Por un instante, ella podía ver la habitación, el árbol y el anillo, e imaginar que era la propuesta de un novio rico antes de navidad. Pero sólo por un momento. Luego volvió a la realidad de su situación, este hombre que ella no conocía y en quien no podía confiar, quien podía estallar y hacerle cualquier cosa en cualquier momento.

—Fue un poco caro, sí. Pero mi familia nunca creería el engaño si no lo fuera. Me conocen demasiado bien. Ahora, ¿harás lo que te pido y pretender que estamos comprometidos? Te advierto que si la verdadera naturaleza de tu estadía aquí sale a relucir, desaparecerás. ¿Entiendes lo que digo?

—S...sí —susurró. La manera casual en la que hablaba de matarla era exactamente la razón por la que estaba tan asustada. Su brújula moral tenía una aguja torcida.

—¿Si entiendes o si lo harás?

—¿Te... tengo una opción?

—Claro que tienes una opción. Si no quieres pretender ser el amor de mi vida, o si no me pareces muy convincente, serás encerrada en el calabozo hasta que se vayan.

—¡Por favor, no! —Sus palabras salieron con mucha fuerza, que la avergonzaba. Pero la idea de ser encerrada en un... calabozo... era demasiado. No se le había ocurrido que él podría tener tal cosa, pero ahora que lo había mencionado, no dudaba de su veracidad—. L... lo haré. Ha... Haré lo que quieras, sólo po... por favor no me hagas eso.

—Será mejor que no lo arruines. —Sus frías palabras la atemorizaban, pero debajo de ellas, ella podía ver el miedo en él de que ella hiciera algo que lo llevará a matarla. Deseó que pudiera asegurarle que no había manera de que ella lo haría enfadar.

—N... no lo haré. Lo prometo.

—¿Entiendes las consecuencias si lo haces? — Sus palabras estaban llenas de desesperación.

—S... sí.



Su vida había estado en un precario equilibrio desde que vio a Ángelo jalar el gatillo en aquel callejón y el cuerpo caer al piso. Estaba lejos de salir del bosque, si es que había una salida. No estaba segura de que la hubiera.

—Estoy contento de que estés tan dispuesta. —Buscó en los bolsillos de su chaqueta y sacó dos pilas de papeles engrapados—. Llenarás estos papeles y responderás lo más honestamente posible. Necesito estudiar tus respuestas así nos conoceremos suficientemente bien para cuando llegue mi familia. El otro paquete tiene mis respuestas a las mismas preguntas. Aprenderás mis gustos y desagrados y lo suficiente de mi trabajo para hacer parecer que perteneces aquí.

Se mantuvo a su alrededor, lo que la ponía más nerviosa. Las simples preguntas como su comida preferida se volvían difíciles de responder ante la presión que crecía con su presencia.

—Atrás del otro paquete está la historia de cómo nos conocimos y de cómo me propuse. Esa es una de las cosas más importantes por aprender ya que todos preguntarán.

Luego de varios minutos, él fue hacia la puerta.

—Me acompañarás para cenar dentro de media hora, trae tus papeles contigo. Tendrás que acostumbrarte a estar a mí alrededor y a mi toque. Si te encoges cada vez que me acerque, creerán que te golpeo.

Cerró la puerta silenciosamente detrás de él, y Faith volvió a las preguntas, tratando de no mirar a la gigantesca roca en su mano. El problema con pretender era que... si él era un actor decente, si él era amable y gentil mientras su familia estuviera aquí, ella comenzaría a querer que fuera real, pero cuando se fueran todo volvería a ser como antes, el hechizo roto.

Al menos con su familia aquí, ella estaría a salvo. Él iba por muchos problemas para no alterarlos.

Cuando terminó las preguntas, tomó los papeles y fue a la cocina. Dos platos habían sido colocados junto con tazones de ensaladas y vasos de vino. Uno de los sirvientes discretamente llenó los platos y los tazones. La cena era ensalada César, pollo a la parmesana con risotto y algún vino rojo. Leo bebía vino prácticamente con cada comida y parecía entusiasmado de romper su hábito de jugo de naranja.

Faith comió mientras él miraba sus respuestas. Ocasionalmente decía "mmmm" entre bocados. Trató de mantenerse enfocada en su comida. Ella solo quería terminar con la comida y volver a esconderse. Cuando terminaron, comenzó a levantarse para volver a su habitación, pero Leo la detuvo.



—No. Tenemos menos de una semana antes que lleguen. Tenemos que practicar. Ven conmigo.

Dejó los papeles sobre la mesa y la guió por el pasillo a una sala de estar. La ausencia de los cuestionarios no dejaba duda de lo que practicarían. Trató de no tener un ataque de pánico mientras lo seguía.

La había dejado en paz por tres días. No había intentado nada. No la había matado. Nadie había hecho algo para lastimarla. Pero la amenaza del calabozo estaba presente. Si ella se alejaba de él varias veces, ¿la encerraría? No podía evitar estar acostumbrada a hombres menos intimidantes, hombres que la dejaban tomar las decisiones aunque no le gustaba mucho. ¿No había términos medios con los hombres? ¿Un hombre que tomara el control pero que no fuera tan déspota ni aterrador?

Trató de imaginarse como sobreviviría estando atada en la oscuridad por una semana, si Leo se hartaba. ¿Alguien la alimentaría? Tendrían que. Por lo menos darle agua o moriría. ¿Le importaría si moría? Quería creer que no era un monstruo, pero no podía bajar su guardia y dar por sentado algo tan básico. No cuando sus mundos eran tan diferentes.

Leo se sentó en un sofá de cuero marrón al fondo de la habitación.

—Ven a sentarte junto a mí, Faith.

Era raro que se le haya dado tal nombre, cuando ella nunca tuvo mucha fe en nadie ni en nada. Incluso la religión había inspirado solo un poco de duda. Cada vez que su nombre era mencionado, se burlaba de su incapacidad de confiar.

Se sentó en el otro extremo del sofá, y él levantó una ceja.

—¿En serio? ¿Así es como se sienta una pareja comprometida? ¿Cómo si tuvieran miedo de un contagio? Siéntate a mi lado. —Golpeteó el cojín a su lado y ella se acercó de mala gana.

Cuando estuvo a su alcance, la jaló más cerca, así su muslo presionaba el de él. Su brazo la rodeó, obligándola a recostarse contra él.

—Relájate. —La tranquilizó, sus dedos acariciando su cabello.

Ella se tensó más. Si él comenzaba a tocarla, ¿qué lo detendría? Ella había visto su excitación siempre que estaba cerca. Él quería cogerla. Lo que sea que lo detenía, podía dejar de hacerlo en cualquier momento. Lágrimas silenciosas se deslizaban por sus mejillas. Luego fueron menos silenciosas, haciendo que



sus hombros se sacudieran mientras ella trataba de mantener sus emociones bajo control.

—No puedes hacer esto cuando llegue mi familia. Tienes que parar ahora o no tendré otra opción que encerrarte en el calabozo.

—No, p... por favor, A... Amo. Trataré de hacerlo mejor. Por favor deme una oportunidad.

Esta vez, fue Leo quien se tensó y se quedó quieto. Faith no estaba segura por qué lo había llamado así. Ella estaba tan confundida. Desde que había mencionado el calabozo y ser encerrada ahí, ella ya no podía verse a sí misma como una invitada, si alguna vez creyó esa ilusión en primer lugar. Quería apaciguarlo, hacerlo lo suficientemente feliz para permanecer viva y segura.

—No puedes llamarme así cuando ellos estén aquí. No lo puedes olvidar accidentalmente. Así que empieza a llamarme Leo.

Se sonrojó. Era suficientemente humillante ser forzada a llamarlo Amo cuando lo demandó, pero decirlo sin pensarlo y ser corregido la hacía querer morir.

—L... lo siento, L... Leo.

—Y tienes que deshacerte de ese tartamudeo.

Era demasiada presión. No tartamudear. No encogerse. ¿Cómo iba a hacerle creer a las personas que estaban comprometidos, perdidos en el amor? Ella tendría que hacerlo si quería sobrevivir en esta casa. Tendría que obligarse a creerlo si quería que ellos lo creyeran. Tendrá que dejar ir todas sus reservaciones y abrazar la fantasía, sin importar lo poco que durara.

—Dime algo que no sepa de ti —dijo.

Fundió su cerebro tratando de pensar en algo. Él no sabía mucho de ella, incluso con el cuestionario, pero no podía recordar algo importante.

—Puede ser cualquier cosa. Quiero conocerte mejor.

No eran las palabras de un chico en una cita con una chica. Eran las palabras de un hombre resuelto interpretando una obra Maquiavélica.

—Hasta hace unos meses, tenía dos gatos. Uno estaba muy viejo y enfermo por lo que tuvo que ser puesta a dormir. Pensé en comprar un gatito porque Squish se sentía solo y deprimido pero...

—¿Pero?



Faith miró hacia sus manos.

—Tu hermano.

—Ya veo —Estuvo en silencio por un largo tiempo, acariciando su cabello hasta que comenzó a relajarse contra él. Cerró sus ojos y pretendió que era un novio o una cita, alguien con quien ella fue voluntariamente. Alguien quien le gustaba y confiaba. Su respiración comenzó a tranquilizarse. Si quería que hiciera esta actuación para su familia, no la lastimaría antes de que llegaran ahí.

—Bien. Eso está mucho mejor —dijo—. Ahora siéntate derecha para mí.

Se enderezó, y el dorso de su mano rozó su mejilla. Se alejó rápidamente por reflejo. Su instinto de supervivencia decía peligro, y ella respondió de la única manera que sabía... encogerse, volverse más pequeña... tratando de esfumarse hasta que el depredador se olvidara de ella.

—No —dijo firmemente—. Me dejarás tocarte.

Faith peleó consigo misma para permanecer quieta y aceptar la manera en que tocaba su mejilla. Tomó otro par de minutos para que su cuerpo se relajara y aceptara la gentil caricia.

Después de unos minutos, quitó su mano de su mejilla. Ella se inclinó hacia adelante, sintiéndose desprovista por la ausencia del toque con el que comenzaba a sentirse cómoda. Luego entrelazó su mano con la de ella, su pulgar acariciando su dorso.

La hacía sentir como una adolescente, su estómago se agitaba y se ponía nervioso. Aunque sus miedos eran muy diferentes de los miedos infantiles de una chica tomada de la mano con un chico por primera vez.

Sin advertencia, la jaló hacia él, su agarre firme en su nuca, inclinando su cabeza como quería, y luego la besó.

Al principio se congeló, asustada de que no se detendría con un beso, pero luego de que sus labios acariciaran los de ella unos segundos, él se separó.

—Tenemos que trabajar en eso. Nadie creará ese beso.

El calor subió a sus mejillas, bajó la mirada hacia sus manos.

—L... lo haré mejor.

—Sí, lo harás —dijo—. Busca tus papeles. Puedes volver a tu habitación. Espero que estudies y sepas todo lo que está en esos papeles para mañana en la noche.



Faith se levantó sin decir una palabra y se marchó hacia la cocina. Cuando regresó a su cuarto, aseguró su puerta. Él probablemente se molestaría si la encontraba cerrada, pero era la única forma de sentirse lo suficientemente segura para dormir.

\*\*\*

Leo contempló el enigma que vivía en su casa. Tenía que ser una sumisa. En algún lugar profundo. Había estado sorprendido por sus respuestas que ella no era virgen. Su miedo hacia él lo había hecho creer que lo era. De hecho había tenido varios novios en la universidad, y era lo que él llamaba experiencia. Aun así, ella no se sentía experimentada con él. De ninguna forma. Se imaginó que los chicos con los que estuvo sólo fueron eso... chicos. Quizás ella no estaba lista todavía para un hombre maduro con una vida establecida y con poder perceptible.

Trató de ver las cosas desde su perspectiva, y admitió que podría sentirse como ella lo hacía, pero nunca se encontró con una que se comportara así. Claro, tampoco había tenido una como rehén.

Las mujeres que llegaban a su cama sabían sus exigencias. Se arrodillaban, obedecían y servían o se iban a casa. La mayoría que intentaban seducirlo encontraban la cicatriz en su cara, atractiva. Habían estado entusiasmadas por la evidencia de oscuridad en su mejilla.

Cuando Faith lo llamó Amo otra vez, Leo había estado aturdido. Lo hacía querer corromperla y entrenarla. Si tuviera más tiempo... si su familia no estuviera pisándole los talones, él podría hacerlo. Se recordó a sí mismo que ella no había mostrado alguna indicación física de gustos pervertidos. Incluso actividades de vainilla con él la perturbaban.

Quizás tenía una necesidad de servir, en una manera no sexual. Pero él no sería feliz con eso. Él quería una sumisa que calentara su cama. Escuchar la palabra Amo salir de su boca porque ella pensó que eso era lo que él quería oír, sólo lo hacía querer reclamar su propiedad. No tenía idea del fuego con el que jugaba, y el problema era que... lo había hecho inocentemente, sin ninguna idea de lo que podría despertar.



## Capítulo 6

Traducido por val\_mar  
Corregido por \*elis\*

**E**n la cena de la noche siguiente, Leo le preguntó sobre el cuestionario, sorprendido de que ella hubiera estudiado mucho.

—Dime qué sabes sobre mi trabajo —dijo él, mientras cortaba su filete al estilo Nueva York.

Ella tomó una profunda respiración.

—T... tú fuiste a la escuela de medicina y te convertiste en un c... cirujano, pero sentías que las maquinas de corazón-pulmón que necesitabas podrían mejorar...

—¿Faith?

Ella levanto la vista como un conejo en una trampa, una mezcla de dolor y temor en su rostro. O quizá la anticipación del dolor.

—No más tartamudeo. Lo digo en serio. Se está volviendo cansado. Tenemos cuatro días. Tienes para salir de ese temor para entonces o tengo que ponerte en el calabozo.

Leo colocó una mano sobre las suyas; ella brincó y miró a su plato.

—Mírame.

Ella alzó la vista, su labio temblando.

—No quiero ponerte ahí abajo. Si lo hiciera, no perdería este tiempo en ti. Pero cuido de mi familia. La mujer no necesita saber sobre este negocio sucio. ¿Entiendes?

Ella asintió.

—Ahora trata de hablar naturalmente y decirme el resto.

Con gran esfuerzo, ella empujó las palabras fuera de su boca, trabajando para mantener el tartamudeo alejado.

—T... tu diseñas una mejora en las m... máquinas y obtuviste una patente, y ahora las vendes a hospitales y cirujanos de todo el país, que es de dónde tu



dinero viene. —Reunió valor mientras hablaba—. Aun haces cirugías dos días a la semana, y con tu dinero, abriste una clínica privada aquí cuando tenías esta casa construida.

—¿Y? ¿Qué hay de la sangre?

—Oh. —Ella enrojeció por el descuido—. Estas envuelto en consultoría y sangre artificial, y has estado ocupado para dirigir unas pruebas clínicas, lo que haces en un laboratorio que has establecido junto a tu teatro de operación. Comenzaran trayéndote unas cargas regulares de la sangre a finales de la próxima primavera.

Él no esperaba que todo esto surgiera, pero si alguien comenzaba a hablar sobre su trabajo, era la clase de cosa que ellos habían esperado de él para discutir con su prometida, particularmente desde que él no estaba involucrado en los negocios familiares.

—Muy bien. ¿Qué hay sobre el personal de la casa? —preguntó Leo, volviendo al cuestionario.

Ella estaba confundida por un minuto.

—Oh. Enviaste a algunos de ellos a través de la escuela para ser enfermera y asistente con las cirugías y recuperación, permitiéndoles cuidar de la casa y ayudarte con tus negocios.

—¿Cuántas salas de recuperación hay en el lugar?

—Tres.

Su voz salió tan pequeña que cuando le habló, él no podía decidir que quería hacer más: atarla, azotarla, o confortarla. Tan noble como él deseaba creer su gesto de dejarla vivir en otra ala, no podía estar seguro de cuanto autocontrol mantenía. ¿Cuándo tomaría lo que era suyo?

—Dime cómo nos conocimos.

—Nos conocimos en una tienda en la ciudad. Había olvidado mi cartera y tú te o... ofreciste a pagar. —Tomó una profunda respiración—. Entonces me preguntaste para salir. Y dije que s... sí. —Ella apretó sus ojos cerrados como si la mentira fuera demasiado dolorosa para hablar.

Leo le acarició el brazo.

—No tiene que lastimarte, Faith. Confía en mí. Todo lo que quiero es para proteger ese amor. No permitiré que Ángelo vaya a prisión. Y si lastimas a la mujer, especialmente a mi madre, por dejarlos saber la verdadera naturaleza de



nuestro arreglo, te lastimaré. Esa es la única razón por la que deberías temerme. Es muy simple aquí.

Mientras ella lo miraba por debajo de las gruesas pestañas, supo que ella quería creer que si hacía bien su papel, iba a estar a salvo.

—¿L... Leo?

Se forzó a sí mismo a mantener su temperamento. Ella trataba de no enfadarlo con su tartamudeo.

—¿Sí, Faith?

—¿Qué pasa después de navidad? ¿Aún voy a estar viva?

¿Qué clase de pregunta era esa?

—Por supuesto que aún estarás viva. Si te quisiera muerta, te hubiera dejado con Ángelo.

Hubo una larga pausa mientras ella reunía coraje.

—¿Qué sucede luego? ¿O el siguiente año? ¿Me encerraras en el calabozo? No podemos pretender estar comprometidos por siempre.

Así que allí era a donde iba.

—Lo sé —dijo—. Tendremos que casarnos. Pensaba en el próximo junio. Todos aman las bodas en junio, y mi madre estará en el paraíso de las bodas. Cierra tu boca cuando mastiques tu comida, por favor —dijo él en respuesta a su boquiabierta impresión.

—No puedo hacer esto —susurró ella.

\*\*\*

Faith corrió hacia abajo por el pasillo hacia la entrada y voló por las escaleras a su habitación. Una vez que la puerta estaba bloqueada, se presionó contra la madera y se deslizó en la alfombra. Sus sollozos vinieron entre jadeos estrangulados por aire.

Lo que él demandaba de ella era muy cruel. Pretender que ella lo amaba. Pretender que eran una pareja. Tener un matrimonio falso. Todo mientras fuera una princesa encerrada en una torre sin amor verdadero o vida para llamarla propia. Quería sobrevivir y estar a salvo, ¿pero qué clase de vida era esta? ¿Qué clase de seguridad?

Habría dejado ir todo si eso significara seguridad.



—Faith, desbloquea esta puerta, ¡ahora! —La voz de Leo resonaba desde el otro lado de la puerta, enviando vibraciones a lo largo de su espalda como si sus manos estuvieran en ella.

No podía respirar. Si abría la puerta, podría lastimarla. Si no la abría, él podría romperla y lastimarla. Su mente recordaba la noche que la había azotado por una infracción similar. ¿Lo haría de nuevo? ¿O peor? ¿Por qué bloqueó la puerta? ¿Por qué dejó la mesa?

—¿V... vas a l... lastimarme?

—¡Te lastimaré si no dejas el jodido tartamudeo! —gritó.

Ella desbloqueó la puerta y corrió a encerrarse en el closet, acurrucándose en la esquina. Todo lo que quería era alejarse de él. *Dios, déjame caer a través de alguna otra mágica dimensión, lejos de este lugar. ¿Por qué él no podía dejarla sola?*

Se abrazó a sí misma mientras los pasos se aproximaban a ella ocultando el lugar obvio.

—Sal. Ahora. —La ira aún estaba ahí, pero era apagado detrás de su débil autocontrol.

—Por favor, Leo...

Su respiración era dura fuera del armario cuando se apodero de él. Rogó que él pudiera gobernar su temperamento y que no se desquitara con ella.

—Lo siento. Lo siento. Lo siento. —Ella había caído atrapada en un espiral y no podía parar de decir las palabras, esperando que pudieran calmarlo.

Su respiración regresó a la normalidad, y entonces parecía alejarse. Fue suficiente para darle el coraje para dejar el armario.

Leo se sentó en el borde de la cama, mirándola.

—Ven aquí.

—Por favor...

—Ven. Aquí.

Se unió a él, y la rodeó con sus brazos y la sostuvo. ¿Un intento de confort? Él lo sabía, su toque no podía confortarla. Pero de alguna manera, lo hizo. Cuanto más la tocaba, más se encontró a sí misma desensibilizada al temor de ello.

—Lo siento —dijo él contra su cabello—. No tengo otras opciones.



—Puedes dejarme ir. Lo juro, no diré nada sobre lo que vi, o sobre ser retenida aquí. Volveré a mi vida y estaré callada. Nunca hablaré de esto. Por favor. —Entonces dijo algo que esperaba fuera verdad pero no estaba segura—. S... sé que no quieres hacer esto. Puedes confiar en mí. Lo prometo no hablaré.

Él acarició su cabello.

—La familia es primero. No tomaré el riesgo. Y no tienes idea de las cosas que quiero hacer cuando estés preocupada. Reza para nunca saber.

A pesar de la irracionalidad del acto, ella se encontró aferrándose a él, porque era la única cosa para aferrarse. Podía protegerla de Ángel. Tenía que recomponerse si quería su protección.

Su voz era tranquila cuando hablo de nuevo.

—El siguiente verano te convertirás en mi esposa sólo de nombre. No te forzaré. No te lastimaré. Las cosas estarán como han sido en los días pasados. Sé que estás perdiendo mucho. Deseo que las cosas pudieran ser diferentes para ti. Por favor cree eso.

Se alejó de ella y la ayudo a ponerse de pie.

—Ve a terminar tu cena. Aún necesitamos practicar y finalizar de repasar nuestras respuestas en el cuestionario.

Faith colocó una mano temblorosa en la suya y le permitió llevarla de vuelta a la cocina donde su comida había sido dejada. Él puso su plato en el microondas y lo calentó por cerca de un minuto, entonces hizo lo mismo con el suyo. Mientras comía, él acariciaba su brazo y ella trató de no sacudirse de él.

—¿Tienes alergia a alguna comida?

La pregunta la tomó por sorpresa.

—No, ¿por qué?

—Se me ocurrió que siendo irlandesa, así como no tienen navidades, podrías no estar familiarizada con nuestras tradiciones. Nuestra gran cena es Nochebuena. Tenemos mucho pescado, incluyendo mariscos, y tendemos a tener montones de galletas que tienen nueces en la mesa veneciana.

Faith hizo una cara.

—¿Pescado para navidad?

—Es una cosa católica-italiana. Lo llamamos La Fiesta de los Siete Peces. No todos los italianos lo hacen, pero ha sido una tradición con mi familia en



Brooklyn desde antes que yo naciera. Tenemos siete diferentes platos de mariscos: calamar, scungilli, que es un manjar de concha, bacalao, camarón, almejas con pasta, a menudo langosta con pasta y salsa roja, y luego algo como salmón o trucha. Y por supuesto hemos tenido otras cosas que no tienen mariscos, como espagueti sin la carne y antipasto.

—¿Qué es antipasto?

—¿Estás bromeando? Lechuga, pimientos asados, aceitunas, anchoas, y queso principalmente. Luego en la mesa de postres tenemos Baci DiDama, que son sándwiches de merengue de avellanas rellenos de chocolate. Tenemos galletas de estrella de avellana y cereza, y pignoli, esas son galletas de piñón. Mi tía Lily hace una media galleta de arco iris con una avellana rellenándola, incluso piensa que no es italiano. Y por su puesto encontraras algo de cannoli y varias frutas.

Leo entró a una clase de trance. Sin dudar que él estaba perdido dentro de las memorias de las fiestas que Faith no podía pretender entender.

Después de la cena pasaron por el resto del cuestionario. Ella sabía todas las respuestas. Las había repasado una y otra vez, la amenaza del calabozo colgando sobre su cabeza. La parte difícil sería pretender que lo amaba. La parte fácil era los hechos y las cifras. Se había aplicado con obstinación a aprender todo lo que él había escrito, esperando que pudiera impedir que la encerrara durante navidad.

Cuando él estuvo satisfecho con su conocimiento, la llevó a una habitación diferente. Este tenía una gran pantalla plana contra la pared. Puso un disco en el reproductor, apago las luces, y se unió a ella en el sillón. Era una parodia de una cita: una película para chicas y su brazo alrededor de ella.

La película era la típica comedia romántica con la típica línea de argumento. Si habías visto una, habías visto todas. Sería lindo perderse en ella, pero no podía. Ella se preguntaba si podría haber visto esto, o algo parecido si hubiera estado en casa con su gato esa noche en lugar de salir.

A la mitad de la película, Leo giró la cara de ella hacia él, y sus labios se encontraron con los suyos. Ella aun helada cuando lo hizo, incapaz de relajarse debajo de su toque, dadas las circunstancias.

Él se alejó.

—Dame, Faith. Todo lo que tomaré de ti son castos besos. Puedes darme eso. Estarás haciendo mucho de esto cuando mi familia llegue. Sería mejor que te acostumbres a esto.



Él trato de nuevo, y esta vez ella se forzó a relajarse y pretender que era una cita con un chico al que había dicho que sí.

—Mejor. Trabajaremos en ello.

Leo la atrajo dentro de sus brazos para finalizar la película. La sostuvo como si fuera su novio, pero incluso debajo de la cubierta de oscuridad, él nunca trató algo. Cuando los créditos pasaron, encendió la luz.

—Trataremos de nuevo mañana. Ve a la cama.

No tenía que pedirle dos veces. No podía volver a su habitación lo suficientemente rápido, el único lugar donde ella estaba bastante segura.

Esa noche, Leo protagonizó en sus sueños. Excepto que en vez de ser una película de terror de monstruos, él era su novio, y era amable y divertido. Cuando la beso en el sueño, ella se derritió contra él y gimió, abriendo su boca para aceptar la exploración de su lengua. Sus brazos agarraron sus hombros, tratando de acercarlo, queriendo ser consumida por él. Entre sus piernas comenzó un dolor palpitante hasta que su mano se deslizó debajo de sus bragas para calmarla.

—¿Ves, Faith? Esto es nada —dijo el Leo del sueño—. Puedes darme esto.

Cuando ella se despertó, su propia mano estaba entre sus piernas, y estaba excitada. ¡No! Si alguna parte de ella en verdad caía por él, sería más doloroso. No quería ser como una de esas víctimas secuestradas que empezaban a simpatizar con su captor. No quería empezar a creer sus mentiras. Y definitivamente no quería quererlo, o a sus manos, o a sus labios en ella. Presionó el rostro contra su almohada en un intento de amortiguar la angustia, pensó que sabía que Leo no podía escucharla desde el otro extremo de la casa. Entonces presionó su rostro contra la almohada para amortiguar el sonido de su orgasmo.



# Capítulo 7

Traducido por Gaz  
Corregido por \*elis\*

Leo paseaba por el pasillo de la entrada, la discreta música de Navidad comenzaba a ponerle los nervios al borde. Su familia comenzaría a llegar en menos de una hora. Cerca de la mitad de ellos venían desde Las Vegas, y estarían goteando adentro hasta la hora de cenar. La otra mitad sería igual *laissez-faire*<sup>3</sup> a la hora en que llegaran, a pesar de que estaban en o cerca de Brooklyn.

Repasó el plan. Faith había mejorado. Cuando le había instruido para hacer un mejor trabajo de actuación, que había entregado. No podía imaginar lo asustada que debía estar ella del calabozo para ser tan obediente. Y ni siquiera había visto el calabozo.

Probablemente lo imaginaba como un lugar mucho peor de lo que era. En su mente, Leo no tenía ninguna duda de que veía piedras húmedas con gotas de agua de una fuente desconocida y las algas que crecían en las grietas y hendiduras. Habría un sonido de goteo, un olor pútrido y húmedo, suciedad o el suelo de cemento, un frío que no dejaba el aire, y cadenas pesadas.

Él no se había molestado en desengañarla de esa noción. Cuanto más temible fuera el calabozo para ella, más fácil sería conseguir su cooperación. En realidad, el calabozo no era ninguna de esas cosas. Si lo que había sido dicho por los sirvientes que habían ido a buscar sus pertenencias era cierto, el calabozo era mejor de lo que había sido su apartamento en la ciudad. Fue hecho en negro y de color rojo oscuro de buen gusto, con toques ocasionales de otros colores como morados, verdes y amarillos. Había sido una broma con sus sumisas anteriores que el calabozo era del color de la muerte, la sangre y moretones. Pero todavía había resultado hermoso.

Había un cómodo sofá circular en una esquina y una cama cerca. Había material de lectura, porque algunos de sus sumisas habían vivido allí. Había un pequeño cuarto de baño con bañera de hidromasaje y una ducha independiente. Nada grande o de lujo, pero se consideraría agradable. No había una alfombra gruesa en el dormitorio y calor. Max tenía la costumbre de acurrucarse en el sofá abajo para las siestas cuando Leo dejaba la puerta abierta.

---

<sup>3</sup> *laissez-faire*: Expresión francesa que significa “dejad hacer, dejad pasar”



Había cadenas, por supuesto, y una caja llena de juguetes sexuales y aperos de azotes, y el estándar y algunos muebles BDSM no tan estándar. Pero parecía un club de alto nivel para la gente perversa, no una película de tabaco.

Aunque tal vez no era la atmósfera lo que la aterrorizaba. Tal vez fuera la esclavitud, el aislamiento. Tal vez era el temor de que iba a necesitar algo, y nadie la oíría. Incluso una prisión de lujo puede ser horrible. Ella ya estaba viviendo en una prisión, confinada en la casa como un gato doméstico. Pero las cadenas serían necesarias si no se portaba bien. Aunque el calabozo estaba bien aislado y escondido de todo lo demás, si ella golpeaba la puerta, siempre existía el riesgo de que alguien pudiera oírle.

No estaba seguro de si sería capaz de matarla si ella fuera a avisar a un miembro de simpatía de su familia de su difícil situación. Y aun si pudiera, no dejaría que el gato estuviera fuera de la bolsa.

Había hecho tal progreso. Sus labios se habían vuelto dóciles bajo los suyos. Había dejado de temblar bajo su contacto cuando se acercaba a ella. La había llevado a trabajar todos los días, pero había llegado a algo parecido a la falsificación de una relación creíble. Todavía le preocupaba que no fuera suficiente. ¿Y si su madre se daba cuenta del truco? ¿Y si lo hacían los hombres? Eran demasiado astutos, capaces de detectar una estafa porque sabían cómo sacar una.

Tal vez debería haber encerrado a Faith en el calabozo, pero encerrarla y aislarla para Navidad era demasiado cruel, incluso para su naturaleza sádica. Tenía que creer que esto iba a funcionar. Entonces podrían volver a las jodidas dinámicas de las fiestas que habían sido tan groseros como para interrumpir.

Leo se alisó el traje por cuadragésima vez. Se había vestido más informal que para la mayoría de las fiestas de la familia, pero le gustaba verse bien cuando la gente llegaba por primera vez, sobre todo en vísperas de Navidad. Los jeans y una camiseta le habrían hecho parecer menos nefasto. Si su intención era salir absolutamente limpio y vender esta historia de compromiso, tal vez saludar a su familia que lo busca como Michael Corleone no era el mejor de los planes.

Llamó a la puerta de su cautiva.

—¿Faith?

Cuando abrió la puerta, estaba complacido de encontrarla usando lo que él había distribuido. Había allanado su armario por algo para hacer una buena primera impresión de su madre, pero se había quedado corto, por lo que había tenido que conseguir algo más. Era un vestido de suéter verde con cuello recogido. El vestido llegaba a un poco más allá de las rodillas. Acentuaba su



figura sin ser demasiado ceñido al cuerpo. Era sexy, pero elegante y respetable. Le había dado un par de botas marrones para conjuntar. Un par de pequeñas cadenas de oro adornaban su cuello desnudo.

Ángelo era el verdadero experto en la moda, pero Leo sabía algo, y su gente le aseguró que este era sencillo y con estilo daría la impresión de lo que quería que su familia tuviera de una chica que pertenecía allí.

—¿Me veo bien? —Ella estaba muy nerviosa, como si pensara que cambiaría de idea en el último momento antes de que alguien llegara.

—Te ves hermosa. —Y lo estaba. Deseó ser más como su hermano, más despiadado, con menos conciencia. Al verla así, con ese pelo rojo magnífico, le daba ganas de hacer cumplir las funciones entre ellos—. Ven aquí. —Quería devorarla, estar sobre ella, poseerla, y en un profundo hueco de su mente sabía que era sólo cuestión de tiempo antes de que ella se rompiera y él la tomara como una bestia salvaje.

Frunció el ceño cuando ella vaciló. Ese signo de su disgusto fue suficiente para moverla con rapidez en sus brazos. En alguna parte tenía que haber una inferioridad. Leo tuvo la tentación de probarlo, para probar su punto. Podría haberla empujado duro, podría haberla tomado y dejarla en la oscuridad con él. Cada día que pasaba, se arrepentía de su decisión de ser noble y darle espacio.

—Lo harás bien —susurró mientras la abrazaba y le acariciaba el cabello—. El nerviosismo está bien. Si esto fuera real, estarías nerviosa. Tengo una gran familia, y ellos pueden ser intensos. Es mucho para tomar, incluso para una novia real.

Faith se tensó aún más en eso, y él le acarició la espalda.

—Shhh. Está bien. Les diré que eres tímida. Esto va a funcionar. Voy a mantenerte a salvo.

Ante esas palabras, ella se relajó contra él. Tal vez una parte de ella creía en él. Aunque estaba frustrado de tener una hermosa cautiva que no se atrevía a profanar, se había empezado a sentir extrañamente protector con ella. Puede que necesitara creer que la mataría si trataba de conseguir la ayuda de su familia, pero sosteniéndola en sus brazos, sabía que nunca sería capaz de hacerlo o dejar que nadie más lo hiciera, para el caso.

En su mente, él se imaginaba suavizando las cosas. Seguramente ellos aprobarían ese resultado más de lo que sería el asesinato. Podría convencerlos de que estaría bien con ella. No tenía moretones o marcas. Tal idea era creíble,



especialmente con la forma en que siempre se hizo cargo de todos y se asustaba de los lados más feos de la empresa familiar.

Leo volvió a pensar en un par de noches atrás, cuando él le había preguntado lo que solía hacer para las fiestas. La mirada que le había dado había sido blanca. Había murmurado algo acerca de ir a tomar algo con sus amigos en la víspera de Navidad. Y entonces algo sobre una fiesta de Navidad en la oficina con un pastel comprado en la tienda y un juego que involucraba regalos de la mordaza.

Y esa era su experiencia de Navidad. Cuando él la había presionado en su infancia, no había sido mucho mejor. Había dicho que su familia no había tenido mucho y que no siempre conseguía un regalo de Navidad. Algunos años no tenían un árbol. A veces, una organización benéfica local se encargaba de que ella consiguiera una pulsera o un juego y una comida decente para las fiestas, pero no era nada de sus propios recuerdos de la temporada. Este contraste entre los recuerdos le había hecho sentir culpa por todo lo que había disfrutado mientras ella había sufrido o apenas sobrevivía.

Desde el momento en que ella le había dicho todo eso, se había vuelto decidido a darle unas buenas fiestas. Si ella tenía que ser su prisionera, él se lo haría más fácil.

Cuanto más aprendía, más había llegado a admirarla no sólo por el aspecto que tenía y la forma en que lo excitaba, sino por la forma en que había luchado por lo que tenía. Tan joven como ella, si la hubieran dejado a su suerte, hubiera hecho algo de sí misma.

A pesar de que su apartamento y poder financiero podría ser insignificante para los estándares de Leo, se había sacado a sí misma de la cuneta para tener algo parecido a una vida, con comida en su mesa, ropa en su armario, y las facturas de todos los gastos pagados.

Sonó el timbre. Se apartó de Faith, pero ella se aferró a él. Fue un extraño giro de los acontecimientos. Leo tomó suavemente las manos de sus hombros, tomando una de sus manos con las de ella, y la llevó a enfrentarse al pelotón de fusilamiento.

La primera persona en llegar fue su madre. No había tenido ninguna duda de que sería ella, aunque venía todo el camino desde Las Vegas. Gina Raspallo era absolutamente puntual en todo, como si tuviera un mecanismo interno que forzaba a su cuerpo a estar en el lugar adecuado en el momento adecuado sin desviación. El padre de Leo había muerto de un ataque al corazón tres años antes, y su madre se había vuelto más puntual entonces.



—¡Leo! ¡Oh, mi bebé! Te extrañé. Nunca vienes a verme —dijo Gina agachándose y colocando en el suelo el Yorkie diminuto que se apresuró a salir de sus brazos. Tomó a Leo en un abrazo de oso.

Max se revolvió en el camino de entrada al sonido de los ladridos. El Golden Retriever encontró el Yorkie fascinante en todos los sentidos, como un juguete, aunque nunca hubiera hecho daño al otro perro. El Yorkie empezó a saltar arriba y abajo ante la visión de Max, sus cortas piernas apenas estaban en el aire antes de caer de nuevo.

—¡Y esta debe ser tu chica! —Gina lanzó a Leo y volvió su atención a Faith, que había dado un paso detrás de su hijo.

Faith chilló cuando su madre la abrazó.

—¡Déjame ver ese anillo! —Ella gritó de alegría por el anillo de compromiso—. ¿No tiene Leo un gusto exquisito? Soy Gina, pero puedes llamarme Ma.

—Ma... —dijo Leo—. No la presiones tanto. La has conocido hace treinta segundos.

—Bueno, ella va a ser de la familia, ¿no es así? —Su madre le atravesó con la mirada que había estado esperando. El *cómo te atreves* en su mirada lo comprometió al instante.

Dio un paso atrás y evaluó a Faith, haciendo que la pelirroja se volviera atrás.

—Bueno, no es italiana, pero al menos es católica. Lo tomaré. ¡Y espero un montón de nietos! Ella es lo bastante joven, por lo menos. Me preocupaba que eligieras a alguien más. Sabes que es realmente mejor para una mujer si tienen los bebés joven. Ahora, ¿qué es lo que tienes para la cena?

Dejar a su madre decir las cosas más inapropiadas sobre la edad fértil. Le sorprendió que ella no hubiera mencionado grandes caderas para dar a luz a Faith.

—Ma, te lo dije. Tengo gente. Nosotros no tenemos que ayudar con la cena de esta noche. Acabas de llegar, por el amor de Dios. Relájate. Podrás darte un baño o algo así. —Había tenido la temperatura y el pH de la piscina a prueba esa misma mañana.

—Pero es la víspera de Navidad. No sé por qué no venimos aquí unos días antes y cocinamos todos juntos en la cocina como antes. Toda la familia Brooklyn llega a traer platos cubiertos, y yo estoy atrapada sin hacer nada. Quiero cocinar algo para mi hijo. ¡Ahora!



Estaba discutiendo sin sentido. Una vez que Gina tenía una idea en la cabeza, ¡pobre del hombre o mujer que trate de detenerla! Leo la llevó a la segunda cocina, manteniendo un férreo control sobre la mano de Faith.

La mayoría de las veces, se utilizaba la cocina de estilo familiar más pequeña, pero con su familia aquí, todo había sido actualizado a la gran cocina y comedor aún mayor. El timbre sonó de nuevo, y dejó a Gina con el personal de la cocina para ir saludar a los nuevos huéspedes. Su madre era su problema ahora.

\*\*\*

Faith luchó por mantener el control de sí misma. Si tuviera una crisis ahora, no estaba segura de lo que haría Leo. El encuentro que su madre había estado preparando al menos, pero cuando la mujer había mencionado nietos, Faith se sintió a la deriva de un mundo de distancia en un extraño olvido que no era capaz de retener más.

Nietos.

Había tenido miedo de mirar a los ojos de Leo después de eso. Pero él tenía que saber que esto no podría funcionar ahora. Le había prometido que no requeriría la intimidad sexual de ella. En una familia grande que espera que las familias numerosas, esto nunca funcionaría. ¿Cómo iba a mantener a raya al tener a mini-Leos?

¿Acaso quería a Leo? ¿Quería un matrimonio y una familia grande? No se le había ocurrido preguntar. Todo lo que quería era seguir con vida y no ser violada o encerrada en un calabozo. La logística más fina no había pasado por la cabeza en medio de los otros ruidos mentales. ¿Cuánto tiempo iba a aceptar esta mentira antes que él quisiera algo real con alguien?

Le había dicho que no la obligaría, pero él debía imaginar que algún día ella estaría dispuesta a ceder a él, especialmente a la luz de cómo había empezado a saborear sus besos imaginarios demasiado. Él debía saber. ¿Qué diría él cuando se enterara de que podría no ser capaz de tener hijos? ¿Podría ser el fin de todo?

Y si podía tener hijos, ¿iba a ser forzada a tener que guardar las apariencias con su familia exigente?

La alternativa era una "ruptura". Pero entonces, ¿qué pasaría? Si no conseguía librarse de ella, estaría en el calabozo cada Navidad durante el tiempo que él la dejara vivir. No podía quitarse la imagen de arañas y ratas que se arrastran sobre ella fuera de su mente. Su apartamento tenía problema de ratas ocasional. Se había despertado más de una vez encontrando un roedor



asqueroso arrastrándose sobre ella. El recuerdo la hizo estremecer y mantuvo la mano de Leo apretada mientras se abrían camino a través de la casa, lejos de su madre, a nuevos peligros. Faith prefería tener a sus bebés si podía pretender en un matrimonio sin amor, a pasar el tiempo en un calabozo con bichos.

Cuando llegaron a la puerta de entrada, Demetri ya había dejado entrar a los nuevos huéspedes. Esta vez, fue una oleada más grande de personas. Algunos niños alrededor de ocho o nueve años de edad ya corrían gritando y jugando al escondite, un par de mujeres con acento de Brooklyn, cerca de cuarenta y con dos collares en capas una encima de la otra, las caras demasiado pintadas y el pelo grande. Varios hombres se aferraban a las paredes como gárgolas malévolos.

Los hombres tenían duros rostros criminales. Era imposible para Faith entender cómo sus mujeres se fueron junto con todo eso, fingiendo no darse cuenta. Era imposible no darse cuenta. Esos rostros contaban sobre muerte y huesos rotos. Esos rostros decían que dispondrá de cuarenta y ocho horas para sacar el dinero.

Eso le hizo a Faith acercarse a Leo, con la esperanza de que podría y la protegería de ellos. Luego las presentaciones comenzaron. Los niños saludaron y se fueron de nuevo a jugar. Las mujeres, Dona y Rachele, se veían como si no acabaran de comprar a Faith y a Leo como un matrimonio por amor.

—Ella es un poco joven para tu gusto habitual, ¿no es así? —Había preguntado una de ella. Estas dos mujeres podrían poner fin a su vida con su escepticismo.

La mano de Leo se quedó en su espalda, sosteniéndola firme mientras intentaba no desmayarse de los nervios. Los hombres no trataron de hacer contacto físico. Se limitaron a asentir a varios metros de distancia, la evaluaron, sin duda visualizando a Leo y a ella en actividades íntimas o a ella en actividades íntimas con cada uno de ellos. Se sonrojó y miró a los perros que jugaban para distraerse. No entendió los nombres de los hombres, cuando se presentaron.

Las siguientes horas continuaron así. Más niños. Más mujeres. Platos cubiertos. Más hombres con actitud de estatuas escalofrantes. Su abuela Alba y su abuelo Carmine: llamados Grammie y Papi. Algunos primos, Nicolás y José. Otros miembros de la familia cuya relación con Leo se le escapó: Mariella, Dante, Angélica, Fabricio, Michael, Bernie, Noelle, Nico, Sofía, Aldo, Gabriel, Tony, Lalia.

Ella nunca recordaría a todos. Tal vez ni siquiera si llevaban etiquetas de nombre. Y era el evento principal. Todo el mundo quería saber cosas sobre ella.



Cada miembro de la familia la apreciaba, tratando de determinar si era una pareja adecuada para su hijo, hermano, tío, primo, sobrino.

Ángelo y su novio se presentaron tarde. Hubo una ráfaga suave de malestar de varios en la familia, pero no podía ser molesto con estilo de vida alternativo de Ángel. Faith era carne fresca. Ángel sonrió y se llevó a su juguete de niño fuera de su habitación designada. El resto de la familia lo siguió, llevando en su equipaje y acomodándose, a continuación, se dispersaron por toda la casa. Por lo menos con todos ellos en diferentes áreas, Faith había comenzado a sentirse menos claustrofóbica, pero aún quedaba la cena, y todas las otras comidas y momentos que podría compartir junto con todos durante la próxima semana. Una parte de Faith habría preferido el calabozo si no fuera demasiado húmedo, y si se le hubiera permitido moverse libremente por allí.

El timbre sonó de nuevo, y Leo respondió.

—¡Vinny! Tú gran Goomba, ¡ven aquí! —Leo abrazó al hombre, golpeándolo en la parte posterior de la manera en que los hombres lo hacían para mostrar afecto. Se volvió hacia ella con una sonrisa que iluminaba toda su cara—. Faith, este es mi mejor amigo, Vinny. —Una mujer salió detrás del recién llegado, con una mirada depredadora en sus ojos. Ella extendió la mano para tocar el brazo de Leo y lo abrazó demasiado tiempo y demasiado cerca. Cuando lo soltó, dio un paso atrás y dijo—: Y esta es la prima de Vinny, Caprice. Chicos, quiero que conozcan a mi prometida, Faith.

Cada vez que Leo lo decía, sonaba creíble. Lo decía con tal práctica, sin problemas, que no se ocurriría poner en duda la farsa. Los ojos de Caprice se lanzaron a Faith. Ella no se molestó en ocultar su desprecio y celos. Caprice se acercó a Leo y le dejó un largo beso en la mejilla, prácticamente en su cuello. Sus pechos, que casi se caían de su vestido, presionaban provocativamente contra él.

Faith se sintió aliviada cuando Leo parecía más molesto que encendido. No era que ella estuviera celosa de la otra mujer, pero si alguien llegaba y arrasaba con Leo a sus pies, ¿qué significaría para ella y su seguridad? En este punto mendigaría para tener bebés del hombre si la mantendría por encima del suelo. Fue en ese momento en el que se dio cuenta de cómo podía ser potencialmente precaria su situación. Ella tenía que ganarse a la familia otra vez. Especialmente a su madre. Gina era la pieza clave de todo.

—Tengo que ir a manejar algunos... negocios, si me disculpan —dijo Leo. Dondequiera que fuera, no se iba a llevar a Faith con él.



*No. No. No. No me dejes sola con esta gente. Sobre todo esta mujer.* Caprice se veía como si pudiera comérsela viva. Pero Faith le hizo un gesto agradable, con mucho miedo de avergonzarle delante de sus amigos y familiares.

Cuando él la besó, le dio más de sí misma en esta ocasión, derritiéndose contra él, y abriéndole la boca. Ella sintió el cambio en el cuerpo de él, la sorpresa ante su reacción, pero la enmascaró para su público. Cuando él se apartó y se fue por el pasillo, se arriesgó a mirar a Caprice para encontrar la otra mujer lanzándole dardos con la mirada.

—Tengo que ir a hacer algo, también —dijo Faith, que necesitaba alejarse e ir a algún lugar donde pudiera estar sola, lejos de la cacofonía interminable.

\*\*\*

Leo luchó por mantener el control de sí mismo cuando se dirigió a la cocina industrial. Había esperado que Vinny no trajera a su prima. Caprice era una vieja amante. Ella nunca dejaría de estar colgada de él, a pesar de lo breve que había sido su relación. Leo estaba siempre incómodo cuando ella estaba cerca. Era la mujer más manipuladora, intrigante, y agresiva que jamás había conocido.

Tenía la clase de furia psicótica que un hombre inteligente no se dormiría a su lado. Las probabilidades de despertar con sus bolas en un frasco no eran pocas. A Leo no le gustaba dejar sola a Faith con la víbora, pero tampoco podía decir todo lo que quería con ella delante.

Viajando por el pasillo, se encontraba distraído por el beso. Sólo le hizo desear más a Faith. Si seguía besándolo así, la esclavizaría en el momento que su familia estuviera en la puerta. ¿Que podría haberse metido en ella? Pensaría que era la presencia de un rival, si no fuera porque ella quería permanecer segura.

Cuando llegó a la cocina, su madre estaba haciendo salsa para los espaguetis, su pequeño perro ladrando a sus pies por la atención. Buena suerte cuando estaba cocinando.

—Me las arreglé para llegar aquí antes de que comenzaran la salsa. Prueba esto, Leo —dijo ella, sosteniendo su mano debajo de la cuchara de madera.

Leo obedientemente abrió la boca para probar la salsa.

—¿Es mucho aceite de oliva?

—Sabes que es perfecto, Ma.



Ella sonrió.

—Sí. Lo sé. Me gusta escuchar.

Él no se anduvo por las ramas.

—Vinny trajo a Caprice. No mencionó que la traía. Podría matarlo —Leo no veía a su amigo mucho desde que se mudó a Las Vegas. No había considerado que debía dejar en claro que no quería a Caprice allí. Además, era la prima de Vinny. Era difícil ver cómo esa conversación podría ir bien.

El rostro de Gina se volvió agrio.

—Por lo menos no te vas a casar con ella. Podrían surgir un millón de contratos de mí siempre y cuando no sea Caprice.

—Ella nunca se recuperó después de que su orgullo terminara herido hace dos años —dijo Leo—. Creo que aterrizar en mí de nuevo todavía está en su agenda.

Su madre frunció el ceño.

—Sobre mi cadáver.

—Pensé que te sentirías así. Trata de hacer amistad con Faith. No quiero que sienta que no tiene un aliado aquí. Esto es un poco abrumador para ella. Los dos sabemos cómo Caprice puede ser, y no podemos correr interferencias todo el tiempo. —No se le había ocurrido a Leo cómo sería tener a Faith como elemento, aunque su participación no fuera real. Sin la familia y algunos amigos, ella no estaba acostumbrada a tanta gente. A esto se añadía todo el tiempo que había estado aislada en su casa, y arrojarle cuarenta personas de inmediato sonaba menos que brillante.

—Déjame a mí. Esa perra no tiene una oración. Ella es demasiado agresiva para ti. Cuando vi la forma en que Faith se aferraba a ti, sabía que ella era la correcta. Siempre te sentiste atraído por chicas más suaves. No las niñas de habla dura de Brooklyn como Caprice.

—Gracias, Ma. Sabía que lo entenderías. —Él le dio un beso en la mejilla y volvió con Faith, asegurándose que no la dejaría sola con toda tu familia.

\*\*\*

Tan pronto como Faith se excusó de Vinny y Caprice, se dirigió a la cocina más pequeña. Se sentó escondida a un lado de la casa, lejos de todos los demás. Se sirvió un vaso de té de la nevera, el líquido frío era tranquilizador. Trató de



respirar y se quedó mirando por la ventana a la puesta del sol y el jardín de hierbas.

Era demasiada gente. Sus temores habían pasado de Leo matándola o hiriéndola por estropearlo, al terror ciego de estar rodeada de tanta gente, la mayoría de ellos delincuentes. Hubo un carraspeo detrás de ella y ese sobresaltó y dejó caer el vaso en el fregadero, causando que se rompiera.

Faith se dio la vuelta, al principio pensando que era Leo, pero los ojos del hombre estaban muertos, y no tenía una cicatriz. Ángelo. Era imposible explicar cómo Ángelo podría parecer más temible cuando era tan perfecto, y Leo podía parecer más seguro por la cicatriz de su mejilla. Se agarró a uno de los fragmentos de vidrio más grandes, ignorando el dolor cuando el borde le cortó la palma. Le daría Ángelo una cicatriz para que coincidiera con la de su hermano si la tocaba.

Tenía los brazos cruzados sobre el pecho mientras se apoyaba en el marco de la puerta.

—Dime por qué no estás siendo una puta obediente para mi hermano. Si se trata de falta de instrucción, sé de chicos en prisión que te pueden enseñar una cosa o dos acerca de chupar una polla. —Su voz era letal, y recordó cómo de aterrador Ángelo podría ser. El momento en que ella había estado con Leo, había estado asustada e insegura, y le había causado olvidar cuánto había mejorado su situación. Ahora el recordatorio era grande y amenazante frente a ella.

Desplegó los brazos y se empujó fuera del marco de la puerta, acechando como una presa.

—Te he hecho una pregunta. Qué, ¿hiciste un patético lloriqueo y se suavizó? Lo conozco. Sé que no está satisfaciendo con sus necesidades. Entonces, ¿por qué sigues viva? Estabas destinada como un regalo, no una carga. Quizá debería llevarte conmigo y encontrar a alguien que vaya a poner en mejor uso tus encantos. Estoy seguro de que a alguno de mis chicos le gustaría llevarte a casa. No puedo creer que te perdoné. Debería haberte disparado en ese basurero.

—Leo —gritó. Pero tan pronto como la palabra salió de su boca, Ángelo la abofeteó. Ella tropezó y arremetió contra él con el vaso, faltando su cara, y cortando su brazo en su lugar.

Él agarró su muñeca, doblándola de nuevo a forzar la improvisada arma de su mano. Cayó al suelo, rompiéndose en más pedazos.



—Estúpida puta —gruñó—. Vas a pagar por eso. —Él la presionó contra el fregadero, la mano envuelta alrededor de su cuello, apretando mientras ella era amordazada y la ahogaba, y luchaba por respirar, convencida de que estos eran sus últimos momentos. Arañó las manos de Ángelo, tratando de quitárselo de encima.

—¿Rompiendo mi regalo de Navidad?

La presión liberó su garganta, y pudo volver a respirar. Nunca había estado tan aliviada de oír la voz de Leo. Se puso de pie en medio de la cocina, viendo a su hermano, con el rostro impasible ante una sola expresión reconocible.

Ángelo la agarró por la parte posterior del cuello y la tiró en el suelo delante de Leo.

—Ahí es donde un esclavo pertenece, a los pies de su amo. Estúpida puta.

Faith se estremeció y se arrastró más cerca de Leo. No podía hacer ningún movimiento brusco con Ángelo en este estado. Era inseguro que Leo viniera en su ayuda. No había arrancado su hermano de ella, o gritado, o hecho cualquier gran acto de galantería. Seguramente no le importaba de una manera u otra lo que le pasaba. ¿Por qué iba a hacerlo? Ángelo tenía razón en cierto modo, era la carga de su hermano, y rescatarla de cada pequeña amenaza era un añadido a la molestia que le causaba.

—¿Por qué no la estás usando?

—¿Es mía? —preguntó Leo, retóricamente.

—Por supuesto —reconoció Ángelo.

—Entonces no es de tu incumbencia. Lo que yo hago o no hago con ella, o cuando no es tu negocio. ¿Creías que la entrenaría antes de Año Nuevo? ¿Con la familia llegando?

—No había pensado en ello —dijo—. Estaba enojado porque no te daba lo que debería darte. Está actuando toda derecha, como si fuera especial.

—¿Y de quién es la culpa? Tú eres él que le dijo a nuestra madre que nos comprometimos. Es debido a que estamos actuando fuera este drama.

Ángelo suspiró.

—Sabes cómo Ma recibe cuando está cerca Davide. Quería que ella se centrara en otro lugar, para variar. Tiene que darle a su insistencia un descanso.



—Entonces todo esto... con Faith... es tu culpa. No interfieras. Voy a entrenarla cuando esté bien y lista.

Mientras sus palabras fluían sobre ella, Faith se preguntó si él había estado mintiendo antes o si le estaba mintiendo a su hermano ahora. ¿Acaso la intención de violarla, golpearla y tratarla como a una esclava, sería una vez todos se hubieran ido?

La sangre se le heló con la idea de que sólo tendría unos días de relativa seguridad antes de comenzar. Tal vez debería haber elegido el calabozo para acostumbrarse. ¿Por qué fingir algo tan bonito en la superficie: la familia y las fiestas, el amor y la boda, cuando enmascarara la crueldad y el dolor que saldrían a la superficie en el momento en que estuvieran solos en la casa de nuevo?

—Bien —gruñó Ángelo—. Pero no te la di para que fuera la reina de la casa.

—Déjanos —replicó Leo. Por primera vez, la violencia superó a su voz.

Cuando Ángelo salió corriendo, los brazos de Leo llegaron a su alrededor. No podía dejar de temblar mientras él la levantaba hasta tenerla en pie. Su mano le tocó la cara donde su hermano le había pegado, y ella se estremeció. Su palma palpitaba de la presión. Apenas se había dado cuenta de la sensación mientras que Ángelo había estado tan cerca. Su primer pensamiento había sido sobrevivir.

Leo apretó las manos suavemente contra su garganta, donde Ángelo había tratado de estrangularla.

—¿Te duele?

—Sí —dijo con voz ronca.

—¿Puedes respirar bien?

—Sí.

—Respira para mí.

Obligó a su garganta a trabajar. Comer sería difícil.

—Bueno. Vamos a limpiarte y a cuidarte.

\*\*\*

Leo estaba a punto de explotar. ¿Cómo se atrevía Ángelo a tocar lo que era suyo? Había estado tan cerca de vencer a la mierda de su hermano, pero podría



causarle más problemas a Faith a largo plazo. Era mejor evitar la situación. Había muchos ánimos y mucha violencia en su familia.

Si Ángelo pensaba que Leo tomaría el lado de una mujer, especialmente una mujer que acababa de conocer, por encima de su propia carne y sangre, las cosas podrían ponerse feas y permanecer así durante mucho tiempo. Todo lo que quería era paz entre los miembros de su familia.

Faith se aferró a él mientras la conducía a través de la casa, evitando las áreas en las que las personas se habían congregado. Él la llevó de regreso a su habitación y se sentó en la cama. Ella estaba más tranquila de lo habitual, con la mirada cabizbaja mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

No sabía si era la humillación, miedo o dolor físico lo que la hacía llorar, pero sus sollozos despertaron al mismo tiempo sus impulsos de protegerla y su afán de dominarla.

Tomó todo su autocontrol para no obligarla a ponerse sobre sus rodillas y vaciarse dentro de su boca. Pero él no sería capaz de vivir consigo mismo si abusaba de esa manera cuando era el único sentido de la seguridad que tenía. Sin embargo, la fantasía iba en espiral a través de su mente.

Leo la dejó sola en la cama y se dirigió al cuarto de baño para buscar el botiquín de primeros auxilios, y luego buscó en los cajones y armarios por su bolsa de maquillaje. Encontró una toalla con agua fría, después se llevó todo de nuevo y se sentó a su lado. Ella se puso tensa. Así que había vuelto a tener miedo de él, no sólo a su hermano.

—Vuelve tu rostro hacia la luz para que pueda ver donde te golpeó.

No pudo molerla, pero era evidente que había sido golpeada. Deseó no saber tanto sobre la cobertura de las señales de abuso, pero había ayudado a su hermana a cubrir sus marcas más veces de las que podía contar.

La violencia era algo común en la familia, era difícil para algunos separar la brutalidad de su propia familia, a los que se suponía que debían amar, proteger y cuidar.

Leo había dejado marcas mucho peores que esta en las mujeres, pero nunca en su rostro, y no por la ira. Él se controlaba. ¿Controlaba la violencia mejor? Era algo en que no le gustaba pensar. ¿Si era consensuado, no era menos malo? La Iglesia no hacía esas distinciones, y Faith ciertamente no había pedido la mano de Ángelo en su mejilla.

Se preguntó si la violencia en la que se había criado era la raíz de su sadismo. Los adultos habían tratado de mantenerlo protegido cuando era joven, pero



había visto la evidencia de las cosas, y eso debía haber montado algo en su mente, remodelándolo hasta acabar así.

Leo le secó las lágrimas, pero seguían fluyendo.

—Necesito que dejes de llorar.

—Lo siento. Estoy tratando.

Le apartó el pelo de la cara con los dedos.

—Sé que lo estás. Pero necesito que te esfuerces más. —Mantuvo la voz baja para no asustarla—. No te voy a dejar sola con ninguno de ellos. Sobre todo después de lo que pasó en la cocina.

Mientras ella trataba de hacerse con el control de sí misma, Leo le tendió la mano. La pieza de vidrio con la que se había cortado había sido lo suficientemente grande como para no dejar ningún trozo incrustado. Era un corte limpio y no muy profundo. Le limpió la mano con un antiséptico y luego lo secó con una gasa estéril. La hemorragia se había reducido al mínimo, por lo que presionó la gasa contra su mano por unos minutos más.

—Voy a usar un vendaje líquido en lugar de esto. No va a ser tan notable y no llamará la atención.

Cuando el líquido empezó a tocar su carne, ella apartó la mano.

Leo le agarró de la muñeca y sopló sobre el corte.

—Shhh. Duele al principio. Estarás bien en un segundo. Puedes manejar la situación.

Después de un minuto o algo, ella se sentó. Leo se acercó a la caja de intercomunicación junto a su cama y apretó el botón. Respondió Demetri.

—¿Srta. Jacobson?

—Soy yo, Demetri. Háganos saber cuando la cena esté lista. Vamos a estar aquí.

—Por supuesto, señor.

Lo que más le gustaba sobre Demetri era que no hacía preguntas. De todo el personal de la casa, era la única persona que no se había cuestionado lo que haría Leo con Faith una vez que ella llegara. O bien no le importaba, o sabía que no debía hacer preguntas. Su trabajo consistía en velar por que la casa no tuviera problemas y gestionar los que cocinaban y limpiaban para el dueño de la casa.



Leo cerró la puerta del dormitorio. Sería mejor si nadie los molestaba.

—Acuéstate en la cama.

Los ojos de Faith se ensancharon y sus labios comenzaron a temblar.

—P... por favor, dijiste que no...

Sus cejas se juntaron en confusión. Entonces se dio cuenta... la puerta cerrada.

—No voy a tocarte de ninguna manera inapropiada. No quiero que los niños vengan aquí y vean lo que está pasando para ir a contárselo a los adultos.

Parecía preocupada, pero al ver que no tenía ninguna opción, y probablemente no queriendo ira, ella deslizó su cuerpo hasta la cama y se apoyó contra las almohadas.

Leo fue al baño para correr agua fría sobre la toalla de nuevo. Él la puso sobre su rostro cuando volvió.

—Relájate. —Se sentó en la cama junto a ella y le tomó la mano, acariciando su piel con el pulgar—. Voy a mantenerte a salvo. No voy a dejar que nadie te haga daño aquí. No te voy a dejar sola. —No llegó a disculparse. Una disculpa era debilidad, y era algo que nunca había estado bien. Al menos no en la forma estándar. Sus disculpas llegaban a través de la acción. Con el tiempo, ella lo entendería.



## Capítulo 8

*Traducido por Why so Serious?*

*Corregido por EtziadeIngle*

**E**l paño estaba suave y fresco contra la carne caliente de Faith. Bloqueaba al mundo y le daba un escondite. Y así, un lugar donde era capaz de calmarse.

El pulgar de Leo rozando el dorso de su mano la hacía sentir extrañamente segura. A pesar de las cosas que sabía que le gustaba hacer a las mujeres, y a pesar de su familia, cuando él la tocaba así, ella no podía evitar el sentimiento de que todo estaría bien.

Su voz penetró la burbuja que había puesto a su alrededor.

—¿Crees que puedes sentarte ahora y dejarme arreglar tu cara?

Él la soltó cuando ella empujó su mano fuera de la de él y se empujó a sí misma contra la cabecera. De mala gana, ella empujó el paño lejos. Leo le secó la cara con otro pedazo de gasa. Debió haber comprado acciones de un fabricante de botiquines de primeros auxilios. Tanto su casa como la de Angelo fueron como una unidad de triage.

El no habló mientras exponía los artículos de su bolsa de maquillaje. Ella tenía varios correctores y bases, pero no creía que él supiera para qué era cualquiera de ellos, o porque habría un corrector amarillo y una base verde para empezar. Su experiencia con hombres, al menos hombres heterosexuales, sugería que el contenido de una bolsa de maquillaje de mujer era un misterio arcano imposible para alguien sin genes femeninos para desentrañar.

Ella estaba a punto de preguntar si podía cubrirlo ella misma cuando él empezó a abrir botes, tubos y tarros, sacó un pequeño pincel de maquillaje y se puso a trabajar. Él lo había hecho antes.

¿Había golpeado a mujeres en la cara como Angelo lo hacía? Era eso por lo que no había reaccionado en la cocina? ¿Era esto tan común y aceptable para él que cubriera sus pistas se había convertido en una segunda naturaleza?

Había dicho que la iba a mantener segura, pero se refería de otros. ¿La golpearía así si lo hacía enojarse? ¿De qué otra forma él podría estar tan seguro de



que maquillaje usar y cómo? Tomó todo dentro de ella para no empezar a llorar otra vez, pero mantuvo el control.

Si sus sollozos sin fin arruinaban su trabajo, ella tal vez tendría que descubrir porque era tan experto en esto.

Después de unos minutos, él cerró los tubos y los tarros y le pasó el compacto.

—¿Qué opinas?

Faith tomó el pequeño espejo y lo giró hacia su cara. La evidencia se había ido. Ella asintió, no confiando en su voz cuando una sola lágrima rebelde empezó a hacer su camino por la cama. Él rápidamente la apartó con su pulgar antes de que el camino mojado arruinara su trabajo.

—Mírame. —Su voz era severa y no admitía discusión. Los ojos de Faith rozaron los suyos. Ella se sintió una oleada de calor ante la bondad inesperada de su expresión—. Nadie va a tocarte. Nadie va a herirte. No voy a alejarme de tu lado otra vez. No anticipé el comportamiento de Angelo, pero debí saber que él sospechaba que tu y yo no estábamos llevando la relación que él quería. —Leo la metió en sus brazos.

Todo dentro de ella se rompió en mil pedazos; Dios la ayudará, pero una pequeña parte de ella se estaba enamorando de él. Quería desesperadamente que la trampa que le estaban jugando a su familia fuera real, que la historia fuera cierta. Ella quería ser algo que él amara; ella quería esta ternura, para ser honestos.

Leo la empujó y se estiró de nuevo para deshacer el broche de oro de la medalla de San Cristóbal que usaba bajo su camisa.

Puso la joya alrededor del cuello de ella.

—El santo favorito de mi mamá. Te dará puntos con ella.

La medalla estaba tibia de su piel, como algo mágico y vivido. Se sentía como un talismán que podía protegerla de nada y todo.

El intercomunicador zumbó.

—¿Señor Raspalo?

—¿Si, Demetri?

—La cena esta lista.

—Gracias. Estaremos abajo en un momento.



Faith tomó un profundo suspiro estremecido mientras él la ayudaba a ponerse de pie. Fuera prudente o no, ella *sí* confiaba en que el la mantendría a salvo de su hermano y de cualquiera que pudiera representar una amenaza.

Cuando le ofreció su mano, ella la tomó y lo siguió por las escaleras donde su familia estaba reunida.

El comedor era largo y lleno de voces hablando parte inglés y parte italiano. Si ella tuviera que nombrarlo, lo llamaría Italish. Fiel a su palabra, una mesa de buffet estaba instalada llena de comida marina, pastas y salsas. Otra mesa repleta de galletas y pasteles y frutas y nueces. Y por supuesto, había vino. Botellas y botellas de él junto con alternativas para los niños.

—Se ve como *agita* esta noche —dijo el tío Bernie, acariciando su estomago demasiado grande mientras veía la mesa de buffet con algo cerca de lujuria.

Faith se pegó a Leo, muy abrumada por tantas personas atiborradas en la habitación.

—¿Quién trajo *zuppa di pesce*? Se ve maravilloso —preguntó un hombre.

—Gemma lo hizo —contestó otra voz.

—Es una nueva receta, espero que esté bien —contestó una voz del fondo de la habitación.

—Gemma, no sabía que habías llegado —dijo Leo girándose hacia la hermosura de cabello oscuro. Su voz se había hecho suave, amable, como si tratara de calmar a un caballo asustado o a un perro callejero que había sido abusado para mantenerlo en la jaula.

La sala se quedó fría mientras la mujer miraba lejos. Unos cuantos invitados cerca de ella se pusieron rígidos también. Era como si un comportamiento contagioso se hubiera dejado caer en la habitación.

—Esta es mi prometida, Faith. Faith esta es mi hermana, Gemma —dijo Leo, como si nada estuviera mal. Su tono, su postura y su lenguaje corporal... Ninguno revelaba lo que estaba pasando por su cabeza ni si había notado el cambio de la atmósfera.

—Hola —dijo Gemma cortante, sin hacer contacto visual con su hermano ni Faith.

Faith no tuvo tiempo de unir las piezas del rompecabezas de la frialdad de su hermana porque un hombre viejo se le estaba subiendo encima. No de la



manera lasciva, más observándola como si ella fuera la vaquilla de premio de una feria estatal.

—Los bebés serán buenos bebedores —dijo después de un latido. Luego miró a Leo—. ¿Tenias que poner un Irlandés con nosotros? No me importaba cuando sólo salías con ellos, ¿pero casarte con uno? Por el amor de dios...

—Tío Sal —dijo Leo. Sonó como una advertencia, pero no había ninguna picadura detrás de eso. Nada como el encuentro con Angelo más temprano—. Ella es católica. Deja que eso sea suficiente.

El viejo hombre se encogió de hombros.

—Ya veremos. Sólo espero que sus bebés tengan tu fuerte aspecto italiano.

Faith estaba segura de que se estremeció visiblemente e igualmente segura de que el tío de Leo pensaba que era sobre su herencia. Nadie podía sospechar la verdadera fuente de su angustia. ¿Se esperaba que ella realmente fuera la fábrica de bebés de Leo? Él había prometido que no la haría hacer nada de eso, ¿pero qué le diría a su familia cuando no vinieran bebés? ¿Sentirían lastima por ella o estarían enojados de que ella les quitara algo de lo que se sentían dueños? ¿Cuando no vinieran niños, ellos entonces pondrían sus orígenes raciales en su contra?

—Al menos *tengan* bebés —dijo Gina—. Tienes que empezar con eso pronto, Leo. A los cuarenta y uno, no te estás poniendo más joven. Gracias a Dios no te uniste al clero, o no habría nadie que continuara con el nombre de la familia. —Ella le disparó a Angelo una Mirada y se persignó. Si se trataba de poner un punto a su agradecimiento, una oración contra la naturaleza homosexual de su otro hijo, o la culpa por menospreciar el sacerdocio, Faith no pudo estar segura. Tal vez era una mezcla de los tres.

Faith trató de esconder su sorpresa ante la revelación. Las aspiraciones sacerdotales de Leo no habían estado en el cuestionario. Sabía que él era religioso. Le había preguntado a uno de los sirvientes de la casa a donde había ido el domingo y la respuesta había sido: “A Misa, por supuesto”, como si fuera ridículo que ella preguntara lo que hacía un hombre la mañana de un domingo. Pero, ¿el sacerdocio? Nunca habría imaginado que él tendría esas ambiciones santas. La hacía sentir más segura, incluso si sabía que era ridículo.

La bondad o maldad de un hombre no podía ser medida por si estaba o no en el clérigo. Escándalo tras escándalo en las noticias habían probado eso. Sin embargo, como muchos, no pudo resistir el deseo de confiar en aquellos que estaban estrechamente entrelazados con la Iglesia.



Angelo y Davide se sentaron en el final más alejado de la mesa, tratando de no verse como ovejas negras y pecadoras. No, ellos nunca tendrían nietos para Gina. Y la mamá de Leo odiaría a Faith cuando se diera cuenta de que Leo había seguido su plan original.

¿Qué más no sabía ella de él? Mientras miraba alrededor de la mesa, se preguntó si todos conocían el negocio de la familia o si las mujeres estaban fuera de eso. ¿Todos los hombres sabían o sólo algunos de ellos? No todos los hombres en la mesa se veían matones, pero algunos encajaban en el estereotipo de un mafioso. ¿Todos estaban envueltos en el crimen o algunos optaron por salir, como Leo? ¿Qué pasaba con la frialdad entre Leo y su hermana, y porque Leo casi se convierte en sacerdote? Mas importante, ¿qué lo había motivado a abandonarlo?

Faith se preguntó si Sal era el jefe o si Angelo lo era. Angelo se veía muy poderoso para ella cuando la mantuvo en su casa, como si fuera el que daba todas las ordenes de cómo debía correr el universo. Pero algo acerca del poder que emanaba Sal le dijo que era diferente. Pero luego, ¿qué hay del abuelo de Leo, Carmine? El era viejo, ciertamente, pero aun así podía ser el jefe. Se aferraba a la parte posterior de la habitación como una colonia desapareciente, observando todo en silencio. Tal vez era él al que tenía que temerle. Antes de que pudiera apartar la mirada, él le sonrió. Una mirada con muchas capas que desenredar que envió un escalofrío por su columna.

Leo pasó la mayor parte de la cena hablando con Fabrizio. Por pedazos de la conversación que Faith pudo oír, su primo quería abrir una tienda de sandwiches cerca de los Carroll Gardens. Él necesitaba una ayuda inicial, lo que Leo estaba feliz de ofrecer. La mayoría de la atención de Faith fue tomada por la abuela de Leo, Alba. Su acento de Sicilia aún era fuerte, incluso después de tantos años en América. Mientras la mayoría de la familia tenía un acento sacado de Brooklyn, Alba fue una primera-generación de inmigrantes, y orgullosa de eso, ya que iniciaba cada oración con: "En el viejo país..."

La matriarca de la familia era una sentimental, que no podía decirle una palabra a alguien sin poner su mano en su brazo. Pero a Faith no le importaba. Era inusual pero cómodo, un contraste filoso con el esposo silencioso y frío de Alba.

La fea mentira del falso compromiso retorció el interior de Faith. Tal vez la mujer mayor moriría misericordiosamente antes de sospechar la verdad. Podría morir con la esperanza sin destrozarse de que bebés aun estaban en camino de seguir la línea de Leo.

Faith sintió una punzada de culpa por fantasear con la muerte de la mujer.



Interiormente, se reprendió. Este hombre le impedía la libertad. Una libertad menos segura, seguro, pero aún así, ¿no sería ella capaz de conocer a un hombre de la forma normal y enamorarse? ¿No tendría ella una pareja? Y si ellos tuvieran hijos... Si ella *podía* tenerlos... ¿Hijos que ella escogería tener? ¿Y si ella no los quería, no tendría ella paz mental de saber que no tendría que soportarlos? ¿No debería ser capaz de ir y venir libremente y tener un trabajo si quería, hobbies y lugares a los que ir y personas que ver?

Era cada vez más difícil mantener la ira o el miedo a un hombre rodeado de su familia, con toda su conversación bulliciosa y colorida y una buena comida italiana.

Ella se sorprendió cuando Leo puso su mano en su brazo. Estaba tan tibio, solido y seguro. Él no debería ser seguro. Claro, no la había herido. Después de aquella primera noche él había estado cuidando no asustarla y mantenía su distancia.

Cuáles fueran sus deseos o necesidades sexuales, ella sabía que él había tomado como prioridad mantenerla a salvo y luego eso la empezaba a hacer sentir culpable. Y egoísta. Después de todo, ella no era la única cuyas opciones se habían recortado. ¿Qué había de su derecho de escoger una esposa apropiada? ¿Alguien que estuviera conectada como él, que le gustara el mismo tipo de cosas que le gustaban a él? ¿Qué había de su derecho de tener hijos? ¿Qué pasaba con él teniéndola que mantener encerrada como en una casa de mascotas para mantenerse alejados del canon de la pistola de Angelo?

Todas las preguntas juntas.

Leo se inclinó, sus labios y su cálida respiración rozando su oreja.

—¿Estás bien?

—Bien —murmuró ella.

El apretó su brazo.

—Bien.

Se giró a su primo mientras Gina llamaba la atención de Faith para discutir... ¿qué más? Bodas y bebés. No tenía sentido que Leo se hubiera molestado en aprender algo del cuestionario. La mayor preocupación de la familia por su pasado era su herencia Irlandesa, lo que estaban trabajando en pasar por alto. La otra única cosa que importaba era ser una buena esposa para Leo y criar Italianos de buena calidad y buen aspecto. Si ella podía darles pequeños bebés de cabello oscuro que admirar y arrullar, ellos eran gente amable. Una familia



normal como todos los demás, si ponías ojo ciego al crimen, pero todavía era desconcertante cuan fijado estaba ese tema.

En los votos de la iglesia Católica, la mujer prometía aceptar hijos como vinieran de Dios. Y aun, esta obsesión con la procreación vino sobre los estándares de la doctrina Católica.

Para cuando todos se habían ido al postre, Faith ya había presionado el botón de pánico.

—¿Leo? —dijo, lo suficientemente bajo para no atraer muchas miradas curiosas.

—¿Si, cariño? —dijo con una precisión practicada. Ella casi se creía la treta. Algo dentro de ella punzó y se revolvió ante ese apodo, deseando que fuera real en vez de un acto para su familia.

—¿Puedo ir a mi habitación por unos minutos?

—¿Que está mal?

—N... nada. Estoy abrumada. D... demasiadas personas aquí.

La preocupación pasó por su cara, luego se fue.

—Regresa pronto. Aun tenemos que ir a misa.

—Claro. Noche Buena. Misa de media noche. —Ella no había estado en la iglesia por tanto tiempo que no se atrevía a participar en la Eucaristía, no fuera que algún rayo enojado la atravesara.

\*\*\*

Leo vio el pequeño cuerpo de Faith desaparecer por la puerta. El atravesó a Angelo con una mirada cuando la mirada depredadora de su hermano fue por ella. En la mente de Angelo, Faith siempre iba a ser un cabo suelto. Leo casi podía ver los pensamientos arremolinándose en la cabeza de su hermano. ¿Qué si ella hablaba? Incluso dentro de la casa de Leo, había familia aquí, y no todos sabían que era eso. Las mujeres, particularmente. Ellas tal vez sospechaban algo que no estaba del todo bien, pero eran lo suficientemente sabias para no hacer preguntas, para siempre eludir cautelosamente los temas que probaran sus más grandes miedos.



¿Así que la familia tenía casinos en Nevada? Era trabajo honesto. Era legal. No tenían razón de sospechar nada. O eso era lo que ellas seguían diciéndose a sí mismas.

Y si alguna de ellas estaba incomoda por la rápida migración que la mitad de la familia había hecho alrededor del país hace cinco años, ellas se decían a sí mismas una historia cómoda que hacía que todo se sintiera bien de nuevo. Después de todo, ¿no eran sus vidas mejor? ¿No eran financieramente más fuertes? ¿No tenían sus hijos un mejor futuro fuera del este? Si Grammie y Papi pudieron cruzar el atlántico, seguramente ellos podían cruzar el país. Es lo que era su familia... Los valientes que viajaban a las nuevas oportunidades cuando se encontraban sofocados en su patria.

Angelo regresó a su postre después de otra corta mirada a Leo. Leo levantó una ceja mientras decía: "Tú me la diste, ¿por qué estas tan cabreado acerca de eso?" siendo gemelos, ellos dos pudieron tener una conversación telepática sin mucho problema, pero la mirada de Angelo bajó a su café y Leo le permitió a Fabrizio empujarlo hacia una charla de una tienda de sándwiches. La moralidad interna de Angelo había venido al mundo roto y los ejemplos que había recibido de los hombres de la familia no le había servido para enderezarlo. El siempre había sido muy observador. Eso, combinado con su disposición a cruzar líneas, lo hacían ideal para su posición actual de liderazgo en el equipo de Brooklyn.

Mientras tanto, el tío Sal supervisaba tanto Vegas y Brooklyn e informaba a Papi, que había dejado de tomar un activo papel hacía años, pero todavía le gustaba mantenerse informado. Una vez, a Leo se le había ofrecido la oportunidad de subir de rango, le gustaba a Sal, confiaba en él. ¿Serían diferentes las cosas si Leo hubiera escogido esa ruta? ¿Podría haber conseguido mantener la integridad o un sentido de identificación que no estuviera cubierto en sangre? Él había temido que escogiendo esa vida, se habría abierto la semilla del mal dentro de él, permitiéndole florecer en algo verdaderamente espantoso.

Fabrizio siguió con su discurso acerca de la tienda de sándwiches mientras Leo medio escuchaba, su atención ahora estaba en su hermana, Gemma: La razón por la que él sabía cómo cubrir moretes. Ella le disparó una mirada disgustada y volvió a su cannoli, café y conversación, pretendiendo que él no estaba ahí en lo absoluto. Si había una forma fácil de estar con toda la familia donde Leo no estuviera involucrado, ella la habría tomado en un santiamén. No podía culparla, pero él había hecho lo que tenía que hacer. Su esposo había estado golpeándola y nadie se había puesto en pie para protegerla. No eran sus asuntos. Era entre Gemma y Emilio. Pero ella era su hermana pequeña y él no podía seguir las reglas no dichas. El cuerpo de Emilio ahora descansaba en



piezas en algunas bolsas de basura en el fondo de un puerto tres estados más abajo. El trabajo de Leo.

Si el cuerpo fuera descubierto, era improbable que hubiera evidencia suficiente para una identificación. Había pasado hace una década, después de todo.

Leo había estado una semana fuera tomando sus votos finales y siendo introducido a la orden cuando encontró a Gemma, parada en la puerta de su pequeño apartamento, temblando en el medio de una áspera tormenta de invierno, con senderos de rímel bajando por sus mejillas y esos enojados moretones y la mandíbula fracturada. La había recogido y cuidado como a un pájaro roto. Él le dio su santuario de Emilio, también.

Seis días después, el hombre se había ido. Nadie sospechaba de Leo, a pesar de la cicatriz que Emilio le había dado. Leo la había explicado como un loco accidente del jardín y la familia lo había aceptado. Tal vez ellos aceptaron la historia tan fácil porque era lo que habían estado tratando de hacer: Aceptar ridículas mentiras para mantener sus desilusiones a salvo, para creer que sus hombres eran buenos. O tal vez era el hecho de que él había prácticamente sido un hombre del clero y nadie había visto los bordes oscuros dentro de él que mantenía cuidadosamente envueltos.

El sacerdocio había tenido la intención de curar su libido. Las fantasías torcidas y nudosas dentro de él de poseer a una mujer, de dominarla y subyugarla, de ver un látigo hacer una brillante línea roja a través de su carne y el extraño sentido de serenidad que la idea le traía mientras lo llevaba al borde del orgasmo. Había estado disgustado con él mismo. El sacerdocio cerraba todo eso en una caja y le impedía hacer daño a alguien más o a su propia alma.

Pero Emilio cambió ese plan. Leo lo había atrapado sólo, noqueado y lo había llevado a un almacén donde había pasado las siguientes cuarenta y ocho horas torturándolo. Leo había tomado a un abusador poderoso y lo había transformado en una masa temblorosa de terror que difícilmente podía decir su propio nombre. Finalmente lo había matado y separado su cuerpo pieza por pieza con una clase de alegría que lo había asustado. Una vez que la evidencia se había ido, se había encerrado en su apartamento. No podía terminar de tomar los votos. No era un monstruo potencial que no había atacado aun. Sin embargo el podría justificarlo, que estaba contaminado más allá de la reparación del sacerdocio. Y nada habría podido convencerlo de otra forma. Le habían tomado años volver a entrar a una iglesia. Había ido a la escuela de medicina, intentando hacer enmiendas, curando en vez de dañar. Y por el camino, había encontrado salidas saludables a su sadismo.



La mayor parte de la familia no creía que Leo lo había hecho, pero Gemma había visto la mirada en sus ojos esa noche cuando ella vino a él. Ella sabía, y no importa lo que Emilio le había hecho o el terror en la que la había mantenido, ella nunca perdonaría a su hermano por quitarle a su esposo de ella y sus hijos pequeños. No la culpaba mucho. Si ella hubiera visto el daño que Leo le había hecho al hombre antes de permitirle la dulce misericordia de la muerte, ella no sería capaz de estar en una habitación con su hermano en absoluto.

La mujer empezó a limpiar la mesa, sacando el plato de Leo justo de debajo de él.

—Ma, tenemos a gente para eso —protestó, sabiendo cuando lo dijo que era desperdiciar un aliento. Gina hace lo que hace, y Dios ayudara al pobre tonto que tratara de interponerse entre ella y lavar los platos.

—¿Que se supone que tengo que hacer hasta la Misa? ¿Mirar televisión? ¿Enseñar a Max como girar? Tú no dejaras que tu vieja Ma haga algo por ti sin quejarte, ¿verdad? No es suficiente que no me has dado nietos aún, no me dejas encargarme de ti tampoco.

Leo sabiamente cerró su boca y dejó a la mujer hacer lo que ellos iban a hacer. Tal vez había algunas familias italianas donde todos eran chauvinistas, donde el hombre se quitaba los zapatos y veía televisión mientras la mujer infelizmente se esclavizaba antes y después de la cena. Pero si conocías una familia, sabías que esto era tanto de la mujer como del hombre. Si un hombre ilustrado hacia su camino en la familia, él rápidamente seria despojado de sus zapatos y sentado frente a la televisión.

Leo sospechaba que las mujeres no sólo cocinaban y lavaban los platos. Ellas chismeaban sobre los hombres. Mientras los hombres en la familia tenían sus reuniones secretas del crimen y pistas y señales, las mujeres lo hacían igual de mal. Qué sabían o no sabían acerca de algo, nadie estaría completamente seguro porque no se podían acercar lo suficiente a la cocina para alguna vez averiguarlo. Las mujeres tenían un potencial no explotado. Quién sabe qué tan brutal sería la mafia si hubiera sido ejecutada por mujeres en su lugar.



## Capítulo 9

*Traducido por kristel98*

*Corregido por Viqijb*

**F**aith había ido directamente a su habitación, Max siguiéndola. Era de noche, pero con los reflectores al aire libre podía ver nubes gigantes de nieve flotando en un patrón constante.

Mientras ella había estado en la cena, uno de los criados había encendido un fuego en la chimenea. Momentos de esta realidad oculta como si fuera una visita de la realeza en vez de un prisionero.

Pero ella estaba atrapada dentro de una tarjeta de Navidad. ¿Qué podía ser malo de eso? ¿Qué clase de idiota se quejó ni se sintió triste por eso? Ella todavía estaba esperando el perder otro zapato, por Leo venir ardiendo para reclamar lo que era suyo, para hacerla pagar con su cuerpo por todas las atenciones que él había otorgado. Después de todo, ella era de su propiedad, su mal concebido regalo adelantado de Navidad de su hermano psicótico.

Max puso su cabeza en su regazo, y ella distraídamente acarició la suave piel de oro. Él se había convertido en su sombra en las últimas semanas, como si vigilara para asegurarse de que ella estaba bien y luego informar a su amo con una actualización de estado diario. Le había tomado un tiempo para que el gato acepte la presencia del perro, pero ahora Squish era un experto en ignorarlo. Ella brevemente susurró cuando él había entrado en la habitación antes de coronarse de nuevo en la almohada de Faith. En una semana, estaría por debajo de su aviso completo.

Media hora o más pasó, cuando el picaporte se sacudió. Antes que ella pudiera preguntar quién era, Leo entró. Él regresó la llave a su bolsillo y cerró la puerta detrás de él. Desde la última vez que ella había tratado de encerrarlo, había sacado una llave para levársela consigo. Fue un recordatorio de que ella no podía mantenerlo alejado. Esta casa y todo en ella era suyo.

—¿Estás bien? —No debió de haber creído su excusa sobre todas las personas.

Faith se encogió de hombros y volvió su mirada hacia la ventana.



—Duele. Esta mentira. Pretender que soy tu novia mientras soy realmente tu prisionera. Ellos piensan que tengo esta gran vida y todo es normal, pero yo soy como un animal cautivo. No sé si podré soportar una semana de esto.

Se arriesgó a mirarlo a tiempo para ver su mueca de dolor, e inmediatamente se sintió culpable.

—Te lo dije, puedes tener lo que quieras aquí. No puedo dejarte ir. No puedo arriesgarme a que vayas con la policía por Angelo.

—Es un monstruo —dijo, apenas en un susurro—. No puedo entender por qué te gustaría proteger a alguien de esa manera.

—Es de la familia. No voy a elegir a un extraño sobre la familia, así que déjalo. Nos vamos a la misa en una hora, estate lista.

Salió y cerró la puerta detrás de él. Leo tenía razón. Le debía nada, pero aún le dolía. Y, sin embargo, si sólo era una extraña y la familia significaba todo, ¿por qué la había protegido de Angelo en la cocina? ¿Por qué le había dado esta habitación? ¿Por qué se preocupa por su comodidad en todo?

\*\*\*

El trayecto a la iglesia estaba en silencio, por lo menos en el coche de Leo. El cuerpo de Faith se inclinó lejos de él en el asiento del pasajero. No habían hablado desde su conversación en su dormitorio, y ahora estaba en algún lugar lejano, mirando por la ventana a la nieve. Él imaginó que ella estaba contemplando la posibilidad y la oportunidad de escapar. Después de todo, era su primera vez fuera de la casa desde que la trajo.

Una punzada de culpa lo apuñaló. Ella tenía razón. Era un animal cautivo en una jaula, supuestamente por su propia seguridad. Pero Angelo era el criminal, y ella era la inocente, no importa cuánto Leo podría querer ignorar la verdad.

Gina se sentó en la parte de atrás, apretada entre el tío Sal y la tía Lily. Hubo un sonoro suspiro desde el asiento trasero. Tuvo que ser Sal, porque nadie más en la familia podría suspirar de una manera tan fuerte y exhaustiva.

—Lily no era italiana —dijo él finalmente, como si hubiera estado meditando sobre la sangre irlandesa de Faith desde la cena. Y probablemente lo había hecho.

Su rápido despido del problema irlandés traicionó cuando el pensamiento dominó su mente. Por lo menos ahora estaba reconociendo su propia



hipocresía, dado que su esposa había sido tan hermosa como una princesa nórdica. Tal vez no irlandés, pero no italiana tampoco. Había sufrido su propia parte de nevadura cuando él la había traído a su casa, si las historias familiares fueran a ser creíbles

Leo atrapó la mirada de Lily en el espejo cuando ella hizo una mirada molesta y apartó su cabello rubio.

—Todavía no soy italiana, Salvatore. —Hacía mucho tiempo desde que su cabello había estado, naturalmente, de ese color, pero ella se mantuvo en la lucha contra la invasión del ejército gris con la ayuda de un profesional de la peluquería.

—Sí, querida —dijo, siguiéndole la corriente.

La verdad era que, una vez que habían tenido hijos, y ellos habían salido del vientre todos los ojos negros brillantes con el cabello y tez olivácea, sus antepasados habían sido perdonados en el acto. Sin embargo, uno de sus nietas era rubia como Lily. Rodeado por todos los demás miradas oscuras, Angélica parecía como si hubiera sido secuestrada. Pero si la familia se diera cuenta, no les importaba. Después de todo, el aspecto de Lily estaba lejos de ser un acto criminal.

Su Ma comenzó a ir a las bodas y los bebés y cuánto tiempo antes que ella pudiera tener nietos. Ella se hizo un punto para señalar que no le importaba si salían con pecas. Todo lo que quería era abrazar a los bebés y arrullar.

Leo hizo una mueca y miró a Faith, que había estado tiesa. Él le había prometido que ella no tendría que tener hijos para él. Y lo decía en serio. Él no iba a violarla para mantener las apariencias familiares y una jeringa para pavo era demasiado crudo incluso para él. De cualquier manera, obligándola a incubar su progenie sería casi tan malo como la violación. En cierto modo, tal vez peor. Ellos habían inventado una historia de la infertilidad.

Todo este asunto fue un espiral demasiado fuera de control, mucho más allá del alcance de sus intenciones originales. Asegurar a Faith en el calabozo cada año para las vacaciones hubiese sido menos problemático. Pero entonces él volvió en sí. Siempre y cuando Faith estuviera en su casa, no importa donde ella estaba, no podía tener una vida normal. Estas fueron cosas que él no se había detenido a considerar cuando su preocupación había sido mantener a su hermano de matar a alguien que Leo podría salvar.

Angelo le había dado una obligación, no un regalo. Un paquete de culpa y frustración. Todo lo que quería era tener a Faith y cumplir cada una de sus fantasías retorcidas con ella, pero su hermano había obtenido todos los genes



sociópatas. Leo no tenía el corazón para seguir adelante con una víctima involuntaria.

Estacionó el coche al otro lado de la iglesia y gruñó con disgusto mientras observaba a la gente en grupo corriendo hacia la puerta. La víspera de la misa nocturna de Navidad siempre estaba llena. A pesar de que era la media noche y la mayoría de la gente estaba metida en la cama soñando con confites y hadas, para los fieles de San Esteban, la víspera de Navidad fue la noche más larga del año. Incluso el Año Nuevo no inspiró quedarse hasta tan tarde. Fue cuenta atrás, besos, champagne, y luego el desmayo.

Él se dio la vuelta para que Faith saliera del coche como un novio cariñoso debería hacer. Ella se sonrojó y miró hacia otro lado cuando él la tomó de la mano y la ayudó a salir, atrapándola cuando ella tropezó en los tres centímetros de nieve. ¿Sintió la chispa entre ellos? Sería más seguro para ella si no lo hiciera. Si diera alguna indicación de que lo deseaba, su burbuja de protección estallaría. Él no sería capaz de hacer promesas sobre lo que haría o no haría con ella entonces.

\*\*\*

Faith se sentó en el banco hacia la parte posterior de la iglesia, situada entre la madre de Leo y Leo. Sintió los ojos astutos de Gina sobre los dos de ellos, y Dios sabía lo que la mujer estaba pensando. Probablemente estaba fantaseando con grupos del bebé. La idea hizo retroceder a Faith. En el otro lado de ella, la mano de Leo apretaba la suya. Era tan frágil sentada a su lado, con su pequeña mano atrapada en la suya más grande.

Ellos estaban en la última fila de los bancos que la familia había tomado. Angelo y Davide se sentaron dos filas más adelante, prácticamente abrazados. Angelo había mirado hacia atrás y le disparó una cruel mirada una vez o dos veces durante el servicio, pero cada vez, su intento en amenazar fue interrumpido por el pararse, arrodillarse, la lectura o el canto.

Cuando llegó el momento de la Eucaristía, Faith no se movió. La boca de Leo rozó junto a su oído.

—¿No vas a ir? Vas a hacer quedar mal a la familia.

—No puedo —susurró—. Yo no me he confesado en mucho tiempo.

—No me puedo imaginar cómo podrías haber ofendido a Dios. —La sinceridad de su declaración la atrapó con la guardia baja.



—No me siento bien al respecto —dijo ella, con la esperanza de que sería el final de la discusión. No sabía lo que ella haría si él trataba de hacerla participar.

Él asintió y desenredó su mano de la de ella para hacer su camino a la línea con el resto de la familia. Caprice le esperó en el pasillo con una mirada devoradora de hombres en su rostro. Ella enrolló su brazo a través del suyo, guiándolo hacia la línea y mostrando una mirada de suficiencia de vuelta a Faith.

Algo se tensó en su intestino. Faith estaba sólo preocupada por Caprice por lo que podría significar para su seguridad. ¿Cierto? Seguramente ella no estaba preocupada que Caprice lo podría robar basada en una atracción equivocada. Querer a Leo sería suicidio. Él ya había dejado claro la naturaleza de sus deseos. La idea de lo que él podría ser dentro le heló su sangre.

El coqueteo inapropiado de Caprice fue interrumpido cuando alcanzaron a la madre de Leo. Gina volvió a mirar a Faith y luego le susurró algo a Leo.

A Faith le importó un comino lo que su familia pensaba al respecto. Ella puede ser una católica no practicante, pero ella no estaba dispuesta a ir a recibir el cuerpo y la sangre sin tener sus pecados purgados. No valía la pena el riesgo para su alma. *Qué piensen lo que quieran.* Esta farsa había pasado demasiado tiempo de todos modos.

Viendo los mafiosos participar en el ritual, ella se preguntó cuántos de ellos habían muerto recientemente o golpeado a alguien o cometido algún otro delito. Se preguntó si se habían ido a confesarse y si es así, lo que posiblemente podría haber dicho el sacerdote para absolverlos a sí mismos por sus crímenes.

Faith miró a su derecha y vio que el tío Sal no se había movido de su lugar. Su mirada encontró la de ella por el momento culpable más breve, y luego desvió la mirada rápidamente. El resto de la familia estaba en la línea que va al frente. Incluso Angelo y Davide, quienes fueron pecando de forma regular de acuerdo con la Iglesia. Ella dudaba mucho que hubieran estado en la confesión, tampoco.

Cuando Leo y su madre regresaron, Gina se sentó junto a Faith y le palmeó su mano.

—Todo está bien, cariño —dijo.

Faith miró a Leo quien negó con la cabeza. Cualquiera que sea la mentira que él había alimentado a su madre para calmarla, ella no la quería conocer.



La nieve había dejado de caer en algún momento durante el servicio. Cuando ellos llegaron afuera, las nubes se habían alejado para dejar una noche fresca y fría con estrellas que parecían trozos brillantes de reluciente hielo. Era apenas la mañana de Navidad, y en lugar de estar sólo en su apartamento con su gato compadeciéndose de sí misma, ella estaba rodeada de gente que de repente deseó que fueran su familia, aunque había algunos asesinos en la mezcla. Era una familia. Y por todos sus defectos y crímenes, se amaban.

Los niños corrían por delante y comenzaron a hacer bolas de nieve. Una de las bolas de nieve, lanzado por un sobrino de Leo, falló por poco, sólo para golpear ligeramente a Faith en la oreja. Todo el mundo se detuvo y quedó mirando, esperando su reacción.

Ella dejó caer su bolsa en la nieve y formó una bola por su cuenta para devolver el tiro, llegando a Dante en el hombro. La pelea fue en serio. Faith se sorprendió al ver cuán ágiles Gina y el tío Sal pueden ser cuando se trataba de bolas de agua congelada. El despiadado de Sal se derretía en la cara del juego, e incluso Angelo fue menos grave y amenazante. Por un momento ella podía pretender que éstas eran personas normales que realmente les gustaba el spaghetti.

Ella se echó hacia atrás en la pelea y observó a Leo. Sus ojos se iluminaron de alegría cuando él lanzó y esquivó las bolas de nieve. Era uno de los pocos que no había sido golpeado. Él era tan hermoso, y decente en su forma. ¿Por qué no podría ser esto real? ¿Por qué no podría él amarla como un hombre normal? La auto-compasión se apoderó de ella, y una lágrima se deslizó por su mejilla, congelándose hasta la mitad.

—¿Te está haciendo daño?

Faith se volvió para encontrar Gemma acechando junto al capó de un Oldsmobile cercano como un presagio de la destrucción.

—Lo siento... ¿Qué? —Su hermana había malinterpretado la autocompasión por algo más siniestro.

—Ya me escuchaste. Mi hermano no es el santo que pretende ser. Y creo que tú lo sabes. Si quieres mi consejo, escapa ahora. No confíes en él. Lo único que sabe hacer es mentir y lastimar a la gente.

—Yo... um... —¿Qué le dicen a una proclamación como esa? No era como si Faith no entendiera el regaño. Era posible que ella supiera más de la mitad de las mujeres en la familia, dada la actividad que ella había atrapado a Angelo en la noche en que se conocieron. Pero Gemma no era uno de los corderos ingenuo, ni ella estaba contenta de atenerse al código de silencio de la familia.



La hermana de Leo miró a Faith constantemente. Una vez que ella vio visto lo que estaba buscando, dijo:

—Él mató a mi marido. Y sospecho que no fue rápido al respecto.

—¿Por qué lo haría...?

Antes de que Gemma pudiera responder, Leo deambuló por allí. Otro sobrino, Michael, le dio en la parte de atrás de la cabeza con una bola de nieve cuando se volvió al grupo.

—Golpe bajo —dijo por encima del hombro.

—Lo que sea —dijo Michael—. No hay reglas con bolas de nieve.

La atención de Leo volvió a Faith y a su hermana.

—Gemma —dijo, asintiendo con la cabeza.

Pero su rostro estaba tenso, sus ojos fríos y estrechado. Si Faith tenía alguna duda antes, se había ido. Él había matado el marido de Gemma. Ella dio un paso atrás involuntario y la aguda mirada de Leo pasó de su hermana a Faith. En un borrón fluido de energías, él la tomó del brazo y la atrajo hacia él en una parodia de un abrazo.

—No hagas nada estúpido —él susurró contra su oído.

Faith se quedó helada.

Leo volvió su atención a su hermana.

—¿Qué cotilleo interesante me he perdido? —Su agarre se tensó sobre Faith con cada sílaba de su boca, a pesar de que parecía ser un acto inconsciente de su parte.

—Eso está en una necesidad de conocer bases. Como cada puta cosa más en esta retorcida familia —replicó Gemma.

—No me pruebes —dijo Leo—. ¿Qué le has dicho?

Por ahora, los miembros de la familia habían dejado caer sus matas de nieve y desplazado más cerca para oír la conmoción, a excepción de los pocos adultos quienes estaban arreando a los niños lejos dentro de sus automóviles con sensores de que estaba a punto de volverse muy maduro. Los otros parroquianos se habían ido durante la guerra de nieve, y el sacerdote se había retirado a la rectoría. Estaban sólo los miembros adultos de la familia ahora. Y Faith.



—No creo que quiera empezar un escándalo ahora mismo —dijo Gemma—. No delante de toda la familia.

—Estoy seguro de que no sé lo que quieres decir —dijo Leo. La advertencia en su tono de voz era inconfundible.

—Vamos a ponerlo de esta manera. Tú eres el único miembro de la familia que estoy cien por ciento segura que es un asesino.

Hubo un ruido sordo cuando un cuerpo cayó al suelo.

—¡Grammie! —Leo gritó.

—Está bien —dijo Sal cuando alcanzó a Alba—. Ella solo se desmayó.

Gina se persignó.

—No puede ser verdad. Mi Leo es un buen chico. Nunca haría daño a una mosca.

—Mierda —murmuró Leo—. Él rompió la mandíbula de Gemma y una de sus costillas. Ella era un desastre la noche en que vino a mi casa. Y no fue la primera vez. ¡Él la habría matado eventualmente, y ninguno de ustedes hizo absolutamente nada al respecto!

—¡El vocabulario! —dijo el tío Sal.

—A la mierda el vocabulario. Emilio merecía morir. Nadie toca a cualquiera de mi familia. Estando casado no conseguirá mantenerlo a salvo de mí si haces daño a alguien a quien amo. No me importa si no es asunto mío. —Él soltó a Faith y se dirigió hacia el coche.

Gemma se quedó en medio de la nieve como un ángel abandonado con su boca abierta, incapaz de creer la verdad que había sido hablado.

Todos los demás se fueron a sus propios coches. Tal vez estaban demasiado cansados y usaron eso para pretender que las cosas malas no los hacen comportarse de manera diferente. Ellos habían probablemente reiniciado todo como un montón de ordenadores y se olvidaron toda esta desagradable discusión en la mañana. De pronto la noche se sentía tan fría que podía succionar el alma de cada uno de ellos, dejando sólo cadáveres congelados detrás.

—¿En serio? —chilló Gemma, su aliento haciendo grandes bocanadas blancas en el aire mientras hablaba—. ¿Él mata a mi marido, y todo lo que hacen es entrar en sus coches como si nada?



Leo se detuvo y se volvió hacia el grupo.

—Emilio era un bastardo vicioso.

—Si Leo no lo hubiera hecho, yo lo habría hecho —admitió Sal.

—Nunca sabrás lo que me costó matarlo —dijo Leo, con la voz quebrada—. Nunca. Pensé unirme al sacerdocio podría arreglar lo que está en mi interior pero después de Emilio no pude.

—¿Qué tienes que necesitaba ser arreglado antes de matar a mi marido? ¿Qué podrías haber hecho en tu pequeña vida perfecta que te dejara complejo bastante grande como para tomar las órdenes sagradas? Porque sé que no tienes algún gran sueño de ser sacerdote. —Gemma se volvió a Faith—. ¿Es esta la familia que tu deseas emparentar? ¿Por lo menos sabes quién es la familia Raspallo?

—Sí —susurró Faith—. Lo sé.

Gina se persignó de nuevo.

—¿Le DIJISTE a ella? —Sal gritó.

Leo giró al oír la voz ronca de su tío.

—Por supuesto que no. Pero no es como si los rumores no vuelan alrededor de nosotros. Estamos en el siglo XXI. No es como si ella supiera los detalles incriminatorios. No más que cualquiera de las otras mujeres de la familia. Y mi futura esposa es asunto mío. —Miró furioso a Faith, como si esto fuera su culpa. O tal vez él estaba atreviéndola a impugnar la mentira inocente que le había dicho para pintar sobre las grietas y hacer las cosas bien de nuevo.

¿Qué se suponía que ella debía hacer? Fingir que no había escuchado lo que dijo Gemma? ¿Actuar demasiado estúpida para retomar la insinuación? Era demasiado insultante hacerse pasar por esa idiotez rodeada por un grupo de hombres que parecían como si hubieran salido de Goodfellas.

—Bueno, demonios, ¿por qué no hacemos un anuncio en el periódico, si todo el mundo va a saber de los asuntos de todo el mundo? No era así cuando yo era joven —dijo Sal.

Si las miradas mataran, Faith estaría nadando con los peces. Sabiamente, ella optó por no verbalizar el cliché. No tendría que hacerse la querida por el tío Sal, quien sólo tenía que acabar de hacer la paz con su herencia.

El viaje de regreso a la casa fue tenso. Lily miró por la ventana mientras Gina lloraba en silencio. Ambas mujeres estaban tratando, a su propia manera, de



aislarse de lo casi visible; la ira demoníaca que se encrespa fuera del tío Sal en el asiento trasero.

—Será mejor que no te conviertas en una carga para nosotros —dijo Sal.

Faith no se dio vuelta. Si ella había pensado que no iba a morir a manos de un miembro de esta familia, había estado bromeando consigo misma. ¿Qué diferencia hacía si era Angelo, el tío Sal, Leo, o algún asesino a sueldo al azar? Ella estaría muerta sin importar lo que pase. Sin embargo, algo estúpido en su interior quería aferrarse a la pequeña esperanza que Leo había extendido, que estaba preparado para la tarea de salvarla, que había algo en él que era bueno y decente y no como los demás. Algo de noble instinto que lo había movido en la dirección de la Iglesia y la oración en lugar del crimen y la muerte.

—¡Sal! —susurró Gina—. Por supuesto que no va a ser una carga. Ella es la prometida de Leo. Ella es de la familia. ¿Cómo puedes decir una cosa así?

—No la conocemos desde Adam. Leo, es mejor mantener tu chica en línea.

—Si tienes un problema, inícialo con Gemma. Ella fue la que abrió su gran boca —dijo Leo—. Y dejarás a Faith fuera de esto. No estaba bromeando allí. Faith es mi preocupación.

—¿Me estás amenazando, muchacho?

Faith abrió y cerraba sus manos en su regazo. Quería gritar. Ella quería dejar escapar la verdad. Nada se habría sentido mejor que decir: "No hay necesidad de preocuparse. Vi Angelo segar a un pobre tipo en un callejón. Leo y yo no estamos juntos de verdad. Soy su prisionera para protegerme, imbéciles". Pero ella tenía demasiado miedo de lo que Leo podría hacerle si ella perdiese el control y decía lo que pensaba. Y la situación era demasiado peligrosa con Sal por el momento. Esto no era una familia que hacía amenazas vanas.

Ya era bastante malo que ella hubiera dicho lo que dijo, admitió que ella no era una flor ingenua como se suponía que debía. Pero Gemma casi había tirado la verdad en su cara. Incluso si ella no sabía nada, sería ridículo pensar que ahora ella no lo hacía. Era preferible que la consideraran una posible responsabilidad que una posible idiota.



## Capítulo 10

Traducido por Blinda  
Corregido por karool

Estaba siendo la Navidad más jodida que Leo podría tener alguna vez. Le tomó todo su autocontrol para no culpar a Faith. Las otras mujeres de la familia probablemente sabían más de lo que ellos pensaban. No eran estúpidas. Así que mantenían sus charlas en privado, lejos de los hombres. Nunca en público. Era la separación y la división necesaria para que cada uno de ellos mantuviera la cordura. Negar y fingir. Y ahora se habría acabado para siempre.

¿Pero entonces, por qué estaba furioso con Faith? Fue Gemma quien había sido la única en rajar. Había estado bromeando consigo mismo desde lo de Emilio. Le había consolado la idea de que su hermana no sospechaba la verdad. Emilio había estado metido en alguna mala mierda. Lo que le creó una gran cantidad de enemigos. La paliza recibida con anterioridad al momento de su muerte hubiera sido fácilmente una coincidencia. Esta era la mentira que se había repetido una y otra vez. Pero la tensión entre ellos durante años había probado sin lugar a dudas que lo sabía. Esta noche no podría negarlo más.

Una vez que regresaron a casa, Leo arrastró a Faith a su habitación.

—Cierra la puerta —le gruñó.

—Espera...

—¿QUÉ? —Se encogió ante la evidencia de su temperamento, carácter que había heredado del Tío Sal. Como Sal, había aprendido a mantenerlo oculto la mayor parte del tiempo, permitiendo que se convirtiera en vapor antes de salir a la superficie. La salida de Sal fuera de los actos criminales. Leo era sadomasoquista, ambos lo eran, trataban con la misma enfermedad. Y últimamente Leo no había sido capaz de usar su válvula de escape.

Suspiró y dijo más tranquilamente:

—¿Qué?

—¿Estás enfadado conmigo? Fue Gemma la única...

—Lo sé. No estoy enfadado contigo. Tengo que suavizar esto con mi familia. Mantén la puerta cerrada. Te quiero segura.



Ahora no era tiempo ni para estremecimientos ni temblores de labios. Incluso con su familia en la casa, su impulso más profundo era llevarla abajo y joder su moral. Joder su consentimiento. Follarla de todas las formas. Todo lo que quería era doblar su trasero desnudo sobre el banco de azotes y encenderlo al punto que estuviera de un rojo tan brillante como un adorno Navideño, luego tomarla hasta estar demasiado cansado para preocuparse por cualquier cosa. Quería quedarse encerrado allí con ella, en su propio mundo, hasta el final de año nuevo, cuando la casa volvería a estar otra vez tranquila y pacífica.

Faith se envolvió con sus brazos alrededor como si todavía tratara de no temblar y asintió:

—De acuerdo. Lo siento.

—No es tu culpa. —Cerró la puerta detrás de él, y soltó el aliento cuando oyó el chasquido de la cerradura colocarse en su lugar. Al menos era lo bastante lista para escucharle y no lo suficientemente desafiante para cuestionarlo. Ahora mismo no podría manejar ni la estupidez, ni la independencia.

Las otras mujeres habían sido enviadas a sus habitaciones con bastantes protestas, como niñas caprichosas. Y Los niños fueron tratados igual. Los hombres se despacharon al gran estudio que Leo había creado para su intimidad y tranquilidad en el sótano al lado de la bodega. Nunca sospecharían que del otro lado del sótano, existía la puerta cerrada de acero que conducía a un calabozo donde permitía que su propio estigma de oscuridad corriese libre.

El estudio era un antro en comparación con el resto de la casa. Si algún lugar pudiera tranquilizar los nervios de esos hombres, sería este.

Vertió las bebidas y pasó los cigarros alrededor. Según el reloj sobre la cubierta, sobrepasaban las dos de la mañana. A las ocho, los niños estarían levantados, gritando para abrir los regalos.

—¿Ángelo, puedo hablar contigo en privado? —dijo Leo, perforando a su hermano con una furiosa mirada.

Las cejas se elevaron alrededor del cuarto, pero nadie dijo nada. Aunque fueran gemelos, la demanda de Leo de una charla privada con el *capo* de Sal bajo las actuales circunstancias creó una gran intriga.

Ángelo pasó su copa a Davide y de una zancada salió de la habitación delante de Leo. Leo puso sus ojos sobre la postura de su hermano, pero no era



el momento de luchar por el título alfa, aún en su propio hogar. Ángelo tenía mucho para demostrar ya en las mentes de los otros hombres, considerando su orientación. Le daría a su hermano éste de forma gratuita.

Esperó hasta que alcanzaron una esquina lejana, privada, de la bodega para hablar. En ese espacio cerró la puerta del estudio así ellos tenía la seguridad de tener algún nivel de intimidad mientras vigilaban la salida de modo que nadie saliera para escuchar disimuladamente, no que alguien lo hiciera. Nadie en su familia era un suicida.

—¿Qué infiernos está mal contigo? —preguntó Leo.

—¿¡YO!? ¿Qué tengo que ver en esto?

—Oh, veamos... dármela a mí en primer lugar. Podrías haberla matado y nunca contármelo. Implicarme fue injusto. No debería haberla convertido en mí responsabilidad. ¡No tenías que haberme dicho nada en absoluto sobre ella! ¡Dejándome pensar que podría salvarla... y que si no lo hacía sería mi culpa que ella muriese ... qué pasa contigo? ¿Por qué me odias tanto? —Miró hacia abajo para encontrar sus manos temblando de cólera, sus puños se apretaban con todo dentro de él gritando por colocar aquellas manos alrededor de la garganta de su hermano.

—¡*Marone!* ¿Estás de broma? Siempre me estas rompiendo las pelotas. *Put* madre. —Ángelo tomó una lenta respiración para controlarse—. Eres de mi sangre. Mi hermano. Pero estás jodidamente tenso todo el tiempo. Quise darte lo que querías, y no tenías las pelotas para tomar. Y todavía no parece que las tengas. Es tu *esclava*. Úsala. Te debe la vida. Deberías recoger alguna forma de pago. Darte algo es tirarlo a la basura, *jodido* puritano. No sé por qué demonios me molesté.

—Desearía que no lo hubieras hecho —dijo Leo. Según el pensamiento de su hermano, continuaba siendo un regalo Navideño apropiado. Era el recipiente del regalo lo que constituía el problema. No el regalo en sí mismo. Ángelo no parecía entender que regalar un ser humano por Navidad no era solamente inmoral, era torpe.

—No te preocupes, es la última vez que intento ayudarte de cualquier forma. Sigue adelante tanto tiempo como quieras no obstante no puedes comportarte como un hombre y no tomarla mientras la tienes delante de ti en tu maldita casa.

—¿Por qué tuviste que decirle a mamá que estábamos comprometidos? La familia ya tiene bastante con el tema gay.



—Mamá no estaba al tanto. Toda la semana entera habría sido sobre mí y Davide y de cómo tengo que instalarme con una muchacha y darle nietos que continúen el apellido. Sabes que sería así. Es hora de que dejes de gandulear y criticar.

—¿Y ahora, Faith, se supone, que la familia piensa que será mi yegua porque tu prefieres a los hombres? ¿Incluso si pudiera usarla como sugieres, piensas que podría ser alguna vez tan cruel para forzarla a parir encima de todo lo demás que le hemos hecho? —Ángelo se encogió—. He dejado de tratar de entender cómo trabaja tu mente.

—Lo mismo digo.

—¿Qué hacemos aquí?

—Ya no hacemos nada —dijo Leo. Había esperado una disculpa de su hermano, cualquier remordimiento, signo de culpa o responsabilidad por la forma en que las vacaciones se arruinaron. Pero por supuesto no. Nunca nada era culpa de Ángelo. Siempre había alguien más para culpar, o matar, si el solo culparle no resultaba suficiente satisfacción.

Leo cerró de golpe la puerta del estudio detrás de él cuando regresaron. Respiró profundamente. Tenía que expulsar esa ira antes de que se saliera de control.

—Mi hermano piensa que es demasiado bueno para nosotros. Siempre ha pensado así —dijo Ángelo—. También nos puede pasar por las narices esta lujosa casa, mejor de la que cualquiera de nosotros tiene, porque puede justificarla ante Hacienda (Internal Revenue Service). Todo comprado con su *honesto* dinero del que hace alarde ante nosotros cada Navidad.

Por encima de todo, Ángelo tuvo que traer el dinero a colación otra vez. ¿Bien, por qué no? Venía de atrás.

—No pienso eso. Todo lo que he dicho es que hay alternativas. Puedes usarlas, o no, pero deja de joder y lloriquear sobre ello y de poner excusas. Pero esto no es el punto de esta reunión, y lo sabes. Faith no es una amenaza. No sabe nada más que lo que cualquiera puede encontrar en una búsqueda en Internet.

—¿Cómo podemos saber eso? —preguntó el Tío Bernie. El tío Sal ya había expresado sus dudas.

—Soy demasiado viejo para esta mierda —lanzó Carmine.

—Papi... —dijo Leo.



—¿Qué? Es la verdad. Tenemos que movernos en dirección a los negocios legales y olvidar los ilegales. Esto no se parece a lo que solía ser.

—Correcto. Porque hay un montón de pasta en la instalación de moquetas —dijo Vinny—. ¿Cómo alimentaríamos a nuestras familias?

Era uno de sus muchos negocios, y al menos sobre el papel, era legal. The Raspallo, es uno de los negocios lícitos, además de los casinos en Las Vegas y la empresa de construcción de Nueva York. Era difícil demostrar que las apuestas estaban amañadas. Y un poco juego ilegal junto al legal era mucho más fácil de tapar, sobre todo considerando que la mayor parte de las familias habían abandonado Las Vegas, luego la acción estaba en otra parte.

—Ahora trabajas en el casino de Las Vegas. No harías la instalación. —replicó el abuelo de Leo, aún notablemente agudo para estar cerca de los noventa.

—Sólo quiero poner una tienda de bocatas —dijo Fabrizio.

—Ah, así que ahora estás fuera del negocio —dijo Ángel—. Tal vez esa es *tu* responsabilidad.

—¡Eh! —dijo Leo—. Dejémosle. Incluso si solo se dedica a una tienda de bocatas, no va a cantar. No más que los demás. ¿No somos independientes cada uno a nuestra manera? ¿No podemos respetar las opciones de cada uno sin actuar como si cada uno que hace algo diferente sea un Judas?

—No dije que estuviera fuera del negocio —dijo Fabrizio—, digo que si fuéramos legal...

Fabrizio debe haber replanteado la connotación suplementaria de aquella palabra y ha cambiado el medio de la corriente.

—Honestos... si fuéramos honestos, me dedicaría al negocio del bocata. Solamente digo que no estoy en la instalación de moquetas, ¿de acuerdo?

—Nadie considera seriamente dedicarse a la instalación de moquetas —dijo Ángel, como si la idea le diera nauseas.

—Papi sí.

Carmine aclaró su garganta desde el otro lado del cuarto.

—Cuando formé esta familia, reflejé cómo la *Ndrangheta* en Calabria se ocupa... de mantener todo en la familia o el matrimonio. Es más fácil



mantener el *omerta*<sup>4</sup> y más difícil para los agentes del FBI infiltrarse dentro.  
—La mirada fija de Leo cambió a Davide.

Davide no estaba casado, pero por otro lado él ya se encontraba dentro. Papi había comenzado la familia con algunos amigos con los que no estaba emparentado, y Davide era el nieto de uno de ellos. Lo mismo sucedía con Vinny. Pero a partir de eso habían sido estrictos sobre a quién permitían unírseles. Un pariente consanguíneo de uno de los primeros miembros, o casado con una de sus mujeres. No había ningún otro camino, y Papi no se equivocó. Esto había hecho su organización más difícil de penetrar y mantuvo a la mayor parte de ellos fuera del sistema. Y cuando ellos desaparecían era siempre por alguna cuestión sin importancia.

Carmine tomó un sorbo de su bebida y siguió:

—Quería un barco hermético, no toda esta lucha. Fue con la idea de que tarde o temprano nos saldríamos, cuando hubiese mejores oportunidades, pero aún y así con lo que hacemos, no somos más corruptos que la mayor parte de las corporaciones del mundo. ¿No hacemos las mismas cosas? ¿Sobornar al gobierno para funcionar cómo nos gusta? Ellos le llaman ejercer influencia. Pero todos usamos la misma guía. ¿Piensas que no hay crimen y muerte en la mayoría de las grandes corporaciones? ¿Qué con las empresas farmacéuticas? Está en la medicina, Leo, dime que eso no es corrupto como el infierno. Dime que miles o cientos de las personas no mueren cada año debido a medicinas que el FDA<sup>5</sup> se precipitó a lanzar que no eran seguras. Su Abuela casi murió por uno de ellos la pasada primavera.

—No puedo discutir contigo, Papi —dijo Leo.

—Ya lo creo, no puedes. Tus manos están manchadas de sangre, aún así eres respetable, pero lo que hacemos, ¿no es así? Y no hemos empezado a hablar sobre el gobierno. El gobierno es mafia. Las grandes corporaciones son mafia. Joden al más pequeño, intimidan, amenazan, y causan daño. Lo hacen todo por dinero y poder. La única diferencia es la tolerancia pública. Quisiera que fuéramos honestos para estar por debajo de la Ley, ¿pero eso me hará honesto? Cada uno de los que tienen poder y dinero son mafiosos. Cada persona.

—¿Incluso Leo? —preguntó Ángelo.

---

<sup>4</sup> s. código secreto (sobre todo usado por otros miembros de la organización criminal, es decir, la mafia, etc.)

<sup>5</sup> Food and Drug Administration. Administración de comida y droga. (FDA)



—Leo es una parte de esta familia tanto si realmente decide estar implicado como todo nosotros lo hacemos. No puedo hablar de honestidad de su negocio. Estoy seguro que hay excepciones.

—Desde luego. Es el chico de oro. Tomamos enormes riesgos para esta familia, y Leo consigue pase libre. Olvida las estafas que financiaron su negocio honesto.

—Basta, Ángelo —dijo Papi.

Ángelo se hundió en una silla con su cigarro y un brandy y puso mala cara como cuando tenía doce años.

Podía argumentar que Papi estaba diciendo tonterías de viejo, o que en su vejez buscaba la justificación para su vida de crimen, pero adquiriría un nivel misterioso, de verdad, en sus palabras.

—Las cosas solían ser mucho mejores —dijo Sal—. Todo solía significar algo. Y ahora tenemos esta mierda con Faith. ¿Cuánto podemos confiar en ella? Las mujeres no se parecen a nosotros. Hablan primero si se sienten amenazadas o asustadas. No pueden mantener el *omerta* como lo haremos.

A diferencia de otras familias, estrictamente habían prohibido a las mujeres hacer cosas ilegales. Ni drogas, ni transacciones turbias. Ni siquiera les permitían fumar hierba. Podría ser sexista, pero era verdad. Hablaban con más facilidad. Traicionaban con más facilidad. Tenían un umbral inferior para el dolor, y en la mayor parte no se podía confiar para mantener el código de silencio. Ese era trabajo para hombres y sólo hombres.

—Nadie hará daño a la muchacha —dijo Papi—. Todavía soy el jefe de esta familia. Si alguien pone un dedo sobre ella, tratará conmigo. Leo ama a esta muchacha. Ellos se casan. ¿Y qué si ella sabe que somos mafiosos? Si piensan que nuestras mujeres no sospechan que esta familia está mezclada bien con el crimen o que la mayor parte de nosotros no haya matado a alguien una vez, usted todo ha conseguido dirigiendo a sus asnos colectivos. Sabes que lo saben, o que al menos sospechan hasta al punto que en realidad saber haría poca diferencia. Pero consiguen la "negación creíble"<sup>6</sup>. Eso es lo importante. Y lo mantenemos así. ¿Entienden?

Leo dejó escapar un suspiro ante la declaración de Papi sobre la protección de Faith.

---

<sup>6</sup> La expresión "Negación creíble" se refiere a la creación deliberada de estructuras de poder y cadenas de mando tan flexibles e informales que permitan negar la participación del poder ejecutivo cuando se revela una violación de los derechos humanos.



—Bien —dijo el Tío Sal.

—Cómo quieras —dijo Ángelo. Como si Ángelo hubiese tenido intención de matarla. Tenía que guardar las apariencias. Si el Tío Sal se percatase de como Faith había llegado aquí, su cabeza estaría sobre una pica.

Todos los demás asintieron.

El humor en el cuarto se aligeró y Davide dijo:

—¡Eh!, yo estaba en Greenwich Village otro día y vi una camiseta que decía *Ciudad de Nueva York, empresa familiar desde 1920*.

Varios de los chicos rieron en silencio, hasta Papi resquebrajó una sonrisa. A pesar de la conversación de su abuelo y de las esperanzas de este, Leo sabía que la familia jamás sería honesta, pero igualmente sabía que el anciano estaba orgulloso del modo en que Leo había hecho su dinero. Carmine levantó una copa a su nieto y Leo asintió a cambio.

\*\*\*

Faith había permanecido sacudiéndose y dando vueltas sobre la cama por alrededor de una hora cuando golpearon la puerta.

—¿Leo? —dijo mientras se acercaba, abrigándose en una manta alrededor de ella. Estuvo a una fracción de segundo de abrir cuando oyó la voz de borracho al otro lado.

—Eres un estúpido coñito —arrastró Ángelo desde el otro lado—. Debería matarte. ¿Sabes cuantos problemas has causado a esta familia? No haces tu trabajo. ¿Por qué no haces lo que las buenas guarras hacen? Mi hermano es tu dueño, hembra. Te *posee*. Le debes gratitud, felaciones, anales, y cualquier otra jodida mierda, ya que te ha salvado.

Faith dio marcha atrás, tropezando con el pie de la cama al intentar ponerse al intercomunicador.

—Ángelo está fuera de mi puerta, borracho —susurró.

Demetri se despertó, y el tono molesto desapareció de su voz.

—Me ocuparé de ello. —Unos minutos más tarde discutían allí, al otro lado de la puerta, luego silencio y luego otro puñetazo. Esta vez, Faith, no hizo movimientos, había aprendido aquella lección, de la forma más dura.

—Faith, déjame entrar. No traigo mi llave. —Soltó el aliento que había estado conteniendo y dejó entrar a Leo.



—Toma tú gata y ven conmigo.

—¿D... dónde vamos? —Aunque fuera absurdo, en este punto le preocupaba que la encerrara en el calabozo y que le dijera a la familia que estaban peleados y que habían roto. Ángelo estaba en lo correcto al decir que su presencia causaba problemas.

—Dormirás en mi cuarto. —Debió observar el miedo atravesando su rostro porque añadió—: Necesito que estés donde pueda mantenerte a salvo de *mi* hermano. Él no va a empezar a golpear mi puerta y continuar siendo un imbécil en medio de la noche.

Faith ató la ropa a su alrededor y se inclinó para recoger a Squish, quien se había estado frotándose contra sus piernas y ronroneando, ajeno al drama circundante.

Su corazón aporreaba su pecho cuando tomó la mano caliente de Leo. A pesar de todo lo que había pasado esa noche, el aumento de peligro y la visión de la cólera de Leo, las advertencias de Gemma sobre la falta de honradez de su hermano, Faith no podía entender por qué se sentía a salvo con él. Su mano en ella se empezaba a sentir comfortable.

Aún así, durmiendo en su cuarto recordó la primera vez que la trajo a su casa. ¿Intentaría algo ahora? Estaba sorprendida de encontrar que su actitud ante aquella posibilidad había cambiado sin darse cuenta. Siendo el objeto de su protección, y con las demostraciones de afecto público que le había mostrado ante su familia, había alegrado su corazón. Ahora la idea de dormir con él no parecía tan aterradora y horrible.

Pero eso no significaba que fuera estúpida.

Cuando llegaron a su habitación, dejó caer la gata al suelo, esta salió disparada hasta el amoroso asiento donde Max estaba acurrucado agotado. El perro se despertó de su sueño paralizador al verla y saltó del mueble a su demanda. Se estiró en el punto que había dejado caliente para ella y luego chasqueó sus garras unas dos o tres veces antes de acurrucarse en la suave tela. Max hizo el gesto equivalente a un perro de encogerse y se movió con sigilo a la silla, encogiéndose su cuerpo grande en el más pequeño espacio que habría sido más apropiado para la gata, como si Squish hubiese estado dispuesta a conformarse con lo segundo mejor de cualquier cosa.

Leo cerró la puerta de dormitorio y sacudió su cabeza a los animales.

—Pienso que Max no comprende que ha dejado de ser un cachorro y que ahora ya puede defenderse.



Faith estaba de pie congelada sobre su lado de la cama. ¿Le haría él dormir desnuda otra vez?

—Entra en la cama.

—Hum... —Se ruborizó.

—Desnúdate y métete en la cama. Son más de las tres. Nos hará bien dormir un poco.

Leo se desnudó, revelando que no llevaba nada debajo. Faith rápidamente apartó su mirada de su erección. Parecía un adorno permanente de su físico.

—Puedo dormir sobre el canapé —dijo ella.

—Dormirás en la cama. Entra. Puedes llevar tu pijama. Ya te dije que no voy a follarte, pero si vas a estar en mi casa no vas a dormir sobre un maldito canapé.

¿Habría perdido el interés? Qué pregunta tan estúpida. Su mirada fija revoloteó brevemente atrás hacia su erección. Desde luego él no había perdido el interés. ¿Y por qué debería ella preocuparse de todos modos? ¿No quería ella permanecer a salvo de él? ¿No era el tener su propio espacio en esta casa la cosa más amable que él había hecho por ella? Tal vez era por la adrenalina de la pelea con su hermano y no una verdadera salida para liberar cualquier forma de represión de energía.

Se desnudó y se deslizó en la cama, tensa y esperando... algo.

Pero la cama era grande, y no era difícil tumbarse cómodamente sobre su lado sin tocarla. Ella mantuvo su cuerpo rígido durante varios minutos antes que se permitiera relajarse. No iba a tocarla. Rápidamente enterró la inesperada decepción que acompañó al conocimiento.

—¿Leo?

Él suspiró.

—¿Sí, Faith?

—¿Me quieren matar?

—Nadie va a matar a nadie. Duérmete. —Pasaron unos minutos más en silencio.

—Entonces, Leo...

—¿Sí, Faith?



—¿Las cosas que haces en el calabozo... es por eso por lo qué te ibas a hacer sacerdote? —Esto era la única cosa que Faith podría pensar que Leo estuviera tratando de reprimir.

—Sí. Vete a dormir.

Tenía más preguntas, pero eran cosas que nunca le preguntaría. Cosas sobre Emilio que la convencieran de que su asesinato era merecido, que había venido de impulsos protectores y nada más. Una especie de defensa propia por poderes. No hubiese podido enfrentarlo en su propia defensa. Aunque la violencia fuese incontrolada por su propio bien, no podría.

La voz de Gemma frotaba en su mente. *Y sospecho que no fue rápido al respecto.* ¿Qué la hacía sospechar? ¿Había torturado a Emilio? ¿Era aquel otro de sus gustos internos que necesitaba borrar con el sacerdocio?

¿Cuánto tiempo había abrigado el deseo de hacer daño al marido de Gemma antes de que hubieran roto? ¿Cuánto tiempo antes de que se enojara con Faith de otra manera?



## Capítulo 11

Traducido por blinda  
Corregido por PrisAlvS

La mañana fue anunciada por los niños corriendo por los pasillos, golpeando las puertas y gritando para que cada uno de ellos se levantara. La cacofonía se parecía a una casa de fraternidad llena de universitarios rebeldes. Faith echó un vistazo al reloj de la pared para encontrarse con que eran las siete treinta. Una tira diminuta de luz del sol se colaba entre las pesadas cortinas al otro extremo de la habitación. La gata ya estaba situada en el rayo de luz.

Squish torció su cabeza y bostezó a Faith, luego se volvió a dormir.

Leo se dio la vuelta y presionó una almohada sobre su cabeza.

—Malditos niños. Y mi madre quiere que tenga una casa llena de ellos. Si le gustan tanto, pueden vivir con ella.

Faith se incorporó y se apoyó en la cabecera; miró fijamente el brillante diamante en su mano. Incluso con la escasa luz, era deslumbrante.

—No va a funcionar.

—¿El qué? —Su voz estaba amortiguada debajo de la almohada.

—Esto. Todo esto. No podemos mantener esta mentira para siempre. La mitad de tu familia me quiere muerta, así no soy una amenaza. La otra mitad quiere que tenga bebés. Esto es un lío. Lamento que Angelo no me hubiera pegado un tiro y ya estuviese hecho.

Pero no era solo sobre eso. Era la zanahoria que estaba siendo colgada delante de ella la que no era real. Un atractivo, idóneo prometido. Una hermosa casa. Familia. Incluso tan confusa como había sido la Nochebuena, fueron como unas verdaderas vacaciones en familia, con todo lo que ella había soñado. Comidas, risas, calor.

Todas las cosas que siempre había deseado las había podido tener, presentadas ante ella como el oro de los tontos<sup>7</sup>.

<sup>7</sup> La **pirita**, se conoce también como "el oro de los tontos" o "el oro de los pobres", por su increíble parecido con el oro.



—Solo devuélveme a Angelo y déjale terminarlo.

Leo salió de la cama sin decir una palabra y se lanzó sobre su ropa. Al salir por la puerta, dijo:

—No abandones la habitación.

Diez minutos más tarde, volvió con un gruñón, aunque totalmente vestido, Angelo. Leo cerró la puerta y se acercó al lado de la cama. Los ojos de Faith se ensancharon al ver el arma con el silenciador en la mano de Angelo quien a pesar de su cansancio tenía los ojos encendidos con un destello malévolo.

El tono de voz de Leo atravesó su histerismo mental cuando miró el arma.

—¿La especial para matar? Estupendo.

—Todavía la llevo desde los viejos tiempos antes de ser ascendido —dijo Angelo.

—Faith ha decidido que no quiere vivir más. Tiene razón, esta mentira no funcionará. Entonces sigue adelante, Ange. Limpia tu lío. —Cruzó sus brazos y dio un paso hacia su hermano.

—Debería haber matado a la hembra para empezar. ¿Ves, nena? Este es el precio de no dar a mi hermano lo que él quiere.

—No necesitamos el comentario —dijo Leo—. Hazlo y escapa.

—¿Q... qué? —Faith se pellizcó, segura de que tenía que estar teniendo una pesadilla. No podía ser verdad. No fue hasta este momento que comprendió que en realidad confiaba un poco en Leo.

Angelo levantó el arma. Leo no lo detuvo. Sus instintos ocupados, evitando con fuerza la negación vigente con fuerza en el frente de su mente. Se lanzó fuera de la cama. Pero tanto Leo como Angelo estaban en el camino hacia la puerta, ella no sería capaz de abrirla a tiempo. Retrocedió, sus manos frente a ella.

—No. Leo, por favor. Por favor. —El pánico comenzaba a burbujear.

Los hermanos se movieron casi como una unidad hacia ella. Si no fuera por la cicatriz de Leo, Faith no sabría cuál era cual en ese momento. Leo estaba más cerca, con Angelo unos centímetros detrás, casi a su lado. El arma levantada otra vez, apuntando a matar, no a herir.

No teniendo ningún lugar donde ir, cayó sobre sus rodillas.



—Por favor no le dejes hacer esto. No quiero morir. Por favor. Por favor. Por favor.

Poco después, el arma se disparó, y aún con el silenciador, fue el sonido más estridente del mundo. La bala se alojó en la pared, a un par de pulgadas por encima de su cabeza.

Luchó para no hiperventilar mientras alzaba la vista para observar la reacción de Leo.

Tal vez estaba fanfarroneando. Tal vez estaba enfadado con Angelo, no había ninguna otra razón para que la bala hubiese agujereado la pared. Pero su cara permanecía estoica, fría. Como si un interruptor se hubiera encendido dentro de él. No había nadie en la casa y estaba encerrada en una habitación con dos sociópatas idénticos.

Aún así, se movió más cerca, presionando su cara contra su pierna, como si colocándose lo bastante cerca de su antiguo protector impidiese que le pegasen un tiro.

—Por favor, no lo hagas, Leo. Lo siento. Por favor. Haré lo que quieras. Por favor. Por favor.

¿Quería Angelo fallar? El más leve error de cálculo la habría matado. O tal vez fue un error de cálculo lo que la había salvado. Era imposible determinar el verdadero guión.

—Faith, voy a decir esto una vez —dijo Leo—. He sacrificado todo por ti. Cualquier esperanza sobre la clase de vida que quería para mí. Todo para que pudieras vivir, porque no quiero más sangre sobre mis manos. He decidido no violarte. Todo lo que he hecho ha sido desinteresado y para tu seguridad e interés. Siento que tu vida tal y como era te haya sido arrancada. Siento que estés en esta situación, pero las palabras que dices tienen consecuencias. No vuelvas a decir que quieres morir o lamentar que Angelo no te haya matado otra vez, a no ser que estés realmente lista para morir, porque aunque para ti sea una fanfarronada, pero nosotros no lo será, ¿comprendes?

—S... sí. —Finalmente pudo respirar otra vez. Comprendió que Angelo no perdería los nervios y le pegaría un tiro a pesar de todo, esta vez le permitirían vivir.

—Bien. —Angelo no ocultó su repugnancia—. Mejor lo complaces, niña. Pretendía que fueras un regalo. —Cuando se fue, Leo la ayudó a incorporarse.

—¿L... Leo?



—¿Sí, Faith?

—¿Vas a... quiero decir, me vas a...? —*¿Me vas a violar? ¿A golpear? ¿Vas a encadenarme en tu calabozo? ¿A hacerme daño?* Pero no se atrevió a decir cualquiera de aquellas horribles cosas, en cambio, lo miró desvalidamente, rezando para que pudiera leer su mente. Después de todo, le había dicho que no dijera determinadas cosas o habría consecuencias, y había dicho que para vivir, ella haría lo que él quisiera. Y sabía exactamente lo que él quería.

Su primera noche ahí, cuando le había suplicado piedad, le habían afectado sus lágrimas. Esta mañana era como si él estuviese aún lejos, más difícil de alcanzar y de razonar. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que algo le pudiera influir para mostrarle su piedad? ¿Cuánto tiempo hasta que su frustración sexual alcanzara su punto máximo? La vida aquí con él no era segura. La seguridad sólo era temporal. Cuando la seguridad se terminase y el tomará lo que estaba ansiando tener, ¿desearía la muerte y lo pensaría? ¿Cómo lo sabría?

No fue hasta que Angelo le apuntó con la pistola por segunda vez que comprendió que nada había cambiado. Todavía no era lo bastante valiente para morir. Pero tampoco estaba segura de ser lo bastante valiente para sobrevivir. No cuando la compasión de Leo se hacía más difícil de ganar. Era como si estar alrededor de Angelo y el resto de su familia durante un amplio período de tiempo hubiese comenzado a abrir su lado criminal.

—Ve a lavarte. Estoy seguro de que las mujeres ya están preparando el desayuno —dijo él, omitiendo su pregunta.

\*\*\*

Leo agarró su ropa y fue hacia el pasillo para ducharse, teniendo cuidado de cerrar la puerta del dormitorio detrás suyo. Angelo le esperaba en el vestíbulo con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Eres demasiado suave. Lamento que no me dejarás pegarle un tiro —susurró.

—Si ella hubiese querido morir, lo hubiese hecho. Pero si ella va a vivir en esta casa tranquila, tiene que mostrarme el más mínimo respeto y no expulsar palabras suicidas poco entusiastas alrededor. No creo que entendiese que estaba siendo ingrata. Ahora lo sabe. —Angelo lo siguió por el pasillo.

—Así que, ahora que has recuperado una parte de tu valor, ¿vas a tomar lo que es tuyo?

—No lo he decidido aún.



—He visto el modo en que te mira —dijo Angelo—. Pude que no lo sepa aún, pero te quiere. Esto podría funcionar.

—Es vainilla<sup>8</sup>.

—¿Y qué?

—Y que, puede que me quiera, pero me quiere como una princesa Disney, bajo la suave luz de las velas y en posición del misionero, amor y dulzura. No me quiere encadenándola abajo en el calabozo mientras pongo hermosas marcas sobre su trasero. Si ella fuera perversa, la tomaría y volvería su cuerpo contra ella, costase lo que costase, aunque no dijera que lo quiere. No estoy seguro de estar a la altura del desafío con alguien que no está hecho de la misma pasta que yo.

Cuando Leo alcanzó el cuarto de baño, Angelo puso una mano en su brazo.

—Lo siento. ¿Sí? Tienes razón, debería haberla matado aquella noche. Has hecho tanto por mí, apoyándonos a Davide y a mí cuando nadie más lo hizo. Quise devolverte algo. Cuando se fue al carajo, no quise admitir que te había hecho daño, en vez de ayudarte. No me meteré. No necesitas más mierda de mí.

—Gracias, significa mucho, Ange. —Se abrazaron golpeándose uno al otro sobre sus espaldas, luego se besaron en las mejillas.

—Y nos reconciamos en la mañana Navideña —dijo Angelo, riendo en silencio.

—Este es un momento Rockwell<sup>9</sup>.

Leo dejó correr la ducha más caliente de lo normal, luchando contra lo que iba a hacer con la mujer en su dormitorio. ¿Por qué podía no ser un monstruo como él? Físicamente, era justo su tipo. Simpática. No era una psicótica como Caprice.

Pensó en utilizar las tendencias sumisas que realmente tenía. Esas que la hacían querer aplacarlo y apaciguarlo y llevarse bien. No la haría más receptiva a algo como lo del calabozo, pero tal vez podría comprometerse. Una dominación más tranquila, más apacible. Una que no parecería pervertida al ojo inexperto, pero que aún así fuera suficiente si él sostuviera de lleno el control y ella le diera su obediencia.

---

<sup>8</sup> **Es vainilla:** expresión utilizada para cuando una mujer es no pervertida, con una reducida vida sexual.

<sup>9</sup> **Norman Rockwell:** (1894-1978), pintor americano conocido por sus clásicas escenas americanas.



Costase lo que costase, estaba dentro. Independientemente de lo que en realidad hiciese o no con ella, no cambiaba el hecho de que podría hacerlo. Aquel punto estaba claro. Podría tenerla a tiro de la pistola de Angelo en cualquier momento. Y ahora ella lo sabía.

\*\*\*

Cuando Leo alcanzó la cocina, se sorprendió al encontrar a Faith desayunando. Angelo mantuvo una distancia respetuosa.

La mayor parte de la familia, de hecho, se hallaban más alejados de lo normal. El tío Sal parecía evaluarla de forma lobuna, como si estuviese determinando si su cabeza debería estar en la pared de su oficina, pero Leo no había esperado que Sal cambiara de la noche a la mañana.

Gemma se sentó en la esquina, susurrando con Caprice. Estupendo. La psicópata y la hermana que no sabía lo que estaba bien para ella, agrupadas juntas conspirando. Al menos no podían conspirar tratando de enredarle con Caprice, a no ser que Gemma quisiera castigarlo y Caprice fuera el medio de castigo. Pero tan auto-centrada como era su hermana, no esperaba que se hubiera metido de cabeza en un mensaje subliminal.

En la mesa de cocina, Gina trataba de hacer engordar a Faith echándole más cantidad.

—No come por dos —dijo Leo, acercándose a la mesa.

—No aún —dijo Gina haciendo un guiño de complicidad.

Faith alzó la vista, con el miedo todavía en sus ojos. Se había maquillado para reducir al mínimo las pruebas de su llanto, pero la dura mirada estaba todavía allí. Esperó que pensasen que estaba agitada por el drama de la noche anterior, en vez de saber la verdad, que en realidad, ahora, tenía miedo de Leo.

Dio un paso detrás de ella y colocando sus brazos alrededor de ella, le besó del lado de su cuello. Se demoró hasta que su respiración se normalizó y sus músculos se relajaron, entonces se sentó en la silla al lado de ella, y la atención de su madre se dirigió a llenar su plato.

—Admítelo, mamá. Nos quieres engordar.

—Silencio. Estamos en Navidad. Una semana al año no va a llevarse tu buena apariencia.



Leo tomó un momento de distracción de su madre para robar un beso a Faith. Jadeó contra su boca cuando se la giró. Quería probar la veracidad de las palabras de Angelo.

A pesar de todos sus defectos, Angelo podía leer a la gente. Era una de las cosas que le convertían en un buen *capo*<sup>10</sup>. Sabía cuando alguien era honesto o cuando alguien le quería joder.

Supo inmediatamente que Faith no tenía sexo con su hermano tal y como había querido, algo que Leo no hubiese querido que adivinase.

A pesar de su miedo y los acontecimientos de la mañana, se derritió contra él como mantequilla sobre plancha caliente. Interesante. Permitted que sus dedos se arrastraran por su pelo y usó su otra mano para acariciarle el lado de su cuello. Su pulso corría. ¿Miedo o algo más?

Su cara enrojeció y sus ojos miraban ausentes. Apartó la mirada rápidamente, de regreso a su plato. No era miedo, y ella no era una actriz profesional. Angelo tenía razón. No importaba que no estuviera de acuerdo o aterrorizada, ella... ella lo quería.

Pero no importaba. Ella no lo quería. Quería la versión que su familia veía, la versión limpia, respetable. La edición de vacaciones. No quería su oscuridad. Esa, la encogía de miedo. No podía estar con una mujer que se acobardase de miedo ante su parte oscura. Tan atractiva y casi perfecta como él la encontraba, ese único ingrediente hacía que el pastel se estropease entero.

Leo echó un vistazo abajo para encontrar a Angélica avanzando lentamente cerca de sus pies con el papel de regalo en su boca.

—Alguien ha estado desempaquetando regalos sin nosotros.

A la mayoría de los adultos se les había escapado que los niños habían salido de la cocina.

—Angélica es un bebé. No puede abrir regalos ella sola —dijo Alba.

Leo se rió.

—Lo sé, Abuela, si ella tiene papel de regalo, alguien se lo ha dado.

Los adultos emigraron hasta el gran salón donde estaba el Árbol de Navidad y la montaña de regalos. Michael y Nico se habían erigido divisores del botín,

---

<sup>10</sup> **Caporegime o capo:** es el nombre para el capitán en una familia de la mafia, la familia consiste en varios capitanes y un jefe que es un capo crimini.



creando un montón cuidadoso para cada persona, mientras otros niños abrían los regalos.

—Santa ha traído muchos juegos para mí este año —masculló el primo de Leo, Dino.

Los niños habían hecho un montón para Leo y Faith al lado de un canapé negro de cuero, colocado en la pared trasera. Observó los ojos de Faith ensancharse ante el gran montón de regalos con su nombre sobre ellos. Eran más que los suyos, pero varios eran de otros miembros de la familia que se habían enterado por fuentes oficiosas, T.C.C.<sup>11</sup> Gina, que él se había comprometido.

—Leo, ¿puedo hablar contigo un minuto en privado? —preguntó Caprice.

Puso los ojos en blanco. Quería ver a Faith abrir sus regalos. Aunque al mismo tiempo no quería reflexionar por qué le gustaba tanto ver sus reacciones a todo.

—¿Sobre qué?

—Tendrá que ser en privado —dijo ella con timidez. Sus pezones se hallaban erguidos bajo su grueso suéter.

Increíble. Estaba jugueteando con él mientras Faith estaba de pie a su lado. Quería matar a Vinny por haberla traído a su reunión familiar. Mientras pensaba en Vinny como familia, aquel sentimiento no se extendía a su prima.

—Faith, no abras nada hasta que regrese.

—De acuerdo.

Podía ver la incertidumbre en sus ojos y prácticamente podía leer los pensamientos directamente de su cabeza. De repente, los instintos protectores que habían hecho que la rescatara en primer lugar resurgieron.

Exprimió su mano y atrapó su mirada.

—Todo estará bien otra vez.

Asintió y se sentó en el canapé, observando el montón delante de ella.

Leo siguió a Caprice abajo torciendo por el vestíbulo hasta que ellos llegaron a la parte opuesta de la casa. Ella abrió la puerta de un dormitorio vacío y se deslizó dentro, su intención no fue sutil. Torció un dedo hacia él, y él la siguió. Tampoco podía reprenderla afuera en el vestíbulo.

<sup>11</sup> T.C.C.: También conocido como.



La puerta apenas se había cerrado y ya se estaba sacando por la cabeza su brillante suéter rojo Navideño. No se había molestado en llevar sostén, pero eso Leo ya lo había sospechado.

Durante un breve instante, le permitió presionar su cuerpo contra él, le permitió presionar su pequeña mano en el frente de sus pantalones tratando de alcanzar su polla. Caliente, buscando su boca arrastrando besos por su garganta.

—Por favor —gimoteó—. Sabes que Faith nunca será bastante para ti. Es demasiado joven para tú. Demasiado dulce e inocente. No como nosotros. Los duendecillos del bosque probablemente la siguen a cualquier parte donde va. No la quieres.

Leo dio un paso fuera de su alcance.

—¿Cómo lo sabes?

—Presto atención. No te enciende como una vez lo hice. ¿Piensas que una chica tan dulce y virginal alguna vez te dará lo que necesitas? —Cayó sobre sus rodillas a sus pies y alzó la vista, con toda su recatada tentación—. Por favor, Señor, llévame al calabozo. Tienes que soltarlo, Leo. Suéltalo conmigo.

—Me voy a casar, Caprice. —Pero su resolución se derretía, y lo sabía. Si sabía que su matrimonio era una farsa o no, no lo podía adivinar. No haría la diferencia para Caprice. Lo cazaría porque lo quería, cuando ella lo quisiese, sin respeto por la santidad de las uniones sexuales de los demás, excepto la suya.

—No me preocupa. Te daré lo que necesitas después de te hayas casado si quieres. Por favor, déjame complacerte.

—Esto no funcionara. Eres demasiado falsa. Nada de esto es real.

Ella puso sus ojos en blanco.

—¿Qué diferencia hay? No, no me posees. No soy sumisa. Pero me gustan las cosas que me haces, y a ti te gusta hacerlas. Entonces hagámoslas. No te pido ser tu compañera del alma. Sólo te pido que me uses. Tú me usas. Yo te usaré. Aplacaremos nuestros males, y luego me marcharé. Lo prometo.

—No será así como sucederá. —Le había tomado cada resquicio de fuerza separarla de él la vez pasada. A pesar de que había estado viviendo en Nueva York por aquel entonces.

—¿Cuándo fue la última vez?

—Meses —rió.



—Eso es lo que pensé. Siempre puedo saber cuando no has conseguido satisfacer tus necesidades.

—Te llevaré al calabozo con una condición.

Sus ojos chispearon.

—Dila.

—Tan pronto como lo haya hecho, dejarás esta casa. No te quedarás para el resto de las vacaciones.

—Pero vine con Vinny. —Puso mala cara tratando de influirle con sus inútiles estratagemas.

—Llamaré un taxi y te enviaré a un agradable hotel hasta que Vinny te recoja y te lleve de vuelta a las vegas. —No iba a tenerla en casa con Faith si ellos fueran a hacerlo.

Soltó un silbido cuando ella puso su mejilla contra su entrepierna. Realmente hacía demasiado tiempo. Había estado viviendo como un monje.

—¿Y... vendrás a visitarme allí?

¿Qué daño haría eso? No estaba en una verdadera relación con Faith. Dios sabía cuándo volvería a satisfacer sus necesidades de nuevo. Luego Caprice volvería a las Vegas, demasiado lejos para causar dramas.

—Tienes que entender que será algo a corto plazo. No tendremos una relación. No dejaré a Faith. Y te marcharás silenciosamente cuando te lo diga.

—Hecho —dijo, con sus ojos iluminados con la victoria.

—Ah, y una más cosa. Me llamarás Amo y no tratarás de controlar nada. Si buscas control o intentas cualquier gilipollez conmigo, echaré tu culo fuera y nunca te tocaré otra vez. —La última parte hirió su orgullo, pero tragó con fuerza y asintió. No, no era sumisa. Pero si ella podía fingir, él también podía.

—Sí, Amo, como usted quiera.

Leo no era lo bastante estúpido para pensar que quería decirlo. Ah, ella haría las cosas a su manera durante la próxima semana, pero después intentaría hacer su juego. Llegados a ese punto metería su culo en un avión y la enviaría de regreso al otro lado del país.

—Ponte tu jersey y vamos. —Caprice se colocó su suéter tres veces más rápido de lo que se lo había sacado. Después Leo agarró su mano y sacó su cabeza por la puerta para comprobar el vestíbulo. Despejado. Luego la llevó a



través de la escalera trasera que daba al calabozo y cerró la puerta detrás de ellos.

El calabozo estaba dos pisos más abajo, con paredes y techo de piedra que filtraban eliminando los más ruidosos gritos. Aún así, la amordazaría. No quería oír su boca graciosa. Sólo quería ver sus lágrimas, oír sus ruidos apagados, y su desesperado llanto.

Entre todo lo demás y la vainilla que vivía escaleras arriba, necesitaba esto, no importa cuanta angustia sabía que esto causaría o cómo no podía soportar a la mujer. Era una víctima dispuesta. Así que la tomaría.

—Desvístete. Sin seducción. No tenemos tiempo para eso. Y nada de contacto visual. Me miras a los ojos una vez, y me detendré rápidamente.

Leo continuó vestido. Todo era así... de superficial. Aquí no habría ninguna pasión, ningún sentimiento. Sería tan frío y estéril como su mesa de operaciones. Sería sexo rápido en la ducha mientras imágenes arbitrarias flotaban por su mente. Como una masturbación.

Cuando su ropa estuvo en el suelo, Leo agarró su muñeca sin ningún cuidado y la empujó abajo sobre el banco de azotes.

—¡Eh!! ¡Ow! —protestó.

—Cierra la boca. —Lo hizo, y la ató. Caprice estaba lista para protestar otra vez cuando cogió una mordaza de bola de la caja de juguetes.

—¿Qué te advertí sobre cualquier intento de controlar las cosas? —dijo, antes de que ella pudiera abrir su boca otra vez.

—Pero... yo... —Por primera vez en todo el tiempo transcurrido desde que la conocía, tuvo un momento de pánico verdadero e indecisión. La indecisión lucía extraña en Caprice.

—¿No confías en mí? —preguntó—. ¿Por qué querías jugar conmigo si no confías en mí?

—Confío en ti, solo... —Luego alzó la vista y en sus ojos la súplica era visible.

—¿Qué dije sobre el contacto visual? Ahora mismo, tu cuerpo me pertenece. Estuviste de acuerdo. Si lo hacemos o no, cuando salgamos del cuarto dejarás mi casa. ¿No quieres aparentar que al menos ganaste una ronda?

Miró abajo rápidamente; ya de regreso la vieja Caprice, y dijo:



—Sí, Amo.

Sencillamente se aprovecho de su excesivo sentido de competición. A pesar de todas sus conspiraciones y locuras, era fácil de leer y manipular.

Era incapaz de distanciarse de la situación y juzgar el coste contra el beneficio una vez que se había fijado un curso de acción. Quizás le había metido algo de sentido en ella ese día.

—Buena chica. Me imagino que no es una frase que oigas mucho. Debe ser una novedad, y quizás un tanto humillante, considerando las circunstancias.

Empujó la pelota de goma negra dentro de sus labios y colocó la mordaza en el lugar antes de que ella pudiera pronunciar cualquier pensamiento que se hubiese comenzado a hilar en su mente.

Con la familia arriba abriendo sus regalos y preguntándose dónde demonios estaba, todo lo quería era conseguir su parte, sacar sus impulsos sádicos sobre un ser humano vivo y algo dispuesto. Fue directamente por el bastón. Era el impacto máximo en el limitado tiempo con el que contaban.

Uno a uno, la marco a través de su trasero y muslos con golpes agudos, expertos. La intensidad de aquellas marcas reflejaba la suya propia. Su cólera por su situación, por las maquinaciones de Caprice, y por su propia debilidad carnal al caer en su treta. Pero ah, la haría pagar por ello. Ella tenía que saberlo.

Gritó tan fuerte alrededor de la mordaza que se alegró de haberle tapado la boca. A pesar de estar insonorizada, nunca se podía ser demasiado cuidadoso con tu madre y un montón de niños pequeños arriba. ¿Por qué sonó eso como si quisiera asesinar a alguien? No era una pregunta que quisiese meditar durante la mañana de Navidad.

Había algo vulgar en esa demostración en tal fiesta sagrada. Habían estado fuera de la masa durante unas ocho horas escasas y había atado una mujer, golpeándola, mientras la mujer con la que se casaría estaba arriba sentada, abandonada con su familia criminal.

Se distanció para admirar su trabajo y arrastró sus manos sobre las señales calientes, rojas. Presionó un dedo dentro de ella, sin sorprenderse de encontrarla mojada y necesitada. Incluso sin calentamiento o amor y gatitos, ella podía elevarse para la ocasión, hasta tal punto, que se compadecería, si pudiera, si su dureza era alguna indicación.

No importaba quién estaba bajo su fusta o su bastón. El efecto sobre su cuerpo siempre era el mismo, un hecho que lo molestaba.



Leo volvió a la caja de juguetes y cogió un vibrador unido a correas de cuero. Empujó el juguete dentro de ella, comprobando que la parte externa se fijará firmemente contra su clítoris, luego aseguró las correas alrededor de sus muslos y cintura y encendió el interruptor, trayéndolo a la vida.

No se molestó en jugar. Por el contrario, fue directo al ajuste más alto, con la intención de aplastarla en un rápido orgasmo y luego comenzó a torturarla con el indeseado estímulo añadido hasta que él estuvo llegando al suyo.

Cuando su orgasmo se acercó, le quitó la mordaza y la tiró fuera de su boca, sustituyendo la pelota de goma rápidamente con su polla, amortiguando el sonido de su orgasmo contra su palpitante erección. De ninguna maldita forma se iba a arriesgar a dejarla preñada.

—Chupa como si tu vida dependiera de ello.

Lo hizo. Era algo en lo que sobresalía.

Leo agarró sus hombros, clavando sus uñas en su piel mientras ella chupaba. Mordió su labio para sofocar su propio gemido cuando se corrió. Caprice no evito su corrida: la aceptó total y completamente, casi convincente en su sumisión.

Quizás la había desestimado demasiado pronto. Pero, no era su vida ahora. Y un viaje al calabozo no cambiaría completamente su personalidad defectuosa.

Le lanzó su ropa y alisó su pelo antes de apagar el consolador y liberarla de sus restricciones.

—Vístete —gruñó.

Prácticamente se escurrió del banco de azota como un ser invertebrado sin huesos que la mantuvieran unida, y avanzó lentamente hacia su montón de ropa. Su mirada clavada en el gran espejo estrecho contra la pared.

Se demoró, pasando las yemas de sus dedos sobre las marcas rojas, una pequeña risa se encorvó sobre sus labios antes de que ella alcanzara su ropa.

—Voy arriba a llamarte un taxi y reservar un hotel. Vete a tu cuarto y empaca tus cosas, luego espera en el vestíbulo hasta que te lleven.

Asintió, no estableciendo contacto visual y luchó para mantenerse de pie y hacer su trabajo así podría subir las escaleras.



KITTY THOMAS

Only in  
*Books*

Leo comprobó su reloj. Su encuentro entero a partir del momento en que ella lo había conducido al vestíbulo dentro de la habitación de reserva había durado exactamente veinticinco minutos. No fue un mal tiempo.

Página 117

MAFIA  
*Captive*



## Capítulo 12

Traducido por Viqjb  
Corregido por PrisAlvS

La familia terminó de abrir los regalos, luego se giraron para observar a Faith. El yorkie<sup>12</sup> de Gina inclinó la cabeza hacia un lado. Faith miró abajo, a sus manos. Leo le había pedido que esperara. Así que ella esperó.

—¿Dónde está Leo? —preguntó Gina como si acabara de darse cuenta de que el huésped había desaparecido.

Los niños habían estado tan apurados, rasgaron a través del papel y pusieron la ropa en una pila a la que harían frente más tarde, y luego fueron directamente a los juguetes y la electrónica. Las cosas buenas. Era difícil mantener el ritmo de la ubicación de todos los adultos en ese alboroto.

—Caprice quería hablar con él. —Incluso mientras Faith lo decía se sentía como la tonta más grande del mundo. Lucía como la estúpida novia de un mujeriego, demasiado ignorante como para saber lo que su hombre estaba haciendo. Por las miradas de lástima alrededor de la habitación, incluyendo aquellos que habían querido que muriera la noche anterior, ella sabía que estaban pensando lo mismo.

Pero Leo no era su hombre, y tenía el derecho a dormir con quien él quisiera.

Sin embargo, la idea de que fuera Caprice la asustaba. Caprice se trasladaría, y entonces, ¿a dónde iría Faith? Insistiría en remover a Faith de la propiedad. No era perder una bonita casa y quedarse sin trabajo, sería perder su vida; algo que le habían recordado que tenía esperanza de mantener.

¿Sacrificaría Leo la vida de ella por el bien de su propio libido? Ya había estado a punto de dejar que Angelo la matara en la mañana. Y él había puntualizado lo mucho que se había sacrificado, así que seguía fresco en su mente.

La boca de Gina se torció hacia abajo con desaprobación. A la madre de Leo le disgustaba Caprice tanto como a Faith, si eso era posible. Los ojos de la mujer

---

<sup>12</sup>Yorkie: Yorkshire Terrier, es una raza de perro.



retenían sabiduría y conocimiento, eso era probablemente un efecto natural secundario por ser miembro de la familia Raspallo por demasiado tiempo.

Leo volvió desaliñado, confirmando las sospechas de Faith. No es que su camisa estuviera fuera de su pantalón o su cabello despeinado. Su cabello lucía bien y su ropa estaba en la posición en la que se supone debía estar, salvo algunas arrugas apenas notables en el tejido. Había algo en su expresión y actitud que lo hacía parecer desarreglado y salvaje. Él había estado, o acabando de tener sexo o enterrado un cuerpo. Puesto que era Caprice, Faith espera que fuera lo último.

—¿Qué está pasando con Caprice? —dijo Gina, la sospecha en sus ojos.

—¿En serio, Ma? Tú sabes cómo me siento respecto a ella.

—¿Cómo te sientes acerca de mi prima? —preguntó Vinny, levantándose de su silla cerca de los niños.

Todos los ojos adultos se giraron hacia él. Los niños estaban muy ocupados con sus Ipods y smart phones<sup>13</sup>, y la lucha sobre el equipo de video juego de quién se iba a quedar atrapado en la televisión de ese cuarto y quién tendría que trasladarse, muy afectados sobre la conversación adulta ocurriendo a metros de distancia. Cuando tienes una nueva consola de vídeo juegos, las conversaciones adultas son ecuaciones de álgebra.

—Siento que no somos el uno para el otro. Asimismo, en caso de que lo olvides, estoy comprometido.

Leo hizo un movimiento de barrido hacia Faith para remarcar su punto, lo que la hizo sentir más expuesta y humillada de lo que era obvio para todos.

—Caprice ha decidido irse. Le he llamado un taxi para que la lleve a un hotel, así tiene un lugar donde quedarse.

—¿Por qué habría decidido eso? ¿Por qué ella querría estar sola para las fiestas? —preguntó Vinny, entrecerrando los ojos.

—No hagas un escándalo. Está avergonzada y no quería quedarse. No creyó que fuera en serio sobre Faith.

—Ella no puede estar sola en Navidad —dijo Gina, retorciendo sus manos en su regazo.



Unos minutos más tarde, Caprice arrastraba su gran maleta por la sala de estar. Toda la familia, menos los niños, se levantaron y la siguieron hasta el pasillo, todos protestando en voz alta sobre su partida.

Faith estaba segura de que la mayoría de ellos odiaba a Caprice y, sin embargo, todos estaban tratando de envolver la comida para ella, insistiendo en que no se fuera o, al menos, en que se quedara a abrir los regalos, pero Caprice se negó.

—Me voy y no hay nada que puedan decir para hacer que me quede —dijo Caprice, con su cara flameante.

Gina pareció aliviada, aunque siguió protestando sobre su partida. En este punto los regalos de Caprice fueron puestos en sus maletas y había sido cargada con tupperware llenos de las sobras de Noche Buena, suficiente comida para una semana si es que se quedaba atrapada en una tormenta de nieve.

Faith se sentía extrañamente incómoda con Caprice yéndose. Tal vez nada hubiera pasado entre ella y Leo. Y si pasó, ¿por qué ella se estaba yendo de esa forma?

Cuando el taxi arribó y se llevó a Caprice. Faith y Leo se dejaron llevar de nuevo a la sala de estar para abrir sus regalos abandonados. Cuando él se había ido con Caprice, ella miró a la pila con su nombre en esta, sin poder creer que alguien le hubiera conseguido nada o que Leo hubiera metido tantas cosas para ella. Se recordó a sí misma que estaban manteniendo las apariencias y haciendo lo que la familia esperaba que él hiciera si estuviese comprometido.

Los regalos de los otros miembros de la familia incluían un diario de cuero italiano, una bonita pluma con su nombre completo grabado con una elegante escritura: Miss Faith Jacobson; suéteres, algunas bufandas de lana y botas. Alguien había hablado con Leo para obtener su talla. Además de la misa de medianoche la noche anterior, no se le había permitido salir de la casa. No estaba segura si algo de eso fuera a cambiar, pero les dio las gracias a todos y trató de parecer feliz.

Luego vinieron los regalos de Leo. Hubo algo de joyería de Tiffany en cajas azules, envueltas con cintas de raso blanco, así como un par de sexys, aunque todavía elegantes, vestidos. ¿Dónde esperaba él que se pusiera eso? ¿Iba a salir con ella? ¿Era para mostrar? Levantó la vista con la pregunta en sus ojos, pero él se dio la vuelta y volvió a abrir sus cosas.

—Hey, Angelo, esto es bueno, gracias —dijo Leo, sosteniendo una claramente costosa chaqueta de cuero negro.



—Se cayó de un camión —dijo su hermano, el sarcasmo en su gruesa voz.

El tío Sal golpeó a Angelo en su brazo.

—Owww. ¿Qué?

El tío Sal negó con la cabeza.

Cuando Faith consiguió pasar a través de todos sus regalos, se volvió hacia Leo y lo besó. Fue difícil al principio porque nunca había iniciado nada íntimo con él antes, incluso como parte de la estrategia.

Después de un segundo de tensión inicial, Leo se relajó bajo su beso, sus dedos enhebrando a través de su pelo. No podía decir si él estaba actuando o si estaba deseándola, pero pronto la familia comenzó a hacer ruidos de besos y de *oooooh*. Sobre todo los niños que se habían distraído de sus video-juegos. Todos los seres humanos menores de catorce años tienen una alarma mental especial que se dispara cuando alguien lo está haciendo en sus cercanías.

Faith rompió el beso y miró hacia abajo, incapaz de llevarse a sí misma a mirarlo a los ojos para ver lo que podía estar allí. Deseo. Pena. Indiferencia.

—Te conseguí una cosa más.

—Ya me has dado demasiado —susurró ella, muy consciente de todos los ojos en ellos.

—Sólo espera un segundo.

Él dejó la habitación y regresó unos minutos después con una gran caja envuelta que tenía grandes agujeros en ella y estaba haciendo sonidos. Primero golpes, como si hubiese corrido y se golpeará a sí mismo en la cara, luego ruidos de arañazos y maullidos lastimeros, irritados. Alguien no estaba contento con su alojamiento.

Eso hacía dos de ellos.

—¿Me conseguiste un gatito?

Él sonrió.

—Maldita sea, la sorpresa se arruina. Ábrelo. No sabes de qué color es o de qué clase, todavía.

Faith no estaba segura qué acerca del gatito la deshizo cuando nada más lo hizo. El resto podría ser parte de mantener la mentira en marcha, pero conseguirle otra mascota era personal y considerado, un regalo que nadie de la



familia hubiese esperado. Estaba haciendo un esfuerzo para convivir con ella, o tal vez algo más profundo.

Ella rompió a través de la envoltura y levanto la tapa para encontrar una bola de pelusa blanca Persa mirándola con ojos azules demasiado inocentes. El gato chilló.

—Oh, mi Dios. ¡Es tan lindo!

—Así que, ¿te gusta ella?

—¡La adoro! ¡Gracias!

Leo miró sorprendido por el puro goce, y a ella se le ocurrió que él nunca la había visto realmente feliz, hasta ahora.

\*\*\*

Más tarde esa noche, cuando Leo saboreaba su café y su cannoli<sup>14</sup>, su mente recordó el calabozo. Había querido tener más tiempo, hacer más verdugones. Había querido hacer que su dispuesta víctima se quedara expuesta para él mientras tomaba una copa de vino y admiraba las marcas que había dejado. Quería disfrutar de ella a su antojo, con la mordaza firme en su boca para que no hablara y arruinase el momento. Él quería pretender que era Faith. ¿Por qué no podía tener el masoquismo de Caprice y el dulce espíritu de Faith combinado en una sola mujer?

A estas alturas estaba claro que Faith era una sumisa, pero no era pervertida. Caprice era pervertida, pero no era sumisa. El universo estaba jugando una cruel broma con él.

Luego de la cena, la familia se retiró al cuarto de juegos, donde había una gran pantalla plana, así como una mesa de póquer y de billar, y un par de independientes juegos de arcada: Pac Man y Donkey Kong; los únicos dos en los que Leo jamás se había metido. Sí, él era de la vieja escuela.

Los niños se peleaban por la televisión y, quienes llegaron a enchufar su equipo de vídeo juego, el juego que iban a jugar, y el que tenían que jugar ellos. Una división: las niñas afirmaban que los chicos habían llegado a conectar su sistema de juegos en la sala de estar esa mañana, por lo que era su turno. Los niños reivindicaban que ésta era una gran pantalla plana y ellos tenían un juego de carreras que se vería increíble en una pantalla tan grande y las chicas tenían un estúpido juego que se vería bien en cualquier pantalla estúpida.

---

<sup>14</sup> Cannoli: o canolo, es un dulce carnavalesco de la cultura italiana.



Leo se acercó al medio.

—¿Qué tal una película de Navidad? ¿Algo que todos ustedes puedan disfrutar? —Él no estaba interesado en escuchar tanto grito en grupo por la pantalla toda la noche.

—No, eso es tonto —dijo Michael—. ¿Podemos ir a nadar? Trajimos nuestros trajes.

Leo sonrió y sacudió su cabeza.

—Claro que pueden. Vayan, entonces.

En verdad, estaba feliz de tener algo del ruido disperso en otro lado de la casa y a los niños fuera de su cabeza por un rato.

Vinny, el tío Sal, el tío Bernie y un par de otros hombres estaban sentados alrededor de la mesa de póquer repartiendo fichas. Las mujeres estaban todavía en la cocina, limpiando. Leo le había preguntado a Faith si quería unirse a él así no tener que quedarse con las mujeres. Después del incidente de Caprice y la noche anterior con Gemma, no quería dejar a Faith a los lobos quienes hurgarían a través de su cabeza por la mayor cantidad de detalles sucios como pudieran.

Él se unió a ella en el sofá, y ella se acurrucó contra él por mucho tiempo, sin hablar. Quería llevársela a un lugar privado y averiguar qué suponía o sabía acerca de lo que pasó esa mañana que llevó a Caprice lejos, pero esperó hasta la hora de ir a la cama.

Su madre le dio una mirada conflictiva mientras guiaba a Faith a su habitación. Sospechaba que ella sabía algo de lo que había pasado con Caprice. Si hubiera sabido los detalles, le hubiera dado un ataque cardíaco navideño. Ya era bastante malo que ella pensara que algo normal y tranquilo había sucedido.

En su cabeza, su hijo dormía en la misma habitación con Faith manteniendo su interés fuera de Caprice, pero era el precio del pecado. Como un enigma. Leo estaba agradecido de no tener que vivir en el manicomio de su madre.

Cerró la puerta y la trabó. Faith estaba a un lado de la cama con la gatita, habían decidido dejarla en la caja con la tapa cuando no estaban jugando con ella hasta que estuviera completamente entrenada. La caja era demasiado alta como para que la pequeña bola de algodón pudiese salir, a pesar de su enojo y su constante esfuerzo.

—¿Ya has decidido como la vas a llamar? —preguntó Leo mientras se desnudaba.



Faith miró lejos de él cuando bajaba sus bóxers y puso su atención devuelta a la caja.

—Snowball<sup>15</sup>. Lo sé, un nombre estúpido.

—No es estúpido. Es demasiado caliente para Snowball, pero ella luce esa parte.

La desnudez de él la hacía sentirse incómoda, pero era su habitación y su cama, y él no llevaba ropa cuando se iba a la cama. Y Faith debería hacerlo. Era poco natural. Debería estar agradecida que no la estaba presionando con el tema. Luego de que su familia se fuera, ella podría volver a su habitación a sentirse segura detrás de la puerta con llave.

—Ponte el pijama y vayamos a la cama —dijo él.

Pareció aliviada de que él no fuera a insistir en su desnudez y corrió al baño a cambiarse. Incluso con su aventura con Caprice, él se excitó de nuevo, así que no podía culparla por el miedo. Tan dulce e indefensa. Ella siempre lucía como si hubiese salido de una imagen de suave enfoque.

Caprice probablemente estaba en lo cierto acerca de las criaturas del bosque. Él tenía a una Blancanieves pelirroja en su castillo. Pero, ¿no se suponía que las pelirrojas eran más fogosas? ¿Más obstinadas y tercas? Había esperado sin fin para que esa parte de su personalidad se afirmase, pero si es que existía, salió en pequeñas partes ineficientes. No le importaba su naturaleza reservada, pero eso significaba que él tenía que ser más cuidadoso con ella. Nunca estuvo confundido sobre dónde estaba mentalmente Caprice, pero Faith retenía mucho de sí misma. Demasiado.

Ella salió del cuarto de baño en un pijama con imágenes de varios dulces de chocolate en él y se metió a la cama. Él apagó las luces y se le unió. Squish amasó la almohada entre ellos y se recostó contra el suave tejido. Max sabía que no podía entrar en la cama del amo. El perro brevemente levantó la cabeza de la silla y se apretó a sí mismo en ella, su lengua afuera felizmente, como si supiera lo que venía para el gato sin derecho.

Leo tomó al gato y lo depositó en el suelo. Squish le dio una sucia respuesta a medio camino entre gruñido y maullido, luego fue a la caja de la gatita para sentarse a su lado. Snowball se tranquilizó con la presencia cercana del otro gato.

Fue tranquilo por unos dichosos cinco minutos, hasta que las lágrimas silenciosas de Faith llegaron lo bastante alto como para que Leo las escuchara.

---

<sup>15</sup> Snowball: Bola de nieve.



Encendió la lámpara.

—¿Por qué lloras?

—Tengo miedo.

—¿De?

El cuerpo de Faith estaba acurrucado lejos de él, temblando. Incluso si él no la hubiese escuchado, la fuerza de su llanto era la suficiente como para hacer vibrar la cama.

Ella se sentó.

—Yo sé que no estamos en una relación de verdad y no es asunto mío lo que tú hagas con Caprice, pero es mi vida la que está en juego. ¿Ha pasado algo con ella?

—Pasó.

—¿Y si se vuelve serio? ¿Qué pasa entonces? ¿Vas a dejar que me vaya? ¿Va Angelo a matarme?

¿Cómo iba a convencerla de que él y Caprice nunca estarían en serio? El tren hacía mucho que había dejado la estación. Él la atrajo hacía sí y la abrazó, acariciándole el pelo.

—Shhhh. Deja de llorar. No voy a dejar que Angelo te mate.

—Pero esta mañana...

—Esta mañana necesitaba que entendieras que no aprecié la ingratitud después de haberte salvado la vida. Si tú quisieras morir, entonces sí, hubiera dejado que Angelo te matara. ¿Cuál sería el punto de mantenerte con vida en contra de tu voluntad y reducir mis opiniones en el proceso? Pero si quieres seguir con vida, yo nunca voy a matarte ni dejar que nadie te haga daño. ¿Estamos en la misma página, entonces?

—Sí —susurró, pero no sonaba como si estuviera convencida. Un momento después, él sabía el porqué—. Yo sólo... tú me vas a resentir o a tomar lo que quieras, de todos modos. Esto no es realista. Yo no puedo continuar para siempre así. Tienes que saber eso. —Se acurrucó sobre sí misma después de haber forzado las palabras a salir como si fuera a hacerle daño decirlas.

—¿Estás celosa de Caprice? —Sería más fácil hacerle frente a esto desde otro ángulo. Ella le había mandado varios mensajes contradictorios acerca de sus deseos desde el día anterior, cuando la familia había llegado.



—No lo sé. Sé que no me quieres, pero esta mentira... me duele.

Él levantó su barbilla.

—Faith, mírame.

De mala gana, su mirada encontró la suya.

—Yo te quiero. Pero no soy un violador, y no voy a aterrorizarte con mi perversión cuando esta se ponga en alerta y molestarte. Entre Caprice y tú, te prefiero cualquier día. Si tan sólo estuvieras conectada como yo.

—Yo no puedo hacer las cosas que tú quieres... en el calabozo... pero podría hacer las cosas más normales. Me atraen, y dejándome mayormente sola en estas últimas semanas, me siento más segura contigo de lo que me sentía la primera vez que vine aquí.

Leo negó con la cabeza.

—Prefiero ser célibe antes que tener una relación vainilla. Me estaba preparando para una vida en celibato, de todas formas, antes de Emilio. —No expresé que tal vez esta era su penitencia. Había querido el sacerdocio para ocultar y someter dentro todas las cosas que lo hacían sentir diferente. Al mismo tiempo, él no iba a vivir una vida vainilla. Sería como Angelo; estableciéndose con una mujer y teniendo hijos.

—No lo hago normal —dijo él—. O estás en esto todo el camino conmigo o es nada en absoluto.

—¿No estamos en ello ahora mismo? ¿O la forma en la que me tienes en tu cama es platónica?

Si Caprice hubiese dicho eso, habría sido con un aire de sarcasmo en ello. Hubiese querido abofetear a la mirada inteligente en su cara. Pero Faith simplemente estaba siendo honesta.

—Cuando mi familia se vaya, podrás volver a tu habitación en el ala este. Admito que es peligroso tener esto tan cerca. Pero los dos vamos a superarlo y a reajustarlo cuando las fiestas estén detrás de nosotros.

La siguiente cosa que ella dijo fue muy suave, tuvo que esforzarse para oírla.

—¿Q... qué si te doy mi consentimiento?

Su respiración se detuvo y su control sobre ella se tensó. No quería decir eso. No confiaba en que Caprice no era un peligro para ella. Sólo quería mantenerlo alejado de ir al hotel.



Tomó una lenta respiración, no confiando en su voz.

—¿Si me das tu consentimiento para qué?

—L... las cosas que te gustan.

—Creo que debes pensar largo y duro sobre las consecuencias de esto. Si me das tu consentimiento, serás tratada como mi esclava, y no voy a permitir que lo tomes devuelta. Tomas esa decisión y no tendrás ninguna libre elección en esta casa. —Su cuerpo se tensó contra el suyo. Bien. Ella necesitaba saber que no podía bromear con él en esto. No la podía dejar jugar con sus emociones tratando de darle a él algo que querría de vuelta cada vez que tuviera miedo de eso.

—¿Q... qué significarías para mí? Quiero decir, ¿serías muy diferente de lo que eres ahora? ¿Estaría todavía a salvo contigo?

Le dio un beso en la frente.

—Siempre estarás a salvo conmigo. Esperaría que me obedecieras todo el tiempo. Si me desobedeces tendrías que ser castigada. El calabozo es para las dos: castigo y jugar. Yo juego duro. Pero no soy malo.

—Yo... um...

Leo puso un dedo sobre sus labios.

—No esta noche, Faith. Me puedes decir tu elección luego de que mi familia se vaya. Necesitas más que un día para pensar sobre eso. Confía en mí.

Ella se apoyó sobre su almohada, el alivio de haber evitado una decisión tan drástica por una semana era palpable. Cuando ella se instaló, Leo se levantó y comenzó a vestirse. Ahora que pensaba en ello, nunca tendría que dormir con una puta dispuesta esperándolo en un hotel.

—¿Adónde vas?

Él le dirigió una mirada severa mientras se ponía el cinturón. Si ella estaba considerando entregarse completamente a él, debería saber que meterse en su vida privada no era aceptable.

—Vas a verla, ¿no es así?

Una lágrima se deslizó por su mejilla, y una parte de él quería castigarla por eso, a pesar de que aún no había renunciado a su libre albedrío. Incluso sin malicia y propósito, las lágrimas se podían manipular, y él no sería controlado por sus arrebatos emocionales, no importa lo sinceros que fueran.



Leo no le dio la satisfacción de una respuesta. En su lugar, tomó su billetera y llaves de la mesa de noche y apagó la luz.

—Ve a dormir. Bloquearé la puerta detrás de mí. Me dejaré entrar cuando regrese.

Era un hijo de puta por hacer eso, pero Faith nunca podría consentir sus deseos. No estaba en ella. Era meramente la negociación por su vida. Caprice era su última oportunidad de satisfacer su necesidad de conocer a alguien con la que él no estaba en peligro de desarrollar un vínculo emocional o causarle un daño irreparable.

Leo pasó a través de la cocina hasta la puerta de la bodega, luego por debajo al estudio y tomó su largo y negro maletín del compartimiento secreto detrás de la estantería. Desbloqueó la puerta del calabozo para cargar el maletín con las cosas que iba a necesitar. Cuerdas, la que pica y es más desagradable sobre la piel, la mejor; una mordaza, venda, varios implementos de azote, varias pinzas, un par de consoladores pero no vibradores esta vez. Estaba enojado con Caprice, consigo mismo, con Faith, con Angelo, con todo el maldito mundo. Parte de eso no era culpa de nadie, pero por cada pensamiento problemático y la motivación en espiral atravesándolo, Leo necesitaba pasar de ridículo a malo. No pensaba dejar que Caprice tuviera un orgasmo esta noche. Lo único que quería de ella era para sentirse bruto y utilizarla para apaciguarlo. Ella era tal masoquista que eso estaría bien para ella. Cualquier cosa que él quisiera hacer, ella sólo quería que la tocara. Si no fuera por su personalidad, sería la mujer perfecta. Pero Leo no podía confiar en ella. Siempre estaba paranoico acerca de sus motivaciones. Las relaciones eran un gran juego de ajedrez para ella, y él no iba a ser un peón en su tablero.

Permaneciendo fuera en la nieve, atado en un abrigo negro, sosteniendo una bolsa repleta con instrumentos de tortura, se sintió como el Sr. Hyde<sup>16</sup> yendo a hacer el trabajo sucio de alimentar los impulsos más oscuros mientras el afable Jekyll podía continuar yendo por la vida en paz durante el día.

—Tú sabes que es una mala idea.

Leo saltó ante el sonido de la voz de su hermano, y Angelo rodeó la esquina en la que estaba merodeando. Dejó caer su cigarrillo en la nieve, que silbó cuando el agua lo fue derritiendo, enviando un espiral de humo desde el suelo.

—Maldita sea, Ange. Sé que es una mala idea. —No pretendió confusión. Se conocían lo suficientemente bien como para pasar el ritual de la negación.

---

<sup>16</sup> Sr. Hyde y Jekyll: Personaje del conocido libro "El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde".



—¿No está Faith en tu habitación? —Angelo señaló hacia la ventana.

—Lo está.

Su hermano sacudió la cabeza.

—Yo prácticamente te envolví en regalo tu nuevo juguete y tú ni siquiera juegas con ella. Es suficiente para darle a tu hermano un complejo.

—No está bien —dijo Leo.

—¿Y usar a Caprice sí?

Cuando Angelo se convertía en el moral, sabías que la tierra se había inclinado totalmente fuera de su eje y solo las llamas del apocalipsis le podían seguir.

—Existen grados —dijo Leo—. Caprice sabe que esto no va a ninguna parte. Ella no es una víctima. Nunca ha sido víctima, ni un día en su vida. Faith es diferente. Ella está a mi merced, y esto no era su elección. No puedo soportar la idea de hacerle daño.

—Estoy bastante seguro que esto le hace daño. He visto la forma en que te mira —dijo Angelo—. Ella está madura para la cosecha. —Estaba determinado a hacer de casamentera y ver que su regalo fuera puesto en un buen uso. Su nueva estrategia era la tentación. Leo se sorprendió de que su hermano no los hubiera perseguido a él y a Faith con muérdago.

—Sabes lo que quiero decir. Me refiero a dañarla. No estamos en una relación. Somos dos personas pegadas entre sí por las circunstancias. Eso es todo.

—Sigue diciéndote eso.

Angelo sacó otro cigarrillo y se apoyó contra el edificio. Encendió el mechero de plata, y su rostro resplandecía mientras le daba una calada tomando el fuego. Cuando terminó de ser dramático dijo:

—Tal vez tienes miedo de ser feliz. Nunca me había fijado antes, pero creo que estás satisfecho en la vida, a menos que te sientas culpable por algo. Mi hermano, el santo. Dime, ¿el peso del mundo deja alguna vez de ser pesado?

—Vete a la mierda.

La risa de Angelo lo siguió a través de la nieve hacia su coche.



## Capítulo 13

Traducido por blinda  
Corregido por karool

Leo había llamado a cinco hoteles antes de que encontrara uno en donde colocar a Caprice. La última cosa que esperaba era que el Plaza estuviera abierto el día de Navidad o que tuviera una habitación disponible para una semana entera. A veces la vida era graciosa. La había dispuesto en una suite con terraza sobre el noveno piso. Era lo menos que podía hacer, ya que la iba a aislar durante el resto de las vacaciones. Simplemente no la quería alrededor de Faith.

No se había molestado en llamarla, y ya estaban cerca de la medianoche, pero Caprice lo dejaría entrar si sabía lo que era bueno para ella. Había apuntado el piso cuando hizo la reserva, pero ahora se le escapaba el número de la habitación. Respiró y se acercó a recepción, tratando de no parecer siniestro.

—¿Podría decirme, por favor, el número de la habitación de Caprice de Clementi?

—Lo siento, señor, pero no podemos dar a conocer los números de habitación de nuestros huéspedes. Podría llamarla por teléfono por usted si quiere.

Leo tenía pinta de estar allí para golpearla, así que no podía culpar al personal del hotel por preocuparse. Y *tenía* la intención de golpearla, solo que no del modo que ellos probablemente pensaban. Dejó su bolsa y sacó su cartera, colocando su permiso de conducir y su tarjeta de crédito sobre el mármol.

—Leo Raspollo. Pagué por la habitación.

El pánico apareció en los ojos del hombre al oír el nombre, entonces su atención se dirigió rápidamente a las llaves con un movimiento tan veloz que impresionaría a cualquier secretario. Comprobó el nombre de su licencia, el número de tarjeta que estaba en el ordenador y aclaró su garganta.

—Mis disculpas, Sr. Raspollo. No lo sabía. Está en la habitación 912. ¿Quiere una copia de la llave?

—Sí.



¿Y qué puñetas si pagaba su alojamiento? Estaba aquí para tomar lo que quería de ella de todas formas, ¿Por qué fingir educación y llamar a la puerta cuando tenía todos los derechos sobre su cuerpo hasta que ella subiera al avión?

El hombre escaneó la tarjeta y la deslizó a través del mostrador con una débil sonrisa. Leo devolvió su propia sonrisa, recogió su bolsa, y subió al ascensor.

Dentro de la 912, Leo colgó su abrigo en la entrada. El lujoso baño principal se encontraba a la izquierda. Y luego más lejos, en la parte posterior, estaba el dormitorio. Se sorprendió cuando llegó al pie de la cama y encontró a Caprice haciéndolo con un hombre, un extraño, sin duda un viejo amigo con el que se sentía justificada de ponerse al día.

—Lo siento, Caprice. ¿Creíste que era apropiado *engancharte* en la habitación que pago?

Se levantó de encima del hombre sobre el que estaba sentada a horcajadas y luchó por cubrirse con las sábanas. El hombre observaba perplejo.

—¡Hola! —dijo Leo, dirigiéndose al extraño—. Soy Leo Raspallo. Lárguese, mientras me sienta generoso. —Había momentos que tener aquel nombre era práctico. Aunque sus manos estuvieran del todo limpias del negocio de la familia, Leo nunca vacilaba en usar su nombre para impresionar.

Los ojos del hombre se ensancharon.

—L... lo siento. N... no sabía que era suya.

—¡Eh!! —estalló nerviosa—. No soy un mueble.

—Ah, lo eres si yo digo que lo seas. —Leo la valoró como un trozo de carne en la carnicería. Volvió al hombre que trataba de ponerse su ropa sin dirigirse a todos en la habitación—. ¿Cómo te llamas?

—Yo... uh... hum... John.

—¡Mm-hmm! —dijo Leo, olvidando su nombre durante un minuto—. Bien, *John*, pienso que sería mejor si se pone su ropa fuera en el vestíbulo ¿No estás de acuerdo?

—Pero... yo... uh... —Leo levantó una ceja. *John* agarró su ropa y escapó del cuarto. Cuando Leo estuvo solo con Caprice, dijo:

—Vas a tener que ser castigada por ser una guarra tan descortés y traviesa, desde luego. —Eso habría tenido a Faith acojonada en una esquina, pero Caprice sonrió con satisfacción.



—¿La escena era necesaria?

Se encogió.

—Tengo mucha energía acumulada.

—No sabía que vendrías a verme —dijo ella, poniendo mala cara.

—Como tú has dicho, Faith nunca va a ser bastante. —Se rió—. Mismas reglas que antes. Comenzando ahora, ningún contacto visual, te diriges a mí únicamente como Amo. ¿Lo entiendes? —Caprice bajó su mirada al dibujo de la colcha.

Se estremeció cuando dijo:

—Sí, Amo.

—¿Tuviste un orgasmo con él? —preguntó Leo.

—No, Amo.

—No estoy sorprendido. Tampoco lo tendrás conmigo. —Su declaración la excitó más.

Quizás vio un desafío en ello, o un juego. Averiguaría muy pronto que hablaba en serio. La única persona que se correría esa noche sería él. O habría horribles consecuencias.

Esta vez, lo tomó con tranquilidad. No había ningún invitado al que regresar, y fuera como fuese, Faith sabía dónde estaba. Pasó media hora amarrando a Caprice. La quería inmóvil e incapaz de retorcerse lejos, mientras todavía continuaba estando abierta y accesible.

—¡Oh! Estas cuerdas están demasiado apretadas, y me rasguñan. —Leo se distanció para observar su trabajo, no haciendo caso de su lloriqueo—. ¡Leo!

Extrajo un plegable, bastón de acero inoxidable de su bolsa, luego con un movimiento rápido de su muñeca, lo amplió hasta su tamaño completo. La golpeó en el culo, y soltó un chillido.

—¿Cómo dije que era mi nombre?

—Amo —jadeó. Aquel esbozo de miedo existía atrás en sus ojos, y lo recordó sola, rápidamente apartó su mirada fijándola sobre el piso mientras las lágrimas comenzaron a fluir.

Leo fue al mini bar y se echó una bebida, más tarde se sentó sobre una silla acolchada, bebiendo con los ojos a su cautiva.



—¿Por qué estás con ella? —preguntó Caprice unos minutos después.

—¿Qué tipo de pregunta es esa? Es mi prometida.

—Pero no es como nosotros. Es solo que no comprendo lo que ves en ella. ¿Estás intentando ser un mártir? Yo puedo darte lo que quieres. Si rompes con Faith te lo daré todo. Lo prometo. Nosotros no deberíamos haber terminado.

Derramó el resto de su bebida y colocó el vaso sobre la mesa de al lado, entrecerrando los ojos.

—Manipularás, conspirarás y engañarás para conseguir lo que quieres fingiendo ser mi esclava. Jugarás a ser una buena chica cuando miro y harás lo que malditamente se te ocurra cuando no esté. Te presenté aquí como mi invitada, y acabo de encontrarte follando a otro hombre bajo las sábanas que he pagado con mi tarjeta de crédito. No podríamos tener una relación, porque sería de pésimo gusto para el estándar de cualquiera.

Ella se dio la vuelta alejándose.

—Bien, ¿estoy equivocado?

—Pides demasiado —dijo, apenas susurrando.

—Sí, y esa fue la conclusión a la que llegamos la última vez que tuvimos esta conversación, al romper. Me diste un ultimátum, y te dije que te fueras. El hecho de que pensaras que podías darme un ultimátum es el noventa por ciento del problema. ¡No quiero jugar ese juego contigo!

—¿Entonces por qué estás jugando aquí? ¿Es la hogareña esposa vainilla lo suficientemente valiente para llenarte? La posición del misionero, te enciende. ¿Es eso mejor que esto? No puedo darte todo, Leo, pero si darte algo.

Dos mujeres en su cama en la misma noche, ambas prometiéndole ser la mitad de todo lo que ansiaba. No era lo suficiente. De cualquiera de ellas.

Se levantó despacio, el alcohol y la depredación que le atravesaba corriendo por sus venas y dobló el agarre sobre la parte de atrás de su cuello.

Su cara se movió cerca de la suya. Prácticamente le gruñó cuando habló.

—No voy a entrar en tu manipulación otra vez, Caprice. No vamos a volver. Si no puedes manejar eso, recogeré mis cosas y me marcharé ahora. Quiero oírte decirlo, decir que me entiendes y que aceptas mis condiciones sobre lo que hacemos aquí.

Le fulminó mirándole directamente.



—¿Qué *hacemos* aquí, Leo?

La liberó y recogió el bastón otra vez. Con una mano, cubrió su boca, y con la otra, levantó el instrumento. Un destello borroso de plata cortó por el aire y se clavó en su carne. Soltó un aullido sordo contra su mano. Cuando se recompuso otra vez, la liberó.

—No puedes seguir las reglas más simples. Dije que mientras estés aquí me llamarás *Amo*. Si es demasiado complicado para que lo recuerdes, te dejaré.

El pánico invadió su mirada.

—No, espera. Estaré bien. Lo siento, *Amo*. Haré lo que quieras. Lo prometo.

—Di que lo entiendes y que aceptas mis condiciones. Tengo que saber que entiendes que no vas a ganar una relación con esto. Si ese es tu objetivo, debes perder la ilusión.

—Lo entiendo, *Amo*. —Dejó caer su cabeza sobre la cama y solo una lágrima se deslizó hacia abajo por su mejilla.

Leo vaciló durante un momento, en el que todo se paró y tranquilizó. Dentro de la calma del momento, se dio cuenta de la verdad. Lo amaba. Lo que pasaba con el amor en su mundo, de todos modos. Sentía por él tanto como era capaz de sentir por otro ser humano, y no le devolvía aquel afecto. Era un error seguir viniendo aquí, a jugar con ella. No pasa nada, le decía, pero profundamente dentro suyo sabía que ella creía que si lo complacía lo bastante, la mantendría y despediría a Faith. No conocía la manera de decírselo francamente, y eso para él era romper el trato.

Y sin embargo, aquí estaba completamente amarrada, pidiéndole que la usara. Su contrapuesto a su larga extensión de celibato y sin otra salida para su sadismo a la vista, Caprice era demasiada tentación. Era su última comida en el corredor de la muerte.

Al igual que antes, estar aquí tan solo era una satisfacción débil, como la masturbación que causa un orgasmo pésimo, donde examinas los movimientos sólo para encontrar que el placer obtenido es una sombra tan débil que se puede considerar una completa pérdida de tiempo.

Así fue como Leo permaneció de pie en la suite de lujo sobre el noveno piso del hotel Plaza. Habiendo conducido durante media hora en su estado para conseguir llegar al borde de la ciudad. Luego de otros cuarenta y cinco minutos luchando con el tráfico, y aquí estaba, una mujer atada y dispuesta, esperando que la utilizara de cualquier modo que le interesase.



Pero cuando la miró, en su imaginación, vio a Faith, allí, empujando por delante de sus miedos, rendida. Eso significaría más, porque sería un sacrificio para ella. Tanto como Caprice quería hacer algo para estar con él, una vez que lo obtuviese, su melodía cambiaría. Su resolución se derretiría como la nieve, revelando la hierba muerta debajo. Su buena voluntad de hacer algo, se alejaría a la deriva y sería dejado por otro impostor.

A Caprice, nunca la poseería. No era del tipo que un hombre lograría poseer. Faith, por otra parte, sí lo era. Incluso con su resistencia o su impetuosidad, le pertenecía y nunca sería capaz de salir por la puerta y de su vida. Si quisiera atarla y azotarla, podría hacerlo. Disfrutaría hacerle cualquier cosa depravada que su mente inventase. La única barrera era su conciencia. Si no hiciera esto con Caprice, si no aplacaba su hambre, terminaría por perder el control con Faith, entonces sería el monstruo que siempre sospechó que era.

Caprice no se opuso cuando tomó la mordaza de su bolsa y empujó la pelota de goma en su boca. La verdad era, que aún a pesar de quién era, sus palabras todavía podían tocarlo. Sin ellas, era una mera cosa, una manga de masturbación, y, un poco más que una muñeca, o una bolsa de perforación. Sin voz, no tenía nada de vida, ni forma de pararlo o alimentar la incómoda culpa. La culpa vendría más tarde. Con o sin consentimiento, eso siempre lo hacía, y a pesar de ello, no podía parar de atiborrarse, del placer hedonista, del cuerpo desnudo y atado de una mujer, tomando el dolor para su satisfacción.

¿Faith pensaba que estaba a salvo con él? Era idiota. Si no pudiera mantener la bestia reprimida, averiguaría cuán idiota era bastante pronto. ¿Deseaba estar con él? No tenía ni idea de lo que pedía. Ninguna mujer lo hacía.

Con la mordaza en su sitio, se sintió a salvo para tomarse su tiempo, para retorcer cada onza de agonía que pudiera tomar de la mujer que tontamente se había puesto en sus manos. Si bien fuera de peso ligero, el bastón de acero era más áspero que el bastón de caña. Sería deshonesto decir que había escogido el acero sólo porque era plegable y apto para llevar en la bolsa.

Los golpes y magulladuras que había dejado sobre ella esa mañana eran más visibles que antes, así que continuó hacia un área no marcada sobre sus muslos. Gritó alrededor de la mordaza, como si se estuviera muriendo con cada golpe, las lágrimas derramándose debajo de su cara.

Cuando le había marcado todo lo que seguramente podía marcar, bajó el bastón y lo devolvió a la bolsa. La miró lleno de alivio y luego drenado se echó hacia atrás otra vez cuando deslizó la fusta de la bolsa.

—Dolerá más si estas tensa.



Gimoteó detrás de la obstrucción de goma. La demostración fue lo suficientemente lastimosa como para que mostrase algún tipo de piedad. Lo que es más, no fue un acto deliberado por controlarlo. Fue una súplica verdadera. Después del bastón, aún estando sobrecargada del dolor del día anterior, su angustia era genuina.

Leo desabrochó el cuero de la mordaza y lo tiró de su boca.

—¿Dime, qué dijo John sobre los golpes y magulladuras en tu culo? ¿Crees que comprendió que fui yo quién los puso allí?

—No le dejé verlos. Me puse encima, así no dolerían y no los notaría.

—¿Avergonzada? —La vergüenza no tenía cabida en Caprice. Siempre le envidiaba eso.

—No entendería.

—Lo veo. Así que parece que no soy el único que mete un dedo del pie en el fondo de una piscina vainilla. —Incluso adolorida, puso sus ojos en blanco, rompiendo el hechizo de ese pequeño momento que habían tenido antes.

—Andy es un viejo amigo. Fuimos a la escuela juntos. Nos encontramos el uno al otro en el bar. Estábamos solos. Solamente pasó. —Leo colocó de nuevo la mordaza en su boca y comenzó sobre su espalda. Cuando empezó a dibujarse la sangre, siguió adelante hacia un área fresca, hasta que ella estuvo marcada a su complacencia.

Media hora más tarde, se maldijo al inspeccionar el daño. Se curaría. No le había dejado ningún daño permanente, pero sí estaba cubierta de marcas repugnantes, tendría pruebas para mostrar a la policía. Había testigos que lo situaban aquí. Solo otro ejemplo de cómo ella sostenía todo el poder y por qué no lo quería.

Si Leo quería liberarse de Caprice, no podría ser hacia el final de las vacaciones cuando fuera a regresar a casa. Tendría que ser más cuidadoso y dejar que las señales desapareciesen durante el resto de la semana. Tan vengativa como podía ser, las usaría y diría que no había sido consensual para ponerlo entre rejas. No haría bien de preso.

Desató las cuerdas y desabrochó la mordaza, colocando todo con cuidado atrás en su bolsa. Habría tiempo para otros juguetes otro día.

—¿Por qué te paras?



—Colócate sobre tu estómago y no hagas más preguntas. Las reglas son aún las mismas.

—Sí, Amo —consiguió decir.

Leo sacó una bolsa más pequeña de la otra más grande y lo abrió para revelar vendas y ungüento. Fue al cuarto de baño a lavarse las manos, luego esparció la crema sobre cada una de las señales de su fusta, verdugones y heridas.

Después del ungüento la roció con un spray antiséptico calmante, en seguida le colocó las vendas.

Cuando terminó, se desnudó y se introdujo en la cama, jalándola contra él y la sostuvo con cuidado, exactamente como lo hizo con Faith unas horas antes.

—No quieres estar conmigo, Caprice. Te gusta la idea que te has formado de mí. La realidad nunca es lo bastante buena.

—No es verdad —dijo ella, sus palabras sordas contra su pecho.

—Sí, lo es.



## Capítulo 14

Traducido por Viqijb & SOS \*~ Vero ~\*  
Corregido por Karool

Faith llevaba un deslumbrante vestido de noche negro y algunas de las joyas que Leo le había regalado para navidad. Cuando primero vio el vestido, no podía entender cuándo o dónde se pondría algo así, pero como resultó ser, la fiesta de Año Nuevo de Leo era un asunto más formal que Navidad.

La fiesta fue semi-formal opcional, y unos tomaron lo *opcional* muy en serio. Mariella la sobrina de siete años de Leo, había decidido llevar su disfraz de princesa que usó en Halloween, incluyendo la tiara. La tía de Leo, Mimi, lucía un poco más creativo; un vestido rojo que tenía plumas saliendo de el, junto con una boa y casco a juego. Lucía zapatos rojos brillantes, guantes largos, y un cigarrillo saliendo de una boquilla a la antigua. Muy probablemente fuese un disfraz de Halloween, también.

—Espero que no creas que puedes fumar eso en la casa —dijo Leo, apareciendo de la nada en un esmoquin clásico.

—Ya no respetan a los mayores —lamentó Mimi—. Relájate, Leonardo, es parte del look.

La abuela de Leo había optado por una vestimenta más informal; un pijama gris con cachorritos, desafiando totalmente la ocasión.

—Me voy directamente a la cama luego de esto. —Había anunciado Grammie en voz alta después de su cuarta copa de champagne, que se suponía iba a ser técnicamente para Año Nuevo, no las horas previas. Pero Leo se preparó con mucho alcohol. Había dicho que la tolerancia de Grammie era legendaria.

En una mesa tenía copas de champagne con botellas de champagne, y en otra mesa copas de champagne de plástico con una botella de jugo de uva espumoso para los niños. Una larga bandeja de quesos ocupaba el medio de la mesa.

La mayoría de los niños llevaban sombreros de fiesta y jugaban con matracas. Ángelo, Davide y el tío Sal se sentaron en una esquina en trajes negros, con su pelo peinado hacia atrás como si estuvieran en el negocio de la mafia.



Pasó media hora hasta la media noche. Una red con balones rojos, negros y plateados fue colgada por debajo del alto techo del comedor. Colgado cerca del techo un poco más lejos, apartado, había bolsas de plástico con confeti rojo dentro. Había dos cordones para jalar contra la pared, uno que liberaría los globos y otro soltaría el confeti.

La gran pantalla plana del cuarto de juegos había sido girada, así podían ver caer el balón en la ciudad. A pesar de que no estaba muy lejos de ahí, la experiencia de estar en el Times Square era para los turistas y los que disfrutaban de la aventura del control de vejiga. Faith se alegró de que la familia hubiera decidido quedarse dentro de la cálida fortaleza de Leo.

Él interactuaba con su familia, riendo y hablando, mientras ella se mantenía cerca, una mano en su espalda, como si se tranquilizara a sí mismo de que se encontrara aún allí. En público, era el prometido perfecto; sosteniendo su mano, besándola en los momentos apropiados y mirándola como si su sola existencia hiciera del mundo real y sólido. Pero detrás de la puerta de la habitación, mantenía su distancia, sin entablar una conversación, dándose la vuelta inmediatamente para dormir, cuando iba a la cama como mucho. Si todavía la quería, hacía un buen trabajo ocultándolo.

Algunas noches, no había ido a la cama hasta muy pasada la noche, luego de que ella cayera dormida. Sabía dónde se encontraba en esos momentos. Faith no quería especular lo que pasaba en el hotel entre Leo y la otra mujer. Probablemente, bastante de eso eran cosas que no planeaba hacer pronto, pero la amenaza de Caprice se alzaba cada vez más importante en su cabeza, su estomago, ahora en nudos, por el temor de que la otra mujer no regresase a Las Vegas, y su miedo más grande era que ser la amante de Leo no fuera su juego final.

Sí Caprice no llegó a ese avión, era sólo cuestión de tiempo para Faith. Aunque Ángelo había comenzado a ser amable, no mantendría ninguna ilusión. Estar con Leo mantuvo su respiración.

Minutos anteriores a la medianoche, Demetri y el resto del personal se aseguraron de que copas de plástico y champagne con la bebida adecuada estuviera en manos de todos.

A medianoche, Demetri tiró de las cuerdas haciendo que globos y los confetis cayera. Leo y algunos otros fueron lo suficientemente inteligentes para levantar sus copas a sus labios y beber un sorbo antes de que pedazos de papel cayeran en sus copas de champagne. Faith tuvo que beber alrededor de algo de rojo brillante.



Leo tomó su copa después de que bebiera otro sorbo y la depositó en la mesa junto con la suya, entonces tiro de ella en un beso que Faith creyó con cada onza de su ser. Se sintió llenó de pasión, nostalgia y ternura. Era la promesa de un nuevo comienzo. Fue la penitencia. Era todo lo que un beso podría transmitir envuelto dentro de un instante de labios apretados juntos. Se pregunta si el beso de Leo hablaba en algo de verdad, o si tenía un complejo de actor. ¿Pensaba en Caprice mientras tiraba cerca a Faith? ¿Era la razón de su intensidad?

Se preguntó si su propia desesperación y miedo estaba siendo emitida. ¿Acaso había leído tantos significados y palabras en el beso como ella lo hacía? Se apartó y la miró fijamente hasta que ella no logró soportar la intensidad de su mirada.

—Bueno, eso es todo para esta vieja anciana. Me voy a la cama, y a dormir. Leo, no me apures fuera de la puerta mañana. Voy a salir después de haber tenido un buen sueño y una buena comida. Y quizás algo de pelo de perro.  
—Alba guiñó un ojo y se tambaleó sobre sus pies.

—No soñaría con eso, Grammie —dijo Leo, reclutando a Demetri para que la ayude a llegar a su habitación. Papi se hallaba levantado y listo para jugar una partida de cartas con uno de los hombres.

Cuando Leo y Faith llegaron a su propia habitación, Faith se fue a cambiar al baño, todavía siendo incapaz de desnudarse delante de él, no representando tanto de una amenaza. Igual de atraída como estaba, incluso con él dejándola para ir a ver a Caprice, no se atrevía a hacer nada que pudiese parecer una invitación.

Lo que ella le había ofrecido la noche de Navidad, aún pendía sobre sí. La elección que Leo le preguntaría el día después de que se vaya la familia. Sin embargo no conocía la respuesta. Una parte jodida de su cerebro deseaba que Caprice pudiera conformarlo como amante. Haría sus cosas pervertidas con ella, y así ser dulce y seguro con Faith. Pero si Leo fuese o no por esa opción no convencional, sabía que en Caprice no confiaría. No se detendría hasta tenerlo todo, incluso si el precio fuese la vida de Faith.

Salió del cuarto de baño en pijama y colgó el vestido negro en el armario, preguntándose si estaría aquí el próximo año.

Echó un vistazo a la caja de cartón al lado de su cama. Squish pudo haber intimidado a Max, pero se encariñó con la nueva gatita, insistiendo luego de la primera noche de dormir con Snowball acurrucados en la caja. Las dos ya fueron liquidadas por esta noche, ronroneando satisfechas.



Leo se encontraba en la cama, escribiendo furiosamente en un diario de cuero negro.

—¿Resoluciones de Año Nuevo? —le preguntó, sintiéndose estúpida por decir algo en absoluto. Era una niña sentada a su lado. Se sentía como si todo lo que hacía y pensaba era más sofisticado de lo que ella podría entender. Había algo sabio y cosmopolita en él. Sabía cosas que ella no podía comprender, y probablemente escribía todas bajas en su misterioso libro negro para que las generaciones futuras pudieran maravillarse.

—Algo como eso. Ve a dormir.

Se sorprendió cuando apagó la lámpara, se dio vuelta y se acostó. ¿Qué significaba eso? Si se trataba de la última noche de Caprice aquí, ¿no deseaba estar con ella? Quizás no se iba. Faith tenía que saber, creer en la respuesta era distinto.

—¿Leo?

—¿Sí, Faith?

—¿Ella se estará yendo mañana?

—Sí, se irá. No preocupes a tu bonita cabeza. Está siendo puesta en un avión con Vinny.

—De acuerdo.

\*\*\*

Faith contuvo la respiración en el aeropuerto cuando Caprice entregó la tarjeta de embarque. Envió una última mirada suplicante a Leo, rogando quedarse, pero le devolvió una expresión severa y sacudió la cabeza. No fue hasta que Caprice camino a través de las puertas y el avión despegó que Faith no se relajó.

Todo se hallaba tranquilo al regresar a la casa, incluso con un perro, dos gatos y un equipo completo de sirvientes. No había niños corriendo por la casa, ni Gina intentando planear una boda, Gemma tirándole miradas a Leo y quejándose, ni Caprice torturando para conseguir meterlo en la cama. No Ángelo, o Davide, o el tío Sal, o Papi.

Demetri tomó su abrigo y lo colgó en el armario del pasillo mientras ella se quedó allí, sin saber qué hacer o dónde debía ir. Había olvidado lo incomodo que podían estar las cosas con Leo y sin una rutina fija. Durante los días de



fiesta no había sido más que distracción. Y en esos momentos lo había visto como algo más que su captor.

De hecho, se había convertido en su salvador, por sobretodo. Su protector, manteniéndola constantemente a salvo, de Ángelo, de Caprice, Gemma. Incluso de su madre, aunque las amenazas de Gina eran bien intencionadas.

No importa la sexualidad de Leo, era un ser amable y cariñoso. Cuidó de su familia, siendo un buen anfitrión, le había dado un gatito. Pero ahora la elección se cernía sobre ella. Mentiría si dijera que no lo deseaba.

La sensación de sus labios presionados contra los suyos y de su mano sosteniendo la suya había sido grabada en ella para siempre. En breves lapsos, cuando bajó su guardia, había caído unos grados a la vez para él, imaginando que esta era su vida y no la meramente obra de teatro para una audiencia que no se daban cuenta que veían una.

Había esperado que Leo demandara su respuesta tan pronto como cruzaron el lumbral, tal si se tratara de una línea imaginaria que definiera el resto de su vida, pero se fue a la parte trasera de la casa, a su oficina, haciendo añicos la importancia del momento. Faith fue a la sala de juegos y se dejó caer en uno de los sofás frente a la televisión, tratando de decidir qué hacer. Había asumido que insistiría en su respuesta. Ahora que Caprice no estaba allí para satisfacer sus necesidades, pensó que habría presión para hacer algo, pero actuó como si no existiera en lo absoluto.

Tal vez, no la quería más. Había visto lo que podía hacer con una mujer que pudiera manejar y ahora no se interesaría en una mujer que era algo más que una niña. Faith aireadamente borró una lágrima que se escapó. ¿Por qué habría de importarle una manera u otra? Nada de esto era su elección. No como si ella lo hubiese perseguido. La había llevado a su casa de la misma manera que trajo al gatito. Como una mascota, un animal que no tuvo elección de dónde ir a vivir, o las condiciones en las que viviría, o la bondad o maldad de su amo.

Las luces de la pantalla parpadearon junto a ella, una serie de luces intermitentes sin contenido de las que su mente no podría agarrarse. Del mismo modo las palabras que hablaban eran mero ruido. Apagó el televisor y se fue adonde Leo.

Lo encontró en su despacho, una habitación que le habían prohibido entrar. Estaba sentado en su escritorio, escribiendo en su maldito libro negro, nuevamente. No levantó la vista.

—¿Sí, Faith?



—T... tú dijiste que podía decirte mi respuesta luego que todos se fueran.

Cerró el libro y se giró en su asiento para mirarla, con una pierna apoyada en la parte superior de la otra, en una postura relajada. Si esta reunión creó alguna emoción, él no las dejó fuera.

—¿Bueno? —instó, después de unos momentos.

*La respuesta es no. Lo siento. Voy a volver a mi habitación en el ala este, si te parece bien.*

—Sí. Quiero estar contigo.

—¿No pretendes ver el calabozo antes de tomar esa decisión?

Sus ojos se posaron en el suelo, incapaz de soportar la forma en que la miraba. A través de ella.

—Está bien.

Esperó por algún tipo de instrucción, decirle qué hacer con el resto de su vida o simplemente este momento. ¿Cómo había que llamarlo? ¿Tendría que llamarlo Amo, como había insistido la primera noche? La idea seguía siendo extraña para ella, pero al menos no era aterradora. No como las otras cosas peores en las que insistiría.

La silla crujió cuando se levantó.

—Sígueme.

La llevó por varios pasillos a los que no había bajado porque estaban prohibidos. Eran más pequeños y ominosos, invitando a sus visitantes lejos por su falta de luz. Al final de uno de los pasillos había una gran puerta de metal. Leo sacó una llave de su bolsillo, abrió la puerta y presionó un interruptor en la pared.

Una cadena de luces LED a lo largo del techo se encendieron, iluminando una escalera caracol alfombrada, que iba una y otra vez a un abismo sin fin, quizás incluso al infierno. Y aquí se halla el diablo de pie a su lado con una sonrisa suave y extendiendo su mano como un caballero a la espera de la perdición.

—Después de ti —dijo.

Sí bajase, ¿la dejaría subir nuevamente? Se reprendió a sí misma por ser tan dramática. Se iban a casar en Junio. Claro que podría salir otra vez. Caprice había sobrevivido a todo lo que hicieron juntos y habían venido por más. Leo



mató al hombre que abusó de su hermana. Cualquiera que sean estos sentimientos, no podían ser sus peores temores. No se alinean con los hechos.

Le sorprendió que el calabozo fuera elegante. Como una cueva donde uno escaparía con el fin de leer un libro si no fuera porque hay demasiada luz fuerte.

—Mira a tu alrededor. Nada está fuera de los límites. Te quiero completamente informada. Sin excusas.

Vacilante, Faith exploró la gran sala subterránea. ¿Cómo podía ser tan grande, tan siniestra y muy acogedora a la vez? No lo sabía. Había muebles para la sala de estar, una cama, una pequeña cocina y un baño. Luego varias piezas de mobiliario negro y rojo de cuero que parecían equipo de tortura de alta costura. La parte real del calabozo tenía piso de concreto, mientras que la zona de apartamento era alfombrada, si bien todo era un espacio ininterrumpido, salvo por el cuarto de baño.

A lo largo de la pared existían varios ganchos que sujetaban los misteriosos objetos de metal, fustas, látigos y palas. Debajo de esta sección había bandejas del tipo que se deslizaban fuera de una ranura de la pared, y sostenían piezas de metal y madera. Tembló mientras pasaba sus dedos por la parte superior de una de las barras de metal. No sabía cómo llamaban a estas barras, pero sí que Leo golpeaba a la gente con ellos.

—Esos son los bastones. ¿Por qué no le das un buen golpe al aire? No empiezas realmente a entender hasta que lo escuchas.

Su mano tembló cuando tomó uno de los implementos. El sonido que hizo cuando rompió contra el aire la habría hecho caer y correr si no fuese por las palabras de Leo cortando su pánico.

—Con mi conocimiento médico, hay tantas cosas que podría hacer contigo y traerte de regreso.

Trataba de ahuyentarla. No había razón para decir algo tan loco cuando se encontraba tan cerca de darle lo que deseaba.

Faith suspiró y colocó el bastón de metal en la bandeja, pero se le escapó de la mano y cayó sobre el cemento, rebotando varias veces, el sonido de hojalata rebotando en sus oídos. Lo agarró y lo puso de nuevo, deslizándolo en la ranura de la pared y tomó una respiración temblorosa para calmar sus nervios. Leo no hizo ningún movimiento para consolarla.



—Adelante, echa un vistazo a la caja de juguetes. Todo lo que guardo ahí está hecho de materiales que puedo limpiar. Todo ha sido esterilizado, así que es seguro. Excepto la cuerda, pero toda es nueva.

El recipiente de cuero negro gigante era la caja de Pandora con todo el mal del mundo en el interior. Vibradores, consoladores, esposas, cuerdas, tapones anales, envases de lubricantes y algunas otras cosas que no reconoció.

Mientras la caja estaba abierta, Faith imaginó oír gritos en su cabeza. El ruido, las advertencias y la inseguridad se arremolinaban a su alrededor como humo invisible. Cuando cerró la caja, se detuvieron. Se volteó para encontrar a Leo sentado en un sofá de cuero rojo contra la pared, con los brazos extendidos a lo largo de la espalda, y se preguntó por un segundo cuánto tiempo, exactamente, se detuvo a mirar como un zombi sin cerebro a la caja.

—Ven aquí, cariño.

Hacer que un pie se mueva delante del otro se sentía como salir de un bloque de hielo.

—No. Ven en tus rodillas.

Podría haber dudado, excepto que arrastrarse era mucho menos exigente que caminar, en ese momento. Se sentía mareada. Se requiere menos fuerza de voluntad para viajar por el suelo sobre sus manos y rodillas, no importa qué tan humillante sea.

Quizás aún conseguiría salir de esto. ¿Le permitiría tomar la decisión de parar todo? Si ella lo detuviera, sin embargo, podría permanecer el resto de su vida célibe, enclaustrada en la habitación de cristal con toda la luz del sol pero sin calor real. ¿Cómo iba a vivir no siendo tocada por este hombre? Pero, ¿cómo iba a vivir acá abajo dejándole utilizar todas esas cosas en ella?

Cuando llegó a su lado, le acarició el pelo y ella se apoyó en su pierna, intentando no llorar. La última vez que estuvo molesto, fue la noche que la llevó a su casa. La diferencia ahora era que sabía lo que iba a hacer, y que no sería una cosa de una sola vez. Esto era algo que *necesitaba*.

—¿Por qué quieres esto, Faith? —Seguía acariciando su cabello mientras hablaba en un tono suave y calmado como si estuviera hipnotizándola. Si tuviera ese poder, todo sería más fácil.

—Y... yo te quiero, y... yo quiero que sea real. No puedo vivir una mentira cada año por tu familia, indefinidamente. Me rompería. —Había una especie de triste piedad en su rostro. Cuando la pilló estudiándolo, bajó la mirada. No



podía mirarlo a los ojos y todavía obligarse a decir el resto—. Y dijiste que no podía ser vainilla. T... tú dijiste algo de tener el paquete completo.

—Me viste enviar a Caprice lejos. ¿Estás segura de que no tiene que ver con tus miedos? Te dije que ella y yo nunca íbamos a ser una pareja. No es lo que quiero en mi vida.

—Si no es Caprice, será otra persona. ¿Qué, entonces?

—Nunca pondría tu vida en peligro.

—¿No puedes confiar en mí y dejarme ir? ¿No me conoces lo suficiente como para saber que no diré nada?

—Creería eso, pero Ángelo no lo hará.

Sabía que podría estar cavándose un agujero, pero debía decirlo.

—No creo que esa sea la razón por la que me estás reteniendo.

Se echó a reír.

—¿Qué otra razón habría?

Faith se quedó en silencio. No existían manera de que pudiera poner eso en palabras, y si lo lograra se sentiría como una tonta cuando se ría de ella. Otra vez. Tal vez se trataba de Ángelo y el no ser capaz de dejar que un espectador inocente muera. Pero tenía que saber que retenerla en una jaula no era mejor que una muerte rápida.

—Ve a llevar tus cosas de nuevo a tu habitación, Faith. No estamos haciendo esto.

—Lo... lo siento si te ofendí.

—No me has ofendido, pero ambos sabemos que no quieres esto.

—Te quiero. —A pesar de que le suplicó ser de él, parte de ella esperaba que la enviara lejos y la libere.

—Pero no es suficiente para esto. Puedo verlo escrito en tu lenguaje corporal. No es para ti. Vete antes de que cambie de opinión.

Vaciló.

—¡Vete!

Faith huyó del calabozo. No se detuvo hasta que llegó a la habitación de Leo. Cualquiera que sea su razonamiento, no la quería. Prácticamente se había tirado



a él, y la había empujado lejos. ¿Qué clase de poderes mágicos de mierda tenía Caprice que le hizo posible seducir a Leo cuando Faith no podía manejarlo? La otra mujer ni siquiera era tan bonita.

\*\*\*

Leo maldijo la habitación vacía. *Dijo que sí, idiota*, dijo el demonio de un hombro, que se parecía más a Ángelo que Leo, vestido en un esmoquin Armani y su rostro libre de cicatrices. Está *demasiado asustada para esto, hiciste lo correcto*, dijo el padre de Leo en el otro hombro.

En realidad, sabía que ella no iba a hablar. No era el tipo de persona que quería ser un héroe o involucrarse con la policía. Teniendo en cuenta todo el tiempo que pasó con ella, y el que Ángelo había pasado con ella, estaba seguro de que convencería a su hermano que era seguro librarla a lo silvestre.

Pero era *suya*. Incluso si nunca llegaba a acabar con su resistencia y utilizarla de la manera que deseaba, se había acostumbrado a pensar como suya y protegerla. Incluso si nunca la azotó, la ató o la folló, era su propietario más que de cualquier mujer que hubiese estado en el calabozo, y no era capaz de dejar ir eso. Era toda promesa y posibilidades, lo único que se interponía en su camino era él mismo. Y algún día esa barrera se desmoronaría y estaría libre de tenerla.

Faith era su única oportunidad de alimentar el impulso que vivía debajo de otro impulso. Ser dueño de un ser humano fue el impulso que destacó todo lo demás. No podía renunciar a eso, no importaba cuantos razonamientos débiles tuviera que hacer. Nunca podría dejarla ir.

Era como tener un pájaro exótico. La idea no era suficiente, una imagen no era suficiente, visitar a uno en el zoológico no era suficiente. Tenía que estar allí, en su casa, en su poder.

Leo apagó las luces y cerró el calabozo, luego volvió a subir a su oficina y abrió el diario de cuero negro. Había hecho una lista de alternativas. Había clubes pervertidos a donde podría ir, gente que conocería para aventuras casuales. Maneras en que lograra hacer esto sin implicar que Faith se rompa en pedazos, que nunca pudiera recuperar o viajando más abajo por un camino sin retorno, pecados que incluso un sacerdote no absorbería.

Una relación con alguien más estaba fuera de la cuestión. Sin importar cuán obediente o el potencial que la sumisa tuviese, haciéndole saber sobre Faith sería una complicación extra que no necesitaba. ¿Qué si Faith se harta e intenta conseguir ayuda? Podía confiar en Demetri y el resto del personal. Habían estado con la familia desde hace más de una década. No confiaría en ninguna pervertida mujer al azar.



Los sumisos eran perceptivos. A veces bastante. Pasaron su tiempo estudiando a su dominante, aprendiendo a ser receptivas y disponibles para aquellas sus necesidades casi antes de que se diera cuenta él mismo. Ese tipo de observación no creaba un ambiente fértil para mentiras. Quiquiera que llevara a su casa sería más que sólo una follada y azote casual, sería averiguar qué más había en la situación de Faith y su complicada maraña de sentimientos que cualquier cosa que diga. Entonces, no existirían celos y drama.

Lo que lo hizo permanecer controlado y emocionalmente distante con todos los parámetros establecidos desde el comienzo. No podía ser otra Caprice. Trató de empujar abajo la voz en su cabeza que decía que no conseguiría ser feliz con una mujer que no lograra darle todo. Y todo incluía su corazón.

\*\*\*

Pasó un mes en el helado infierno. Faith había estado en el teléfono con la madre de Leo más veces de las que podía contar, planificando una boda que no le importaba. Más de una vez, Gina le dijo que no parecía muy entusiasmada. Faith le había dicho que no le gustaban los grandes eventos, la gente y la expectativa la ponían nerviosa. Lo único que le importaba era estar casada con Leo. Esto satisfizo a su madre.

Ella y Leo habían estado comiendo juntos en la cocina más pequeña. Demetri y el resto del personal, los dejaban solos en esos momentos, así que cocinaba o Leo lo hacía, alternando entre la cocina italiana y americana.

Faith lo sorprendió una noche con cannolis para el postre. Había notado lo mucho que le gustó en Navidad y consiguió la receta una tarde durante una maratón de conversaciones sobre la planificación de la boda con Gina.

Cuando los llevó a la mesa con su café, su rostro se iluminó. Su mano avanzó de a poquito a través de la mesa cercana a ella, y luego la retiró abruptamente. Después de eso, había dejado de comer comidas con ella. Cuando intentó hablar, le afirmó que tenía que trabajar hasta tarde y que tomaría algo más tarde.

No importa a qué hora del día fuera a la cocina, no se hallaba allí. O Leo estaba ayunando, o Demetri le informaba sobre sus movimientos para que pudiera evitarla. Había sentido algo y se asustó.

¿Asustado de lastimarla? ¿Asustado de amarla?

Ó él estaba asustado o hizo los peores cannolis del mundo.

Una vez a la semana, una diferente mujer se presentaba en la puerta. Se vestía en un vestido de zorra de cuero negro junto con lo que parecía un collar



de perro en el cuello, sonreía tímidamente mientras entraba a la casa y bajaba la mirada.

Faith no estaba segura de dónde sacaba a estas mujeres. ¿Existía un servicio de acompañantes sumisas a las que les gustaba suplicar y ser golpeadas? Trató de estar bien con eso. Después de todo, era obvio que esas mujeres no significaban nada para Leo. Pero no había hecho esto antes de Navidad. Lo que sea que haya hecho con Caprice había despertado algo que ya no podía seguir guardando en la caja de un estante.

Era principios de Febrero, y la decoración de Navidad aún no era sacada. Faith comenzaba a cuestionarse si Leo amaba tanto la Navidad que todo quedaría así hasta el próximo año. El timbre sonó, y se escondió en un árbol grande cerca de la entrada. Era viernes por la noche, las siete y media. Como un reloj. Era la misma hora, para una diferente mujer cada semana.

Demetri abrió la puerta para revelar a una exótica mujer asiática en la puerta. La misma mujer que estuvo aquí la semana anterior. ¿Se encariñaría? Durante Navidad con el desastre de Caprice, si Caprice hubiese sido de confianza, Faith podría haber hecho frente a estar en una mansa relación con Leo mientras otra persona manejaba sus necesidades más oscuras. Ahora, sin embargo, algo cambiaría. Incluso si alguna otra mujer *podía* ser sólo un juguete, a Faith no le gustaba la idea de compartir.

Demetri tomó el abrigo de la mujer y salió de su camino.

—Usted sabe dónde ir, Miss Lin.

—Sí. Gracias.

Faith no se sentía segura de si Leo ya estaba en el calabozo y no quería arriesgarse a cruzarse en su camino, así que se quedó esperando un poco más detrás del árbol.

—Miss Jacobson —dijo Demetri, llegando delante de ella—. ¿Dónde en la Tierra se va a esconder cuando el árbol se venga abajo?

Así que se *iba* a caer en algún momento durante año.

—Lo siento. Discúlpame —dijo Faith tratando de pasar al mayordomo, pero le corto el paso.

—Usted sabe que no se preocupa por estas mujeres. Él la quiere.

El hombre nunca había sido tan abierto acerca de nada durante todo el tiempo que había estado allí. No había sido nada más que profesional, pero algo



debe de haber estado desarrollándose y lo hizo preocuparse. Probablemente calculando las probabilidades de que lo despidan, y por esto eran mínimas.

—¿Entonces, por qué me está evitando? ¿Por qué es que estas mujeres desfilan delante de mí?

Demetri sonrió y negó con la cabeza.

—Lo conozco desde que era un niño. Mi suposición es que no confía en sí mismo cuando está alrededor suyo. Y la segunda pregunta... tiene que ver con el control. No va a renunciar a su territorio por tu comodidad.

Fue más de lo que Demetri le había dicho alguna vez. Hace algunas semanas, había pensado que el hombre sólo era capaz de hablar en ráfagas de una sola frase. Intentó pasar a su lado otra vez, pero aun así se negó a moverse.

—No es asunto mío, pero, ¿le importa si le pregunto algo?

No parecía que fuera a dejar que pase lo contrario. Así que, o contestaba sus acertijos o derribaba el árbol y saltaba.

—¿Qué?

—Es claro para mí que el señor Raspallo no es el único que alberga algunos sentimientos. ¿Por qué no es usted la única que está con él en lugar de Miss Lin?

Faith se sonrojó y se volvió intensamente interesada en un ornamento de cristal rojo y banco que parecía pasado de moda, lleno de dulces envueltos. El silencio se extendió entre ellos. El puesto de Demetri en la finca Raspallo lo había hecho de una capacidad infinita de espera.

—¿T... tu sabes en lo que está?

—He visto el calabozo.

—Estoy segura de que Leo piensa que soy una puritana, y no estoy del todo en eso. No es como si lo persiguiera. No es si estuviera aquí por propia elección.

—¿Piensas que te arrastraría abajo y elegir el instrumento más doloroso que pueda encontrar e ir por ti a la fuerza?

—Puede ser. No sé lo que haría.

—Se preocupa por ti. Iría lento. Si tú estás dispuesta a intentarlo.

La conversación le daba ganas de desaparecer. Nunca se hablaba acerca del calabozo de Leo y sus actividades. Al no hablar de ello, podría ser parte de un mundo de ensueño tenue y nada más.



—Pero dijo que si digo que sí, mi consentimiento es irrevocable. No podría cambiar de opinión más tarde. Así que si es demasiado, no puedo salir nunca. La única oportunidad que tengo ahora es decir no y esperar que respete eso. Porque si digo que sí, no tendría más elecciones, jamás.

Demetri se echó a reír.

—Eso es lo que él piensa. La verdad es que desde el momento en que entraste en su vida, no puede ponerse en ningún riesgo de venir a ti. Ese lado sádico del que te asustas, no es él del todo. Es sanador y protector. Haría cualquier cosa por no dañarte. Si no lo soportas, pararía. No quiere jugar con eso. Quiere a alguien que le pertenezca por completo, al igual que tú. Ha tenido demasiadas mujeres que vinieron aquí y luego intentaron controlar las cosas, dando y tomando el consentimiento como en la sumisión no significa nada para ellos. Es la razón por la cual Miss Lin es la única que ha llegado a una segunda visita.

Faith no respondió, pero si el mayordomo tenía razón, la mujer asiática era su primera amenaza real.

Demetri se excusó y la dejó sola con el árbol. Cuando estuvo lo suficientemente lejos, se deslizó al calabozo. Tal vez era una masoquista. Si no le gustaba el dolor, ¿por qué seguía volviendo allí cada viernes para oír lo que pasaba con Leo y las otras? No era un mirón. No tenía una ráfaga de emoción al ver o escuchar lo que las demás personas hacía. Simplemente no soportaba no saber el estado de las cosas.

Pese a lo mucho que protestó y se negó, sabía que si las cosas iban demasiado lejos, no podría prevenir el mendigarle a Leo que haga lo que quisiera para mantener a las otras mujeres lejos. No entendía como sucedió todo, como se transformó en alguien por quien tenía reales sentimientos. Todo el tiempo que pasar para llegar a conocerse el uno al otro para engañar a su familia, el afecto en público, el tiempo que pasaron con los demás y las comidas juntos los hizo más cercanos. Habían creado un crescendo de necesidad que no podía explicar o negar.

Las últimas semanas sin ninguna interacción con él, las mujeres y lo que hicieron en el calabozo, habían creado un anhelo doloroso, así como un terror ciego que no podía hacer nada por detener. ¿Podría algún dolor físico ser peor que el dolor que sentía en este momento? ¿Y si él se enamoraba de esta mujer? Incluso si no lograba deshacerse de Faith, ¿cómo podrían vivir así? Atrapada en esta casa, viéndolo con alguien más, mientras permanece aquí para siempre sin nadie para llenar el hueco creado por la falta de él.



¿Por qué no podía ser normal? ¿Por qué no anhelar igualdad y paseos por la playa iluminados por la luz de la luna?

Faith se deslizo por los sinuosos pasillos en la oscuridad. Sintió la pared a lo largo hasta llegar al final. La puerta estaba agrietada, como siempre, así que se deslizó por la escalera hasta un punto medio; lo suficientemente cerca para oír lo que pasaba, pero lo suficientemente lejos para hacer una rápida salida sin ser atrapada al terminar.

En el calabozo, la voz de Leo cambió. Más profunda, como si el diablo mismo se hubiera apoderado de él. Fue un cambio tan visceral que podía sentirlo en la escalera donde se escondió.

Hizo que la mujer lo llamará Señor, la noche que había traído a Faith, había insistido en Amo. Faith se ponderaba de la diferencia. ¿Quería que lo llamaran Señor porque no los consideraba de su propiedad? ¿Llamarlo Señor sería más fácil? ¿Lo habría encontrado menos raro? Se preguntó cómo lo llamaba Caprice: Señor o Amo, debido a la historia de su relación. ¿Una sola vez bastó para ir de Señor a Amo? ¿O de Amo a Señor? ¿Era así como todo el mundo como Leo operaba?

Faith no era una ingenua. Era vagamente consciente del mundo de la perversión, azotes, esclavitud, látigos y cosas por el estilo. Sólo los implementos más arcanos y juguetes la confundían. No es que no entendiera lo que era. No entendía por qué era. ¿Por qué una mujer permitiría que un hombre le hiciera esto? ¿Por qué voluntariamente te pondrías a tanto riesgo y a la merced de otro? ¿Por qué enfrentar dolor en cada encuentro sexual? ¿Había algo mal con ellos? Tenía que haberlo. No era normal necesitar ser lastimado o lastimar a alguien para excitarse.

En las últimas semanas, Faith creció familiarizándose con los sonidos de los diferentes instrumentos, como el que cortaba el aire y daba contra la carne. Las reacciones diferían dependiendo de la mujer. A algunas las amordazaba así que sólo se oían los sonidos apagados de angustia. Y sin embargo, cuando salían luego del calabozo, se mostraban con una mirada tan tranquila, como si todo en el mundo estuviera bien otra vez. ¿Qué les hizo Leo hacer a estas mujeres? Faith tenía un fuerte sentimiento de las cosas físicas que pasaban desde su posición en la escalera y su anterior gira por el calabozo. La parte confusa era el resultado final. Ellas lucían... felices cuando se fueron. Satisfechas, seguras, confiadas. ¿Qué demonios? No coincidía mucho con lo que escuchó. Los maullidos, los gimoteos, los gritos y el llanto pidiendo clemencia.

Sí, hubo sexo, o algo sexual que dio resultado orgasmos para ambas partes, pero, ¿cómo podía eso compensar el resto?



Había algo seriamente mal con estas mujeres. Y con Leo. Faith debería estar feliz de que giró su atención a ellas, lejos de ella, pero cada vez que le oyó pronunciar alguna palabra afectuosa o un signo de placer o satisfacción con la mujer a su merced, una pieza en ella se rompía. No quería que le hiciera esa clase de cosas a ella, pero no podía soportar que lo hiciera con otra persona.

Y esta semana fue peor, porque Miss Linn no era nueva. No era una excepción. ¿Y si comenzaba a venir todas las semanas? Faith no podía dejar que eso suceda, pero no sabía cómo hacer para detenerlo.

—Faith.

Levantó la vista, sorprendida al ver a Leo en la escalera, con un bastón roto en la mano. Su llanto debe haber sido más fuerte de lo normal, lo bastante como para que lo escuchara. Había estado tan envuelta en sus pensamientos que no se dio cuenta de que las cosas se pusieron tranquilas y Leo había subido a investigar.

—¿Faith? ¿Qué haces aquí?

Aún estaba a unos pasos por debajo de ella. Lo suficiente como para que se levantara, así que lo hizo. Corrió el resto de las escaleras, bajó los pasillos, a través de la puerta de entrada y otro tramo hasta el ala este. Cerró la puerta tras de sí, a pesar de que era inútil.

Esa otra mujer sabía que Faith había estado allí. ¿Qué deberá pensar? ¿Estaría enojada por eso? ¿Avergonzada?

Luego de un momento, la llave giró en la cerradura y Leo ingresó a la habitación, succionando todo el aire fuera. Snowball y Squish se escondieron bajo la cama. Ya sea que respondía a su energía o su miedo, Faith no podía estar segura.

Miró el bastón enlazado firmemente entre las manos de Leo. Este podría ser el momento en que perdiera el control. Ella se dejó caer de rodillas, sus piernas no eran capaz de soportarlas para que haga frente a lo que pudiese venir después. Levantó sus brazos adelante, a la defensiva.

—Por favor. Lo siento...

Él miró abajo, como si recién se hubiese dado cuenta de que sostenía el bastón. Cruzó la habitación y lo puso sobre la repisa de la chimenea, y luego se puso de pie a su lado mientras miraba a sus zapatos, esperando el instante de terminar o que Leo desarrollara amnesia y se olvidara de que la había encontrado llorando y patética, oculta mientras escuchaba lo que él hacía.



—¿Cuántas veces has estado ahí mientras estaba abajo con alguien? —Su voz se había suavizado, pero sólo por una fracción. Todavía había algo en su tono que exigía obediencia absoluta y honestidad, *o más*.

—To... todas ellas. Ca... cada vez que una mujer venía aquí.

—¿Por qué?

—N... no lo sé.

—Eso es basura —dijo entre dientes—. Dime por qué escuchabas.

Lo miró, suplica en sus ojos.

—Leo, por favor, lo siento. Nunca volveré hacerlo.

—Respóndeme.

—No puedo estar a tu lado con ellas —espetó—. No puedo ver esto. Déjame ir. Déjame salir de este lugar.

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres? —Se arriesgó a mirarlo a los ojos. Su expresión era dura.

—No quiero. Además, ¿qué harás ahora? Tu trabajo hace tiempo se ha ido.

—Encontraré otro. Estoy muy calificada para lo que hago. Soy joven. Tengo ahorros. Voy a estar bien.

—Estoy seguro de que lo estarías. Pero no te estás yendo de aquí. —Se acercó a la caja del intercomunicador. Faith luchó para ponerse de pie y se sentó en el borde de la cama. La miró brevemente, luego presionó el botón blanco—. ¿Demetri?

—¿Sí, señor?

—¿Puedes ir a desatar a Miss Lin? No debería dejarla sola así. Instruya a que se quede en el calabozo y espere mi regreso.

—Ahora mismo, señor.

Leo giró hacia Faith, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ahora, ¿qué haremos con esta situación?

—¿Qué situación?

—La situación en la que te quiero y tú me quieres y ninguno es feliz.



—¿Todavía me quieres? —Sonaba tan necesitada. Fue humillante que la encontrara llorando por él. Y ahora patéticamente rogar por la tranquilidad de que la mantiene como rehén y aún la desease. Tal vez tenía esta cosa de Estocolmo<sup>17</sup>.

—Lo hago.

Faith empezó a caminar. Era todo lo que podía desear en un hombre, excepto *por una cosa*. Cada hombre tenía esa cosa. Pero no era una molestia menor como rascarse al azar o eructar en la mesa o negarse a tirar los calcetines con agujeros en ellos.

Se volvió hacia él, harta, frustrada y perdida.

—¿Por qué no puedes ser normal?!

Era la peor cosa que debiese decir. Se acercó, lleno con el propósito y la fuerza de un tren de carga, apoyándola contra la pared. La inmovilizó.

—¿Por qué *tú* no puedes ser pervertida? Eres sumisa, ahora, ¿por qué no puedes ser un poco masoquista?

Su respiración salió en un jadeo y su valentía se desinfló, dejando su mirada en el suelo otra vez porque no lograba tomar su intensidad durante unos minutos a la vez.

Ella gritó cuando su mano se alzó en su visión periférica, pero sólo cepilló su pelo y le limpió las pocas lágrimas en sus mejillas.

—Mei, allí abajo, es sumisa y masoquista. ¿Sabes lo que me costó hallar una sumisa y masoquista genuina? ¿Alguien que no juega a ser el uno o el otro? ¿No debería estar feliz?

—¡No, el hombre que me mantiene presa no debería ser feliz! Déjame ir y vive feliz para siempre con ella. Dile a Angelo que no soy una amenaza y libérame. Por favor. Me estoy muriendo aquí. Por favor.

La observo un largo rato antes de volver a hablar.

—Una parte de mí pensó que podría entrenar a Caprice a ser sumisa. Cuando estuvo aquí, tuvimos unos momentos en los que pensé que no traté lo suficiente en romper sus muros. Pero en el fondo sabía que no debía confiar en ella. Sería un peligro para ti, así que la mandé lejos. Mei no es un peligro para ti.

---

<sup>17</sup> El síndrome de Estocolmo es una reacción psicológica en la cual la víctima de un secuestro, o una persona retenida contra su voluntad, desarrolla una relación de complicidad, y de un fuerte vínculo afectivo, con quien la ha secuestrado.



—Quizás no en mi vida, pero es un peligro.

—¿Cuánto tiempo has estado aquí conmigo?

—Un par de meses —dijo, sorprendida por la pregunta. Tenía que ser retórico porque seguramente ninguno podría haber olvidado esa noche o cuando eso había ocurrido, tan cerca de las fiestas.

—¿En ese tiempo, te he herido?

—No.

—¿Te he forzado?

—No.

—¿Te he atado o encerrado en el calabozo?

—No, pero me amenazaste con ello —dijo, recordando la intensidad con la que la había metido a bordo con el falso compromiso. Echó un vistazo a la roca reluciente en su mano y una lágrima se deslizo por su mejilla. Gina iba a llamar otra vez mañana. Tenía nuevas ideas para las combinaciones de colores y temas, sin duda intentando que Faith se entusiasmara con su boda. Gina iba a ver esta farsa antes de que llegase Junio.

—Pero, ¿lo hice actualmente?

—No.

—Entonces, ¿confías en mí?

Si no supiera a dónde se dirige su línea de cuestionamiento, hubiera dicho que sí sin reservas, porque la había mantenido a salvo y cuidado muy bien de ella, y siendo un doctor, sabía que si estaba enferma o herida la sanaría. Pero un sí era la invitación que necesitaba para espantar a Mei Lin del calabozo y reemplazarla con Faith.

—Por favor, déjame ir —susurró.

—Nunca. —Prácticamente escupió la palabra, sus ojos brillando.

—Pero, ¿por qué? Te frustró. Tarde o temprano, los dos sabemos, tomarás lo que quieras de mí.

Leo se apartó, dándole espacio para respirar.

—Tú eres la única que realmente me pertenece. Necesito las otras cosas que hago allí, pero no pueden sustituir la única cosa que no obtengo de ninguna



manera moral. Sé que es malo retenerte, pero no puedo evitarlo. Eres como una pieza de arte invaluable conservada en una caja de cristal. No consigo hacer nada con ella, pero al mirarlo, sé que es mío. Y a veces, eso basta.

Faith se preguntó si esa era la razón por la que Leo la había puesto en esta habitación. Con todos los grandes ventanales, era como una caja de cristal. Y ella fue la frágil figura que guardaba en su interior.

—Pero no es suficiente. No quieres sólo mirarme.

Su mirada la recorrió de una manera depredadora, era como si la hubiese desnudado.

—Ven aquí.

Dio tentativamente unos pasos, hasta que estar a su alcance. La tomó en sus brazos y la atrajo hacia él. Sus dedos pasaron a través de su pelo y sus labios se encontraron con los de ella, hambriento, explorando, su lengua empujó más allá de la barrera de sus labios. No pudo evitar el gemido involuntario que salió de ella.

Era la primera vez que la había besado, la primera vez que la tocó en absoluto desde las fiestas. Y en privado. No para la audiencia. Eso hace que sea el único beso real que alguna vez hayan compartido.

—Eres mía, ya sea si te uso o no. Lo entiendes, ¿cierto?

Sus palabras eran duras y frías, pero allí existía mucha intensidad caliente en su tono que lo único que logró fue un aliento de sí.

—Te estoy mostrando misericordia al no llevarte abajo. Recuerda eso.

Había mariposas eléctricas en su estomago por la excitación y miedo por lo que iba a decir a continuación:

—Si quieres mostrarme misericordia, envía lejos a Mei Lin. —Cerró los ojos, su respiración se suspendió mientras sus palabras flotaban en el aire como copos de nieve.

—¿Quieres tomar su lugar?

Apartó la mirada.

—Tengo miedo.

—Sé que lo tienes. —Su tono no hizo nada por disimular lo bastante que lo excitaba.



—Me echaste la última vez que me ofrecí porque dijiste que no quería esto, ¿qué ha cambiado? —Hubiera sido más fácil si no la hubiese rechazado, si la obligara a mantener su palabra después de que se la diera. Pedirle que dijera que sí otra vez, luego de escuchar en las escaleras, escuchando lo que sonaba cómo una tortura, era demasiado. No era razonable pedirle esto a ella. Y sin embargo, ella no podía dejar de hacer la oferta, porque, lo que sea que le hiciera allí abajo, no dolería más que él teniendo un vínculo con otra persona, encerrándola en una pieza a la vez.

—La última vez pensé que eras tú preocupándote por tu seguridad si me interesaba en alguien más. Ahora sé que es más. Tienes sentimientos por mí separados de la situación en la que te hallas. —Le acarició el costado de su rostro, lo que la hizo mirarlo a los ojos—. Dime que tomarás su lugar, y te preparó a ti a amar todo lo que te asusta.

\*\*\*

Leo bajó la escalera en el calabozo para encontrar a Mei Lin sentada en el sofá de cuero rojo contra la pared, sus pies se detuvieron con ella. No se había molestado en vestirse, pero había dejado una toalla del cuarto de baño para sentarse.

Levantó su vista cuando él entró en la habitación, y se sintió un momento culpable de lo que estaba a punto de hacer. Mei Lin era el paquete completo, y si no fuera por Faith, habría tratado de ver lo que podría desarrollar. Pero llevando la posesión de Faith a un nivel superior se había convertido en una obsesión que todo lo consume.

Su consentimiento arriba se había dado con una gran cantidad de miedo, pero una cantidad igual de digna determinación. Estuvo tentado de cancelarlo de nuevo, pero necesitaba esto. ¿Cómo podía saber lo que podía y no manejaría si no le dio la oportunidad?

—No voy a verte otra vez, ¿verdad? —preguntó Mei. Escuchar a Faith llorando en la escalera era todo lo que había requería para hacer calzar todo.

—Seguimos perdiéndonos el uno al otro. Estoy con alguien o tú lo estás. ¿Quizás en otra vida?

—Otra vida, sin duda.

Leo extendió una mano para ayudarla a levantarse del sofá y después la tomó en un abrazo.

—No quiero ser tu despecho, Mei —le susurró al oído.



—Lo sé.

Se había separado de su amo de seis años durante las vacaciones, un hombre que realmente amó. Leo oyó hablar de él a través de la vida cuando andaba a la caza de un compañero de juegos. Este no era su tiempo. Como católico, no creía en la reencarnación, pero si Mei Lin tenía razón, su acuerdo para otra vida era sincero.

La soltó y dio un paso atrás.

—Date la vuelta. Quiero ver las marcas que he dejado una vez más antes de que te vayas. —Mei Lin se giró en silencio, su sedoso cabello cayendo en una cascada negra por su espalda. Se inclinó para recuperar los brillantes palillos plateados del pelo que había dejado en el sofá a su llegada. Disfrutó de la vista hasta que se enderezó y tiró su cabello en un moño, asegurando los mechones suaves en su lugar.

Leo se acercó más, pasando sus dedos sobre las marcas de latigazos en la espalda y las ronchas en su culo.

—Esta piel preciosa —murmuró contra su hombro—. Ninguno de nosotros merece estropearla así.

Ella se echó a reír.

—Usted es un caballero tan galante cuando una mujer es libre. Esas no habrían sido tus palabras si fueras mi Amo.

—No. No las serían. —Porque en ese caso, sería suya para hacer lo que quisiera. Era la misma como la forma en que podrías doblar las páginas de tus propios libros para marcarlos, pero nunca un libro que no te pertenece.

Dejó un camino de besos a lo largo de las marcas que dejó y a continuación dio un paso atrás para disfrutar de la visión frente a él por última vez.

—Dejaré que te vistas. Puedes salir por ti misma.

—Sí, señor —dijo. Su voz lo detuvo cuando llegó a las escaleras—. ¿Leo?

Se dio la vuelta.

—¿Sí, Mei?

—Sé cuidadoso con ella.

Asintió y subió a tener otra charla con la posesión que por fin había adquirido plenamente.



Llamó suavemente a la puerta cuando llegó a la habitación de Faith.

—Adelante. —Su voz sonaba aterrada desde el otro lado de la madera, como si fuera a dar rienda suelta a un animal incontrolable en ella antes de que la tinta se secase en su acuerdo.

Abrió la puerta para localizarla en su escritorio, una expresión solemne en su rostro. No se le escapó que ella se había movido tan lejos de la cama como sea humanamente posible, para disuadirlo.

—Tenemos que discutir algunos asuntos —dijo.

—¿Negocios?

—Algunos detalles. Reúnete conmigo en mi oficina en veinte minutos. —Quería darle a Mei tiempo para irse y que las dos mujeres no tuvieran una reunión incómoda en los pasillos.

Ella asintió como si entendiera que está en juego, y Leo se fue y cerró la puerta tras de sí, una pequeña sonrisa de triunfo curvando sus labios.

\*\*\*

Tan recientemente como la familia se fue, Faith había pensado que sólo quería vivir y mantenerse a salvo. Pero a medida que las otras mujeres comenzaron a llegar, el dolor y miedo se deslizaron en ella, el temor de que iba a cambiar esa expresión de placer y aprobación hacia otra mujer, y Faith se convertiría en algo como un mueble solitario olvidado en un rincón de la habitación.

Pero ahora que había alcanzado completamente su atención, la idea de ser un mueble olvidado se sentía mucho más seguro.

Miró el reloj sobre la chimenea mientras se movía rápidamente para el momento en que iba a ver Leo de nuevo. Temía cualquier negocio que tuviera que hablar con ella. Pero mientras estuviera hablando, él no estaba bateando.

Cuando no pudo esperar más y sin llegar tarde, se levantó y se dirigió a la oficina. Una voz imaginaria, sin cuerpo se hizo eco en las paredes: “Mujer muerta caminando”.

Se puso de pie en la puerta de la oficina, con los brazos envueltos alrededor de ella.

Leo levantó la vista de su escritorio y bajó su pluma, cerrando el libro negro en que lo había visto escribir antes. Le hizo un gesto para que ella viniera.



Le frotó los brazos cuando se acercó.

—Te ves blanca como un fantasma. ¿Tienes frío? ¿Es necesario un suéter?

—No.

—No, *Amo* —le corrigió.

—No, *Amo* —le susurró, con la mirada abatida.

—Sólo hablaremos.

Asintió y se sentó en la silla ofrecida en el otro lado de su escritorio. Juntó las manos sobre su regazo, la mirada fija en el anillo en su dedo.

—¿R... realmente nos casaremos? —Aún es muy imposible y extraño para ser verdad.

—Sí. Ya te lo dije, es eso o permanecer en el calabozo durante la Navidad cada año. ¿Es eso lo que quieres?

—No, *Amo*.

—Entonces sí, nos vamos a casar.

—Pero tú no me quieres. —No lograría decir que no lo amaba porque no se sentía segura ya. Si esto fuera real, normal y sin todas las capas de extrañeza en la parte superior de la misma, aceptaría una propuesta de Leo sin dudarlo. Pero esta no era su fantasía, éste era el verdadero Leo, y sabía que el compromiso no era real para él, aunque el resultado final sería legal.

—Casarse por amor es una idea nueva. Durante siglos, los hombres y mujeres se casaron por muchas razones que no tenían nada que ver con sus sentimientos. Grammie y Papi tenían un matrimonio arreglado, y se quieren ahora. Los sentimientos crecen con el tiempo. Nos atraemos, y eso es más de lo que la mayoría obtiene. ¿Crees que te mantendría aquí sin ni siquiera desearte?

Se preguntó si tendría una amante, pero no le preguntó. Era inapropiado acosar como una prometida normal. No tenía derecho a exigir nada, y menos fidelidad. Faith no estaba segura de si había experimentado el amor de una manera que reconociera, de todos modos.

—¿Estás con algún anticonceptivo?

Su cabeza se levantó. Fue una de las últimas cosas que esperaba oír y trajo de vuelta los temores de que iba a intentar hacerla tener bebés para promocionar el matrimonio de conveniencia. Después de todo, ¿no había le dio su consentimiento para... cualquier cosa?



—Sabes que no lo estoy —dijo.

—No tengo manera de saberlo. La vacuna tiene una duración de tres meses. Podrías haberla recibido justo antes de conocer a mi hermano. Podrías tener un implante anticonceptivo, o el DIU, los cuales pueden durar varios años.

—No. No estoy bajo ninguna forma ningún control de natalidad. —En toda la ansiedad acerca del dolor y superar el miedo, Faith se había olvidado de las cosas normales que las parejas que tienen relaciones sexuales se obsesionan; enfermedades y embarazo. Con él siendo un profesional de la medicina, estaba segura de que Leo había tenido cuidado anteriormente, pero con esta última mantuvo un pequeño riesgo—. ¿V... vas a hacer que tenga hijos? Antes dijiste que no lo harías.

—¿Quieres hijos?

La verdad lo molestaría, o podría utilizarlo en su contra

—Hay una probabilidad del noventa por ciento de que no puedo tenerlos. Eso es lo que dijo mi doctor. Siempre he tenido problemas con mi ciclo, y tenía una enfermedad. Las probabilidades no son buenas para mí.

—Si lograras tenerlos, ¿los querrías?

Se encogió de hombros.

—¿E... estás enojado?

—¿Por qué debo de estarlo?

—Podría ser infértil... y tu madre...

—Te dije que no te obligaría a tener hijos si no los quieres. ¿Crees que mi palabra no vale nada?

—No, Amo —dijo ella rápidamente, agradecida de que no estuviera enojado.

—Decide si los quieres. Te sorprenderías de la frecuencia con que una probabilidad del diez por ciento se convierte en un embarazo. Si no los quieres, utilizaremos un método anticonceptivo. No voy a obligarte a tener mis hijos.

—¿Y tu madre? Me odiará. —Gina había sido tan agradable. La mayoría lo eran, de hecho. Tener familia era aún un concepto nuevo y novedoso. Odiaba la idea de romper sus esperanzas y sueños de más niños en la familia y estar resentidos por ello.

—No es asunto suyo. Vamos a decir que no podemos tenerlos.



—Y entonces desearán que te hubieras casado con alguien que pudiera tener hijos.

Negó con la cabeza.

—No creo que lo hagan, pero si se convierte en un problema, diría que el doctor nos dijo que era yo. No voy a hacerte cargar con su desprecio.

Era otra cosa que añadir a la lista de cosas que hacían a Leo sentirse seguro y honorable. Nada de esto coincidía con el cambio que se apoderó de él en el calabozo.

—Puedes volver a tu habitación. Eso es todo lo que quería hablar.

Faith se levantó para irse, confundida que ningún miedo había pasado, y que la mantenía en el ala este, por ahora. La interceptó en la puerta, envolviéndola en sus brazos. Sus labios se apretaron contra su frente.

—*Vas a sobrevivir a mí, lo prometo* —susurró.

## Capítulo 15

*Traducido por Nina Carter  
Corregido por MaryJane♥*

Página 163

**P**asó una semana y Leo aún no llevaba a Faith al calabozo, aunque él había reanudado las comidas con ella en la cocina. Una tarde, él le dio unos libros sobre sadomasoquismo y le pidió que los leyera, así ella sabría qué esperar. Esa noche, a la hora de la cena, ella estaba más pálida que la noche cuando se le ofreció en casa de Mei Lin.

Cuando él le preguntó si tenía alguna pregunta, ella sacudió la cabeza y observó su plato; su mano temblaba mientras llevaba el tenedor a sus labios.

Leo había pasado gran parte de la semana indagando textos médicos antiguos de psicología. Le tenía poco respeto al campo; lo consideraba, en el mejor de los casos, pseudociencia. Y, aun así, todo lo que hacía con mujeres en su calabozo y todo entre él y Faith... era pura psicología.

Pasó las partes sobre el Síndrome de Estocolmo. No quería creer que los sentimientos de Faith pudieran ser un mero mecanismo de supervivencia. La mirada en sus ojos cuando él la besó, la manera en la que ella le respondía... tenía que ser real.



¿Acaso no fue la comunidad científica la que determinó que todos éramos solo químicos nadando y que el comportamiento era una reacción mecánica ante estímulos y nada más? Nada místico o mágico, simple causa y efecto. Si tuvieran razón... ¿Sería real el amor o cualquier sentimiento? ¿Sería el Síndrome de Estocolmo menos real, si era lo que ella padecía? ¿Hizo un juicio personal del valor de un conjunto de reacciones químicas sobre otro, uno empíricamente mejor o más real que el resto? Leo creía que los seres humanos eran más que máquinas basadas en estímulo-respuesta, pero el hombre que escribió los libros de psicología de su estudio no pensaba igual.

Leo alejó los pensamientos sobre los libros de su cabeza mientras observaba a su tímida esclava. Él podría prolongar esto por otras seis semanas sin tocarla ni siquiera una vez y ella aún tendría esa mirada horrorizada en su rostro, tal vez más intensa.

Él sirvió vino mientras se sentaban para tener su comida del viernes juntos.

—Te llevaré al calabozo después de cenar.

El nudo que ella tenía en su interior en las semanas anteriores se tensó aún más; alzó la cabeza al instante como una marioneta sobre una cuerda. Sus ojos se ampliaron como si quisiera rogarle volver donde Mei Lin u otra mujer y la dejara en paz.

—¿Qué te dije antes de enviarte a la cama el viernes pasado? —Él no tenía dudas de que ella recordaba todo lo que él le había dicho o hecho desde ese momento. Ella lo observó y escuchó como si su vida dependiera de memorizar cada matiz de cada interacción entre ellos.

—Di... dijiste que sobreviviría a ti, Amo.

—Y lo harás. Te introduciré en mi mundo lentamente. Te haré desearlo.

Desde que ella le dio su consentimiento, Leo había llenado con anticipación la idea de convertir a alguien sin inclinaciones retorcidas en una esclava voluntaria que aprendiera a rogar por cada latigazo o golpe de los bastones. Después de una semana de profundizar más en el trabajo de Skinner y Breland sobre la preparación, él estaba convencido de que podría crear en Faith todo lo que él necesitaba. Ella ya tenía el componente más importante: una tendencia innata de sumisa. Con esa característica, él podría hacer milagros.

Durante las primeras semanas juntos, Leo había asumido que las reacciones de Faith eran solo basadas en el miedo, pensó que a medida que pasara el tiempo ella comenzaría a confiar en él, pero su comportamiento no había cambiado. Su cortesía tímida, la manera en la ella no podía mirarlo a los ojos, no



era debido a la duplicidad como hubiera sido en el caso de Caprice, pero era algo más, algo en él la hacía encogerse al reconocer su dominación.

Él observaba cómo ella jugaba con la comida.

—¿Estás bien?

—Sí, Amo —susurró mientras intentaba tragar la pasta al horno.

Él estaba jugando con ella. Leo se preguntaba si su sadismo había pasado al siguiente nivel. ¿Acaso él ahora solo estaba satisfecho si había más miedo y resistencia? ¿Qué lo separaba de un violador o asesino en serie si él estaba dispuesto a que esta línea se borrara con consentimiento? Ella diría que haría esas cosas, pero estaba claramente aterrorizada, se desmayaría en cualquier momento. ¿Podría cualquier atracción o sentimiento que tenía hacia él hacerla pensar que esto estaba bien? ¿O a él?

Él fue a buscar a la despensa un rollo de lámina aluminio. Envolvió su cena y la puso en el refrigerador e hizo lo mismo con la cena de Faith. Ella estaba demasiado nerviosa como para comer; solo jugaba con la comida. Era mejor seguir avanzando para dejarla ver que él podía introducirla en su mundo y que no había nada que temer.

—El cuerpo humano es divertido. Puede ser programado como un computador —dijo él—. Puedo reprogramarte para que te gusten las mismas cosas que a mí. No quiero torturarte. —No estaba cien por ciento seguro sobre lo último, pero si lo decía en voz alta las veces suficientes, quizás, se volvería realidad—. Ven aquí, cariño.

Tomó su mano y él tiró de ella y la abrazó. Era la primera vez que la tocaba desde la semana anterior, cuando la besó en su habitación y le dijo a Mei Lin que se fuera. Él tenía miedo de no poder detenerse si la tocaba de nuevo. Y su toque incluía látigos, cinturones, bastones y pinzas.

La sostuvo durante minutos y acarició su espalda mientras temblaba en sus brazos. Él consideró cancelar todo, pero eso no resolvería nada. La única solución que no involucraba tenerla atada en su calabozo era dejarla en libertad y no importaba qué tan culpable se sentía o cuánto creyera que ella no era más una amenaza para su familia, él no podía dejarla ir. Tenía que poseerla.

Cuando ella estuvo instalada en sus brazos, él tomó una servilleta de tela de la mesa y la presionó delicadamente contra su rostro para secar sus lágrimas.

—Por favor, Faith, no llores. No son la clase de lágrimas que quiero de ti.

—Lo siento, Amo.



—Shh.

\*\*\*

El apetito de Faith se había ido en el momento en que él dijo que la llevaría al calabozo. Agradeció que la obligara a comer porque estaba segura de que no habría podido sostener la cena.

Ella había estado en el borde durante la semana pasada, su apetito se contraía cada día. Si Leo lo hubiera notado, no habría dicho nada. Cada mañana se despertaba preguntándose si hoy era el día. A ella no era como las otras mujeres. No podía hacer esto.

La realidad de lo que vendría debió hacerla odiarlo. Debió haber borrado cada rastro de atracción o emoción difusa. Si lo hubiera hecho, ella debió rogar para que la liberara de su promesa. Incluso si quería decir que ella nunca tendría amor o compañía, la protegería de lo que le esperaba abajo.

Sin embargo, aún sentía algo por él y verlo llevar a otras mujeres solo la mataría poco a poco. Cuando él la tuvo en sus brazos, él era la persona más segura en el mundo. Ella casi olvidó que él era la causa de su angustia.

Cuando abrió la puerta de metal, ella pensó que sus piernas se doblarían, pero Leo la empujó hacia la escalera de caracol que la llevaría al infierno.

Al principio, él no habló y fue hacia la pared en donde estaban colgados todos los látigos y paletas. Las piernas de Faith dejaron de sostenerla y se hizo bola en el piso, sus rodillas estaban plegadas bajo su cuerpo como si estuviera ensayando para un simulacro de tornado para la escuela. Sus instintos le gritaban que debía protegerse de él lo más que pudiera.

—Faith, ven aquí.

Su voz adquirió ese cambio, ese filo que siempre oía a escondidas. ¿Seguía ahí su lado agradable? Era como si el Leo de arriba se alejara para permitirle reinar a la bestia de las sombras abajo.

Ella gateó hacia él, sin estar segura de poder levantarse. Cuando lo alcanzó, él se inclinó y la ayudó a ponerse de pie a su lado.

—Ahora —su voz la recorrió y se contrajo—, ¿cuál de estas cosas es la que más te asusta? Quiero que las evalúes desde la menos hasta la más aterradora.

Ella lo miró. ¿A qué estaba jugando? Seguro, dile al sádico qué elemento te molestaría más para que él no tenga el trabajo de averiguarlo.

Él suspiró.



—Faith, ¿qué pasó con la confianza que construimos?

La mirada de Faith volvió a los bastones alineados.

Ella se afirmó para poder mantenerse en pie mientras él fue donde estaba el libro negro de cuero. Él lo abrió en una página en blanco y le quitó la tapa a un bolígrafo.

—¿Y bien? No tenemos toda la noche.

Faith pasó los dedos por los suaves bastones.

—Este es el peor —dijo, tocando el bastón de metal—. Lo sigue este y los demás que se parecen. —Señaló el ratán.

El bolígrafo se movía contra el papel haciendo garabatos que quizás solo Leo podría leer.

Ella tomó una bocanada de aire y miró la pared.

—Yo... no sé qué son estos.

—Son pinzas. Esas se llaman pinzas de mariposa y las otras son de lagarto —explicó.

—¿Para qué son? —Creyó saber la respuesta, pero esperaba estar equivocada.

—Para los pezones. Pero tengo otras para los labios vaginales.

No se equivocó.

—¿Hacen daño?

Él alzó una ceja. Fue una pregunta estúpida.

—Claro que sí, pero las de lagarto no están mal. Lastiman más cuando las quitas que cuando las pones.

—¿Por qué?

—La sangre se apresura en volver a donde se le había negado estar. La zona se adormece así que no duele mucho, pero cuando quitas las pinzas la sensibilidad vuelve de una sola vez.

—¿Por qué te gusta esto? —Ella no podía mezclar al Leo que le gustaba provocarle dolor con aquel que la había protegido más de una vez de Angelo. O con el Leo que le había mostrado misericordia y le había dado una habitación privada, o el que había escogido crear un compromiso falso y casarse con ella



para que no tuviera que quedarse atada en un calabozo durante las vacaciones. Todas esas cosas fueron muy buenas de su parte y esta era extremadamente malvada. Sus acciones era contradictorias y eso era más escalofriante que el posible hecho de poder mantener a una persona de forma consistente.

Él se encogió de hombros.

—He experimentado cada objeto de este calabozo. Cuando decidí explorar este estilo de vida, contraté a una dominatriz para que me enseñara. Le pedí que utilizara todo en mí porque era mi responsabilidad estar familiarizado con cada elemento. Ella me enseñó cómo moderar mi fuerza y cómo entregar la cantidad de sensibilidad que quiero entregar, nada más y nada menos. Aquí no hay nada que no haya pasado por mí.

Leo se levantó el jersey y giró. Faith no pudo evitar pasar los dedos sobre las cicatrices delgadas y tenues que se entrecruzaban en su espalda. Eran antiguas y casi se habían borrado.

—¿Me vas a marcar de esta manera? —preguntó, esforzándose por mantener su voz firme.

—No lo he decidido.

—No soy tan fuerte como tú. No puedo soportar lo mismo que tú. Por favor...

Él volvió a poner el jersey en su lugar, la enfrentó y puso una mano en su mejilla.

—Lo que ocurra o no, será cuando puedas soportarlo. No te voy a lanzar y marcarte. No soy un animal.

Ella volvió a mirar los bastones.

—¿Qué te hizo las cicatrices?

—Un látigo.

—¿C... cuál de todos?

Leo señaló un látigo largo y simple en la pared.

—Quiero cambiar mi lista. Ese es el peor y después los bastones.

Él se rió, pero escribió en su libro.

—Anotado.



—¿Qué clase de látigo es este? —preguntó, señalando un látigo más corto que tenía muchas tiras de cuero en vez de una. Sorprendentemente, hablar de esas cosas en el calabozo alejó el miedo, aunque sabía que no sería el caso cuando estuviera atada en algún lugar y él tuviera una de esas cosas en su mano.

—Ese no es un látigo. Se llama flogger.

—¿Qué tan malo es?

—Generalmente, comienzo con una sumisa con eso. Los floggers pueden ser muy placenteros, incluso para alguien que no se considera tan masoquista.

Faith arrugó la nariz.

—¿Cómo puede ser placentero?

—Es difícil de explicar, pero te lo mostraré. Por supuesto, lastiman. Todo implemento puede lastimar si ejerces la fuerza suficiente. Te podría golpear con un vibrador y te lastimaría. Aunque no haría eso. Los juguetes de placer son para el placer.

Su expresión delataba hambre de sexo y Faith estaba segura de que no había imaginado un doble entender cuando él utilizó la frase juguete de placer. No había duda de que era así como él la veía, ahora que le había asignado el último fragmento de su vida.

Él podría haberle quitado algo en cualquier momento, pero su acuerdo verbal le había quitado todo rastro de culpa que, de otra manera, lo hubiera retenido.

Faith se quedó mirando el flogger por unos treinta segundos y dijo:

—Apunta ese como el menos malo. —Ella captó el fantasma de una sonrisa en el rostro de Leo mientras escribía—. ¿Qué es esto? —Señaló una correa de cuero que se separaba desde la mitad, por lo que un extremo tenía forma de horquilla.

—Es un tawse. En Escocia lo utilizaban para infringir castigo físico en las escuelas. Solo golpeaban las palmas de los alumnos. No puedo prometer que me limitaría a eso. Pican un poco.

Faith guardó esa información y volvió a mirar a la pared. Había muchos látigos con una cola que eran más cortos que el primero que vio. Y había unos cuantos floggers y paletas, el tawse y un cinturón. Evaluó rápidamente cada cosa, dejando al final, como el peor, el primer látigo y le seguían los bastones, el



cinturón, las pinzas, luego los látigos más cortos, después el tawse, la paleta y el flogger.

Él parecía sorprendido al ver que el cinturón estaba casi al principio de la lista. Ella sostuvo la respiración, esperando a que él exigiera una explicación de que por qué el cinturón le resultaba tan aterrador, pero Leo simplemente lo anotó en su diario de cuero.

En cuanto al flogger, ella iba a confiar en lo que Leo había dicho. Si mentía, nunca más cometería el error de creerle. No era que confiar o no en él importara, pero era la única cosa que controlaba aún. Las pinzas estaban muy arriba debido a la incertidumbre. Ella tuvo un momento difícil al decidir si los látigos más cortos o las pinzas serían peores, pero estas últimas eran tan extrañas que no tenía mucho sentido ponerlas más abajo en la lista.

En el caso de que él intentara utilizar de a poco las cosas de la lista en ella, Faith deseaba que las pinzas ocuparan un futuro lejano. Dado eso, ¿debió enlistar el cinturón como lo peor?

\*\*\*

Leo observó a Faith examinar cada elemento de la pared y en la bandeja. Luego catalogarían lo que estaba en la caja de juguetes. Había muchas cosas más que encontraría temibles en la caja grande, cosas que no vio bien la vez anterior. Él estaba seguro de que ella pensaba que la varita violeta era otro vibrador y que el concepto de jugar con la electricidad la enviaría al límite. Pasarían meses antes de que él pudiera presentárselo.

Y luego había una simple cuestión de cómo ciertas cosas, incluso creadas para el placer, la podrían humillar o asustar debido a la manera en que la expondrían ante él. La había visto desnuda una vez en esos momentos fugaces la primera noche que ella había estado en su casa, en su habitación y brevemente en su cama. Leo aclaró su garganta y la miró, exuberante con suaves curvas. La carne sin amarras. Él mantuvo el recuerdo en su memoria por semanas mientras se masturbaba en la ducha.

Él era nuevo para ella entonces, pero no lo pudo engañar lo suficiente como para hacerle creer que su timidez era por las novedades o las circunstancias de ser lanzadas al mismo tiempo. Era algo innato que él quería explotar.

Leo prácticamente podía escuchar el corazón de Faith tratando de escapar de su pecho mientras él se quitaba el jersey y lo dejaba sobre un caballete de azotes. Cruzó la habitación hasta llegar al final del calabozo y se detuvo frente a un espejo grande y delgado, una herramienta que generalmente se utilizaba con fines de humilla y lo sería de nuevo en unos momentos. Pero por ahora, el miró



sus cicatrices de la espalda. Era cierto que había contratado a una dominatriz para que fuera a su calabozo cuando lo creó, sin embargo, las cicatrices eran por mucho más que eso.

Él había tenido fantasías desde la pubertad: atar mujeres, lastimarlas, follarlas, algunas veces secuestrándolas y forzándolas. Las últimas fantasía eran las que más lo perturbaban. Intentaba ser bueno. No comprendía qué demonio lo había poseído o qué había hecho para merecer estos pensamientos y sentimientos que no lo dejarían sin importar qué tan a menudo fuera a la iglesia, cuánto rezara o intentara ser bueno.

Por mucho tiempo, solo había sido pensamientos y masturbación. Había evitado el sexo más razonable, temiendo que pudiera herir a alguien. Sin embargo, una vez que hizo su dinero y todo fue posible, empezó a coleccionar. La propiedad se había construido desde el principio con lo que originalmente había dicho iba a ser una bodega de vinos grande y amplia. Sinceramente, él mantenía vinos ahí abajo, pero no era ni de cerca la colección tan vasta que exigía un espacio.

Durante meses, él recolectó juguetes en la caja y los implementos en la pared y en la bandeja extraíble, al igual que todos los muebles, los retorcidos y los comunes. Mientras ponía en orden el cuarto, se dijo a sí mismo mentiras reconfortantes. Era una simple extensión de una fantasía. Él nunca llevaría a una mujer a ese lugar. Nunca lastimaría a alguien en serio.

Incluso si era consensuado, las mujeres así... debían estar tan jodidas como él, tal vez más. Seguramente, tenían un historial de abusos o traumas que él estaba aprovechando. No cruzaría esa línea.

Pero luego sí la cruzó. En lugar de llevar a una masoquista o una sumisa a su intacto y prístino calabozo, llevó a una dominatriz. Él quería conocer eso con lo que fantaseaba hacerle a alguien más. No quería endulzarlo. Necesitaba utilizar el dolor para alejarse de la realidad y convencerse de alejarse de su fascinación.

Sin embargo, la sesión con la dominatriz solo hizo que su deseo fuera más fuerte, despertando a la bestia en él, volviéndolo más hambriento y determinado, enfurecido porque alguien más pudiera jugar y él no.

Las sesiones que siguieron, las que crearon las cicatrices de su espalda, tenían que ver con algo más. El castigo. Quería castigarse a sí mismo por lo que era y no podía borrar y por lo que sabía que haría pronto. Nunca estuvo seguro si Esmeralda (dudaba que fuera su verdadero nombre) sospechaba que el aumento de intensidad no estaba relacionando con aprender sobre el calabozo o sobre los secretos de la tendencia masoquista que debía alimentar. Era pura



penitencia. Aunque estaba seguro de que la Iglesia no aprobaría esta forma improvisada que había creado de él.

Leo giró y miró a Faith. Demasiado joven e inocente. No era alguien a quien le interesara esto. Había ido demasiado lejos, aun así sabía que cientos de visitas severas de la dominatriz nunca podrían evitar lo que le iba a hacer a la belleza de pelo rojo aterrorizada frente a él.

Ella era su tipo en muchos sentidos excepto uno y era hora de cambiar esa incompatibilidad.

Se acercó a la bodega de vinos y saco una botella de pinot noir. Él tomó unas copas de vino del gabinete de la cocina y las puso sobre el mostrador.

—¿Faith?

Ella se alejó de la pared junto a los látigos y se sentó en una de los taburetes de la barra que él señaló mientras vertía vino en las copas. Él debió escoger vino blanco. Algo sabroso y liviano como un Riesling o un Sauvignon blanc. El tinto era demasiado fuerte y oscuro y le hacía pensar en sangre y dolor. Le hacía sentir más ansioso, por lo que el gesto de intentar que ella se relajara solo vendría como un premio más tarde.

Él la observó mientras ella bebía más lento de lo necesario, posponiendo lo que estaba por venir. Leo la consintió hasta que terminó su propia copa, luego le quitó el vino a Faith y dejó la copa en el mostrador junto al fregadero.

—Creo que es suficiente, ¿tú no? —No existía la cantidad suficiente para ella en ese momento. Y él lo sabía.

—Sí, Amo. —Miraba fijamente el mostrador. Su adorado cabello rojo caía sobre sus hombros y cubría parte de su rostro, haciéndola ver más recatada y dulce. Esa dulzura que iba a ser la perdición de él. O de ella.

Leo la ayudó a ponerse de pie y la guió hacia el espejo, luego se acercó a la cómoda junto a la cama y sacó una camiseta negra. Se la puso porque, aunque disfrutaba de la incomodidad de Faith ante su estado de desnudez parcial, disfrutaba mucho más el desbalance del poder de él al estar vestido y su esclava desnuda.

Tan cómodo como él se sentía con su propia desnudez, había algo de vulnerabilidad en eso, y la meta de esa tarde era minimizar su vulnerabilidad mientras maximizaba la de ella. Mientras un lado de él quería que esto se basara en la confianza y la unión y un ideal romántico ya olvidado que la sociedad había forjado en él el tiempo suficiente que debió tomarle, otra parte de él quemaba por tomar y usar aquella que había adquirido.



—Última oportunidad para arrepentirte, Faith. —Su naturaleza insistió en darle otra puerta de salida.

Si ella la tomaba y caminaba hacia las escaleras, él debía perseguirla y quitarle todas las opciones. Él quería que ella calmara su culpa al no decir que no.

—¿Y luego qué pasa? ¿Volvemos a como estaban las cosas? ¿Apenas me hablarás? ¿Vendrán esas mujeres? Te lo dije, duele demasiado.

Tenía que darle puntos por valentía y determinación, que eran cualidades que habían carecido en las otras mujeres que había llevado a su guarida. Después de todo, ¿cuánto valor se necesitaba para enfrentar a lo que te habías metido?

—Tal vez eres más masoquista de lo que pensé —se burló. Pero ella no respondió, solo miró al piso como un criminal que espera su sentencia de algún monarca alto y sublime.

Él la llevó de la mano hasta el espejo, luego se paró detrás de ella y le quitó el jersey por la cabeza. Mientras la tela caía al piso, ella la siguió con la mirada y se quedó ahí.

—No. Observa. —Alzó el rostro de Faith y la obligó a mirar al espejo. Incluso en la tenue luz, él podía ver el rubor de sus mejillas que se esparcía hacia abajo por su garganta hasta la parte de arriba de sus senos, expuestos con el sujetador de media copa y encaje color verde pálido que usaba.

Él ahuecó los montículos femeninos de carne mientras su pecho subía y bajaba. El miedo de Faith se filtró por el aire como veneno. No lograría llegar a las escaleras si intentara correr, asumiendo que ella pudiera zafarse de su agarre.

Leo dirigió su mirada a los ojos de Faith, él podía ver que ella había calculado los riesgos y había escogido los ejercicios de respiración sobre cualquier intento de huir. Chica inteligente. Un impulso predador despertó dentro de él, si ella corría lo excitaría aún más.

Las manos de Leo acariciaron la suave piel del vientre de Faith y sonrió cuando su piel se erizó. Él la atrajo hacia sí e hizo su cabello a un lado. Luego, le besó un lado del cuello. Ella dejó escapar un sonido sordo de dolor cuando los dientes de Leo presionaron su carne. Él succionó la piel donde había mordido para calmar la incomodidad.

Leo alcanzó el botón de los pantalones de Faith, los desabotonó y los deslizó por sus piernas.



—Sal de ellos —gruñó cuando los pantalones estuvieron en el piso. Los dedos de los pies pintados de color rojos se asomaron bajo el montón de mezclilla.

Él la sostuvo mientras ella hacía lo que pidió. Unos momentos después, la tela que hacía juego con el sujetador de encaje se reunió con los pantalones en el suelo y Faith se apresuró en cubrirse.

—No —dijo él, sosteniendo sus brazos a sus costados con fuerza. Cuando le quitó el sujetador, él percibió la lucha interna que ella tenía, sin saber si obedecer sus demandas, cubrirse o apartar la mirada de su reflejo.

Por un momento, estuvo hipnotizada por la seducción mientras los dedos de Leo exploraban su carne como si estuviera memorizando un mapa en relieve. Le masajeó el cuero cabelludo y le acarició el cuello y hombros, desplazándose hacia abajo por sus brazos; luego su estómago, sus senos y entre sus piernas. Por esta pequeña ventana en el tiempo que la tuvo, guardó bajo llave su hechizo.

Él tomó un bastón de ratán e ignoró cuando ella se tensó. Ella había aprendido a confiar en él por sus acciones. Faith había etiquetado el bastón como una de las peores cosas en su lista, una evaluación bastante exacta, especialmente en las manos de Leo, pero él no le iba a pegar con eso cada vez que lo escogiera. Él hizo que la vara de madera liviana recorriera el cuerpo de Faith, de la misma forma que lo hicieron sus dedos anteriormente. Lo hizo hasta que ella se relajó de nuevo. Luego, dio un paso hacia atrás y la obligó a arrodillarse.

—Separa tus piernas.

Ella dudó y él golpeó el bastón contra una parte de un mueble. Tuvo el efecto deseado y ella rápidamente optó la postura que él había demandado.

—Quédate expuesta, con los ojos en tu reflejo hasta que te dé permiso para moverte.

Él se dirigió hasta un reproductor de música antiguo y revisó muchos discos hasta que encontró una colección de música clásica sombría que empezaba con el primer movimiento de Beethoven, la Sonata Claro de Luna. El disco de vinilo en el tocadiscos era como una moneda girando. La aguja silbó y farfulló contra los surcos mientras la música evocadora comenzaba a sonar.

Leo se sentó cerca del espejo con los brazos cruzados sobre el pecho, evaluando la situación. Su mirada fija ponía nerviosa incluso a la experimentada sumisa.



Ella era una un delicado pétalo de rosa a punto de desprenderse de la flor, tan agraciada y hermosa, incluso cuando caía y moría.

Faith lo miró y una fría sonrisa se formó en el rostro de Leo.

—¿Acaso te di permiso de mirar hacia otro lado?

—N... no, Amo. P... por favor, no me lastime. —Sus ojos no habían vuelto al espejo, en su lugar, estaban en Leo... suplicándole. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que aprendiera la misericordia que venía de la obediencia y a no rogar, o el patetismo?

—Lastimar es lo que los sádicos hacen, querida. Pero el castigo lastima más. ¿Quieres que te castigue esta noche?

—N... no, Amo.

—Entonces no apartes tus ojos de tu reflejo hasta que te diga que puedes hacerlo.

Ella retrocedió antes el gruñido en su tono.

Mientras sus ojos volvían al espejo, su situación hizo clic en el lugar. Había tantas cosas que él podía hacer para alimentar sus necesidades en vez de pegarle.

¿Cuánto sacrificaría por él? ¿Cuánto podría darle antes de que la vaciara?

Leo se posicionó detrás de ella quitándose la camisa y tirándola hacia la pila de ropa tras de él. No usaba zapatos en la casa, entonces fue fácil quitarse los pantalones y los bóxer.

Se puso un condón y empujó a Faith hacia delante, por lo que sus manos se apoyaron en el piso. Su mirada se dirigió hacia él en el espejo por un breve momento de incertidumbre y suplicando, pero Leo negó con la cabeza.

—Los ojos en tu reflejo —gruñó.

Cuando ella obedeció él empujó dentro de ella. El condón estaba lubricado, pero no lo suficiente. Una rabia irracional se desató dentro de él. *No está excitada*. Cualquier otra mujer estaría húmeda de necesidad, excitada por su marca registrada jodida de seducción. Pero Faith solo estaba soportando. La ira creció firmemente, elevándose hasta el extremo más alto cada vez que ella gritaba. Sus manos picaban la piel de las caderas de Faith, marcándola como suya. ¿Cómo se atrevía a no estar excitada en este punto? ¿Cómo se atrevía a llorar cuando fue ella quien pidió esto, prácticamente había rogado haciendo pucheros y con ojos suplicantes, deshaciéndolo mientras le rogaba que



estuvieran juntos? Bueno, esto era estar juntos. Así iba a ser. Como él era. Si ella no podía soportarlo, debería volver a su habitación donde todo era brillante, resplandeciente, seguro y limpio. La culpa lo alcanzó cuando tuvo su liberación, las lágrimas de Faith eran porque sentía vergüenza y excitación.

El orgasmo fue vacío, eliminando el aire de la habitación. Se sentía como las garras de hielo de la muerte en vez de placer. Se suponía que iba a ser una forma de olvidar, en la que el mundo gris se volvía una realidad más nítida y placentera, pero esto era frío, aburrido y sin vida, y no podía deshacerse del sentimiento. Después de un rato, salió de su interior, se quitó el condón y lo tiró en un basurero cercano.

Ella se dobló en el piso, sus sollozos resonaban en sus oídos. ¿La había roto en una visita? ¿Qué diablos estaba mal con él? Ella no había dicho que no. Ella no intentó enfrentarlo y aun así se sentía horrible, la evidencia de su violencia coloreó su muslo. Una fina línea de sangre la hacía ver como una virgen estropeada.

Un pensamiento enfermo se cruzó en su cabeza. ¿Acaso ella había mentido en el cuestionario sobre su historial sexual?

—¿Eras virgen?

—N... no, Amo. Usted sabía que no.

Apenas podía pronunciar las palabras. Él la destruyó en cuestión de minutos. Nunca había quebrado la confianza con una mujer de esta manera. Sus diversiones siempre habían vuelto a casa felices con sonrisas secretas en sus rostros, sus cuerpos relajados y libres y seguras. Pero esas mujeres lo habían consentido, no solo con palabras, sino con todo su ser.

No era una interacción verbal. Eran cuerpos, confianza y comunión. Él sabía dónde estaba Faith mentalmente y, aun así... no se detuvo.

Él quería protegerla. ¿Acaso no había una correa que pudiera alejarlo?

Leo se acercó lentamente mientras que ella hizo lo contrario.

—¿Faith?

—¿S... sí, Amo?

¿Qué le iba a decir? ¿*Lo siento*? ¿Y por qué? ¿Cómo alguien se disculpaba por esto? Las palabras no lo podían arreglar. Ellos no se iban a reír de esto después.

El lado cirujano de él alcanzó la superficie en un intento por curarla. Aún no era una persona en su cabeza, pero al menos una parte de él quería curar en vez



de lastimar. ¿Cómo podían dos instintos tan diferentes vivir dentro de un alma sin rasgarla?

Él se arrodilló detrás de ella y la atrajo a sus brazos. Ella no luchó con él; era como una muñeca de trapo, como si su espíritu hubiera abandonado su cuerpo.

Esto era peor que ser golpeada por un látigo que le cortara la piel. El tiempo que Leo la sostenía se hacía eterno; le acariciaba el cabello y estaba sorprendido de la manera en que ella se aferraba a él a pesar de lo que había ocurrido. En contra de su buen juicio, se encontró a sí mismo besándola y ella le respondió. Él debió darle privacidad y espacio, pero sabía que si la dejaba ella caería en un agujero del que no podría volver a salir. Leo quería remediar los últimos minutos con ternura. *Corrígelo. Corrígelo. Corrígelo.*

—No te muevas. Volveré —murmuró contra su boca.

Él se fue para buscar el bolso médico que estaba en la guarida. Cuando volvió, ella había dejado de llorar, pero aún estaba hecha una bola y sus ojos estaban vacíos y fijos.

—Faith, ¿estás conmigo?

—Sí, Amo —susurró.

Leo la llevó a la cama y la depositó suavemente sobre ella, luego buscó entre las cosas del bolso una linterna y un espéculo. Jugar al doctor era una de las actividades por las que pasaban sus sumisas y él recolectó con gusto los implementos necesarios para ser un ginecólogo convincente. Puso manos a la obra cuando hubo lubricado la pieza de metal, la insertó con cuidado y encendió la linterna. El daño físico era menor. Pero ese no era el problema aquí y ambos lo sabían.

\*\*\*

La música espeluznante seguía sonando cuando se acostaron en la cama. Ella reconoció algunas de las canciones y otras no. El disco no podía durar más de una hora. ¿No habían estado ahí abajo por meses? ¿Años? Sin embargo, debió ser más de una hora. ¿Era el tiempo incluso real? La cortina había sido retirada para revelar el vacío donde cada segundo era una eternidad y no había manera de volver a donde el tiempo marchaba como soldados obedientes en forma lineal.

Ella había intentado prepararse para los golpes, pero cuando Leo la inclinó y la folló mientras ella estaba demasiado asustada como para excitarse, lo aclaró todo. Ella era su propiedad y no quería eso, pero él había estado en las garras



de algo que ella no pudo superar. El Leo que la reconoció no sería la persona de la que ella pensó se había enamorado.

Cualquier fantasía romántica que ella había tenido sobre el amor entre ellos desapareció. ¿Por qué tenía que ser así?

Y permitirle besarla de esa manera... responderle el beso... querer seguir... ¿Qué pasaba con ella? Pero en el momento en el que él cambió a la bondad, como si hubiera una disculpa envuelta dentro de su beso, ella había bebido del río como un animal sediento, desesperada por mantener esta versión de Leo por un tiempo más.

Esas otras mujeres... ella las había visto felices después, y Mei Lin estaba feliz de volver. Otro sollozo escapó de su garganta y Leo se lo tragó con otro beso que se sintió como flores floreciendo después de la tormenta.

Ella no podía evitar que su cuerpo respondiera a la forma cuidadosa, aun así apasionada, con que él la besaba y la sostenía en sus brazos.

—Cierra los ojos.

Cerrar sus ojos era una señal de confianza. ¿Cómo podría confiar en él ahora? Sin embargo, no podía luchar contra él, por lo que, cerró los ojos con la esperanza de ir a un lugar seguro.

Leo se levantó de la cama y una tapa se abrió y se cerró. *La caja*, gritó la mente de Faith. La música seguía sonando, llenando cada espacio de la habitación, las notas eran un presagio. Él volvió un momento después y le deslizó una venda sobre los ojos, luego tomó sus muñecas y las ató con una cuerda a la cabecera de la cama.

Ella dejó escapar un quejido de desesperación.

—Amo, por favor...

—Shh. No te haré daño de nuevo.

*De nuevo.*

Su voz era más suave y amable y, aunque ella sabía que era una estúpida por esto, le creía. Él le separó las piernas y ella se tensó. Leo ya la había lastimado ahí abajo y había prometido que no lo haría... pero sus dedos fueron a su clítoris. Estaban fríos y húmedos debido al lubricante e incluso después de todo lo que pasó, ella se abrió a él y despertó bajo su toque.

Ella estaba avergonzada cuando se vino, gimiendo y retorciéndose bajo su mano. Debió tardar más. Él debió trabajar más por ello. Debió haber tenido que



arrastrarla pataleando y gritando de placer después de horas de estimulación sin fin. Su mano debió acalambrarse. Y aun así... minutos. Meros minutos para su rendición.

¿Podía él hacerle algo, luego cambiar el curso y hacer que ella actúe como un perro bien entrenado? Ella flaqueó cuando la golosa boca de Leo atrapó su pezón y la recorrió con las manos, evaluando su propiedad, sintiendo cada curva y contorno de lo que ella tontamente le dio.

Él avanzó por su cuerpo y su lengua experta la llevó a un segundo orgasmo en solo unos minutos más. Todo lo placentero y suave que hacía estaba teñido con la memoria de la violencia con que la había poseído. Si él pensaba que podía borrar eso con orgasmos, estaba equivocado.

Sin decir una palabra, él le desató las muñecas y le quitó la venda. Ella mantuvo los ojos cerrado, sin ser capaz de mirarlo. Si este era el día uno, ¿cómo sería el resto de su vida? ¿Cómo podría caminar por un pasillo y casarse con un hombre como este? ¿Cómo podría fingir estar feliz aquel día? ¿Y qué tan malo sería su castigo al equivocarse?

Ella recordó la mañana de navidad cuando Angelo casi le había disparado. No estaba segura de si tenía la fuerza para rogar por su vida otra vez.

Leo no era un príncipe encantador sobre un caballo. Él la había asesinado de una forma experta que Angelo no podría igualar. Lo mejor, es que él lo había hecho sin dejar evidencia de que estaba muerta. Un cuerpo con vida y respirando, nadie sospecharía que se había ido.

La luz se apagó, dejándola a oscuras. La música sonaba. Faith sintió el peso de Leo mientras la envolvía en sus brazos con la respiración calmada, con el pacífico ritmo de los sueños.

El disco llegó a su fin y la aguja raspaba contra el espacio vacío, creando un ruido de fondo que finalmente la hizo dormir.



*Capítulo 16**Traducido por Nina Carter**Corregido por MaryJane♥*

Faith despertó en una cama vacía en el calabozo. Con solo una pequeña lámpara que había sido encendida y sin luz del sol, el lugar era escalofriante. Empezó a subir las escaleras, pero se detuvo. ¿Tenía permitido irse? No estaba segura. Y si podía hacer, ¿quería ver a Leo justo ahora? ¿O alguna vez?

Estuvo en la ducha por media hora, fregándose hasta sentir dolor. No estaba segura de sí lo hacía para quitarse lo que pasó frente al espejo o por los orgasmos de más tarde. Ambas situaciones eran igualmente horribles.

Cuando el agua se enfrió, ella salió y se vistió, luego revisó la alacena y el refrigerador. Pero no había comida. Solo vino. Emborracharse ayudaría a borrar los recuerdos, al menos por un momento, pero el malestar que vendría después no valía la pena.

Faith tomó un vaso de la alacena y vertió agua del grifo. Después se acurrucó en la cama, puso las almohadas contra la cabecera y se envolvió con las mantas. Esperó ser herida otra vez.

Cerca del mediodía, Leo bajó.

—¿Tienes hambre?

—Sí, Amo. —Tan pronto como él llegó al último escalón, ella desvió la mirada.

Max bajó con él, el retriever dorado saltó a la cama para confortarla, lo que recordó que tenía que limpiar la caja de arena y alimentar a los gatos. Snowball llevaba dos semanas de entrenamiento sobre el uso de la caja de arena, lo que era una bendición porque la caja en la que llegó se había hecho muy pequeña para que los dos gatos estuvieran juntos. Snowball y Squish, sin duda estaban en un lugar iluminado, una habitación llena de ventanas, acostados en donde llega la luz del sol como si hubieran ido al cielo de los gatos.

—Puedo reabastecer la cocina de aquí si quieres, pero no tienes que quedarte aquí. Tu cuarto sigue siendo tu cuarto. Nada ha cambiado.

*Todo ha cambiado.*



\*\*\*

El bien se volvió oscuro esa tarde, el timbre de la puerta sonó. Retiraron las decoraciones de navidad la semana siguiente, por lo que no había lugar para que Faith se escondiera, excepto un salón cercano. La voz de una mujer llenó la entrada.

—Buenas tardes, Demetri.

—Ah, Esmeralda. El Sr. Raspollo la espera. Conoce el camino, por supuesto.

—Así es. —Su voz era suave como la miel con de viento frío, amargo y mordaz. Sus palabras eran cortas y precisas, nada como las otras mujeres que vino antes. Ninguna de ellas se habría atrevido a cortar una palabra. Para las otras, cada palabra fue una pregunta modesta, prácticamente una plegaria ascética. Esta era la persona a quien le rezaban.

Cuando Demetri volvió al comedor formal, Faith se deslizó por la entrada y fue a la parte trasera de la casa, donde el pasillo oscuro dirigía al calabozo.

Leo le ordenó que nunca más lo escuchara a escondidas y, tal vez, esta mujer no estaba aquí por eso. Tal vez era por razones de negocios. Leo hacía funcionar un negocio. Era fácil olvidar que él en realidad trabajaba en esa oficina suya y que no se ausentaba misteriosamente y no estaba disponible por el bien de la intriga.

Ella se arrastró hacia su escondite común, con la determinación de poner atención para poder escapar a tiempo si las cosas tardaban demasiado.

—¿De qué se trata esto en verdad, Leo? —preguntó la mujer.

—No te pago para hacer preguntas.

—Y no necesito tu dinero —respondió ella, con más dulzura que amargura por el momento—. ¿Estás seguro de que no eres un masoquista? ¿Quizás un cambio? Muchos hombres tienen tendencias de sumisión. Nada de qué avergonzarse. No te hace menos hombre. Llevar a cabo ese negocio y práctica tan exitosos con tantas personas que mantener feliz es estresante. Está bien rendirse a veces.

—No es sobre eso. El negocio es genial. Te lo dije, no soy un sumiso, ni un masoquista. No obtengo placer de esto.

—Bueno, has aprendido todo lo que tengo para enseñarte, entonces ¿por qué te castigas?



El silencio llenó el espacio. Se alargó lo suficiente como para que Faith se preocupara de no hacer ruido. Estaba preparada para huir cuando él habló.

—¿Lo vas a hacer o no?

—Es la última vez, Leo. Si me llamas otra vez, esperaré una explicación completa de por qué un hombre que disfruta de recibir latigazos requiere mis servicios.

—Asegúrate de que las cuerdas estén tensas para que no pueda salir y no dejes de hacerlo. No te detengas hasta que tus brazos se rindan.

—Esa es la última orden que dará esta noche, Sr. Raspallo. Desvístete. No queremos arruinar tu ropa fina. —La mordacidad estaba de vuelta.

Faith no podía imaginar a Leo permitiéndole a una mujer que lo atara, que lo dejara tan absolutamente indefenso. Él era poderoso, tenía la vida de ella en sus manos y era capaz de hacer lo que fuera. El contraste era demasiado claro.

Lo que siguió fue el sonido enfermizo de las innumerables veces que el látigo hizo al encontrarse con la carne de Leo. Pasó una eternidad antes de que él aullara de dolor, como si lo hubiera contenido, luchando contra la miseria hasta que no pudo soportarlo más. Y desde ahí, el sonido se hizo peor, los golpes y los gritos se mezclaron en una sinfonía profana. Faith nunca imaginó que él pudiera ser la víctima de alguien más, el torturado en lugar del torturador.

Ella quería hacer que parara, pero si interrumpía, él podría castigarla. El pensamiento del látigo en su propia espalda hizo que su estómago se revolviere y destruyó cualquier indicio de valentía antes de que pudiera concretarse.

*Golpe. Grito. Golpe. Grito.* Como una película de terror. Cada vez que él gritaba, Faith rezaba por que fuera la última vez, pero seguía sucediendo... hasta que todo lo que quedó fue el sollozo de un hombre roto.

—¿Has tenido suficiente? —preguntó la mujer. Sonaba cansada.

—Nunca será suficiente por lo que hice —espetó.

—¿Qué hiciste?

—Es personal. No importa.

—No puedo hacer nada más sin hacer un daño del que no podrías recuperarte y no soy ese tipo de sádica —dijo ella—. No me importa lo que digas, puede que no tengas placer sexual de ello, pero hay unas cuantas cosas más masoquistas que las que pediste para esta noche.



—Sabía que no lo podría borrar, pero tenía que intentarlo.

—¿Necesitas llamar un doctor? ¿Alguien discreto?

—Estaré bien.

—Entonces, el cliché es cierto —dijo ella—. Los doctores hacen a los peores pacientes.

De pronto, Faith se dio cuenta de que estaba llorando e intentó ocultar el sonido tardíamente, pero Leo debió oír que ella desobedeció. Y ella no podría dejarlo así, solo, herido e indefenso.

—Puedes irte —dijo él. Su voz era débil, como si tomara las últimas fuerzas de su vida para formar las palabras—. Demetri tiene tu cheque.

—¿Estás seguro de que no quieres que llame a alguien? —su voz se volvió más suave, con toda la dulzura y la preocupación ahora.

—Solo vete, por favor —contestó—. Gracias.

—Lamento no haber arreglado nada.

—No había otra forma.

—Eres católico. Está la confesión.

Él hizo un sonido de disgusto.

—¿Unos cuantos Ave María y Padre Nuestro? ¿Una promesa de ser un chico bueno desde ahora? No por esto. Ni siquiera podía imaginarme diciendo que lo sentía.

Faith no se molestó en intentar esconderse cuando escuchó las botas de cuero de taco alto haciendo su camino por las escaleras. Cuando la dominatriz la alcanzó, comprendió todo. Luego, se fue.

\*\*\*

La música fluyó escaleras arriba. El mismo maldito disco. Él se estaba torturando a sí mismo con eso. Faith quería quemarlo para que no pudiera reproducirlo otra vez. La música era vil y maligna y las personas buenas del mundo no deberían oírla.

—Sé que estás ahí. —Su voz flaqueó mientras las palabras tropezaban como las de un marinero ebrio.



Cuando ella alcanzó el fin de las escaleras, jadeó y lloró con más fuerza. Él estaba sentado en una parte del mueble de ataduras, desnudo y dándole la espalda. El látigo cortó muchas tiras de su carne. Lazos. Sangre. Ella estaba sorprendida de que no estuviera inconsciente.

—¿Por qué hiciste esto?

—Sabes por qué.

Faith le llevó agua con el fin de ser más útil en vez de solo mirar como si fuera un accidente automovilístico. Leo bebió, sus manos temblaban como las de un anciano. Entonces, ella notó sus muñecas. Las cuerdas lo cortaron cuando él luchaba. Cuando terminó el agua, él le devolvió el vaso.

—¿Más?

Él sacudió la cabeza y se quedó mirando el piso por mucho tiempo.

—Rompí tu confianza.

Comparado con la escena ante ella, lo de la noche anterior era apenas algo. Un pequeño pitido. Un malentendido. Como una cita que no resultó bien.

—¿Qué puedo hacer? Esto se ve mal. Necesitas un doctor.

—¡Doctores, no! —Su voz golpeó. Ella llenó el vaso con más agua.

—¿Qué puedo hacer? —Ella no podía dejarlo en ese estado.

—Tengo un bolso médico de repuesto aquí, pero lo dejé en el estudio más temprano... junto al estante de libros.

No le tomó mucho tiempo encontrar el bolso. Ella echó un vistazo dentro para asegurarse de que era el correcto y se apresuró en volver al calabozo. Faith recién alcanzaba la puerta cuando lo escuchó gritar.

Él se las había arreglado para llegar al baño para tomar una ducha, dejando un camino de sangre sobre el concreto y la alfombra. El rastro terminaba en la base de la bañera. Faith se sentó sobre a tapa del retrete, mirando al piso, intentando contenerse hasta que el agua se detuviera.

Cuando él cerró el grifo, dijo:

—Trae muchas toallas y deja un par sobre la mesa.

Era una mesa de cuero con anillos de metal en los costados para atar las cuerdas o las esposas. Las cuerdas aún colgaban de los anillos.



—Sí, Amo.

Ella se sorprendió al oírse decir eso. Todo lo que quería hacer era complacerlo y disminuir su sufrimiento. Esto era más que un gesto, más que una disculpa. Hacer algo como esto... la propia angustia mental de Leo tenía que coincidir con la de ella. El arrepentimiento y la agonía equilibraron la escala entre ellos incluso si él no podía creer en tales milagros.

—¿Amo? —dijo ella desde la puerta.

—¿Sí, Faith?

—Si hubiera rogado para que se detuviera, ¿lo habría hecho?

—Sí.

Él podría estar mintiendo, pero por la manera destrozada con la que salió la palabra, ella sabía que no era así.

—No es tu culpa. Yo lo sabía. Debí detenerme.

Ella fue a la otra habitación y dejó las toallas como le pidió Leo. Él entró después de un momento, aún goteando, desnudo y hermoso, al menos por el frente. La perfección marmórea de su pecho escondía la realidad macabra de su espalda.

Se acostó sobre su estómago y respiró profundo varias veces.

Faith tomó consciencia de la música de nuevo. La música que la asustó la noche la noche anterior ahora era inquietante, triste y solitaria.

Leo la guió en la esterilización de sus heridas y al poner las vendas. Ella trabajó lo más rápido que pudo, preparándose en contra de sus gritos de dolor mientras él se agarraba del borde de la mesa; cada vez, sus nudillos se ponían blancos. Las lágrimas la cegaron mientras ella hacía el trabajo. Cuando hubo terminado, él parecía una momia.

Las cuerdas también cortaron sus tobillos. Era difícil de creer que alguien pudiera hacerle esto a otro ser humano. Lo que ella había pensado de Leo, el miedo que tenía, sabía que él nunca la lastimaría de esta forma.

Él luchó para ponerse de pie.

—Espera, no hicimos nada respecto a tus muñecas y tobillos.

—Están bien. No es la gran cosa.



Ella no podía soportar la idea de las sábanas irritando su piel cruda. Había sido lo suficientemente difícil controlarse para no vomitar mientras trabajaba en su espalda.

—Amo, por favor.

Él cedió y ella aplicó unguento con suavidad en sus muñecas y tobillos, luego puso una gasa alrededor de ellos sin apretarla demasiado.

—Me quedaré aquí por unas semanas mientras me recupero —dijo él. Su voz era cansada, como de alguien de treinta—. Pídele a Demetri que me traiga las comidas... y mi teléfono. Necesitaré hacer algunas llamadas de negocios. Y tendré que reprogramar cirugías.

—No. Yo los traigo. —Ella haría todo para borrar de su mente las imágenes de lo que él sufrió por intentar hacer las cosas bien.

Él asintió y cedió a su pedido mientras lo ayudaba a ir a la cama y lo metía en ella.

—Te voy a hacer un guiso —dijo ella. Él necesitaba algo con carne, algo que lo ayudara a estar fuerte, pero nada tan pesado que lo hiciera vomitar—. ¿Ti... tienes algún analgésico?

—Nada de analgésicos —respondió.

—Pero...

—Debería sufrir.

La dominatriz tenía razón. Él era un masoquista incluso si no lo disfrutaba. Esto hizo que Faith se preguntara si ella, quizás, lo era también porque se encontraba continuamente atraída a él, deseando ponerse a sí misma en el camino del dolor por una breve mirada de aprobación o afecto.

Leo casi se había quedado dormido cuando ella trajo el guiso. La aguja del tocadiscos hacía ese ruido detestable al final, por lo que la levantó y agradeció el silencio.

—¿Amo?

—¿Sí, Faith?

—¿Podemos no volver a escuchar esto de nuevo?

—De acuerdo.



Ella lo ayudó a sentarse en el borde de la cama y le dio de comer. Él la observó obstinadamente por muchos minutos antes de abrir su boca.

Después de que se acabó el guiso, ella se levantó para irse, pero él la tomó por la muñeca con más fuerza de la que parecía tener.

—Quédate. —No parecía una orden—. Es tarde. Ven a la cama.

Faith le hizo caso, pero la voz de Leo la detuvo.

—Desnuda.

Ella dudó, insegura. Era imposible no perdonarlo después de su penitencia, pero orden era tan fuerte.

—No estoy en posición de hacerte algo —dijo—. Ne... necesito el calor de tu cuerpo, eso es todo.

—¿Po... podrías no mirar?

Por un momento, ella se sintió estúpida por su miedo y luego se quitó la ropa. El brazo de Leo la rodeó y la gasa de su muñeca le rozaba la cadera.

De alguna manera, se quedó dormida profundamente.

\*\*\*

Las semanas pasaron. Leo mejoró. Y volvieron al mundo de arriba.

Él la observó a través de la mesa en la cena, a su hamburguesa de queso especial. Él no sabía cómo lo hacía para que su sabor fuera como recién salida de un restaurante.

Faith fingió ser consumida por la tarea de poner una gran cantidad de salsa de tomate a la carne frita de su plato

—Hablaré con Angelo. Debería acordar liberarte si lo convengo de que no eres una amenaza para la familia. Y suavizaré las cosas con el Tío Sal para que no tengas que preocuparte por él tampoco. En cuanto al resto, les diré que hemos roto el compromiso.

El anillo de Faith brilló bajo la luz de la cocina. Leo no insistió en que lo usara todo el tiempo, pero ella lo hizo. Y cada vez que él lo veía en su mano, se convencía más de que ella quería que su compromiso fuera real.

Pero su final feliz tenía un precio oscuro... un precio que hacía sentir culpable a Leo si le pedía pagar, no importaba cuánto él quisiera mantenerla encerrada en el cuarto de cristal. Si esa noche en el calabozo no hubiera



ocurrido, él podría haberla introducido en su perversión poco a poco, condicionarla para que lo quisiera... sin ninguna otra razón más que su profundo deseo de complacerlo.

Pero ahora... el abismo era muy grande.

—¿Te quieres ir, Faith?

Ella tenía los ojos en su comida.

—No puedo irme, Amo.

—¿Por qué no? Si es el dinero, te lo daré. Te daré un lugar bonito. Moveré algunas cuerdas y te conseguiré un buen trabajo. —Él quería que cada palabra que dijo volviera a su boca.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó ella y elevó su mirada para buscar una respuesta en el rostro de Leo.

—Sabes que no.

—Entonces, no me iré.

Ella cambió la atracción por miedo. Pero él necesitaba oír gritos, quejidos, súplicas y ver lágrimas, oír golpes y ver el estallido rojo sobre la piel. Él lo necesitaba como un adicto a la droga necesitaba su metanfetamina.

Incluso mientras él sostenía a Faith por la noche y quería protegerla, él quería hacerla gritar. Quería que se agachara y temblara a sus pies, pero él no podía simplemente querer ese deseo fuera de la existencia.

—Faith, sabes lo que te haré. Has visto estas cosas en el calabozo. Toma la oportunidad y vete. Por tu propia seguridad, por favor.

Él podía hacer que se fuera. Él podía sacarla de aquí tan fácilmente como él la trajo.

Pero ella tenía la determinación en una línea.

—No me voy a ir.

—¿Por qué no?

—¡Sabes por qué! No me hagas decirlo.

—Dilo. —Él vio todas las señales. La manera en que ella lo miraba antes de esa noche y luego de nuevo después de que viniera Esmeralda. Ella se había enamorado de él y, a pesar de la amenaza, no podía irse. Como una esposa



maltratada. Como Gemma con Emilio. Él mataría al bastardo. Ahora él era el bastardo.

—Te amo —susurró ella—. Desearía que Angelo me hubiera matado.

Él sabía que esta vez hablaba en serio. Si él trajera a su hermano con un arma, ella no lucharía con ellos de nuevo.

—Es mejor para ti que te vayas. No te puedo dar lo que necesitas y creo que no puedes darme lo que necesito. Y después de esa noche... no sé cómo podríamos alguna vez...

Ella lo alcanzó con su mano y la puso sobre la de él.

—Sé que eres un hombre bueno. Lo que hiciste por mí... sé que no hemos hablado sobre eso, pero... lo fue todo. Vi... viste la gravedad de lo que ocurrió y pagaste un precio más alto del que yo habría pedido solo por intentar hacer lo correcto.

—Nunca puede ser lo correcto.

Los músculos de Leo se tensaron cuando ella dejó su silla y se arrodilló a sus pies. Él apenas podía respirar.

—Quiero estar contigo. Quiero complacerte. Seré tu esclava. Seré lo que quieras que sea.

Las sospechas de Leo sobre ella siendo una sumisa eran correctas. No solo un masoquista. ¿Uno de dos? Uno fuerte de dos no estaba mal.

—Voy a mi oficina a trabajar. Cuando termine, estarás en uno de dos lugares, en tu cuarto con tus maletas hechas y lista para irte o en el calabozo, desnuda frente al espejo. Como esa noche.

Ella flaqueó y él supo que tendría sus cosas empacadas en una hora.

\*\*\*

Faith seguía arrodillada en el piso de la cocina mientras los pasos de Leo se alejaban. Ella podría volver a su vida. No a su vida como tal, sino una mejor. Ella creyó cuando él le dijo que le daría un lindo departamento o casa y que la ayudaría a encontrar un trabajo. Pero la idea de volver a los gatos, sin ninguna familia real la hizo sentir fría por dentro. Si tomaba la oferta, ella sabía que nunca volvería a ver a Leo y, a pesar de todo, ella no podría soportar ese final. Lo dejaría matarla si él no la quería. Pero, ¿alejarse después de todo esto?



Si ella fuera inteligente, tomaría la oferta, iría a su habitación y empacaría sus cosas. Pero amaba su olor, su calidez y la forma en que la sostenía. Amaba cómo la protegió tantas veces y, a pesar de lo malo que era todo, lo amaba por las cicatrices que siempre llevaría por ella.

No debió serlo, pero su decisión fue fácil.

Cuando llegó abajo, encendió las luces de las lámparas y se quitó la ropa, dejándolas con cuidado sobre el baúl de las bragas junto a la cama. Hizo una pausa frente al tocadiscos, hojeó las fundas hasta que dio con el disco temido. Acordaron no volver a poner esa música, pero nada le haría saber a él que ella lo dijo en serio, más que poner esta colección de música quería restaurar todo a como era exactamente. Era lo único que podía probar que ella era de él y la única forma en que él podría rebobinar y rehacer esa noche. Si ella no confiaba en él para hacer un conjunto diferente de opciones, debería estar arriba empacando.

El tocadiscos tenía un ajuste para reiniciar y llevar la aguja al comienzo cuando alcanzara el final. Ella no sabía cuánto tiempo se iba a tardar Leo, así que la ajustó y empezó la música con ese tono profundo e inquietante. Escalofriante y triste. Todo lo que esperaba que fuera su experiencia con Leo.

Faith fue hacia el espejo y se arrodilló ante él y separó las piernas, comprometida con lo que estaba por pasar.

\*\*\*

Leo revisó el correo, la mayoría de las cosas eran cuentas de la boda y recibo de depósitos. Luego revisó el correo electrónico. Él quería postergar el momento de subir, encontrarla lista para irse y tener que mantener su fin de las cosas. La idea de que ella había ido al calabozo estaba muy lejos de la realidad, en especial después de que le pidió revivir esa noche. Eso la haría despertar y la llevaría fuera de su vida para bien y ella podría estar a salvo y podría encontrar algo de felicidad.

Cuando ella se hubiera ido, él llamaría a Mei Lin. Si ella no había conseguido volver con su Amo, quizás podrían construir algo en esta vida después de todo. Si esto terminaba siendo un rebote, lo que sería ideal, una pequeña aparición para aliviar la comezón del otro y ayudarse a sanar sus heridas. Faith sentía como si ella le perteneciera, como si fuera responsabilidad de él cuidar de ella y mantenerla a salvo, pero mantenerla a salvo de él mismo significaba que ella no podía estar bajo su techo.

Mientras él cerró la ventana del buscador, sonó su celular y reconoció el número.



—Hola, Caprice.

—Te extraño. —Ella sonaba como hubiera estado llorando. Leo tenía dudas sobre ser el responsable.

Lo más probable era que una aventura amorosa no haya resultado bien y él era la primera persona en la que pensó cuando estuvo sola de nuevo. Qué afortunado.

Leo miró el calendario. Era momento de hacerle una llamada a Caprice. Él debió saber que unas cuantas sesiones rápidas durante las vacaciones no iban a terminar con ella yéndose dócilmente a Las Vegas y que nunca más iba a contactarlo. Pero su polla podía mentir de manera convincente cuando era necesario.

—Te dije que solo era durante las vacaciones —dijo él.

—¿Por qué te vas a casar con ella? No lo entiendo. Honestamente, no lo entiendo. Quiero decir, es muy linda, supongo, pero ella no es lo que necesitas y lo sabes. Yo soy lo que necesitas.

Caprice no era lo que alguien necesitaba. Menos Leo. Pero él se guardó esa respuesta. Tampoco le iba a decir que había roto el compromiso. Eso la enviaría a sus brazos más rápido que nada o empezaría a correr el rumor. Cuando se supiera, Leo quería que su familia se enterara por él, no por una verdad a medias y retorcida creada por los celos de Caprice.

—Tengo que irme —dijo él—. Faith y yo vamos a salir.

Ella hizo un sonido de disgusto al teléfono.

—¿Cena y una película? Tal vez ella tenga el valor para tomar tu mano. Tal vez puedan compartir las palomitas de maíz y mirarse a los ojos por una eternidad durante una comedia romántica, vuelvan a casa y cojan en la posición del misionero con las luces apagadas y luego se den la vuelta para dormir.

—No vuelvas a llamar.

Él estaba a punto de cortar la llamada cuando la voz de Caprice lo detuvo.

—Tal vez debería decirle a tu prometida novata lo que hacías a escondidas en navidad. ¿Se casaría contigo entonces?

—Te mataré si te acercas a ella. ¿Está claro? Mantente alejada de nosotros.  
—Cortó la llamada antes de que ella pudiera responder.



No, Caprice no se iría a casa tranquilamente y ni hablar de los estragos que podría causar en su vida. Incluso sin Faith, él no la quería porque al final del día ella siempre se volvía manipuladora y agresiva para conseguir lo que quería. Él no lo podía sacar eso de ella al utilizar cualquiera método moral más de lo que podía entrenar a Faith para entrar en su mundo retorcido.

Leo tomó su tiempo al caminar hacia la habitación de cristal en el ala este. No sabía si podría soportar verla sentada ahí, esperando con sus maletas listas.

Él golpeó la puerta, pero no hubo respuesta. Intentó con el botón, que le dio la libertad de entrar. Cuando él dio un paso dentro de la habitación, Snowball y Squish maullaron y acariciaron sus piernas por un instante antes de salir disparados por la puerta. Faith debió olvidar dejarlos salir. Normalmente, ellos estaban ahí, pero en otras ocasiones salían de la casa.

El cuarto estaba vacío y todas las cosas de Faith seguían en su lugar.

—¿Faith?

Silencio.

La nieve caía al otro lado de la ventana, el último respiro del invierno creaba un manto pesado. Él no quería conducir en este preciso momento. ¿Adónde la iba a llevar si encontraba una solución permanente de vivienda?

Se vio a sí mismo irracionalmente irritado al ver que ella no había empacado aún. Él estuvo en su oficina por al menos una hora. Buscó en los lugares que ella frecuentaba: la cocina, el cuarto de juegos, el cuarto familiar donde a ella le gustaba sentarse junto al fuego con un libro y una taza de té o chocolate caliente e incluso en la piscina.

Él se negó a considerar que ella había tomado la otra opción. Tan obvio como parecía, se sentía como el tipo de cosas con la que uno fantasearía y se convencería de ellas solo para decepcionarse al final. Él no podía con más decepciones. Y él no merecía un golpe de suerte. A pesar de eso, cuando se le acabaron las opciones, fue por el pasillo de atrás hacia la puerta de metal al fin de las escaleras.

La abrió y presionó el interruptor que encendía las luces LED. Él estaba a medio camino cuando escuchó la música. Él no había mencionado la música. Incluso él no podía ser así de sádico.

Aunque él sabía qué esperar, aún no podía creerlo cuando llegó al final. Faith estaba frente al espejo y observaba su reflejo desnudo con sus piernas separadas como él le pidió.



Él se sentó en la misma silla que esa noche. Ella no desvió la mirada. Él miró el tocadiscos y lo encontró en modo de repetición. Se preguntó por cuánto tiempo había esperado Faith. ¿Podría ser todo este tiempo?

—¿Estás segura de esto?

—No me iré —dijo ella, sin despegar la mirada del espejo.

Prácticamente era una invitación. Si se estaba burlando de él, había escogido al hombre equivocado.

—Ven aquí.

Ella se arrastró por la alfombra hasta llegar a sus pies mientras él bajaba el cierre de sus pantalones.

—Creo que sabes lo que quiero —incluso mientras lo dijo, se regañó por esperar que ella se apresuraría para complacerlo con su boca.

Leo dejó escapar un suave siseo y agarró con fuerza los brazos de la silla cuando ella puso sus labios a su alrededor, su boca cálida y húmeda devoraba su miembro rígido. La manera en que ella le daba una mamada era como todo lo que hacía. Había algo vacilante, dulce y casi inocente en el acto mientras succionaba su carne dura. Estaba claro que ella lo había hecho antes y que conocía la anatomía de un hombre, pero aún era tímida. Era la experiencia más erótica que había tenido jamás. Se convenció más de eso, con paciencia él podría rehacer a Faith. Sus dedos se enredaron en el pelo de Faith mientras ella lo complacía.

Cuando él se vino, no le iba a permitir retirarse. No iba a derramar semen sobre la alfombra. Si ella le iba a permitir utilizar su boca como un recipiente, ella terminaría el trabajo. La respiración de Leo se profundizó y se detuvo por un momento mientras se venía. Ella tragó sin mostrar oposición y cuando él la alejó y guardó su miembro en sus pantalones, ella se quedó sobre sus rodillas con la mirada en el piso, esperando, con la respiración saliendo en pequeños aleteos.

Él la hizo alzar el mentón. La mirada de Faith contenía una expresión glacial en partes iguales de miedo, anhelo y un tipo de amor inocente que bailaba en los bordes. Él la ayudó a ponerse de pie y la llevó a la mesa en la que Esmerarla lo ató unas semanas atrás.

Ella entró en pánico como un ciervo asustado e intentó zafarse del agarre de Leo. Él nunca comprendería el nivel de miedo de ella cuando esto no era su perversión, en especial después de la sangre de la que fue testigo cuando él estuvo en esa misma mesa. Pero era hora de seguir adelante o huir y se había



negado a esta última opción. Él no seguiría ofreciendo libertad y él sospechaba que si lo hacía de nuevo ella empezaría a verlo con la amenaza de que él la desearía. Si ella hubiera tomado la decisión con tal certeza, agregando la música en la cima de todo, entonces seguir cuestionando su deseo de obedecerlo, sin importar qué tan grande fuera su miedo, le faltaba el respeto a ella y a lo que ofrecía. Sin importar si él lo merecía o no.

—Entiendo tu miedo, pero sabías lo que había aquí abajo y te di la oportunidad de ser libre. No quedarte en esta casa y observar mientras poseo a otras mujeres, sino libertad real lejos de mí. Y escogiste quedarte. No seré vainilla para ti. No puedo. No es lo que soy.

—Lo sé, Amo, lo siento. Solo tengo miedo.

Él la abrazó y sintió su corazón golpear contra su pecho, golpeando el de él, prácticamente llevándolo a tomar otro ritmo que no era el usual.

—Tumbate en la mesa sobre tu estómago —susurró y presionó sus labios en la sien de Faith.

Él se acercó a la pared y esperó que ella hiciera lo que le pidió y seleccionó un par de los elementos menos aterradores: el flogger y la paleta. Luego se dirigió a la caja de juguetes para sacar el último rollo de cuerda.

Cuando volvió, ella estaba en la mesa sobre su estómago, temblaba y tenía los ojos cerrados con fuerza. Leo tomó una manta gruesa de la cama y la puso sobre el torso de Faith, como si la hubiera escondido por la noche. Los ojos de Faith permanecieron cerrados, pero estaban menos apretados. Él sacó un cuchillo del cajón y comenzó a cortar la cuerda en partes, consciente de qué tan largas debían ser.

Los anillos de metal interminables de la mesa, permitían que las ataduras con la cuerda fueran intrínsecas y extensas en todas las posiciones imaginables, pero él se limitó a atarla en una extensión águila estándar. Era conveniente y segura, era la forma de atar menos dolorosa que podía usar para comenzar. Atarla no se trataba solo de su propio placer, sino de la seguridad de Faith.

Si las cuerdas no hubieran estado tan firmes en su lugar cuando Esmeralda le dio latigazos, él pudo moverse de tal manera que el látigo pudo lastimarlo más severamente de lo que en realidad lo hizo. Él no planeó nada tan sádico y cruel para Faith, pero era más seguro para ella quedarse lo más quieta posible para que él pudiera golpear los lugares precisos y nada más.

Él cambió el disco por uno más pacífico: Chopin. La primera pieza era el tercer Nocturno para piano. Dejó el reproductor en modo de repetición y volvió



a la caja por el aceite de masajes y unos cuantos juguetes sexuales y también una venda. Si pretendía entrenarla para querer lo que él quería, debía asegurarse de que todo el dolor viniera con una dosis de placer para que las líneas se desvanecieran y ella no pudiera distinguir lo que obtenía. Eventualmente, su cuerpo respondería a ambos.

No importaría cómo estuviera atada o lo que su cerebro quería. Él podía reprogramar eso a sus gustos para que el cuerpo de Faith hiciera lo que él quería que hiciera. Ella estaría excitada y lista cuando él quisiera.

Leo no anticipó que ella abriera sus ojos, pero él quería asegurarse. Ella dejó escapar un suave quejido, casi de súplica, cuando él le puso la venda, pero ella no buscó quitársela.

Él, con suavidad, tomó uno de sus brazos y luego el otro, pasó la cuerda por el metal y le ató los brazos sobre su cabeza formando una V. Luego repitió el proceso con sus piernas. La manta aún la cubría. Él la dejó así por un momento mientras él golpeó suavemente su espalda a través de la tela.

—Faith, ¿sabías que mucho de lo que llamamos dolor se trata de la expectativa? Cuando esperas que algo duela mucho y tensas tus músculos, duele más. Si te relajas y fluyes con eso, duele menos. Piensa en ti como un río que fluye suavemente sobre las rocas. Las del borde de las rocas no lastiman el agua, solo fluye. —Él le permitió a su voz caer un octavo mientras hablaba y fue más suave y menos dura, llevándola a un sentido de seguridad.

La música que él seleccionó encajaba bien con la imagen que dejó en la mente de Faith. Él habló tranquilamente sobre el agua, el flujo y la relajación mientras él movía sus manos sobre su espalda, aún envuelta en el calor del capullo de la manta.

Él continuó hablando mientras él fue hacia el termostato para elevar un par de grados la temperatura. Cuando la habitación se calentó, él le quitó la mata. Ella se tensó, pero no tanto como antes, por lo que él vertió aceite en sus manos para que su piel se deslizara con más facilidad contra la de ella.

Él comenzó por el cuello de Faith, luego siguió con su espalda, sus brazos y manos, luego con su cintura, su trasero, piernas y pies. Masajeó cada uno de sus músculos con ternura hasta que su cuerpo se volvió flojo y receptivo.



KITTY THOMAS

Only in  
*Books*

Página 196

MAFIA  
*Captive*



*Capítulo 17*

*Traducido por Melusanti  
Corregido por Gaz*

*F*aith no había pensado que sería posible relajarse. Después de lo que había oído con las otras mujeres, y después de la primera noche el modo en que había perdido el control y la había llevado de una manera tan fría, sin corazón... esto era diferente.

Él estaba en lo cierto acerca de la relajación y el dolor, y sin embargo, había estado decidida a permanecer tensa, como si por arte de magia pudiera protegerla de él. O tal vez ella no quería que él viera las señales de su confianza en él de nuevo, no después de cómo había usado mal esa confianza la primera vez, y ella se había jurado así misma de que no se la daría otra vez. Poder relajarse bajo su toque cuando él prometía dolor era vergonzoso.

La manta la atrapó con la guardia baja, y luego la música cambió a algo más relajante, y... sus manos y el masaje. Ella cayó en la ilusión que él había creado. Su voz envuelta alrededor de ella como lo hacía la manta y la música suave a través de ella como la energía que la sostenía. Su aliento caliente estaba en su oreja cuando se inclinó y volvió a hablar.

—Recuerda que eres agua.

Su voz era un terciopelo hipnótico. Tenía el mismo poder que cuando era más oscuro y demoníaco. Ella pensaba volver a la escuela católica donde las monjas le habían dicho que el diablo vino disfrazado de ángel de luz. Era suficiente para volver a cualquiera paranoico porque no sólo tenías que preocuparte por las cosas que estaban manifestándose en maldad y miedo, sino en las cosas que parecían inocentes, cálidas y amorosas.

Como Leo en esos momentos. Ella ya había visto a la bestia debajo de esta máscara, y sin embargo, el hechizo que él lanzaba con sus palabras y toques la hacían olvidar.

Su mano bajó a través de su parte inferior, sacudiéndole de los pensamientos a la deriva de nuevo en un momento más visceral. El golpe dolió, pero no fue tan doloroso como la primera noche que la había azotado cuando ella había estado más tensa, cuando sus únicos pensamientos involucrados eran cuanto tiempo podría vivir.



El amor por su vida había desaparecido, y tras el sacrificio de Leo, temía que a él no le importara o no entendiera el daño que podía causar o que, tal vez, lo entendía y quería que... esos temores se fueran también. Ahora era el miedo a lo desconocido y a la cantidad de dolor que podría tener que soportar por estar con este hombre que ella no debería amar o desear agradar.

Después de cada golpe, él acarició su piel, calmándola para que sus músculos quedaran sueltos y receptivos a más dolor. Faith tiró contra las cuerdas cuando una suave y delgada pieza de vidrio lubricado se deslizó dentro de su vagina. A pesar de la tensión, la penetración no fue dolorosa. Ella había estado bien cerrada, otro pedazo de autoprotección inconsciente. Pero él se había preparado para esa defensa y había elegido algo más pequeño para presionar en su interior.

—Eso es, muévete con él. Eso me gusta. Exactamente cómo actúan mis buenas putitas.

Calor se deslizó por el cuello de ella y hacia su cara. No se había dado cuenta de que había subido y bajado sus caderas, su cuerpo rogando por el juguete mientras él lo movía dentro de ella con un ritmo dolorosamente lento. El dolor breve de la paliza quedó en el olvido mientras ella se movía, agradecida de que él había cambiado a algo que pudiera sentirse bien y no sobrecargarla tan pronto. Pero estaba muy lejos de hacerlo.

Ella gimió en protesta cuando él extrajo el juguete y reanudó la paliza. Su piel calentándose con cada golpe, la mezcla de dolor con las otras sensaciones: las caricias, el ligero palpitar que se trasladaba desde el interior de su piel. En la cumbre del dolor, casi suficiente como para suplicar, él dio marcha atrás de nuevo.

Leo empujó el consolador dentro de ella, frío por el lubricante de nuevo. Ella agarró los bordes de la mesa mientras él la follaba duro con el esta vez. La fuerza y el momento eran suficientes que podía venirse si él hubiera seguido haciéndolo como esto justo en este ángulo. Se detuvo antes de tiempo.

—Por favor, Amo —se encontró diciendo. Luchaba en las cuerdas, sabiendo que era inútil y un par de lágrimas se deslizaron por sus mejillas—. No estoy lista para más dolor.

—Shhhh. —Él le acarició la espalda, y un momento más tarde, otro falo lubricado estaba dentro de ella. Este era más grande que el primero. Sus paredes se expandieron para aceptarlo, y ella se movió, meciéndose contra el juguete frío mientras él lentamente la follaba con él.



Pero lento no era suficiente. Faith luchó y tiró contra sus ataduras, sin importarle que la áspera cuerda se clavara en sus muñecas, desgarrando su piel. Necesitaba retroceder más fuerte, para forzar al consolador a que se sentara más profundamente dentro de ella, para que la llenara.

Él lo apartó y ella dejó escapar un grito de frustración.

—Ansiosa está bien, demandante no lo está, ¿entiendes?

—Sí, Amo.

Él esperó a que su pelvis se hubo bajado a la mesa, hasta que ella estuvo extendida calmadamente, tranquila y dócil, antes de que el juguete se deslizara hacia adentro de nuevo a ese ritmo sádicamente inactivo. Su coño palpitaba contra el vidrio. Tomaría muy poco para que ella se corriera. Si ella fuera paciente y tranquila, entonces tal vez...

—Es el momento de una elección —dijo él, rompiendo su concentración—. Puedo detener todo por esta noche y podemos subir a la cama, o puedo pasar la paleta y el azotador y permitirte tener tu orgasmo cuando yo termine.

Normalmente, la elección de Faith hubiera sido fácil. Detener el dolor y el horror e ir a la cama, pero él conocía su cuerpo como un poema que había memorizado. Él sabía cómo tocar las terminaciones nerviosas de formas buenas y malas. No era un secreto cuan cerca ella estaba, o cuan desesperada, dadas las quemaduras de la cuerda que probablemente llevaría alrededor de sus muñecas durante los próximos días.

—Amo, por favor...

—Elige o elegiré por ti. Tal vez todo esto es demasiado y demasiado pronto. Deberíamos ir a dormir. O tal vez deberías dormir aquí sola esta noche. Te dará algo de espacio alejada de mí para pensar y sentirte más segura. —La miel de su voz era una trampa, pero mantuvo las posibilidades que ella no podía resistir a entretenerse a la nueva opción.

Sí. Ella podría quedarse aquí sola por la noche y masturbarse y ocuparse de este dolor que él había causado con los juguetes con los que la mantuvo follando. Tendría su orgasmo y sería librada de una mayor escalada.

—B... bien —dijo ella—. Te... tenemos que parar.

—Por supuesto, usaras un cinturón de castidad para que no puedas tocar ese dulce coño. Eso es mío. No conseguirás tocarlo sin mi permiso nunca más. —Se rió de la conmoción que debería haber habido en el rostro de ella—. ¿Crees que



tu cuerpo todavía es tuyo para controlar? Es mío. —La última palabra la susurró en su oído, con voz gutural y animal—. ¿Eso cambia tu respuesta?

Durante todo este tiempo él no había cesado en su asalto de su cuerpo. Quitó el juguete y ella casi perdió su mente, pero luego su lengua estaba en ella. Retorciéndose contra su boca. Uno pocos golpes más y podría venirse.

Él retrocedió segundos antes de su liberación.

—¿Y bien? ¿Sola con el cinturón de castidad, o dolor y un orgasmo?

—Por favor... necesito... —Si pudiera manjar el control de sí misma, podría prescindir una noche más.

—Yo sé lo que necesitas. Contéstame. Di las palabras. Quiero oírlas caer dulcemente de tus labios. Y di “por favor” otra vez. Disfruto de lo amable que eres.

—P... por favor, Amo, necesito venirme.

—¿Así que quieres pasar a la paleta y el azotador entonces? ¿Un poco más de dolor? —Mientras él hablaba, presionaba dos dedos dentro de ella.

—S... sí, Amo, por favor.

—Te dije que podría hacer que te mojaras cuando hicimos esto.

Los dos sabían que no era el dolor lo que le causaba la excitación, ¿pero si se mezclaba todo de esa manera con la suficiente frecuencia, tendría a su cerebro y a su cuerpo llegado a estar tan revuelto que no notaría la diferencia? Sin duda era un mejor desenlace que simplemente soportar que sea con él. Pensó en el aspecto de la satisfacción y la paz en los rostros de las mujeres al salir de su calabozo, y se pregunto si esa mirada estaría pronto en su propia cara. Por primera vez, se sentía como una posibilidad real.

Él sacó sus dedos y su corazón se hundió en su estómago, sabiendo lo que venía después. Ella se agarró al borde de la mesa, preparándose, pero la mano de él acarició suavemente su espalda. Su boca se movió cerca de su oído.

—Agua —susurró.

Ella trató de concentrarse en la música y relajarse mientras la paleta caía en su trasero, más dura que su mano, pero menos íntima. De repente era una niña en la escuela siendo enviada por disciplina. El poder de él sobre ella era absoluto.



Después de unos momentos, las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. No sabía porque estaba llorando. El dolor era mayor, pero ella sabía que él se estaba conteniendo, con la intención de no dañarla o traumatizarla. Lloró por todo y por nada, pero el dolor físico era lo de menos. Lloró por la pérdida de su pequeña vida que no había sido glamorosa pero había sido cómoda. Lloró por las cosas que ella no se había dado cuenta que eran esos grandes agujeros hasta que tuvo esa transferencia de imágenes de las cosas-de-la-familia. Y el amor. Lloró por el falso compromiso que deseaba que significara algo, por su amor por Leo que ella no creía que jamás retornaría, por lo bajo que se había hundido a estar tan desesperada por él después de todo, por permitir que él haga estas cosas con ella cuando él le había dado la oportunidad de tener su libertad e irse. Por la vergüenza de saber que le permitiría degradarla de cualquier manera si había alguna posibilidad de que él pudiera, más tarde, amarla a cambio.

—Déjalo salir, cariño. Necesitas un buen llanto. —Él cambió de la paleta al azotador. Ella saltó cuando las cuerdas de cuero rompieron en su espalda, y al instante su mente se fue a las cicatrices de Leo, y se tensó de nuevo.

Él debía haber adivinado a donde iba su rastro mental porque dijo:

—No es un látigo. Relájate. No voy a romper tu piel.

*Agua.* Él pensamiento se coló en su mente, con la voz de él unida. A pesar de que no había dicho la palabra audiblemente, sabía que debía estar pensándola. Para este momento ella se sentía como si pudiera leer sus pensamientos, como si algo de magia fluía ahora entre ellos y los conectaba de una manera que no sólo lo hacía posible, sino algo común.

El aguijón del azotador no se sentía agradable, pero no era un tipo de dolor en que una persona hacia una mueca y se apartaba. Era una especie de dolor en el que te movías más cerca, probando y empujando, más curiosidad por experimentar la sensación sin juzgar, porque no era lo suficientemente malo para tratar de evitar de inmediato. Los hipnóticos y repetitivos ataques creaban una sensación de espacio alrededor de ella, una soledad donde se podía permitir a que el resto de sus lágrimas fluyeran de forma segura.

En el momento en que ella hubo dejado escapar todo, las cosas que no se había dado cuenta que sostenía tan emocionalmente, su espalda y su parte inferior estaban cálida y casi agradablemente entumecidas. Todavía seguía sin entender el atractivo, al menos no en una manera sexual, pero era catártico. Ella tenía esa parte. Y a pesar de los temores que había acechado en su subconsciente en un lugar en que no había sido capaz de acceder antes a ellos,



ahora lo sabía, no eran como las palizas que había tenido de niña y nunca podrían serlo. Leo no era él.

Cuando ella se dio cuenta de que el dolor no se intensificaba o era enojado, sino que en cambio se estabilizaba y se desvanecía, ella se desvaneció con el fluyendo a lo largo de la sensación, permitiéndole envolverse alrededor de ella, flotando. No se dio cuenta de que él se había detenido hasta que sintió el frío del nuevo lubricante sobre el vidrio. Su cuerpo respondió más rápido esta vez para el placer, agradecida por ello, lamiéndolo, desesperada por complacerlo.

Él usó el falo más amplio de nuevo y aumentó el ritmo, presionando sobre su espalda para que no pudiera levantarse. Su mensaje era claro: estaría controlando las sensaciones exactas que ella recibiría. Ella se vendría en sus propios términos o no en absoluto. Esa realidad envió un aleteo atípico de algo caliente y eléctrico a través de su estómago.

—Por favor... por favor... por favor...

Él se detuvo y la desató.

—No... por favor... —Ella pensó que desatar significaba que había terminado con ella. ¿Estaba rompiendo su promesa? ¿Sólo burlándose de ella otra vez?

Él se rió entre dientes, pero la hizo rodar sobre su espalda. Teniendo la prensa de cuero en su espalda y la parte inferior. Picaba, pero ella respiró hondo hasta que se disipó.

—Abre las piernas —gruñó él.

Ella obedeció la orden, agradecida y ansiosa de que él la tocara más. La folló con el juguete mientras bajaba su boca a su clítoris, lamiendo y chupando hasta que las sensaciones dobles construyeron al punto de la explosión.

Faith gimió cuando se vino contra su boca, retorciéndose a pesar de lo sensible que estaba su espalda. Él se apartó de ella cuando su orgasmo disminuyó. Ella se quedó temblando por la fuerza de este hasta que él la levantó y la llevó a la cama.

—Acuéstate boca abajo.

Ella no tenía la voluntad de hacer nada más. Él rebuscó en el bolso negro y apreció con un bálsamo que frotó sobre sus muñecas y masajéo suavemente sobre su espalda y la parte inferior. Cuando termino, él la tomó en sus brazos y ella se acostó en su hombro, sollozando.



Pensó que ya había terminado. No sabía de dónde habían venido las lágrimas, ni por qué. Había muchos sentimientos y emociones para nombrar. Estaba empezando a ver por qué las mujeres apelaban a esto, por qué Leo, siendo así había apelado a ellas. La sensación de completa indefensión y miedo seguido de un torrente de endorfinas y de seguridad activaban algún código primario que no tenía sentido para ella, pero funcionaba con la misma confiabilidad que la salida y puesta del sol. Era el código que activaba la atracción de chico malo y el deseo por el romance más inadecuado y condenado a funcionar.

Él le acarició la espalda mientras ella lloraba y continuó sosteniéndola cuando ella hubo terminado.

—Lo hiciste muy bien, cariño. Estoy muy orgulloso de ti.

Ella se sonrojó ante sus palabras y supo que realmente había entrado por la puerta esta vez. A pesar de que no le había hecho daño físicamente cuando ella había pensado que lo haría, estaba abrumada. Y esos fueron pasos de bebé. El principio. Se estremeció en sus brazos ante ese pensamiento, y él la abrazó con más fuerza.

Después de unos minutos de silencio, él la ayudó a levantarse y la guió a través de la habitación. Cuando le quitó la venda de sus ojos, estaba frente al espejo. Él se paró detrás de ella, con las manos sobre sus hombros, instándola a echar un vistazo. Su rostro era como el rostro de las mujeres. Sereno. Mayor. Sabio. Pacífico. Satisfecho.

Él giró su cuerpo para mostrarle las marcas que había dejado: enrojecimiento en su mayoría con unas rayas leves del azotador. Ella pasó sus dedos sobre la carne aún caliente y las contempló fascinada. Sintió su ausencia cuando él se alejó para apagar el tocadiscos, pero estaba agradecida con sentir su mano entre las suyas una vez más cuando él la envolvió en la manta de la cama y se la llevó por las escaleras.

¿Qué si Demetri u otros miembros del personal de la casa estaban merodeando? Sabrían lo que ella y Leo habían hecho. Era obvio que estaba desnuda bajo la manta ¿Por qué si no iba a estar envuelta en ella? Pero el viaje a su dormitorio fue sin incidentes. Era tarde y el personal se había retirado a su parte de la casa, y Demetri con ellos. La mayor parte de la electricidad estaba apagada, con sólo unas pocas lámparas estratégicas que quedaron para iluminar el camino.

Cuando llegaron a la habitación de Leo, él le sacó la manta y la metió en la cama, arrojándola. La besó suavemente en la frente.



—Enseguida vuelvo.

Ella asintió con la cabeza.

La forma en que la miraba... ella decidió que le permitiría hacer lo que él quisiera sin quejarse, si eso significaba que siempre la miraría de esa manera. Había visto el deseo en sus ojos antes. Había visto la bondad, la ira y la tristeza. Pero nunca había visto esa mirada que tenía ahora. No quería ser tonta y llamarlo amor, pero era un gran cariño y afecto, del tipo que la hacía fundir por dentro al ser la destinataria de tal mirada.

Leo regresó unos minutos más tarde, los gatos y Max se deslizaron detrás de él antes de cerrar la puerta. Tenía una bandeja con agua y un poco de queso y galletas saladas y fruta. Se metió en la cama y empujó la comida hacia ella.

—Come algo. Esto te ayudará a sentirte más conectada a tierra.

El aperitivo ayudó a traerla de vuelta a la realidad y al mundo de los objetos tridimensionales sólidos. Él dejó la bandeja sobre la mesa junto al sofá, se desnudó y se metió en la cama con ella. Ella supuso que dormirían, pero él estaba erecto de nuevo, sin duda, debido a todo lo que habían hecho en el calabozo.

Él la guió a lo largo de él y ella lo tomó en su boca de nuevo, dándole placer hasta que estuvo satisfecho.



*Capítulo 18**Traducido por Melusanti**Corregido por Gaz*

La erección de Leo había crecido físicamente dolorosa, pero él la había amordazado y no estaba listo para reemplazar la mordaza con su polla todavía. Las lágrimas corrían por el rostro de ella mientras dejaba las líneas de las ronchas en todo su culo con la caña. Tenía que hacerla llorar más. Tenía que ganarse su placer con lágrimas. Suficiente tiempo había pasado para que este sea el precio.

La mordaza la asustaba, todavía, lo que le hizo más difícil de usarla. Ella no necesitaba temer. Él sabía cuando era suficiente con ella. Había sido cuidadoso y había ejercitado la moderación. Cada vez que la caña bajaba, ella se estremecía de tal manera que le daba ganas tanto de consolarla como de golpearla de nuevo al ver esa reacción.... La intensa expresión de dolor en su rostro, las lágrimas que rodaban hacia abajo, y la encantadora roncha que floreció con tanta rapidez en esas nítidas líneas rojas con el surco en donde a él le gustaba pasar a lo largo su lengua.

Él sabía cómo se sentía la caña. Sin embargo, usada apropiadamente, no solía romper la piel, el duro rap de la clavija delgada de mimbre o de acero siempre dejaba una profunda impresión en el destinatario. Era un tipo de dolor que los unía más estrechamente juntos cada vez que lo utilizaba. No estaba seguro de si ella se dio cuenta de cómo había crecido más suave hacia él, más feliz de complacerlo, más relajada fuera del calabozo, más natural en todas sus interacciones, como si hubiera nacido y formado en lo fuegos de la creación para ser su esclava.

Si él pudiera leer su mente, cada pensamiento sería de él y de cómo agradecerle. Algo en estos intercambios la hacía tan vulnerable que incluso cuando la estaba aplastando, él quería preservarla y protegerla. Había destruido todo lo que de interpuso entre ellos. Cualquier persona. Su obsesión hacia ella era de carácter a diferencia de lo que había sentido con las demás. Incluso Mei Lin. Mei Lin era una sumisa maravillosa y una masoquista, pero la química entre ellos no era nada como la química que cobraba vida cuando tocaba a Faith y ella se derretía bajo sus pies.

Habían estado juntos así durante meses. La nieve se había derretido y huido mientras el invierno había bordeado la primavera, y la primavera empezaba a



ser oprimida y marchitada por el calor del verano que llegaba. Faith hablaba por teléfono con su madre casi todos los días mientras junio se acercaba.

Ella todavía estaba menos que entusiasmada con la boda. ¿Lo veía como un monstruo, obligándola a casarse con él bajo amenaza de muerte o terror? Ella le había dicho que lo amaba. ¿No era sobre el matrimonio con lo que todas las mujeres fantaseaban? ¿No le daba las cosas correctas? Ella le había prometido quedarse con él; ¿qué diferencia hacía la joyería y un pedazo de papel? Tal vez ella no quería perder su identidad dentro de la suya mientras Jacobson era cambiado por Raspallo. Después de todo, a él nunca le permitieron mantener su nombre o escribir un guión. Ella era suya y usaría el nombre de él como una marca a través de su carne.

Leo dejó caer la caña una vez más, esta vez en la parte superior de sus muslos, lo que la hizo dar un respingo como si le hubiera enviado una descarga eléctrica a través de ella. Algún día. Él aún no había sido capaz de usar la varita violeta. El juego eléctrico podía ser aterrador. Ella no estaba preparada y no quería arriesgarse a dañar su confianza en él. Tenían todo el tiempo del mundo para llegar allí.

Ella lloraba alrededor de la mordaza, casi agotada, casi al punto de la ruptura que podría enviarla a la locura si no se detenía pronto. Dejó la caña en la bandeja y fue al bolso médico con el bálsamo. Ella gimió mientras él frotaba la crema fresca en su piel.

Él trataba de no ser intenso cada día, sin duda no a través de la misma extensión de carne. A veces era más suave con ella, más gentil. Algunas noches se trataba de la humillación, idear maneras de hacerla sentir incómoda por el simple placer de verla obedientemente cumplir con sus demandas. Él había usado juguetes de todo tipo: vibradores y consoladores y tapones anales, ganando gran diversión cuando la hizo llevar el tapón por horas durante el día. Había disfrutado viendo el rubor llegando a su cara cuando ella se encontró con Demetri u otro miembro del personal de la casa, miedo de que alguien pudiera darse cuenta de que había una suave pieza lubricada de vidrio reclusa entre sus mejillas.

Había movido lentamente en el tamaño del tapón... preparando su cuerpo para el uso que él sabía que ella era lo suficientemente inteligente para saber lo que se avecinaba. Cada vez que él subía el tamaño, podía sentir la anticipación que zumbaba a través de ella mientras cerraba sus ojos y lo tomaba lento, incluso las respiraciones. Cada vez que el juguete avanzaba lentamente, una expresión de placer iluminaba su rostro.



Había estado sorprendido por el placer de ella. No todas las mujeres reaccionaban de esta manera.

Y, sin embargo, se había contenido. Tenía que estar seguro de no dañarla físicamente, o emocionalmente cuando lo hacía. Desde la noche en que había tenido que expiar. La noche en la que no podía pensar mucho tiempo o darle el nombre feo que conocía que el evento merecía. No la había penetrado de la forma normal. No iba a follarla hasta que ella rogara por ello, no lo había hecho.

Él se contentaba durante ese tiempo con el uso de su boca y su diminuta mano envuelta alrededor de él, masturbándolo cuando el demandaba que se uniera en la ducha.

Algunos días la ataba y la torturaba de otras formas, con burlas y la negación del orgasmo. A veces utilizaba las pinzas en sus pezones y en sus labios vaginales, añadiendo pequeñas piezas hasta que no podía soportarlas más. Ella le había obedecido en todo, su cuerpo convirtiéndose lentamente tan confundido como él había sabido hasta que sus terminaciones nerviosas respondían a sus señales en lugar de los procedentes de su propio cerebro.

Deslizó un dedo dentro de ella para encontrar la humedad que sabía que estaría allí. Dudaba de que ella alguna vez sería una buena masoquista, pero el deseo de complacerlo había trasmutado en la excitación física como el plomo en el oro.

Había pensado que el catalizador de la rendición completa de su cuerpo sería más placer físico, pero el deseo era el deseo y la necesidad de ella por su aprobación se había trasladado entre sus piernas para expresarse en la forma en que ella sabía que lo iba a gratificar más. Eso era más dulce que si sólo la manejara con placer.

Continuó con sus dedos mientras el cuerpo de ella se sacudía para mantener el ritmo con él. Entonces, él reemplazó sus dedos con un vibrador hasta que ella se vino alrededor de la mordaza. La empujó más allá del punto de placer y esperó pacientemente por su segundo y tercer orgasmo antes de, finalmente, permitirle la misericordia de un espacio sin la sensación de ello.

Leo la dejó atada mientras removía la mordaza. Ella permaneció en silencio, las lágrimas deslizándose silenciosamente por sus mejillas.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, Amo —susurró ella.

Pero no se encontraba bien. Él le levantó la barbilla para mirarla a los ojos y se quedó impresionado por la tristeza dolorosa que encontró allí. La estaba



arruinando. Y, sin embargo, su cuerpo respondía. Ella estaba desesperada por hacerlo feliz. Si él le ofreciera la libertad otra vez, sólo la perturbaría aún más. Ella era adicta a él, incapaz de estar sin él, pero claramente disgustada con lo que se había convertido en sus manos. Estaba disgustado con las cosas que había hecho con ella. Y sin embargo... no podía parar. Cuanta más repugnancia sentía, más deseo, más inflexible era el impulso para seguir adelante y no parar nunca.

Él había planeado utilizar su boca, pero no podía hacerlo ahora, no con tanto dolor y tristeza en sus ojos. Este no era el llanto catártico de una buena sesión. No era el dolor agri dulce que se fundía en el placer. Era verdadera angustia. Él la desató y frotó el bálsamo en sus muñecas y tobillos y luego se sentó en la mesa con ella, sosteniéndola en sus brazos.

Leo se alegraba por la integridad de los muebles que les permitían a los dos usarlos de inmediato. Acarició su cabello y luchó contra el impulso de llorar con ella.

—¿Te hago infeliz?

—N... no, Amo. —La voz de ella estaba ahogada en su hombro, pero él la oyó. Y no le creyó. Una parte de él quería castigarla por sus mentiras, pero la tristeza era tan profunda que castigarla aún más podría quebrarlo más allá del punto desde donde podría recuperarse.

—¿Puedes levantarte?

Ella asintió con la cabeza y se levantó de la mesa.

—Vamos a ir a tomar una ducha —dijo él.

Faith estaba débil mientras caminaba. Él se quedó detrás de ella, guiándola para que no se caiga.

En el baño, el expuso las toallas para ellos y abrió el grifo, esperando a que se caliente a la temperatura adecuada.

—¿Serías más feliz si llamamos para cancelar la boda? —Su familia le daría un infierno por ello, y él tendría que esconderla durante las vacaciones...pero no estarían con la falta de producción de hijos, tampoco. Y, francamente, nada de eso era su negocio en primer lugar. Todo esto había ido demasiado lejos. No iba a sacrificar a Faith para mantener a sus relaciones familiares tarareando.

—¡No! ¿T... tú quieres cancelarla? —Se veía tan frágil y rota, como si él estuviera haciendo otra cosa que tratar de quitarle el dolor. Como si fuera a



cancelar la boda para hacerle daño de alguna manera o para usar como chantaje emocional para mantenerla a raya.

—No —dijo él—, pero con cómo me sienta acerca de la santidad de la institución, lo que significa para la iglesia... obligándote a contraer matrimonio... sea cual sea nuestro acuerdo de lo contrario no puedo hacerlo si va a atormentarte así.

Ella apartó la mirada, sus ojos estudiando el patrón negro y plata en la cortina de la ducha.

—Por favor, no lo canceles.

Leo la atrajo a sus brazos. Apretó sus labios contra su mejilla.

—No lo haré.

Llegaron bajo el agua juntos, y él gentilmente la lavó. Ella se apoyó contra la pared, tranquila y quieta como un trofeo mientras él pasaba sus manos sobre ella con el jabón, sin moverse hasta que él la puso bajo el agua para enjuagarla.

Él puso el jabón en sus manos y gimió cuando ella lo enjabonó. Faith permaneció en su polla, acariciando y apretando con sus manos jabonosas. Ella no se detuvo hasta que él se vino. No le había pedido que lo hiciera. Había visto su furiosa erección y se había ocupado del asunto porque entendía que era su deber mantenerlo satisfecho. Él la agarró por los hombros mientras viajaba en las tensiones del desvanecimiento de su orgasmo.

Luego ella volvió a lavarlo como si nada hubiera pasado. Cuando llegó a su espalda, se puso a llorar de nuevo. Ella no podía controlar o detener las lágrimas.

Las cicatrices.

Cuando él le había preguntado a Esmeralda como hacerle pagar a él lo que había hecho, no había pensado en cómo las cicatrices serían un recuerdo permanente, no sólo para él, sino para Faith, y no sólo acerca de lo que él había hecho para tratar de hacer las cosas bien, pero había precipitado el evento para hacerlo necesario: esa noche que nunca podría ser borrada, no importa cuánta sangre fluyó para cubrirlo.

Pero las palabras de Faith, lo sorprendieron.

—Tu pobre espalda. ¿Cómo pudiste dejar que alguien te hiciera esto?

Los dedos de ella se trazaron sobre las cicatrices mientras las silenciosas lágrimas de él se mezclaban en el agua.



KITTY THOMAS

Only in  
*Books*

Página 210

MAFIA  
*Captive*



## Capítulo 19

Traducido por blinda  
Corregido por Viqijb

Faith estaba sentada delante de un espejo en uno de los cuartos con ventanales del ala este. Su velo de novia colocado para ella sobre el tocador. Gemma se había ofrecido a ayudarla a prepararse, pero eso solo fue una argucia para tratar de hablar con Faith antes de la boda con su hermano. Bajo el anatema de si Leo debería ser feliz después de haber matado a su marido.

—Sé que mi hermano es muy encantador, pero *sabes* lo que le hizo a Emilio. ¿Qué te hace pensar que estas salvo con él?

Como si Faith necesitara más cosas que temer. Aunque Leo no la hubiera dañado desde esa noche, ahora siempre existía la posibilidad.

—Leo me ama —dijo ella. Le dolió decirlo porque él nunca había pronunciado las palabras, y no tenía ninguna razón para creerlo. Pero la gente asumía que el matrimonio era acerca del amor, y si ella no hablara en términos de romance y dulzura, lo cual su hermana podría entender, alguien podría deducir toda la estratagema. Y con eso estarían cerca del final.

—Leo ama a Leo.

Faith contuvo el impulso de gritar cuando Gemma expreso en voz alta su miedo mayor.

—¿Te hace daño, verdad? — Faith la observo de repente, sus ojos sobre el reflejo de Gemma en el espejo.

—¡ No! Desde luego no. Él nunca...

—Mm-hmm. Esto sólo empeorará. ¿Piensas que un hombre que le golpea antes del día de boda parara después?

Gemma no sabía sobre las perversiones de Leo. Sólo asumía el abuso doméstico, corriente y moliente, como el que ella había sufrido con su marido. No había ningún espacio para los matices en su mundo.

—Esto no se parece a aquello.



—Lo que tú digas. Pienso que eres bastante tonta. —Gemma abrochó el último de la línea larga de botones del vestido de Faith y dio un paso atrás.

—Realmente me gustaría estar sola durante unos minutos antes de la boda —dijo Faith.

Gemma se encogió.

—Si yo estuviera en su situación, me escaparía por la puerta de atrás. Pero ya sabes lo que siento sobre esto.

Cuando Faith estuvo finalmente sola, arrastro las yemas de los dedos sobre el delicado collar de zafiros en su garganta. Había pertenecido a la familia de Leo durante años. Gina se lo había prestado, contándolo como algo prestado, algo viejo, y algo azul. ¿Era bueno tener las tres partes de la tradición en un objeto? ¿Importaba eso? Todavía era una impostora. Nada de esto era cierto. No estaba siendo ratificada por el Vaticano. Era por eso que la boda era al aire libre y no dentro de St. Stephen's.

Leo había decidido que ellos se unirían en una parroquia diferente para evitar que las preguntas sobre el matrimonio fueran más lejos. Él no debe querer casarse con ella si abandona la iglesia de su niñez para evitar hacerlo oficial ante los ojos de Dios.

Él se había ofrecido a suspender la boda, pero era peor. Con un matrimonio legal, incluso si no estaba ratificado, ella se sentiría más segura. Tenía la esperanza de que cuando los años pasaran podría hacerla amarla del modo en que ella esperaba. Tal vez entonces él conseguiría un sacerdote que bendijera su matrimonio y así sería verdadero.

No podía quedarse en el calabozo cada Navidad. No podía dejar la ilusión de una familia. Tías y tíos, primos, hermanos y hermanas, abuelos y padres. Todos habían sido conceptos extraños durante la mayor parte de su vida, excepto por la televisión.

Incluso si Leo no podía darle todas las cosas que necesitaba, él podía darle sus fiestas familiares. Sólo por ello casi merecía la pena llevar a cabo esto. Tenía que pasar por lo de hoy, entonces podría colapsar en privado tras las puertas cerradas.

Paso sus dedos sobre el intrincado bordado de su vestido. Era simple con tirantes estrechos y un abrigo de satén sobre sus hombros. El velo estaba más adornado. Se parecía a Cenicienta, justo antes de que todo se transformara en harapos, cuando era fácil ceder a la ilusión y creer que podía ser real.



Habían pasado meses desde que habían estado de acuerdo con que ella fuera realmente su esclava, y aunque el bastón, las fustas y las abrazaderas nunca dejaron de doler, y a pesar de que nunca dejó de tener miedo de lo que venía después, lo aceptaba todo porque cada día la necesidad de ver su mirada de orgullo y devoción permaneciendo en sus ojos era más fuerte. Se convirtió en su creación, lo que menos importaba era si ella se parecía a él.

Cuando había comprendido que no podía transmutar totalmente el dolor para ella, en vez de verse decepcionado, había visto la mirada de triunfo sobre su cara, como si esto fuera mejor porque alimentaba su sadismo. Era su muñeca perfecta, dándole todo lo que él quería, y aún había una pequeña omisión, cosas que él no había tomado o no había hecho desde la primera noche, la misma en la que pensó que se había quebrado.

Desde aquella noche ella todavía no podía ponerle nombre al por qué era mejor haberlo hecho desaparecer en las nieblas de una memoria falsamente reconstruida.

No importaba lo que le hiciera. Mientras ella sobreviviera. Mientras al final la sostuviera y le susurrara suaves palabras. Era todo lo que importaba. Había bajado al infierno cada noche y había sido su juguete, el objeto de su sadismo. Había tenido sus momentos catárticos interrumpidos por noches donde era más dolor que catarsis. Aunque el sosiego que le procuraba antes del final le daba su paz a ella, como si consiguiera expulsar los demonios que lo atormentaban al menos un ratito, y al hacerlo así, mataba algunos de los suyos también.

Dieron un golpe suave en la puerta, y ella alzó la mirada, su corazón bombeando más rápido en su pecho, el deseo ondulándose por su estómago. Conocía aquel toque. Nadie golpeaba sobre una puerta de la misma forma que Leo. Por un momento la superstición se empujó en su mente. Daba mala suerte que el novio viera a la novia antes de la boda. ¿Pero de todos modos que importaba esto si todo era una farsa? ¿Cuánto peor podría tornarse su suerte?

—Entre. —Leo se adentró de una zancada parecía un oscuro príncipe de cuento de hadas, su pelo alisado hacia atrás de forma que le hacía parecer más afable de lo normal. Más pulido y controlado, y ella se derritió bajo su poder un poco más.

Permaneció de pie detrás de ella, sus manos sobre sus hombros, su mirada fija encontrando la suya en el espejo. Parando su respiración cuando sus dedos se arrastraron abajo de su garganta para deslizarse sobre el collar que Gina le había dejado.

—¿Mi mamá?



— Sí, Amo —dijo ella.

—No. Leo hoy. Debes llamarme Leo, aún en privado, hasta que todos los invitados se hayan ido. No quiero que te confundas por equivocación.

—L... Leo. —La palabra sabía extraña en su boca, casi desagradable. Eso la hacía parecer su igual. En otra ocasión quizás podría haber añorado esto, pero ahora, si ella no podía tener el amor verdadero sobre el que había oído tantas historias al menos ella podría pertenecerle él.

El vínculo entre ellos se había espesado y apretado. Nada podría romperlo. Había sido forjado en el fuego de la traición y el rescate, en el sufrimiento y en el placer y en secretos momentos bajo tierra. Era más fuerte que lo que le gustaba normalmente, más seguro. Independiente del pasado, ella siempre sería suya.

Sus dedos pasaron por su garganta, desabrochando el collar y colocándolo sobre la mesa. Sus ojos buscaron los suyos, pero él ya sacaba un estuche grande, aterciopelado, de su bolsillo interior. Puso la caja sobre la mesa delante de ella, sobre su velo que lo enmarcaba como un sueño nebuloso.

—Ábrelo. —Levantó la tapa y soltó un jadeo. Un círculo de platino lucía contra el terciopelo.

Zafiros brillantes rodeaban totalmente la gargantilla.

—¿Entiendes su importancia? —Faith sacudió su cabeza. Además de que eso substituyera a algo azul, no tenía ni idea—. Te pondré tu anillo de boda hoy durante la ceremonia para llevarlo junto con el diamante, pero esto es lo que será verdadero entre nosotros. Esto es un collar. Es mi compromiso y mi promesa de que siempre serás mía. Siempre te protegeré, y siempre me obedecerás. — Había un matiz en su voz que envió abajo sus emociones al final de su columna. No había ninguna pregunta, sin dudas, sólo una orden—. ¿Entiendes estos términos? —No preguntó si los aceptaba, solamente si los entendía.

Hasta donde le concernía, darle a ella este símbolo era una formalidad. Ella se había dado a él en cuerpo y alma hace mucho, y fiel a su palabra, la puerta se había cerrado detrás de ella después de aquella opción.

Ella asintió, incapaz de forzar una respuesta de su boca. Miró, hipnotizada, como él levantó la joya de la caja y lo puso alrededor de su cuello.

—No quiero ver tu garganta desnuda otra vez. Siempre lleva esto. Puedes quitártelo para ducharte o nadar, pero no bien termines te lo pondrás.



El peso del collar alrededor de la base de su garganta parecería siempre su mano sobre ella. No tenía que preocuparse porque ella se lo quitara.

Él fue hacia la puerta.

—La ceremonia comienza en treinta minutos. Te veré allí.

—Leo, espera. —Él se paró, pero no se giró.

—¿Sí?

—Nosotros alguna vez vamos... pienso que... no quieres... —Estaba nerviosa y no podía sacar las palabras, pero su falta de consumación de la relación desde aquella horrible noche, casi había quemado su alma en el olvido.

¿No la quería él? ¿Estaba loca por querer que él fuera allí otra vez? ¿Sería mejor dejarle ir y contentarse con los momentos que tenían? ¿Pero no la quería él?

Leo se dio vuelta, su expresión intensa.

—¿No quiero... qué? —Él iba a hacerla decirlo. Su mirada fija volvió hacia la caja vacía depositada sobre el velo.

—Nosotros nunca... hemos hecho el amor. —Ella se abatió cuando lo dijo. Sonaba como algo que diría una colegiala. ¿Qué mujer adulta lo llamaba "hacer el amor"? ¿Estaba atrapada en 1952?

¿No era más sofisticado llamarle sexo o follar? No lo hagas demasiado romántico. No lo hagas significar demasiado. Déjelo solo ser un acto físico asentado junto a cualquier otro sentimiento, pero sin definirlo, porque las tonterías son para las películas y los libros. No la vida en tres dimensiones. Incluso si aquellos no eran sus sentimientos y pensamientos, ella estaba segura que debían ser los de Leo. Con su diferencia de edad, su mundo adulto siempre la golpeaba tanto más que el mundo que ella había habitado, como si hubiese estado rodeada por niños disfrazados de adultos.

—¿Es eso lo que quieres? —Su voz era suave cuando preguntó, tan suave que casi no lo noto con toda su confusión interior.

*Sí. No. Tal vez. Pienso qué. No sé. Tiene que pasar. Esto es una mala idea. Pasará tarde o temprano, o tal vez no. ¿Puedo estar con él si nunca llega a pasar? ¿Y si lo hace?*

Ella oyó el chasquido de cerradura en su lugar y luego sintió cuando lo vio más cerca. ¿Sabía ella lo qué pedía? ¿La haría daño él? ¿Sería frío como antes? ¿Se parecería esto a una violación? ¿Y si ella no podía tener sexo normal otra



vez? Y si cruzando esta línea encontraban que no podían descruzarla. La dejaría abandonado su cuerpo solo de aquel modo durante meses. ¿No tendría piedad?

Él podría haberla tomado en cualquier momento pero no lo había hecho. ¿Y ahora... si lo hiciera otra vez, significaría que la seguridad se iría para siempre? ¿Estaba bien amarlo? ¿Importaba eso cuándo no podía hacer que sus sentimientos muriesen de todos modos?

Leo la tiró encima del tocador y la hizo girar alrededor, tragando sus miedos y gritos mentales con su beso.

Ella gimoteó contra su boca cuando el recogió su mano y la llevo a la cama.

—Las ven... las ventanas —dijo.

La brillante luz se vertía en el cuarto a través del cristal.

—Todo el mundo está fuera detrás de la casa. Nadie puede vernos aquí arriba — dijo él mientras su boca se movía sobre la suya.

La hizo girar lejos de él para desnudarla. El vestido no tenía cremallera. Estaban todos los botones en la espalda, al menos cien diminutos botones. Esto tomó varios, largos, minutos conseguir quitarlo y probablemente tomaría más tiempo volver a ponerlo. Iban a llegar tarde a su propia boda. Incluso la copula más rápida tendría a sus invitados preguntándose por el retraso.

Faith se ruborizó con esto, pero ella había ido demasiado lejos. Tenía que terminar esto. No podía estar de pie delante de Dios y todos sus invitados y casarse con Leo, costase lo que costase la ceremonia significara o no significara, a no ser que ella supiera. Tenía que saber si ella podía hacer esto con él y no sentirse como si estuviera muerta por dentro.

Él gruñó de frustración cuando llegó a todos los ganchos del corsé.

—Todos estos malditos botones y ganchos. ¿Por qué no encerrarse en un cinturón de castidad?

Ella tomó aire cuando él oprimió el corsé apretándolo más para liberarla de el, un pequeño gancho a la vez. Cuando estuvo desnuda, trabajó rápidamente para salir de su propia ropa.

Aunque el reloj hiciera tictac con impaciencia por su boda, se tomó su tiempo. Su boca sobre ella fue apacible, sus manos moviéndose sobre ella al



unísono. Cuando su cuerpo estuvo dentro el suyo, las lágrimas fluyeron abajo sobre sus mejillas con tal fuerza que no pudo permanecer tranquila.

—¿Está bien?

—Sí.

Ella se agarró a su espalda, sus dedos apretando las pequeñas marcas de las cicatrices.

Él buscó sus ojos y debió haber encontrado la verdad porque continuo. Las lágrimas eran de alivio. No fue nada como aquella noche, y en aquel momento con la luz del sol entrando y sus invitados esperando, ella supo que podría afrontar cualquier cosa con él.

\*\*\*

Faith estaba de pie detrás de las filas de sillas con el velo en su lugar, un ramo de rosas blancas en sus manos. La boda era todo en blanco. Sillas blancas. Flores blancas. Velas blancas. Una alfombra blanca sobre el suelo para caminar por ella. La única cosa además de los smokings que no eran blancos era la ropa de los invitados y su pelo rojo vivo.

La recepción, por contraste, había sido planificada bajo grandes tiendas con linternas japonesas y tonos brillantes de joyas. Esto le recordó a Faith el Mago de Oz. Donde todo era blanco y negro a colorear, y eso le dio un fragmento de la más pequeña esperanza de que su vida con Leo sería en colores.

El tío Sal se había ofrecido de andar con ella por el pasillo. Él estaba de pie a su lado mirándola más como un envejecido guardaespaldas que como una figura paterna.

Él se inclinó cerca de su oído.

—Pienso que sabes sobre esta familia mucho más de lo que deberías.

Su espalda estaba rígida. El tío Sal era el tipo de hombre que te pegaría un tiro en cualquier día del año, a si fuera tu cumpleaños, tu graduación, o el día de tu boda. Así que la ocasión no podría salvarla.

Él soltó un corto gruñido.

—Eso es lo que pensé.

Ella mantuvo su voz baja.

—No me preocupa en qué están metidos. Quiero mantenerme fuera de ello.



Sal cabeceó, mostrando una media siniestra sonrisa.

—Mantén esa actitud. Sera más seguro para todos. — Después de un instante dijo—: ¿Realmente no tienes familia?

— Lo poco que tengo, no lo quiero aquí —dijo ella. Entonces posiblemente de forma estúpida añadió—: No hay nadie más al que puedas amenazar.

El Canon de Pachelbel en D comenzó, y las damas de honor comenzaron a andar por el pasillo llevando vestidos playeros blancos y portando margaritas. Ellas fueron seguidas por dos de las sobrinas de Leo, Mariella y Noelle, en sedosos vestidos que las hacían parecerse a algodón de azúcar incoloro. Tomaron su tiempo dispersando pétalos de rosa blancos sobre el suelo, haciendo a la orquesta mantener la música. Los portadores de los anillos llevaban smokings blancos y portaban una almohada de satén blanca sobre la que estaban atados.

Faith echó un vistazo atrás a la casa, luego a la boda estirada delante de ella, y a Leo que estaba al frente esperando. ¿Incluso si esto no era el cuento de hadas completo, no era esto más de lo que la mayoría de mujeres tenían? ¿Importaría esto si él devolviera su amor? ¿Sería bastante que le amara y que él la quisiera?

Tenía que serlo.

Sal le ofreció su brazo, y ella lo agarró como una cuerda salvavidas mientras la orquesta cambiada hasta la marcha nupcial tradicional. Reconoció a algunos invitados de la familia que ella había conocido durante las vacaciones, pero allí había mucha más gente que no conocía. Se preguntó cuántos eran la totalidad de la lista de invitados de la familia Leo y sus amigos sin nadie allí por ella.

Cuando ella alcanzó el frente, Sal levantó su velo y le besó la mejilla antes de entregársela a Leo y retornar a su asiento. Agarró la mano de Leo tan fuerte como había sostenido el brazo de Sal. Sentía como si ella fuera a desvanecerse y se preguntó si era por la boda, el corsé o el hambre lo que la había puesto en ese estado.

Ella trató de ignorarlo todo excepto a Leo. Incluso las palabras del sacerdote se mezclaron y se mezclaron con la brisa caliente de verano. Fue sólo porque había oído el rito del matrimonio muchas veces que ella fue capaz de continuar. Sus ojos se ensancharon cuando ella oyó que "obedeceré" había sido introducido en los votos de boda de la novia. Como Leo logró imponerse al sacerdote para desviarse del rito tradicional Católico para



incluir "obedeceré" ella no lo sabía, pero como la ceremonia era simplemente legal y no un sacramento, quizás él había decidido que ellos podían hacer lo que quisieran.

Leo sonrió con satisfacción cuando ella repitió la parte obedeceré. Ella echó un vistazo hacia fuera a los invitados, pero nadie notó la adición. Cuando ella recitó sus votos, sus dedos se apartaron para tocar el platino en su garganta, y Leo sonrió, una secreta sonrisa que solo tenía significado para ella.

Cuando los anillos estaban en sus dedos, los votos habían sido intercambiados y el beso había sido compartido, fueron anunciados como el Sr. y Sra. de Leo Raspallo. Ellos se dieron la vuelta mientras la marcha nupcial se repetía de nuevo. Faith examinó el mar de caras sonrientes y algo bajo en su tripa entro en pánico. Su mirada fija se clavo en el lado izquierdo de la muchedumbre, en el rostro descolocado.

Un hombre vestido con traje oscuro salió desde atrás. Más rápido de lo que parecía posible, saco un arma fuera de su chaqueta y apuntó a Leo. Faith no pensó; ella solamente se coloco delante de su marido.

Un rocío de disparos ruidosos y huecos sonaron en el aire, haciendo callar a la orquesta y haciendo gritar a los invitados. Las rosas escaparon de su agarre y cayeron al suelo, y luego cayó ella, apenas sintiendo las manos alrededor de su cintura que amortiguaron la caída cuando golpeó el suelo. Vagamente podía ver el color en su boda ahora. Las gotas rojas sobre sus rosas, sobre su vestido, sobre la alfombra blanca por la que ella había andado.

Negro, rojo, y blanco eran colores muy elegantes para una boda.

\*\*\*

Leo había estado mirando a su madre cuando Faith de repente se puso delante de él. Después aquellos terribles sonidos y el jadeo surrealista de los invitados. Alzó la vista a tiempo para ver a un hombre escapar de la escena, la mayoría de la gente demasiado histérica para perseguirlo. Excepto su hermano.

Angelo le pegó un tiro, una mirada breve y negra, y siguió después al pistolero con Davide en el remolque. Leo se movió rápidamente, sus manos abarcando apenas la cintura de Faith a tiempo para cogerla.

—¡Sal, llama al mi hombre de sangre! Necesito mucha. No sé su grupo sanguíneo. Has traer de todos. —Ese pánico, el grito fuera de control había salido de su boca.



—Pero Leo, hay poco tiempo, no sé si...

— Él tiene acceso. Me traerá la sangre o pasará el resto de su vida huyendo de mí. Asegúrate de que reciba el mensaje.

Sal sacó su teléfono móvil.

Indiferente a su mirada, Leo destrozó el vestido para encontrar donde habían golpeado las balas. Una había rozado su cabeza, otro había perforado su hombro, una tercera se había incrustado en el músculo del gemelo. El terror congeló sus rasgos mientras ella lo agarraba. Él se arrancó su abrigo y la abrigo con el por encima de ella para evitar el shock.

—¿Por qué te pondrías enfrente de un arma por mí? —Pero él sabía la respuesta. Ella le había confesado su amor por él hace mucho tiempo. Las palabras nunca habían salido de sus propios labios. Pero ella tenía que saberlo. ¿Cómo podía no verlo?

Su voz salió inestable.

—Yo... pensaba que un día podrías amarme de nuevo. —La última parte se disipó mientras ella lo decía; Se volvió demasiado débil para hablar.

—¿Piensa que no te amo? —Quizás lo que él le hizo abajo era demasiado confuso para ella para que alguna vez esperase que pudiera pasar entre enamorados.

Las enfermeras se precipitaron hacia él para ofrecerle ayuda.

Él sostuvo su mano.

—¡No! La tengo. De un lado a otro y a través raspando en el músculo de su gemelo. Nada vital herido. Es la pérdida de sangre. Preparen la sala de operaciones. Tengan las máquinas, la anestesia y los fluidos listos para empezar. Traigan toda la sangre artificial del laboratorio. Y prepárese para una transfusión en vivo. —Él nunca había sido tan feliz de ser donante universal.

Las mujeres corrieron hacia la casa.

Era aventurado hacer una transfusión en vivo y luego operar. Tenía que procurar no debilitarse demasiado. Tenía que esperar que el tipo de sangre llegara allí a tiempo.

Él no podía parar esta transfusión, tenía que llevarla a la sala de operaciones ahora.



Leo la arrojó sobre su hombro, estilo bombero, y cruzó de un tranco, con la determinación severa, a la entrada separada detrás de la casa. La familia y amigos saltaron de su camino, miradas de horror y compasión sobre sus caras. Las miradas que decían, pobre bastardo no comprende que ella no va a lograrlo.

La sangre de Faith se descargó a su espalda, empapando su camisa de lino como si estuviera floja.

## Capítulo 20

*Traducido por val\_mar  
Corregido por Viqijb*

Leo se sentó en su estudio con Angelo sobre pasado de alcohol.  
—¿Qué?

Desde el día anterior, él había sido un lunático, con la intención de venganza, sangre y muerte para las balas que habían sido destinadas para él pero le habían dado a la mujer que el amaba en su lugar.

—Fue el primo de Emilio. Cuando lo atrapé, no hablaría. Davide y yo lo habíamos dominado y atado. Tomó horas antes de que consiguiera la historia completa.

—¿Y?

—No te gustará. Caprice le dijo lo que hiciste con el marido de Gemma.

Leo se paseó por el piso, el arrepentimiento y el peso de la responsabilidad aplastándolo. Caprice nunca debería haber estado con su familia en navidad. Pero incluso así, si él no hubiera jugado con ella, usado su cuerpo y retorcido su mente, ella podía no haber ido con el primo de Emilio con violencia instigadora.

—Sé que Vinny es tu mejor amigo y que tú y Caprice tienen historia, pero ella es una bala perdida. Es peligrosa para todos nosotros. Tengo que...

Leo terminó la frase:



—... matarla. —Algo salvaje y malo se elevó de las profundidades de su alma, una sola mente y obsesionada—. Sí, lo sé. Pero no solo es poner una bala en su cabeza, Ange. Hacerla sufrir primero. No importa que hagas, pero has seguro su sufrimiento. Y antes de que la mates, dile que la orden viene de mí.

Los ojos de Angelo se ampliaron antes de que su rostro regresara a la normalidad, fría perfección. Ellos se abrazaron y besaron, entonces su hermano colocó su vaso en el lado del bar y se dirigió hacia la puerta.

—¿Ange?

Su imagen del espejo se giró de vuelta a él.

—¿Sí?

—Vinny no lo puede saber nunca.

Angelo dio un corto asentimiento.

Cuando su hermano se había ido, Leo fue al ala este. El dolor y los recuerdos aumentaron en su pecho, una cosa física amenazando para tomar su respiración. La memoria de ella sin vida en sus brazos.

Mientras ella aun había ido, él había roto su enfoque, como un robot, viéndola ya no como la mujer que amaba, sino como una pieza rota de carne para arreglar.

Leo apoyó su frente contra la puerta del cuarto de Faith y tomó un largo y tembloroso aliento, para unirse a sí mismo. Pensando todo lo que podía haber perdido era un tormento inútil. No la había perdido a ella. No gracias sus propias elecciones necias que la habían puesto en peligro.

Había pensado que lo mejor era mantenerla en la habitación de cristal durante la recuperación. La luz de sol le haría bien. Leo tocó, luego giró la manija sin esperar por una respuesta. Ella aun estaba muy débil para gritar. Una enfermera sentada en el sofá leyendo un libro, y su mamá sentada en una silla al lado de la cama, vigilando como las maquinas de Faith sonaban a lo lejos.

El cuarto desbordado con globos, flores y peluches de toda la familia. Si el tío Sal o el tío Bernie, o incluso Angelo habían dudado del valor de Faith, eran grandes admiradores ahora. La palabra *carga* nunca cruzaría por sus labios de nuevo.



Max tendido a los pies de la cama, cuidándola, mientras los dos gatos abrazados a su lado. Los animales mantenían su vigilancia, y ningún poder en la tierra los movería de sus lugares.

Los ojos de Faith revolotearon abiertos mientras él se aproximaba a la cama. Tomó su mano y puso un beso en su frente.

—Voy a la ciudad. ¿Necesitas algo?

Su ritmo cardiaco sonaba erráticamente en la maquina.

—¡No! No salgas, podrías... él podría...

—Shhhh, cariño. Angelo se encargó de eso. Es seguro. Era personal. Fue un error. No tengo otros enemigos.

Después de unos momentos, ella se dio cuenta de su agarre de muerte en su mano.

—Ahora, ¿necesitas algo?

Ella sacudió su cabeza.

Leo se volteó hacia su madre y a la enfermera.

—Necesito hablar con mi esposa en privado.

Las miradas se agitaron, pero las dos mujeres se retiraron de la habitación. Cuando la puerta hizo clic al cerrar, Leo dijo:

—Tan pronto como estés mejor, te llevaré a la iglesia así el padre Joseph puede bendecir el matrimonio apropiadamente. Luego tendremos la recepción. Voy a volar a todo el mundo dentro. Ellos quieren que tengas tu fiesta.

Ella agarró su mano tan apretada que su fuerza debería haber cedido.

—¿Habías sancionado el matrimonio?

—Estaba tan ocupado pensando en ello como falso y tu como una prisionera indispueta, que no me había detenido a considerar como nuestros sentimientos había cambiado. No quiero ser una mentira.

—Yo tampoco.

—Entonces arreglado, vamos a asistir a San Stephen.

—Gracias.

—Pero Faith, ser mi esposa no cambia nuestra relación.



Ella tocó el collar en su garganta casi inconscientemente.

—Sí, Amo.

Él apretó su mano.

—Buena chica. Volveré pronto. Lo prometo.

El día había estado lleno de lluvia y penumbra, lo ideal, el brillante sol de la boda se negaba a regresar. Leo condujo a San Stephen y se estacionó fuera del edificio por un largo tiempo.

Sacó su celular de su bolsillo y miró el nombre de Angelo en su lista de contactos. Sabía que no podía detener a su hermano de matar a Caprice, pero podía remover su consentimiento. Podía detener el resto, lo que sea que Angelo le haría podría ir más allá de un rápido disparo en la cabeza. Él podía ser piadoso y hacer seguro que ella nunca lo viera venir.

Él cerró el teléfono y maldijo cuando la llamada fue a su buzón de voz.

Dentro, la iglesia estaba silenciosa, pero Leo sabía que alguien estaría ahí. Abrió la puerta de la cabina del confesionario y se sentó. Envuelto en el calor y oscuridad apretada, respiraba las esencias del incienso y las velas.

—Perdóname, padre, por haber pecado.

*Fin*



## *Sobre el autor*

Kitty Thomas escribe literatura *dark* erótica que explora la dinámica del poder y la sexualidad. Estas obras son ficción y van dirigidas a un público adulto. El autor no respalda ni aprueba ninguna de las conductas realizadas por los personajes de sus historias.



Su trabajo no es “el romance erótico”, a menudo, en un cierto nivel, es sobre el amor y/o la obsesión. A menudo, la pareja de alguna manera terminan “juntos”, pero no se debe esperar que el trabajo siga las convenciones de cualquier tipo del género romántico, erótico, u otro tipo. Si usted está buscando género romántico (erótico u otro tipo), por favor, lea un autor diferente. El romance erótico es “romance más explícito”. Esto es algo diferente.

La inspiración para el trabajo de Kitty viene de muchas fuentes, entre ellas: Story of O, Nueve semanas y media, y el trabajo de Claudia D. Christian.



KITTY THOMAS

Only in  
*Books*

*¡Visítanos!!!*

Only in  
*Books*



*¡¡Te esperamos!!*

MAFIA  
*Captive*

